

Rescate Mortal

La Senda De Los Dragones Libro 5

Pedro Urvi

Rescate Mortal

La senda de los dragones, Libro 5

Pedro Urvi

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon
Web: https://pedrourvi.com/
Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi
Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9
Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/
Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/
Mail: pedrourvi@hotmail.com

Copyright © 2025 Pedro Urvi
Todos los derechos reservados

Corrección y edición por Olaya Martínez

Otros libros de Pedro Urvi:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen también en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)



Orden de las series

De arriba abajo por cronología de la historia



Dedicatoria:

Esta saga está dedicada con todo mi cariño a mis lectores incondicionales. Un millón de gracias por todo el apoyo.

Contenido

Otros libros de Pedro Urvi:
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55

Plan Audaz (La senda de los dragones, Libro 6)
Opinión:
Agradecimientos

Capítulo 1

Nahia vio la garra tremenda acercarse a gran velocidad buscando su cabeza. Sin tiempo apenas para reaccionar, se echó sobre el lado derecho de la silla con tanta rapidez como pudo. La garra pasó rozando su yelmo. A causa del brusco movimiento, sintió un pinchazo en las costillas. Le había dado algún tipo de tirón. No se preocupó, no era la primera vez ni sería la última, lo importante era que había evitado ser alcanzada.

«¿Estás bien?» envió Eki junto a un sentimiento de preocupación mientras realizaba una maniobra de esquiva.

«Sí, tranquilo. ¿De dónde ha salido? No lo he visto hasta el último momento» preguntó Nahia al raudo dragón plateado, que volvía a cambiar de dirección con rapidez buscando alcanzar unas nubes cercanas.

«Creo que se ocultaba tras el pico de la montaña abajo, al este».

Nahia se agarró mejor a la silla. Los giros y cambios de rumbo bruscos de Eki podían ponerla en problemas si no prestaba toda su atención. Por alguna razón no confiaba del todo en las ataduras que la mantenían fija sobre la silla, siempre tenía la sensación de que se iban a romper en el peor momento. De hecho, tenía pesadillas sobre ello, como una premonición.

«Pues no lo he visto ascender hacia nosotros» le envío a Eki centrándose en el ataque sufrido.

«Yo tampoco. Los ataques por lo general vienen desde arriba o por la espalda. De abajo no es lo más utilizado».

Nahia miró en todas direcciones como queriendo asegurarse de que lo que decía era así.

«Por eso nos ha sorprendido».

«¿Lo ves?».

«No, pero tiene que estar entre las nubes».

Nada más decirlo el dragón rojo apareció. Nahia lo vio acercarse por su derecha a gran velocidad.

«¡Ahí viene!» avisó a Eki y preparó su lanza.

Azkar-Gorri-Maisu viró a tremenda velocidad justo en el momento en que Eki también lo hacía para esquivarlo. Era como si le hubiera leído la mente. No solo eso, lo había hecho más rápido incluso que Eki, y eso que el dragón plateado era rapidísimo. Por desgracia para ellos, Azkar-Gorri-Maisu era un maestro del ataque y la esquiva, y más grande y rápido que Eki.

Una lanza golpeó con fuerza el costado derecho de Nahia. Sintió el golpe de pleno y se fue al lado izquierdo de la silla. Mariska, la jinete Tauruk-Kapro, era una guerrera tan impresionante como hábil. Golpeaba durísimo tanto con lanza como con escudo y Nahia había recibido ya varias contusiones desde que habían comenzado con el adiestramiento avanzado.

Aguantó una exclamación de dolor y se rehízo a tiempo de bloquear con su escudo el siguiente ataque de la Tauruk. Esperaba no tener que pasar por enfermería esa noche antes de ir a cenar, como ya había sucedido hacía tres días cuando recibió una tunda de las que dejan marca. Tanto el dragón rojo como su jinete pegaban duro de verdad. Aquellos entrenamientos no parecían tal cosa, sino una lección de castigo. Nahia no entendía la necesidad de que la formación fuera tan dura, pero no tenía más remedio que soportarla.

Azkar-Gorri-Maisu dio un nuevo giro justo cuando Eki realizaba una de sus maniobras evasivas a toda velocidad. De nuevo pareció leer el pensamiento del dragón plateado porque se situó junto a él sin dificultad.

«¡Adivina todos tus movimientos!» envió Nahia como una advertencia.

«Intentaré ser más errático para despistar».

«¡Errático me parece muy bien!» envió Nahia, que vio cómo Azkar-Gorri-Maisu le golpeaba en la espalda con la garra posterior izquierda.

Lo hizo con la garra cerrada y Nahia sintió un fuerte golpe. Se fue para delante en la silla y estuvo a punto de perder su lanza y

escudo. Las ataduras aguantaron, pese a que el golpe había sido fuerte. Aquel dragón rojo era una pesadilla en combate: rápido, fuerte y hábil.

Eki realizó un giro brusco primero hacia la izquierda para luego volver a virar de inmediato hacia la derecha. Lo hizo muy rápido y esta vez sí consiguió despegarse de Azkar-Gorri-Maisu. Descendió unos cien pasos en el aire para luego volver a ascender doscientos. Nahia consiguió volver a situarse bien en la silla y miró en todas las direcciones para intentar discernir por dónde llegaría el siguiente ataque.

«No lo veo. ¿Lo ves tú?» preguntó Eki.

«Yo tampoco, pero si no lo vemos es que está entre esas nubes, algo más arriba, como antes».

«Sí, tiene que haberse escondido ahí».

El ejercicio continuó un buen rato más. Nahia y Eki lo pasaron mal defendiéndose de los ataques de del maestro y su jinete. Sudaron y sufrieron cada ataque y defensa.

«¡Damos por terminado el ejercicio!» envió finalmente Azkar-Gorri-Maisu y surgiendo de las nubes se situó junto a Eki en el aire volando despacio.

—Puedes colgar tus armas —dijo Mariska a Nahia.

Nahia colgó la lanza y el escudo de la silla y al momento se sintió mejor. Tenía los brazos muy cansados y le dolían la espalda, el costado y la cabeza, nada nuevo por otra parte. La armadura protegía de que nada la atravesara, pero no estaba acolchada por el interior y los golpes se sentían más de lo que Nahia hubiera deseado.

«No lo habéis hecho mal. Eki, tus movimientos de esquiva son muy buenos. Tu velocidad y rapidez de reacción también. Sin embargo, son predecibles… demasiado predecibles. En un combate aéreo es imperativo que el enemigo no pueda adivinar tu siguiente movimiento porque, de hacerlo, podría ser el último».

«Sí, mi señor» respondió Eki con humildad.

«Cambio de turno. Bajad al campo aéreo y enviadme a Aroa y su jinete Logan. Es hora de practicar con ellos».

Desde tierra Nahia y Eki observaron el entrenamiento de Logan y Aroa en el cielo entre las nubes. No pudieron observarlo todo, pero lo que vieron les dejó claro que tenían tantas dificultades como ellos, quizás más.

Aguardaron a que ambos finalizaran el entrenamiento. Cuando lo hicieron y tomaron tierra, Nahia se percató de que Logan sacudía la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí… un poco aturdido…

—¿Garra o lanza?

—Las dos cosas…

—¿A la vez?

—No, en los dos… últimos ataques.

—Bueno, como tienes la cabeza dura no creo que te suceda nada —bromeó Nahia intentando calmar su inquietud.

Logan se quitó el yelmo y se palpó la cabeza.

—No hay sangre. Sobreviviré —dijo y sonrió.

«Estos ejercicios son especialmente duros para los jinetes» envió Aroa con tono de sentirlo por ellos.

«A nosotros no nos afectan tanto…» envió Eki un poco avergonzado.

—No es culpa vuestra que los ejercicios sean así —dijo Nahia.

—Agradecemos lo que hacéis para evitar que nos destrocen —expresó Logan.

—Lo agradecemos mucho —añadió Nahia.

Azkar-Gorri-Maisu y Mariska tomaron tierra frente a ellos.

«Regresad, descansad y recuperaos. Seguiremos mañana. Tenéis que aprender a no ser alcanzados en ningún momento o los gryphos os destrozarán en combate» envió el maestro.

—No penséis que porque una vez sorprendisteis a un grupo de gryphos en una incursión siempre va a ser así. En la batalla seréis vosotros los sorprendidos. Y ser sorprendido en cielo enemigo equivale a morir —afirmó Mariska.

Con aquella despedida funesta regresaron. Nahia y Logan se despidieron de Aroa y Eki, que fueron al castillo, y ellos se dirigieron al barracón. Según se acercaban cargando lanza y escudo, dos

Tergnomus salieron corriendo hacia ellos desde intendencia. Uno vestía en color plata y rojo y el otro plata y azul. Eran sus escuderos.

—Ahí vienen esos dos —comentó Logan.

—Son de lo más divertidos, no me digas que no —Nahia se detuvo y los miró acercarse.

Los dos Tergnomus corrían con sus peculiares andares, que parecía que daban botes de un lado a otro con cada paso.

—Mi señora, Jinete de Dragón —se detuvo el primero frente a Nahia e hizo una elaborada reverencia—. Permitidme aliviar vuestra carga —expresó y extendió los brazos hacia Nahia.

—Mi señor, Jinete de Dragón, a vuestro servicio —dijo el segundo y tras la reverencia también extendió los brazos.

—Lantreos, no hace falta que seas tan servicial conmigo —le dijo Nahia—. Siempre te lo digo.

—Mi señora, no podría comportarme de ninguna otra manera. Soy vuestro escudero. Es como debo comportarme siempre que realizo mis funciones.

—Lo mismo te digo, Scrudro, aunque sé que me responderás algo parecido —dijo Logan a su escudero.

—Mi señor jinete me honra, pero debo comportarme como el escudero que soy. Es todo un honor serviros, mi señor.

Nahia y Logan intercambiaron una mirada y luego se encogieron de hombros. A aquellos dos no había forma de hacerles entender que no era necesaria tanta ceremonia.

Los dos Tergnomus cogieron las armas y marcharon a la carrera hacia intendencia, donde cuidarían de ellas y las dejarían impolutas. Nahia siempre se preguntaba cómo se las arreglaban para hacerlo, ya que solían tener golpes fuertes, sobre todo los escudos. Lo más probable era que se las llevaran a la forja. El mundo de los Tergnomus era complicado y misterioso y los muy malhumorados no escuchaban ni daban demasiadas explicaciones.

—¿Pensaste alguna vez que tendrías un escudero? —preguntó Nahia a Logan mientras se dirigían al barracón.

—La verdad es que no, pero tampoco pensé nunca que terminaría siendo un Jinete de Dragón.

Nahia sonrió.

—Gran verdad, yo tampoco.

Logan la miró y sonrió levemente, como solía hacer.

—¿A que tampoco te imaginaste nunca que caminarías del brazo de una Nacida de la Llama? —dijo ella mientras pasaba su brazo por el de él.

Logan bajó la mirada al brazo y luego la dirigió al rostro de Nahia.

—Sobre todo una tan preciosa.

Nahia se ruborizó tanto que pensó que su rostro explotaría. No esperaba aquella respuesta de Logan. Él no era dado a piropos, ni alabanzas, sobre todo dirigidos a ella.

—Vaya… gracias.

—Es un placer.

Caminaron en silencio agarrados del brazo hasta llegar a la puerta del barracón y se soltaron. No es que ocultaran su relación, su escuadra aérea la conocía y casi todos los habituales en Jadrakos también. No había ninguna norma que la impidiera y no estaba mal visto que los Jinetes tuvieran pareja. Sobre todo, porque no vivían demasiado tiempo. Ser Jinete de Dragón conllevaba una expectativa de vida muy corta.

Entraron en el comedor y se dirigieron a la mesa de su escuadra. Acostumbraban a sentarse siempre en la misma, si es que estaba disponible. Últimamente había más escuadras aéreas en Jadrakos de lo normal, por lo que a veces la mesa no estaba libre. Hoy habían tenido suerte. Sus compañeros de la Escuadra Meteorito estaban terminando de comer y al verlos les dirigieron un saludo con la mirada.

—¿Cómo os ha ido hoy? —preguntó Tilsa, la Felidae de la escuadra.

A Nahia le caía bien aquella poderosa leona que siempre se mostraba segura de sí misma. No era agresiva y mostraba siempre experiencia. Para ser una Felidae y leona, además, se comportaba con tranquilidad, como si ya lo hubiera visto todo y nada le afectara demasiado. Que tuviera magia de luz a Nahia le hacía recordar a Dafne, si bien en carácter eran muy diferentes.

—Como siempre, nos han molido a golpes —comentó Nahia y se sentó a la mesa.

—Mejoramos, eso creo al menos —añadió Logan con un optimismo medido y se sentó junto a Nahia.

—Si seguís recibiendo golpes y estáis molidos me temo que no estáis progresando adecuadamente —afirmó Morgana.

A Nahia la humana de largos cabellos morenos y rizados no le parecía precisamente simpática o agradable. Sus ojos negros intensos parecían siempre estar cargados de malicia y su belleza se echaba a perder con aquel semblante duro que tenía. Parecía estar enfadada con el universo. A su lado, Dafne no llegaba ni a arisca. Que su magia fuera de oscuridad le iba como anillo al dedo con su personalidad.

—Gracias por tus comentarios de apoyo. Siempre los estamos esperando como miel en los labios —respondió Nahia con ironía y lo acompañó de un gesto también ácido.

—No os voy a endulzar la verdad. ¿Sois jinetes de verdad o niños que lloran cuando no consiguen lo que quieren?

Antes de que Nahia pudiera responder, lo hizo Logan.

—Agradecemos tus comentarios constructivos. Somos jinetes y demostraremos lo que valemos. Conseguiremos pasar el entrenamiento avanzado. No tengas duda.

Morgana hizo un gesto que daba a entender que sí que las tenía.

—Como digas, aquí espero a ver lo que conseguís.

Nahia no entendía cuál era el problema de Morgana con ellos. Probablemente no era solo con ellos dos, pero era cierto que se metía más con ellos que con el resto.

—Lo conseguiréis, no os preocupéis demasiado si ahora parece un poco duro. Irá mejorando. Utilizad la cabeza y manteneos positivos, así se consiguen las cosas. Si podéis disfrutar un poco de las enseñanzas, hacedlo. Siempre es mejor aprender con el corazón alegre —dijo Faden y sonrió.

Nahia tuvo que reconocer que el esbelto Fatum era tan guapo que resultaba difícil apartar la vista de sus ojos azules y bello rostro. Además, el azul de su armadura, al ser del elemento agua, iba a

juego con sus ojos. Miró a Logan y el encantamiento de belleza de Faden desapareció.

—Intentamos que el adiestramiento sea lo menos arduo posible, pero no resulta del todo sencillo —dijo Logan.

—Más bien resulta muy complicado —añadió Nahia con gesto de dolor al inclinarse hacia delante en la mesa.

—No disfrutéis demasiado —intervino Sarmas—. El disfrute es un engaño para el alma. Hay que estar siempre atento a los engaños —recomendó el alto Escarlatum cuya piel brillaba con un carmesí intenso que los colores marrones de su armadura apagaban un poco.

—Mantenemos los ojos abiertos y el corazón guardado —aseguró Logan.

Nahia lo miró. Aquello de corazón guardado no le gustó del todo. Esperaba que no lo guardara del suyo.

—Daos prisa en mejorar y superar el entrenamiento avanzado. La invasión está cercana y tenéis que estar preparados o seréis una carga para nosotros —dijo Morgana con su expresión arisca de siempre.

—No seremos una carga para nadie —replicó Nahia, molesta.

—Eso está por ver —dijo la morena de ojos negros y clavó su mirada en Nahia.

—No te tengo miedo ni a ti ni a al entrenamiento —dijo esta desafiante y le aguantó la mirada.

—Pues deberías.

—Morgana, a su modo, solo quiere asegurarse de que estéis preparados para lo que viene. No será fácil y, como somos una escuadra, todos dependemos los unos de los otros —dijo Tilsa con su tono seguro y confiado y bebió de su copa de agua.

—Lo estaremos. No seremos una carga para la escuadra —aseguró Logan.

—¿Qué se sabe de la invasión? —preguntó Nahia. Miró alrededor y descubrió rostros que no conocía en el comedor.

—De momento solo sabemos que se está planeando con mucho cuidado y que ya están llegando las escuadras raudas que participarán —dijo Faden y se retiró el cabello del rostro.

—Cada vez está más concurrido esto —comentó Logan mirando alrededor.

—Lo estará todavía más —aseguró Sarmas—. Se requiere de un grupo considerable de escuadras para atacar a los gryphos.

—¿Seguro que se va a seguir adelante con esta invasión? —preguntó Nahia.

—Eso parece. Cuando los cinco reyes dragones toman una decisión, sobre todo si es de invasión, rara vez cambian de parecer. Muy mal deben irles las cosas en otros mundos para cancelar algo tan importante —explicó Tilsa.

—No le veo el menor sentido —negó con la cabeza Nahia.

—Tu opinión les trae sin cuidado a los señores dragones —contestó Morgana.

Nahia la miró con expresión adusta.

—Eso lo sé.

—No somos suficientes todavía, así que de momento podemos estar tranquilos y disfrutar —comentó Faden.

—¿Disfrutar? —preguntó Logan enarcando una ceja.

—De esta sabrosa comida, del descanso y de la compañía, por supuesto —respondió el Fatum con una gran sonrisa que iluminó su bello rostro.

—Nuestro Fatum es un alma alegre, en clara contraposición a nuestra humana —sonrió Sarmas y terminó de devorar una pata de pavo asada.

—Yo digo las cosas como son. Cuando invadamos Gryphoros se os quitarán las sonrisas de la cara —dijo Morgana. Se levantó y marchó sin mirar atrás.

—Vaya carácter… —comentó Nahia.

—Razón no le falta —expresó Tilsa—. Ahora comed e id a descansar, lo necesitáis.

Nahia y Logan asintieron. Los dos comieron mientras sus compañeros de escuadra charlaban sobre los últimos rumores. Nahia no podía quitarse de la cabeza que tendrían que ir a luchar contra los gryphos a su mundo. Aquella era una muy mala idea.

Capítulo 2

«¡Ya viene!» envió Nahia a Eki al vislumbrar una sombra a su izquierda entre las nubes. No había sido capaz de ver la silueta entera, pero sabía que les atacaban.

«¡Viene por la izquierda a nuestra misma altura!» envió Eki.

«¡Hay que esquivarlo!».

«¡Ahora, a la vez!».

Nahia y Eki esquivaron el ataque de Azkar-Gorri-Maisu y Mariska moviéndose a una en el último instante antes de ser embestidos. Eki se fue hacia la derecha dejándose caer a una velocidad tremenda. Nahia se dobló hacia delante y sujetó con fuerza lanza y escudo intentando minimizar el roce del viento contra su cuerpo. Descendieron rápido con el viento de costado.

«¡Nos siguen!» avisó Nahia, que miraba hacia atrás.

«¡Maniobra de esquiva ascendente!» avisó Eki y con una rapidez tremenda comenzó a ascender en diagonal cruzando las nubes.

Azkar-Gorri-Maisu no iba a dejarles escapar tan fácilmente y los siguió a gran velocidad. Nahia miraba sobre su hombro y veía al maestro acercarse peligrosamente con Marika sobre la silla. Llevaban días entrenando y, aunque iban mejorando, escapar de aquellos ataques resultaba dificilísimo. El maestro era demasiado rápido y para su tamaño maniobraba con una destreza increíble. Mariska se movía como si estuviera perfectamente sincronizada con el gran dragón rojo. La formación de evasión avanzada era un tremendo dolor de cabeza para Nahia y Eki.

«¡Lo tenemos pegado!».

«¡Maniobra de escape en picado!» envió Eki y el rápido y ágil dragón plateado hizo un movimiento brusco descendiendo como una centella.

Nahia iba tan pegada y echada hacia delante en la silla como podía. Azkar-Gorri-Maisu no pudo cambiar su trayectoria en el aire y Eki consiguió algo de separación. Aun así, el maestro continuó la caza.

«Lo hemos esquivado dos veces, si logramos una más la victoria será nuestra» envió Nahia a Eki llena de optimismo.

«Nunca hemos esquivado al maestro tres veces seguidas».

«Siempre hay una primera vez» envió ella para animarle.

«Intentarlo lo vamos a intentar».

Nahia sintió por el vínculo que le unía al dragón plateado que iba a darlo todo, así que ella también lo haría.

«¡Ya vienen!» Nahia vio que el maestro y Mariska se acercaban a gran velocidad.

Al gran dragón rojo le costaba virar, pero no así coger velocidad en cualquier dirección. Ahora venía directo por su espalda.

«Aumento velocidad» envió Eki.

Aleteó con fuerza para conseguir suficiente velocidad para mantenerse delante de Azkar-Gorri-Maisu y Mariska y evitar que los embistieran por la retaguardia.

«¡Más rápido, que nos dan!».

«¡Lo intento!» Eki consiguió igualar la velocidad de Azkar-Gorri-Maisu.

«¡Necesitamos separación!».

«Voy a esquivarlo con un picado».

«¿Picado?» a Nahia no le gustaban los picados.

«Sí, es como puedo conseguir mi velocidad máxima».

Nahia miró atrás y vio a Mariska muy cerca y señalándola con su lanza. En nada se le echaría encima.

«De acuerdo. Picado sea».

«Voy. Picado a velocidad rauda máxima».

Eki cambió de dirección con un movimiento tan hábil como brusco. Pasó de volar paralelo al suelo a descender de cabeza en un abrir y cerrar de ojos. Nahia, que ya esperaba el movimiento, se posicionó en la silla para facilitarlo. Lograron compenetrarse y el brusco cambio de dirección salió perfecto.

Azkar-Gorri-Maisu intentó realizar el mismo cambio de dirección, pero no pudo hacerlo tan bien como Eki por su mayor tamaño.

«¡Ahora! ¡A toda velocidad!» envió Nahia, que había visto la forzada maniobra del maestro.

Eki descendió a una velocidad vertiginosa, más rápido que ningún otro dragón. Azkar-Gorri-Maisu se lanzó en picado tras él. El gran dragón rojo descendía muy rápido, pero para su sorpresa, Eki lo hacía todavía a mayor velocidad.

«A trescientos pasos termino la esquiva con maniobra de amplitud».

«¿Maniobra de amplitud? ¿No puedes usar otra? Esa me mata».

«Si queremos esquivar al maestro solo esa funcionará».

«Está bien, avisa».

Nahia se resignó.

Eki siguió descendiendo como un rayo con las alas plegadas en una posición óptima para cortar el viento. Azkar-Gorri-Maisu intentaba darle alcance, pero entre la ventaja que ya le había sacado en el quiebro y el picado más rápido del dragón plateado, no lo conseguía.

«Vamos, ya casi lo tienes» animó Nahia a Eki.

Ella iba mirando hacia atrás y veía que Azkar-Gorri-Maisu no podía llegar.

«Cuatrocientos pasos…» avisó Eki.

Nahia se preparó. Lo que venía a continuación era un movimiento muy brusco y sentiría un fuerte tirón. Colocó lanza y escudo en sus sujeciones y se agarró con fuerza a la silla.

«Trescientos… ¡Ahora!».

Eki abrió las alas y de inmediato, por efecto del aire sobre ellas, salió despedido hacia arriba y algo hacia delante. A Nahia el estómago le bajó hasta los pies y se agarró con fuerza, el tirón que sufrió fue terrible. Aquel movimiento en contra de la velocidad de descenso la dejaba rota. Toda la sangre del cuerpo se le iba a los pies y sus músculos parecían romperse del fuerte tirón. Por un momento no pudo pensar.

Azkar-Gorri-Maisu, que venía detrás como una exhalación, vio la jugada e intentó reaccionar. Sin embargo, no pudo virar a tiempo y

vio cómo Eki ascendía mientras él se dirigía al suelo a enorme velocidad. Para evitar chocar contra los árboles abajo, realizó una curva de descenso a doscientos pasos para lograr ponerse paralelo al terreno y no estrellarse. Este movimiento lo alejó todavía más de Eki, que ascendía tranquilamente sin mover las alas, solo manteniéndolas abiertas en toda su extensión.

«¡Lo conseguimos!» Nahia no podía creer que lo hubieran logrado.

«Hemos esquivado al maestro por tercera vez. Es todo un logro».

«No sé cómo no se te rompen las alas con esa maniobra» dijo Nahia.

«Mis alas son duras, al igual que mis músculos y huesos».

«Aun así, me parece asombroso que puedas hacer eso».

«Agradezco el cumplido».

«Fin del ejercicio. Habéis logrado tres esquivas con éxito» llegó el mensaje de Azkar-Gorri-Maisu, que ya volaba hacia ellos.

Nahia no podía creerlo. Por primera vez conseguían vencer y no bajarían a tierra llenos de golpes. La alegría de Eki se le contagió y sonrió de oreja a oreja bajo el yelmo.

«¡Muy bien!» felicitó Nahia, que vio cómo el maestro comenzaba a seguirlos, pero se detuvo.

«¡Hemos conseguido evadirlo!» exclamó Eki.

Nahia sintió por el vínculo que los unía que estaba contentísimo. No era para menos, después de semanas de formación de evasión avanzada, aquella era la primera vez que conseguían dejar atrás a Azkar-Gorri-Maisu y Mariska.

Azkar-Gorri-Maisu y Mariska se situaron a su altura una vez Eki dejó de evadir.

«Habéis logrado finalizar este ejercido de esquiva con éxito. Es un gran paso en vuestro camino para convertiros en jinetes avanzados. Os salvará la vida cuando estéis luchando con criaturas voladoras rápidas y ágiles, como los peligrosísimos gryphos».

—Evadir al enemigo es media victoria en combate —dijo Mariska.

Nahia pensó que no le faltaba razón. Por su experiencia mínima con los gryphos tenía claro que evadirlos era la mejor opción en cualquier enfrentamiento que tuvieran con ellos.

«Descended y enviadme a Aroa y Logan. Veamos si ellos lo consiguen también o si necesitan algo más de entrenamiento».

El deseo de Nahia era por supuesto que Aroa y Logan pasaran la clase, pero no estaba segura de que lo fueran a conseguir. Eki era cada vez más rápido y desafiaba las leyes naturales que regían el vuelo de los dragones que establecían que cuanto más grande, más rápido era un dragón. El dragón plateado era más pequeño que los otros y, sin embargo, más veloz. Desde que habían vuelto de Gryphoros Nahia había podido constatar este hecho. Con cada ejercicio de entrenamiento, más rápido se volvía. Su mejora era gradual y no se notaba mucho, pero ella lo sentía. Dejar atrás al dragón más rápido de Jadrakos, un dragón rojo mucho más grande que Eki, era todo un logro. Nahia sospechaba que la velocidad de Eki se debía a alguna habilidad mágica que el dragón plateado tenía y de la que los otros carecían.

«Ahora mismo, maestro» envió Eki.

Realizó un movimiento brusco y descendió en picado a gran velocidad.

La habilidad para girar en el aire y realizar maniobras bruscas, no obstante, se veía favorecida por el menor tamaño de Eki. Era mucho más ágil y hábil con los cambios de dirección que otros dragones más grandes que él. En esto Nahia no sabía si había algo de magia envuelta, pero sospechaba que no. Eki era muy ágil por su menor tamaño y de forma natural, sin magia, o al menos esas eran sus suposiciones.

Se acercaron a tierra a gran velocidad en un picado rapidísimo y Eki calculó el momento para comenzar a realizar la curva que lo situara paralelo a tierra. Este cálculo no se le daba nada bien y a Nahia le ponía muy nerviosa cuando lo hacía. En más de una ocasión casi se había estrellado. Aquel día, por fortuna, lo hizo medianamente bien y pasaron sobre Aroa y Logan, que aguardaban en tierra a cien pasos sobre sus cabezas.

«Os toca, suerte» envió Eki.

«Gracias, la necesitaremos» envió Aroa.

Por desgracia, aquel día no sería feliz para todos. Aroa y Logan no consiguieron superar el ejercicio. Azkar-Gorri-Maisu y Mariska los

cazaron varias veces pese a todos sus esfuerzos. Terminaron doloridos y con el sentimiento de haber vuelto a fracasar.

«Lo conseguiréis pronto» los animó Eki.

«No sé si será muy pronto. Yo no soy tan rápida como tú» envió Aroa con un sentimiento de tristeza.

«La rapidez es solo parte de ello, la habilidad para maniobrar es igual de importante» intentó darle ánimos Eki.

«Pues en eso tampoco soy tan buena como tú, así que…» Aroa no encontraba muchas razones para la confianza.

—La práctica mejora siempre al practicante. Solo necesitamos un poco más de tiempo —comentó Logan, que se dolía de un golpe en el muslo derecho.

«Esperemos que con eso lo logremos» envió Aroa sin ningún optimismo o seguridad.

Nahia suspiró. Deseaba que Aroa y Logan lo consiguieran como lo habían hecho Eki y ella. Sabía que al final lo lograrían, ya que cada vez lo hacían mejor. Lo que temía era que para cuando lo hicieran Logan podría estar lleno de moratones por todo el cuerpo.

—Todo saldrá bien —dijo Logan, que pareció captar su preocupación.

Nahia asintió, pero no estaba tan segura de aquello.

Capítulo 3

Aquella noche, sentada en el comedor con Logan, Nahia observaba a los otros jinetes de dragón. El resto de sus compañeros de la Escuadra Meteorito ya habían terminado de cenar y se habían ido a descansar. Una idea comenzó a formarse en su mente. Allí había Brujos de Dragón excepcionales elegidos por ser los mejores para montar dragones. Estaba contemplando a los mejores. Llegaban desde hacía días para comenzar la campaña contra los gryphos. Cada día aparecía un puñado más, de dónde Nahia no lo sabía y le intrigaba. Algunos llegaban volando del sur, lo que quería decir que habrían usado la perla al sur de Drakoros. Otros lo hacían directamente a Jadrakos a través del portal por el que ella misma había viajado al mundo de los gryphos, lo que la hacía suponer que venían de otros mundos, de cuales no sabía, pero le interesaba mucho.

—¿Qué tramas? —preguntó Logan enarcando una ceja.

—¿Cómo sabes que estoy tramando algo?

—Por la cara que pones.

—No pongo ninguna cara.

—Oh, ya lo creo que la pones. Tu frente se frunce y tu mirada se pierde, pero mantiene un brillo intenso.

—Lo de fruncir la frente te lo compro, pero lo de la mirada perdida con brillo no. Me habrás pillado mirándote a ti —sonrió ella con un poco de coquetería.

Logan se ruborizó. Le costó un momento volver a su semblante serio e intenso de siempre.

—No es eso, así que dime qué andas pensando.

Nahia no pudo sino sonreírle. Le acarició la mejilla y asintió.

—Estoy pensando que deberíamos reclutar a todos estos jinetes para la causa. Son los mejores entre los Brujos de Dragón. Son formidables. Serían una ayuda increíble para lograr nuestros objetivos de libertad.

Logan suspiró con preocupación en los ojos.

—Es muy arriesgado. Hay unos cuantos Drakónidos entre ellos y los que no lo son… no puedes confiar en que estén abiertos a la causa. No todos opinan como nosotros y, aunque lo hagan, tienen miedo de las represalias de los dragones.

—Soy consciente del riesgo, no te preocupes por eso.

—Por supuesto que me preocupo y no sé hasta qué punto eres consciente del peligro que te rodea —Logan miró a ambos lados para asegurarse de que no había nadie escuchando su conversación.

—Sin riesgo no hay forma de lograr un objetivo ambicioso. Si no arriesgamos puede que no muramos, pero seguro que no triunfamos. Los dragones seguirán reinando y esclavizando nuestro mundo y el de otros.

Logan se recostó y observó a los jinetes mientras pensaba en las palabras de Nahia.

—Como sé que no vas a parar, lo más seguro es hablar con humanos, Fatum y Felidae. En ese orden. Los Tauruk-Kapro son arriesgados y de los Drakónidos ni pensarlo.

Nahia le sonrió.

—Gracias por apoyarme siempre. Eres el mejor.

—Que te apoye no quiere decir que esté del todo de acuerdo contigo.

—Mientras estés un poco de acuerdo conmigo ya me vale.

—En aquella mesa hay dos humanos hablando. Son de dos escuadras diferentes, así que deben conocerse de hace tiempo. Podemos sentarnos con ellos con la excusa de ser todos humanos y vemos si son una opción o no —propuso Nahia mirando hacia los jinetes a los que se refería.

—¿Cómo vemos si son una opción o no? —Logan frunció el ceño.

—Yo soy muy buena captando estas cosas.

—¿Lo eres?

—Sí, mi llama interior me lo indica —mintió ella con una expresión de niña buena.

Logan la miró alzando una ceja y expresión de incredulidad.

—No sé yo… —negó con la cabeza.

—No te preocupes, yo me encargo —aseguró ella.

Se levantaron y fueron hasta la mesa de los dos humanos.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Nahia con tono amistoso.

El humano rubio de ojos azules le hizo una seña indicando los asientos libres.

—Por supuesto, todos somos jinetes aquí, no vamos a negaros la palabra.

El de pelo castaño y ojos pardos también asintió.

—Además sois humanos.

Nahia y Logan se sentaron con ellos.

—Yo soy Nahia y él es Logan.

—Yo Guins, de la Escuadra Luna —dijo el rubio—, y este es Jake de la Escuadra Volcán.

El castaño saludó inclinando un poco la cabeza.

—Encantada de conoceros —dijo Nahia.

—Vosotros dos sois nuevos, no os habíamos visto antes por aquí —dijo Guins.

—Acabamos de graduarnos como Jinetes de Dragón —explicó Logan.

—Entonces estáis con el entrenamiento avanzado —intuyó Jake.

—Sí, en eso estamos —asintió Nahia y puso cara de que no lo estaban pasando bien.

—No os agobiéis demasiado, pronto acabará —aseguró Guins.

—Los ejercicios son… complicados… —expresó Nahia con intención de dar conversación.

—Lo son, pero al final lo que se persigue no es solo que seáis buenos luchadores sino buenos jinetes —explicó Guins.

—¿Te refieres a la forma de montar? —preguntó Logan algo confundido.

—Sí, pero más que eso al vínculo con vuestro señor dragón —aclaró el rubio.

—Se busca que el vínculo crezca fuerte entre jinete y dragón de forma que luego en vuelo y combate seáis como uno —explicó Jake.

—¿Y se consigue? —preguntó Nahia, aunque lo que en realidad quería preguntar era hasta qué punto llegaba ese vínculo.

—Lograréis estar muy compenetrados con vuestro señor dragón —aseguró Guins.

—Y, ¿eso es… bueno? —preguntó Nahia con tono de duda.

Logan se movió en su sitio. No mucho, lo suficiente para que Nahia se diera cuenta. Era una pregunta que podía meterlos en un problema.

Los dos jinetes veteranos se miraron.

—Esa pregunta puede ser malinterpretada —advirtió Jake.

—Y puedes acabar mal —añadió Guins.

—Es por desconocimiento —Nahia se encogió de hombros y disimuló—. ¿Qué podemos esperar del vínculo?

—El vínculo crece como un ente de magia viva. Sentirás parte de lo que tu señor dragón siente y él lo que tu sientas —explicó Guins.

—También ayuda a reaccionar antes en combate, a estar más compenetrados —añadió Jake.

—¿Sabrá mi señor dragón todo lo que siento? —preguntó Nahia casi con temor a que la respuesta fuera que sí.

—Mucho de lo que sientes. Cuanto más tiempo llevéis juntos, más fuerte será el vínculo y más sentirá de ti —explicó Guins.

—Pero supongo que yo de él no, porque habrá algún límite…

Jake asintió varias veces.

—Así es. Los dragones no permiten que nosotros lo sintamos todo a través del vínculo, lo cortan. Ellos pueden hacerlo, nosotros no.

—Ya me imaginaba que sería algo así.

—Ellos son los señores y nosotros sus esclavos. No van a permitirnos saber todos sus secretos —dijo Guins y le guiñó un ojo.

A Nahia la respuesta no le sorprendió. Decidió que había llegado el momento de arriesgar en la conversación.

—¿Habéis oído algo sobre los rumores de rebelión? —preguntó Nahia y los miró a los ojos.

Logan se movió inquieto de nuevo.

Guins y Jake intercambiaron una mirada.

—Vosotros sabréis más que nosotros, se dice que esos rumores vienen de Drakoros y nosotros hace tiempo que no visitamos la academia.

Nahia asintió.

—Hemos oído algunas cosas, sí. Lo que no sabemos es si queréis conocer lo que está sucediendo o preferís no saber nada del asunto.

Se hizo un silencio tenso.

Logan miró a Nahia de reojo. Ella estaba relativamente tranquila, no había dado a entender nada más que habían oído algo y ahora les había pasado a ellos el turno de arriesgar. Y si no lo hacían, tampoco lo haría ella.

Guins se pronunció.

—Hablar de estos temas se considera traición. Los dragones nos ejecutarán si se enteran.

—Si se enteran… —Nahia miró alrededor subrayando que allí no había ningún dragón a la escucha.

—¿Por qué queréis hablar de este tema? —preguntó Jake con la frente arrugada.

No se fiaba de ellos, algo normal, pues se acaban de conocer.

—Por saber qué sucede. No es más que curiosidad natural —dijo Logan sin arriesgar.

—No buscamos comprometeros, si es eso lo que piensas.

—Me parece extraño que sin conocernos de nada queráis hablar de esto —dijo Guins con tono de sospecha.

Nahia vio que era mejor no forzar el asunto.

—Era solo por curiosidad, no pasa nada —levantó las manos dejando el tema correr.

—Siempre hay rumores de todo tipo y queríamos asegurarnos de si había alguna verdad en ellos o no —dijo Logan y se encogió de hombros disimulando.

Guins asintió.

—Si escuchamos algo os lo comentaremos.

—Gracias —se apresuró a decir Logan para cerrar el tema.

Nahia y Logan charlaron un buen rato con ellos sobre asuntos diversos no muy trascendentes. Luego llegaron al tema de la

campaña de invasión en el mundo de los gryphos.

—Va a empezar pronto —auguró Guins—. Cada día llegan nuevos jinetes.

—Y no somos tantos —añadió Jake.

—Las escuadras que llegan, como las vuestras, ¿de dónde vienen? —se interesó Nahia.

—Eso depende de qué guerra esté en curso y del estado de esta —respondió Guins—. Mi escuadra estaba en Jumeglia, el mundo de los Selvaris. ¿Os suena?

Nahia asintió.

—Sí. Según tengo entendido es un mundo verde donde las plantas cubren toda su superficie, un mundo tropical de selvas lleno de flores exuberantes. Los Selvaris lo llaman Biziohian.

—Vaya, es raro encontrar a alguien que conozca ese mundo —dijo Guins. Echó la cabeza hacia atrás sorprendido.

—Una compañera de escuadra conoció a unos Selvaris en las mazmorras de Drakoros. Nos contó sobre ellos. Los dragones tienen ese mundo conquistado. ¿Por qué os enviaron?

Guins asintió.

—Nos enviaron en misión de control.

—¿Misión de control? —quiso saber Logan.

—Sí, el trabajo consiste en que los conquistados no se revuelvan demasiado —explicó Guins.

—Oh, entiendo. Controláis los posibles levantamientos —dedujo Logan.

—Eso es. Muchas misiones para escuadras como las nuestras, aéreas y raudas, son de este tipo concreto.

—¿Por qué razón? —Nahia quiso más detalles, aquella información le parecía muy interesante.

—Porque somos rápidos y efectivos —explicó Guins—. Llegamos a un mundo, vamos a las ciudades o pueblos sometidos en él y realizamos pasadas de control. Si enviaran al ejército de tierra les llevaría una eternidad. Los mundos son en general enormes y muchos con terreno muy agreste. Recorrerlos les lleva años.

—¿Y por qué no van dragones sin jinete? —preguntó Nahia.

—Por una razón similar. Son más lentos que nosotros y en algunos mundos, como el de los gryphos, están expuestos si van sin jinete.

—Entiendo.

—Por eso este decía que es más eficiente que nos envíen a nosotros. Aunque siempre hay dragones no raudos en todos los mundos. Son la fuerza de ocupación.

—Así que después de invadir un mundo y conquistarlo se quedan —dedujo Nahia, que estaba pensando en Tremia y en que, si los dragones ganaban se quedarían a gobernar.

Eso sería terrible para Egil, Lasgol, las Panteras de las Nieves y todos en Tremia.

—Por supuesto, tienen que controlarlo —explicó Guins.

—¿Cómo están las cosas allí? —Nahia quería recabar información para poder ayudar a los Selvaris.

Era uno de los propósitos de Dafne. Quería ayudarles después de haber conocido a Oihane y los suyos en las mazmorras.

—Es un mundo peligroso. Los Selvaris andan experimentando con venenos, algunos muy potentes. Si te descuidas y te alcanzan con una flecha o un dardo, no lo cuentas.

—¿Venenos para acabar con nosotros? —Nahia ya sabía que los Selvaris estaban experimentando con venenos para matar dragones, pero quería averiguar qué sabía Guins del asunto y si había novedades positivas.

—Se rumorea que están buscando crear un veneno tan potente que pueda matar a un dragón.

—Vaya, eso pondrá nerviosos a los dragones —comentó Logan.

—Lo hace, por eso nos enviaron allí. Tuvimos que controlar dos zonas donde se dice que están experimentando.

—¿Y es cierto? Me extrañaría… —Nahia intentó no parecer demasiado interesada.

—Que utilizan venenos es cierto, que pueden matarnos a nosotros, también. Perdimos a un jinete de la escuadra.

—¿No hay antídoto? —Logan hizo un gesto de contrariedad.

—Para que haya antídoto se debe conocer el veneno primero —dijo Guins—. Los venenos que usan son nuevos y mezclan sustancias

muy tóxicas. Ni se conoce el veneno ni hay antídoto.

—Eso no suena nada bien… —Nahia arrugó la nariz.

—No es un destino agradable. Toda escuadra que es enviada a ese mundo pierde jinetes.

—¿Y dragones?

—De momento no. Los dragones parecen soportar esos venenos, aunque han conseguido hacerles enfermar con una mezcla muy potente de uno nuevo

—¿Enfermar los dragones? ¿Hasta qué punto? —esta vez era Logan quien preguntaba con tono de que no podía creerlo.

—Enfermar hasta el punto de que no pueden volar y apenas andar. Lo ocultan, pero lo he visto con mis propios ojos.

—¿Y se recuperan? —preguntó Nahia enarcando una ceja.

—Al cabo de unos días, pero podría no ser ese el caso en el futuro si siguen aumentando la toxicidad de los compuestos venenosos.

—Vaya, curioso… —comentó Nahia disimulando.

Si pudieran desarrollar un veneno que matase dragones sería un avance increíble en la lucha por la libertad. Deseó con todo su ser que los Selvaris lograran su propósito.

—En cualquier caso, salimos de allí con solo una baja, con lo cual estamos buscando un nuevo jinete para la escuadra.

—¿Cómo buscáis? —se interesó Logan.

—Todas las escuadras tienen bajas. Una vez aquí, en Jadrakos, las que menos componentes tienen se redistribuyen entre las otras. Estamos a la espera de que nos asignen un jinete.

—Una forma triste de encontrar nueva escuadra… —se lamentó Nahia.

—Lo es, pero al menos quien llega a una nueva es porque ha sobrevivido.

—Cierto —asintió Logan—. Agradecerán poder entrar en la nueva escuadra.

—Sería mejor no perder tantas vidas… —comentó Nahia.

Hubo un momento de silencio.

Logan lo rompió.

—¿Y tú, Jake? ¿Dónde has estado de misión antes de venir aquí?

Jake se echó para atrás en la silla.

—A mi escuadra también la han tenido en misión de control en el mundo de los centauros.

—Vaya, deben ser de lo más interesante —dijo Nahia interesada.

—Bueno, no creas. Son luchadores muy poderosos con esos cuerpos de caballo que tienen, y su magia es poderosa también.

—¿Qué tipo de magia tienen los centauros? No sé mucho de ellos.

—Nadie sabe demasiado de ellos —respondió Jake—. No hablan nuestra lengua y tampoco son de los que intentan comunicarse demasiado, más bien atacan. Su magia es una mezcla de magia de naturaleza y animal.

—¿Magia animal? —Logan enarcó ambas cejas.

—La llamamos así. Es la que ciertas criaturas tienen, incrementa su fuerza, velocidad o ferocidad —explicó Jake.

—Oh, ya veo —Logan se quedó pensativo imaginándoselo.

—Si ya de por sí los centauros son fuertes, cuando potencian su cuerpo con esa magia se vuelven peligrosísimos.

Nahia asintió.

—¿Tuvisteis problemas?

—Por suerte estaban tranquilos y no tuvimos ningún encontronazo —Jake hizo un gesto con la mano como que se quitaba el sudor de la frente.

—Y sabiendo que hay mundos tan peligrosos que controlar, ¿no os parece un poco descabellado atacar ahora a los gryphos en su mundo? —preguntó Nahia.

—Eso da igual —respondió Guins—. Cada cierto tiempo los dragones lo hacen para poner a los gryphos en su lugar, o eso dicen ellos.

—Atacan para que no crezcan en poder, los quieren mantener debilitados —continuó explicando Jake.

—No entiendo cómo van a conseguir eso —Nahia frunció la frente.

—Matando a todos los que puedan —dijo Guins.

—¿No vamos en misión de invasión de su mundo? —preguntó Nahia, que ya sospechaba que algo no encajaba en aquellas

afirmaciones.

Guins y Jake se miraron y luego ambos negaron con la cabeza.

—Vamos a matar gryphos —le clarificó Jake.

Capítulo 4

El sol del desierto bañaba con sus rayos dorados las Montañas de Sangre y al grupo que esperaba sobre ellas. Parecía querer transmitirles con un sentimiento de fuego implacable la dureza del entorno en el que se encontraban y el futuro que aguardaba. Los haces de luz abrasadores recordaban a cada instante que quien no se protegiera de ellos, los acabaría sufriendo en piel y alma. El rey del firmamento diurno no tenía piedad en los inmensos desiertos del sur de Tremia, y tampoco los enemigos de aquel grupo.

—Preparado para acabar con un par de feos lagartijos voladores de malas intenciones —proclamó Viggo con los brazos en jarra mirando fijamente hacia la Perla del Desierto que descansaba sobre la roca roja de la montaña.

—No sabemos cuántos dragones vamos a encontrar al salir en la Perla del Este, podrían ser más —corrigió Lasgol con tono de que podrían tener problemas serios.

—¡Da igual cuántos haya! Salimos, los matamos y asunto solucionado —replicó Viggo tan tranquilo y lleno de su característica y desorbitada confianza.

«Poder ser muchos. Más de diez. ¿Entonces tú qué hacer?» envió Camu y sacudió la cola, nervioso.

—Pero ¿por qué dices eso, bicho? No llames a la mala suerte. Solo va a haber dos lagartijos, como mucho tres.

—Camu tiene razón. Puede haber más y de haber tres tendremos muchos problemas, y de los malos —adujo Gerd cruzando sus fuertes brazos sobre su fornido torso norghano.

—Bah, ya nos hemos cargado a unos cuantos. No me intimidan lo más mínimo —Viggo hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Yo he estado mucho tiempo ausente, pero… ¿desde cuándo podemos matar dragones con facilidad? —preguntó Nilsa enroscando el dedo índice en su melena pelirroja con aire de incredulidad.

—Viggo exagera, no le creas —dijo Lasgol—. Hemos matado algunos dragones, pero usando la cabeza, y no ha sido nada fácil. Los sorprendemos a solas y atacamos sin que nos vean. Y, aun así, cuesta darles muerte —replicó mostrando su arco dorado.

—Y no morir en el intento —añadió Gerd.

—¡Tonterías! ¿Acaso no hemos matado dos aquí mismo hace nada? —Viggo señaló sobre las rocas rojas hacia el lugar donde había ocurrido el enfrentamiento. Habían escondido los cadáveres de los dragones en el interior de las montañas por si aparecían otros, de forma que no supieran lo que allí había acontecido.

—Te recuerdo que no fue nada sencillo —insistió Gerd.

«Peligroso y nosotros tener ayuda de Brujos de Dragón».

—Ya… ya… A propósito, ¿dónde están? —preguntó Viggo mirando alrededor.

—Están a punto de llegar —dijo Aibin y señaló en dirección a Jafarika, la ciudad al este en medio del desierto que se abría en aquella dirección.

—Más les vale. No hay tiempo para esperas, bastante hemos perdido ya —protestó Viggo y golpeó con la bota el suelo—. Estoy impaciente por partir.

—Hemos tenido que esperar a que Ona y Argi se recuperaran de sus heridas… —dijo Gerd y sacudió la cabeza mientras ponía cara de que no podía creer la insensibilidad de su compañero.

«Ona y Argi tener que estar bien primero», envió Camu y le lanzó a Viggo una mirada de estar molesto con él.

Ona y Argi escuchaban atentos con las orejas tiesas junto a Camu. Sabían que se hablaba de ellos.

—Podríamos habernos ido sin la minina y el chucho aullador.

«No poder. Nosotros no abandonar a nadie».

—Nadie que sea una persona. Esos dos son animales, podemos dejarlos atrás.

Ona y Argi gruñeron a Viggo.

«Ona y Argi siempre con nosotros. Dejarte a ti atrás primero» aseguró Camu.

—Yo soy una persona y tú un bicho, así que no me digas a quién abandonamos o no.

«Tú mucho feo».

—¡Mira quién habla! —Viggo hizo un gesto de que le hacía gracia.

—Ya están recuperados, gracias a los cuidados de Edwina. Has hecho una labor estupenda —agradeció Lasgol a la sanadora.

—Es un placer poder ayudar a criaturas tan maravillosas —respondió ella y miró a la pantera de las nieves y al lobo gigante con ojos de ternura—. Pero recordad que, aunque puedo sanar lo inmediato, el cuerpo siempre requiere de su tiempo. No es posible tomar atajos. Están recuperados, pero necesitan de algo más para sanar del todo.

«Ona, Argi, no atacar. Descansar y recuperar», envió Camu.

La pantera y el lobo miraron a Camu y gimieron.

Aguardaron en silencio un momento. La brisa del desierto les rozó con su toque árido y abrasador.

—Les queda poco para llegar. Ya puedo ver a los Brujos de Dragón del Escuadrón Rojo subiendo por nuestra montaña sagrada —indicó Aibin, que vigilaba subido a un saliente de roca roja.

—Son realmente fascinantes —comentó Nilsa frotándose las manos, nerviosa—. No puedo creer que sean de otro mundo, ¡del de los dragones nada menos! Y que además conozcan a Egil. Es… increíble.

—Eso es porque últimamente sales poco —Viggo hizo una mueca de burla.

—Muy gracioso —Nilsa le sacó la lengua de vuelta—. Ya me hubiera gustado verte a ti con mis heridas.

—Imposible. A mí no me hiere ningún dragón. Soy un luchador demasiado bueno.

—Ya, a ti solo te congelan vivo para que dejes de dar la tabarra, como a un moscardón insufrible —replicó Nilsa.

«Muy bueno», Camu sonrió y movió la cola, contento.

—La pelirroja tiene día gracioso hoy… Mejor miras por dónde andas, patosita, que a mí tus gracias no me afectan —Viggo hizo un

gesto de que a él no le importaba nada lo que ella le dijera, como si le resbalara cualquier comentario.

—No sabes cómo te he echado de menos… —dijo Nilsa y movió la cabeza de lado a lado negando con contundencia.

Gerd suspiró.

—Vamos consiguiendo esa química que teníamos. Me llena el corazón de alegría. También de dolor la cabeza.

—Mejor de dolor que de miedo, que es de lo que generalmente se te llena —reprochó Viggo.

—Parece que la congelación que sufriste te ha dañado un poco más la cabeza descacharrada esa que tienes. Hace mucho que superé mis miedos, ahora los controlo y no tienen efecto en mí.

—Ya, como esa cojera que disimulas, que parece que tienes la cadera de hierro fundido.

—No te metas con Gerd y menos con sus secuelas por lo ocurrido en el Refugio —regañó Nilsa.

—No te preocupes, Nilsa, nada de lo que este botarate diga me va a afectar —aseguró Gerd con un sonrisa cariñosa hacia la pelirroja.

—Hablando de secuelas, ¿te han quedado? —preguntó Viggo a Nilsa.

—Ninguna. Solo un par de enormes cicatrices… —confesó mientras se pasaba el dedo índice por todo su torso hasta el estómago.

—A tu noviete no le van a gustar —afirmó Viggo y miró a Aibin.

El hermano menor del líder de los Desher Tumaini lo miró con sus ojos oscuros.

—Lo realmente importante es lo que llevamos aquí —dijo Aibin señalándose el corazón—. La belleza exterior es como el desierto, con el tiempo lo consume todo. Sin embargo, el alma es como el halcón que vuela alto y veloz disfrutando de los cielos.

«Tú decir muy bien», convino Camu.

—¡Puf! Encima es poeta, mejor no respondo —dijo Viggo y sacudió la cabeza.

—Mejor cierras la boquita esa de cotorra que tienes —dijo Nilsa e hizo el gesto con los dedos sobre los labios.

Viggo entrecerró los ojos mirándola.

—En el fondo me adoráis y lo sabéis. Además, ¿qué haríais sin mí? Nada —Viggo levantó la barbilla, orgulloso de sí mismo.

—Ya están aquí —avisó Aibin.

Todos se volvieron para ver llegar al Escuadrón Rojo. Los guiaban una docena de guerreros de los Desher Tumaini. Las tres escuadras al completo subieron por las rocas hasta llegar junto al grupo.

—Bienvenidos a los dominios de mi pueblo —los recibió Aibin abriendo los brazos mientras bajaba a su encuentro.

«Yo traducir en mente», se ofreció Camu ya que Aibin no tenía un anillo como las Panteras de las Nieves.

—Estupendo, Camu —agradeció Lasgol.

—Es un placer pisar roca en lugar de arena. Agradecemos el recibimiento —respondió Dafne, que arrugó la nariz al mirar el desierto a su espalda. Luego se inclinó y saludó con respeto a Aibin, junto al que se habían situado los guerreros que los habían guiado hasta allí.

Lily, Ivo, Taika y Aiden realizaron también una pequeña inclinación con la cabeza a modo de saludo de respeto.

—El sol es abrasador en estos lares —comentó Lily y miró hacia el astro en los cielos protegiéndose los ojos de sus rayos—. Aunque lo prefiero mil veces al frío y la nieve de vuestro reino —dijo a las Panteras de las Nieves.

Lasgol asintió.

—Ambos climas son bastante extremos.

—A mi piel carmesí le sienta bien el sol. Vuestra lluvia, nieve y viento helado, por el contrario, muy mal.

—El sol del desierto quema toda piel, deberías tener cuidado —dijo Edwina, que estaba junto a Nilsa observando.

—Mi piel es roja y resistente al sol —dijo Lily mostrando su rostro.

—Te lo quemará… —advirtió Edwina.

—Mejor si le haces caso, es una sanadora y de esto sabe —aconsejó Nilsa.

—No digo que no me vaya a quemar, solo que mi piel lo aguanta bien. Pero sí, tendré cuidado, no puedo permitirme quemar esta

maravillosa piel y arruinar mi belleza y encanto —sonrió Lily.

—¿Cómo están las cosas en Jafarika? —preguntó Aibin con tono de preocupación.

—Tenemos la ciudad bajo control. Los soldados Felidae del rey dragón blanco se han unido a nosotros y a la revuelta —explicó Dafne.

—Hemos parlamentado con ellos y hemos conseguido convencerles —explicó Taika—. No ha sido sencillo, pero nos han escuchado.

—Las cabezas de dragón habrán sido un aliciente significativo en las reuniones —comentó Viggo con una sonrisa llena de ironía.

Taika asintió.

—Haber matado tres dragones y que hayan presenciado la muerte de uno ha sido crucial para que se unan a nosotros.

—No solo se han unido, nos han nombrado sus líderes —añadió Lily.

—Vaya, eso son muy buenas noticias —se animó Nilsa y aplaudió el logro.

—Somos Brujos de Dragón, somos sus superiores, en cualquier caso… —indicó Aiden con expresión de no estar muy contento.

—Necesitan alguien que los lidere. Son soldados que siempre han recibido órdenes de los dragones y no saben qué hacer o cómo. Los oficiales están perdidos sin alguien al mando —explicó Taika.

—Supongo que muerto el rey, vivan los nuevos reyes —dijo Gerd y pasó la mirada por los componentes de las tres escuadras.

—Yo sería una reina estupenda para la ciudad —opinó Lily y sacudió su melena a la brisa ardiente del desierto.

—No es nuestro lugar reinar —corrigió Ivo—. Nosotros restablecemos el orden y el equilibrio.

—Eso sería convertirnos en lo que más odiamos —añadió Taika.

—Los dragones… —entendió Lily y asintió—. Una pena que tengas razón, estaría divina sentada en un trono con todos a mis pies —sonrió con coquetería.

—Me agradas, tienes buenos pensamientos, de los que llevan lejos —dijo Viggo a Lily.

Lily le sonrió y le hizo una pequeña reverencia.

—¿Y los noceanos, los residentes conquistados de la ciudad? ¿Cómo se han tomado el cambio de situación? —preguntó Lasgol.

Dafne torció la cabeza. Luego miró hacia la ciudad.

—Mejor de lo que esperábamos. No han ofrecido resistencia y no se han revuelto contra nosotros. La verdad es que la situación no cambia mucho para ellos, ya que siguen estando bajo el control del ejército del rey dragón blanco. Lo que cambia es que ese ejército es ahora nuestro y no del rey dragón.

—Quizá todavía no lo perciban, pero es un gran cambio positivo —comentó Gerd.

—Están asustados, lo que es completamente normal —comentó Taika.

—¿Aterrados de vosotros? —se extrañó Nilsa.

—No, no de nosotros, de que hayamos matado al señor dragón de la ciudad —explicó Dafne.

—Como deberían estar. Las consecuencias de esto serán muy graves para todos —auguró Aiden.

—Vuestro dragoncito sin alas no parece muy contento de lo que hicimos —intervino Viggo.

—Eso es porque no lo estoy. Los señores dragones demandarán sangre por esto. No van a dejar pasar la muerte de tres dragones y mucho menos la traición cometida.

—No sé yo si este lagartijo sin alas está de nuestra parte —Viggo lo miró con ojos entrecerrados—. Mejor lo mato y evitamos correr riesgos —dijo y se llevó las manos a los cuchillos en su cintura.

Aiden dirigió las suyas a su espada y daga.

—Inténtalo y muere —retó.

Viggo fue a moverse hacia Aiden, pero Gerd le dio un abrazo de oso y lo aprisionó los brazos.

—Quieto… Nada de peleas entre nosotros.

Viggo intentó sacudirse el abrazo de encima, pero la fuerza de Gerd lo impidió.

Lily se puso delante de Aiden evitando que este atacara. Lo miró y le susurró algo.

—Tranquilo. No nos conocen bien, es normal que duden.

Aiden levantó la barbilla. No dijo nada y no se movió.

—Mantengamos la calma, somos aliados —dijo Dafne.

Lasgol asintió.

—Tenemos que confiar los unos en los otros. Es vital para poder colaborar y conseguir nuestros objetivos.

«Todos ser aliados. Confiar», envió Camu insistiendo en el mensaje.

Nilsa se acercó a Viggo.

—Recuerda que tienes que rescatar a Ingrid —dijo y señaló hacia la Perla.

Por un momento Viggo se debatió entre atacar a Aiden o seguir el consejo de su amiga.

—Está bien. La pelirroja tiene razón, no tengo tiempo para esto. Tengo que ir a rescatar a mi amada. Pero ese lagartijo sin alas no me gusta nada. No me fio de él.

Gerd soltó a Viggo, que sacudió sus brazos.

—El sentimiento es mutuo —respondió Aiden y sin alterar su expresión dura de Drakónido no se alteró.

Se produjo un silenció en el que parecieron poner de manifiesto las dudas de aquella alianza entre gentes de mundos muy diferentes. ¿Funcionaría? ¿Serían capaces de trabajar juntos para lograr el objetivo final de la libertad? Todos lo deseaban, pero lograrlo iba a requerir confiar, derramar sangre y morir.

Capítulo 5

Aibin abrió los brazos y se pronunció rompiendo la tensión.

—Es momento de buscar alianzas, no enemistades. Los tiempos han sido difíciles, y se pondrán todavía más. Los Desher Tumaini os aceptamos como aliados, tanto a nuestros viejos amigos norghanos como a los nuevos procedentes del lejano Kraido.

Taika asintió.

—Aiden y Aibin tienen razón en cuanto a que la situación se va a complicar aquí. Los dragones regresarán a recuperar esta Perla y la ciudad liberada. Y cuando descubran lo sucedido su furia se hará sentir.

—Y un dragón en particular lo hará muy pronto… —musitó Lily sacudiendo la cabeza.

—Nuestro líder, Irakas-Gorri-Gaizt —desveló Taika con expresión sombría.

—Sí, regresará a por nosotros y cuando descubra lo que ha sucedido… —Ivo resopló fuerte por la nariz.

—Si es que no le informan antes y viene ya enterado —comentó Dafne con expresión de que la situación sería muy mala.

—Lo sepa o lo descubra al llegar aquí, las consecuencias serán las mismas. Es un deshonor impensable lo que hemos hecho. Quedará en evidencia ante los otros dragones y el rey dragón rojo. No nos perdonará —afirmó Aiden con tono de ahogo.

Hubo un silencio de preocupación, no solo en la Escuadra Ígnea, también en la Ardiente y la Candente. Sus compañeros sacudían las cabezas y musitaban malos augurios entre dientes. Todos sabían que Irakas-Gorri-Gaizt no tendría piedad con ellos después de lo que habían hecho. No solo por el crimen cometido sino por el deshonor que le traería.

—¿Qué plan tenéis? —preguntó Lasgol, cuyo tono y expresión no pudieron disimular que entendía la gravedad de la situación del Escuadrón Rojo.

—Sin tu arco dorado poco podemos hacer contra un dragón y menos aún contra uno tan poderoso como nuestro líder —respondió Dafne y suspiró profundamente.

—Podrías dejárnoslo prestado, para defendernos —sugirió Lily, que sabía que la respuesta sería que no, pero aun así lo intentó.

«Vosotros no poder usar» envió Camu.

—¿Qué quieres decir con que no podemos usarlo? —a Dafne se le abrieron mucho los ojos.

«Arco usar magia dorada. Vosotros magia plateada».

—¿Qué tiene que ver? —preguntó Lily, que tampoco entendía lo que sucedía y fruncía el ceño.

—Para usar el arco hay que hacerlo con magia, y debe ser dorada —explicó Lasgol—. Quienes no tienen el Don y en concreto de origen dorado, no pueden activar su poder.

—Eso no lo sabíamos y es muy… descorazonador… —expresó Ivo cruzando sus fuertes brazos sobre el torso.

—Pensábamos que podríamos usar las armas doradas para luchar contra los dragones —explicó Taika—. Es una muy mala noticia.

—¿Seguro que no podemos usar el arco con nuestra magia? —Dafne se resistía a creerlo. Tenía la nariz arrugada y ojos de extrañeza.

«Vosotros sangre de dragón en venas. No sangre dorada», explicó Camu.

—Como ya sabéis hay diferentes tipos de magia y también diferentes orígenes. No todos tenemos la misma ni proviene del mismo lugar —intervino Edwina intentando explicarlo.

—Bueno, probadlo y saldremos todos de dudas —propuso Nilsa y miró a Lasgol.

—Me parece bien —Lasgol le cedió el arco a Dafne.

La Fatum lo cogió en sus manos.

—Nunca he usado un arco…

—Tranquila, yo te explico —se ofreció Nilsa y fue junto a ella.

—Gracias. En nuestro mundo el arco se considera un arma vil. Por eso no nos enseñan a usarlo —explicó.

—Si los dragones no quieren que sepas usar un arco, por algo será —dijo Viggo enarcando ambas cejas y con una sonrisa maliciosa.

«Arco muy bueno contra dragones».

—Sí, eso lo sabemos ahora —dijo Lily—. Ojalá lo hubiéramos sabido antes.

Nilsa le dio unas breves y expertas explicaciones a Dafne. La ayudó a poner una flecha y apuntar hacia una roca a diez pasos, donde colocaron su escudo como blanco.

—Cuando estés lista solo tienes que soltar la flecha. Mantén el brazo firme.

—De acuerdo. ¿Cómo activo su poder? —preguntó a Lasgol.

—Tienes que coger energía de tu interior y enviarla al arco justo antes de soltar. Si el arco usa tu energía mágica, producirá un destello dorado. Si el destello no se produce, entonces es que la magia no se ha activado y saldrá un tiro de arco normal.

—Entendido. Voy a intentarlo —Dafne cerró los ojos y se concentró.

Tenía el arco bien sujeto y posicionado para tirar. Cogió energía de su interior e intentó enviarla al arco. Podía sentir que aquel arma tenía su propia energía, una poderosa y latente. Solo necesitaba interactuar con ella. Le pareció que podría lograrlo. Ella era una Fatum y, por lo general, todo lo relacionado con el mundo de la magia se le daba bien, por eso era capaz de sanar con ella.

Respiró profundamente y consiguió discernir un aura dorada alrededor de todo el arco. No había duda, la magia imbuía aquel arma por completo. Parecía como si estuviera hecha de ella. Cogió una buena cantidad de energía de su dragón interior y la envió a interactuar con el aura del arma. Al juntarse su energía con la del arco se produjo una reacción, pero no la esperada.

Se originó un estallido y Dafne salió despedida de espaldas. Golpeó el suelo tres pasos más atrás y el arco cayó al suelo. La había rechazado.

—¡Vaya! —Nilsa se llevó las manos a la cara.

—Yo diría que al arco no le ha gustado tu roce —comentó Viggo con una sonrisa.

—¿Estás bien? —preguntó Taika a Dafne acercándose hasta ella.

—Sí, solo un poco aturdida…

«Yo avisar. Solo magia dorada. Magia plateada mal».

—Y tan mal —estuvo de acuerdo Lily.

Lasgol recogió el arma del suelo y la inspeccionó.

—Al arco no le ha sucedido nada. Creo que lo que ha pasado es que ha rechazado tu magia —dijo a Dafne.

Esta se puso en pie con la ayuda de Taika.

—Sí, eso he sentido yo también. No le ha gustado nada mi energía —dijo y sacudió la cabeza intentando despejarse.

—No podéis usar las armas doradas, no con vuestra magia, al menos —sentenció Nilsa y abrió las manos a modo de disculpa.

—Eso es una decepción tremenda. Contábamos con ello —se lamentó Dafne.

—Déjame probarlo a mí —pidió Ivo.

—¿Estás seguro? No es una experiencia agradable —le intentó disuadir Dafne.

—Yo soy el que menos dotado está con la magia entre nosotros. Quizá a mí me permita usarlo. Mi magia es débil en comparación con la de Dafne.

—Lo dudo, pero si quieres intentarlo… —dijo la aludida.

Ivo asintió y se acercó a Lasgol.

—Eres valiente, pero esto saldrá mal —advirtió.

«Mucho mal», se unió Camu.

—Hay que salir de dudas. Lo pruebo y así lo sabremos.

—¿Qué opinas, Edwina? Tienes mucho conocimiento sobre la magia.

La sanadora suspiró.

—Me temo que los requerimientos mágicos de los encantamientos y la magia imbuida en esa arma son muy específicos. Llevaría años estudiarlos y comprenderlos. Me temo que la mejor solución dadas las circunstancias es probarla. Siento no poder ofreceros una respuesta mejor.

—Lo entendemos. De acuerdo, probemos —Lasgol le entregó el arco a Ivo.

Ivo tardó un momento en prepararse, y un momento más largo en estar listo para realizar la prueba. Cuando lo estuvo avisó al resto.

—Preparado. Voy a intentarlo.

Cerró los ojos y se concentró. El rechazo no tardó en producirse. El estallido dorado lanzó a Ivo de espaldas y el arco volvió a caer al suelo.

—Creo que queda confirmado. Nosotros no podemos usar las armas doradas —concluyó Taika.

Lily dio una patada a una piedra roja cerca de su pie llena de frustración.

—Esto no es nada bueno. Contábamos con poder usarlas para acabar con los dragones. ¿Cómo vamos a luchar ahora contra ellos?

—Sí, estas y otras que pudiésemos encontrar —se unió Dafne que fruncía frente y nariz mostrando el disgusto que sentía.

—O fabricar —añadió Taika y resopló dejando salir su pesar por las malas noticias.

Ivo se puso en pie tras un momento y se frotó la frente con su antebrazo.

—No le gustamos nada a ese arco.

—No perdamos la esperanza. De la misma forma que hemos encontrado una manera de usar las armas doradas para aquellos que no tienen magia, también encontraremos una para los que tienen magia plateada —dijo Nilsa animada.

—Ya está la optimista y su visión positiva de todo. No la creáis. No será tan fácil. Nunca lo es —advirtió Viggo.

—Hay algo que no me encaja en todo esto. Por lo que nos habéis contado vosotros habéis usado las armas doradas —dijo Taika mirando a Nilsa, Viggo y Gerd—. ¿Cómo es eso posible si no tenéis magia?

—Porque tenemos gente muy lista entre los nuestros —respondió Viggo con una sonrisa traviesa.

Taika miró a Lasgol.

—No… lo recuerdo… —se disculpó Lasgol y se encogió de hombros.

—Pobrecito, lo que te hizo aquel dragón desalmado es terrible —Nilsa fue hasta Lasgol y le puso la mano en el hombro.

—Yo os lo explico —se ofreció Gerd—. Enduald, un mago de magia de encantamientos, hermano de Sigrid, la Líder de los Guardabosques, creó unos guantes especiales que pueden ser usados con objetos de poder. Los objetos de poder proporcionan la magia y los guantes la pasan a las armas mediante encantamientos —explicó Gerd.

—De esa forma pudimos usar las armas, ya que la magia proviene de los objetos de poder —explicó Nilsa.

«Tener que ser magia dorada», especificó Camu.

—Oh, vaya, inteligente solución —comentó Taika y se llevó la mano a la barbilla.

—Una solución que podríamos adoptar nosotros —razonó Dafne, que comenzaba a ver una salida a aquel problema tan crucial.

—Si os sirve a vosotros, también a nosotros —se animó Lily siguiendo el mismo razonamiento que su amiga.

—Solo hay un pequeño gran problema —intervino Viggo, y por su expresión llena de ironía, se temieron algo malo.

—Los objetos de poder que se requieren son muy difíciles de encontrar, ya que tienen que ser de magia dorada y contener una gran cantidad de energía —explicó Gerd.

—Y supongo que no tenéis una docena de ellos guardados en algún lugar que podáis prestarnos… —dijo Lily.

—Supones bien —confirmó Viggo.

—Nos costó muchísimo hallarlos la última vez… —contó Nilsa y sacudió una mano para enfatizarlo.

—Pues vaya… —se lamentó Dafne, que daba vueltas enfadada.

Taika se llevó las manos a la espalda.

—Tendremos que encontrar la forma, como hicisteis vosotros.

—Eso, no es más que un obstáculo más y lo superaremos —se animó algo Dafne y cerró la mano en un puño.

—Es un error. Está claro que esas armas nos rechazan. No deberíamos empuñarlas. No son de nuestra sangre —se opuso

Aiden.

—¡Qué raro que tú opines así! —dijo Lily negando con la cabeza y mirándole con ojos de decepción.

—¿Podría el tal Endualdayudarnos? —preguntó Taika.

—No veo por qué no. Somos aliados, podemos recurrir a él —asintió Nilsa.

—Habrá que ver de qué humor está el bajito, porque no siempre quiere ayudar —comentó Viggo.

—Tiene un carácter peculiar, pero es un patriota y un gran mago. Además, es el hermano de Sigrid —defendió Edwina.

—Ayudará, seguro —afirmó Gerd.

—No estés tan seguro, que no todos tienen tu corazón de bonachón —replicó Viggo.

—Le pediremos ayuda. Yo, como Gerd, creo que nos ayudará —opinó Nilsa.

—Gracias, es un ligero alivio… —comentó Dafne y resopló.

—Seamos optimistas, lograremos empuñar esas armas doradas. Es lo justo para que tengamos una oportunidad contra los dragones. El equilibrio debe mantenerse. Habrá alguna forma de hacerlo y la encontraremos —expresó Ivo.

—¡Otro optimista! —Viggo levantó las manos hacia los cielos—. ¿Cuándo aprenderéis todos que la vida no es justa, ni equilibrada, ni nada de eso? ¡Es todo lo contrario!

—Y cuando los señores dragones regresen aquí, lo padeceremos todos —añadió Aiden.

En ese momento llegó Abon, hermano de Aibin y líder de la tribu de los Desher Tumaini, que escuchó las palabras del Drakónido.

—Mi pueblo os ofrece protección —dijo al Escuadrón Rojo—. Si los dragones vienen, podéis refugiaros con nosotros bajo esta montaña.

Dafne miró a sus compañeros de escuadra y luego a los de las otras dos escuadras. Todos hicieron gestos afirmativos.

—Aceptamos muy agradecidos el refugio que los Desher Tumaini nos ofrecen —dijo Dafne.

—No es mucho, pero tenemos comida, agua y los dragones no han conseguido llegar hasta nosotros.

—Eso es muchísimo —dijo Lily—. Pocos reinos y tribus pueden proclamar algo así.

Abon asintió.

—Por desgracia también sabemos que es cuestión de tiempo hasta que encuentren la manera de doblegarnos…

—No será hoy ni tampoco mañana —dijo Taika dándole ánimos.

—Esperemos que tengas razón —sonrió Abon.

—¿Tenéis espacio para refugiar a los soldados del ejército blanco?

—¿Cuántos son?

—Unos tres mil.

Abon resopló.

—No, pero podríamos hacer sitio.

—¿Cómo? —se interesó Lasgol.

—Hay una parte de las montañas al norte que no habitamos, está lejos del gran río y no hay agua en el interior en esa zona. Sin embargo, sus cuevas son enormes y profundas. Podrían albergar hasta diez mil personas. Si llevamos agua y comida en grandes cantidades podría habitarse.

—¿Pueden acceder los dragones? —preguntó Taika.

—Hay dos cuevas que dan al exterior, una en la cara este de la montaña y otra en la oeste. Habría que sellarlas como hemos hecho en la zona sur.

—Suena a mucho trabajo, pero es una buena opción —comentó Lily.

—Los dragones vendrán y querrán sangre —recordó Aiden—. Nuestro líder el primero.

—Sí, tiene razón, y sin las armas doradas no podemos hacerles frente… —dijo Dafne.

—Podremos escondernos y sobrevivir. Esperar a un mejor día para luchar —aconsejó Taika.

—Esa es una sabia opción —convino Edwina—. Los muertos no se pueden sanar y no pueden continuar luchando.

—Mi pensamiento exactamente —expresó Ivo.

Dafne recapacitó un momento y se acercó a las otras dos escuadras.

—¿Qué opináis vosotros? —preguntó—. No vamos a tomar una decisión sin escuchar vuestra opinión.

Logar, el Felidae-León de la Escuadra Candente fue el primero en pronunciarse.

—Estamos con vosotros —dijo—. Lo que hemos logrado era solo un sueño imposible y, sin embargo, lo hemos conseguido. Hemos matado no a uno, sino a tres dragones, y con nuestras propias manos. Cuesta creerlo, pues era una utopía. Pagaremos con nuestras vidas si es necesario, pero todos deben saber lo que logramos, pues dará esperanza a nuestros pueblos esclavos.

—Se sabrá. Ya lo estamos divulgando por los desiertos —dijo Aibin—. Es un rumor que vuela sobre la brisa del desierto. Ya habrá llegado a las ciudades del sur y de allí se extenderá hacia el oeste. Una proeza así no puede mantenerse en secreto. Es más, nos encargaremos de que se sepa. Las caravanas que cruzan los desiertos llevarán el mensaje. También enviaremos halcones mensajeros a Norghana. Los líderes de los Guardabosques lo sabrán.

—Eso nos complace y nos tranquiliza —dijo Logar y miró a su escuadra. Le respondieron con asentimientos.

—¿Estáis de acuerdo en que nos ocultemos aquí? —preguntó Dafne señalando a las montañas rojas hacia el norte.

—Es lo más sensato que podemos hacer ahora, lo vemos bien —dijo Logar y sus compañeros estuvieron de acuerdo.

—¿Qué dice la Escuadra Ardiente? —preguntó Dafne.

Brendan miró a sus compañeros de escuadra y luego habló.

—Hay un tiempo para luchar y otro para retirarse. Si ahora toca retirarse, así lo haremos. Preferiríamos seguir luchando, y más después de lo conseguido, pero sin las armas o aliados necesarios no podremos vencer a los dragones, eso lo entendemos todos. Mejor aguardamos a que se den las circunstancias adecuadas.

Brendan miró a sus compañeros para ver si estaban todos de acuerdo. Por sus gestos lo estaban.

—En ese caso, nos esconderemos hasta que tengamos la forma de poder luchar y matar dragones —afirmó Dafne.

—Una sabia elección. Mi pueblo os protegerá cuanto pueda, os lo debemos —aseguró Abon.

—Agradecemos la protección y por nuestra parte haremos cuanto podamos por ayudaros a estar a salvo de los dragones —Dafne se inclinó con respeto.

—¿Cuándo partís? —preguntó Abon a las Panteras de las Nieves.

—Aguardemos a que esté entrada la noche y marcharemos entonces —informó Lasgol—. Es el mejor momento para hacerlo.

—En ese caso, entremos en la montaña de nuestros antepasados hasta que llegue la hora. Mi pueblo querrá despedirse del Hor y sus valientes compañeros —ofreció Abon.

—Y os proporcionaremos una cena sabrosa de despedida mientras preparamos todo cuanto necesitéis para la misión —añadió Aibin.

—Muy agradecidos —Lasgol saludó a los dos hermanos inclinando la cabeza con respeto.

Las Panteras de las Nieves y el Escuadrón Rojo siguieron a Aibin y Abon y sus guerreros al interior de las Montañas de Sangre. Aquellas últimas horas todos juntos las recordarían por mucho tiempo. Todos eran conscientes de que las cosas se iban a complicar mucho y muy rápido.

Capítulo 6

Era bien entrada la noche y las estrellas brillaban con fuerza en el despejado firmamento del desierto. La luna bañaba las Montañas de Sangre y al grupo sobre ellas con tanta luz plateada que permitía que se les distinguiera casi como si fuera de día.

—¿Todos preparados? —preguntó Lasgol a sus compañeros junto a la Perla del Desierto.

—Yo nací preparado para la acción —respondió Viggo y sacó sus cuchillos de Guardabosques Asesino.

—Preparado —confirmó Gerd, que miró a Edwina a su lado. La sanadora asintió con rostro de preocupación.

Aguardaron la respuesta de Nilsa, que estaba algo más retrasada despidiéndose de Aibin.

—¿Estás segura de que no quieres que os acompañe? —preguntó Aibin intentando convencerla una última vez.

Ella negó con la cabeza y le cogió las manos.

—Sabes que te quiero con todo mi corazón, pero no quiero que vengas. Esta es una misión de las Panteras de las Nieves, tenemos que encargarnos nosotros.

—Edwina os acompaña… —rebatió Aibin.

—Ella es parte de los Guardabosques. Además, la necesitaremos, de eso estoy segura.

—Eso no es nada tranquilizador —el semblante del atractivo guerrero del desierto se ensombreció.

—Somos Guardabosques, el peligro nos persigue toda nuestra vida, eso lo sabes —Nilsa sonrió con dulzura.

Aibin asintió.

—Lo sé, y a vosotros en particular parece teneros un cariño especial.

—Es la maldición de ser Panteras de las Nieves.

—También podéis necesitarme a mí —Aibin miró a los ojos de Nilsa intentando convencerla. No quería separarse de ella y mucho menos sabiendo que la misión a la que se dirigían era muy arriesgada.

—Los que realmente te necesitan son los tuyos, tu hermano y tu tribu. A ellos les haces mucha más falta que a nosotros —dijo Nilsa.

Levantó la mirada para posarla sobre Abon y sus guerreros, que aguardaban junto al Escuadrón Rojo. Los dos grupos observaban lo que sucedía algo retrasados.

—Y más ahora que tenéis que ayudar y proteger a los Brujos de Dragón y a los soldados del rey blanco en Jafarika.

Aiden suspiró.

—No quiero perderte. Has estado a punto de morir. Tu convalecencia ha sido larguísima y no sabía si vivirías o morirías. Cada día que pasaba y sobrevivías era un día de alegría y esperanza para mí. Y ahora que por fin te has recuperado te vas de nuevo. Estarías mejor aquí con nosotros. Más protegida…

Nilsa asintió. Podía ver el dolor que el corazón de Aibin sentía en sus ojos.

—Vamos a rescatar a Ingrid, mi mejor amiga. No puedo no ir. Es mi compañera de armas y nosotros no abandonamos a los nuestros, nunca. Ella vendría a rescatarme sin dudarlo, sin importar los peligros que hubiera. Nada le impediría intentarlo.

—Lo entiendo —asintió Aibin—. Es solo que no quiero perderte otra vez.

—No me perderás —aseguró Nilsa y le puso las manos en las mejillas.

—Prométeme que volverás a mí sana y salva.

—Te lo prometo —le garantizó mirándole a los ojos y lo besó.

—¡Es para hoy, tortolitos! ¡Que se nos hace de día! —les incomodó Viggo.

Nilsa lo ignoró.

—Cuídate mucho, mi guerrero de los desiertos. Nos volveremos a ver aquí en cuanto pueda.

—Te esperaré. Mi corazón te esperará siempre.

Nilsa lo volvió a besar. Luego se acercó a Edwina.

—Preparada para partir —anunció al grupo y cogió su arco y macuto de campaña.

Lasgol asintió.

—Marchamos entonces.

—Esto de ir de noche me gusta, es mi elemento favorito —comentó Viggo con tono animado.

—Vamos de noche para que los dragones tengan más dificultades para descubrirnos —aclaró Gerd.

—A ti con lo grande que eres y la sonrisa esa de bonachón que siempre llevas en la cara te descubrirían hasta sin luna y estrellas —replicó Viggo y sonrió.

—Al menos no me descubrirán por chocarme contra mi descomunal ego y caer de espaldas.

Viggo soltó una carcajada.

—Muy buena réplica, me ha gustado.

«Mucho buena» se unió Camu y su eterna sonrisa se amplificó en su rostro.

Viggo hizo un gesto de que se rendía ante el comentario.

—Camu, adelante, debemos marchar —pidió Lasgol.

«Yo abrir portal. Ona, Argi quedar conmigo», envió.

La pantera de las nieves y el lobo gigante se situaron junto a Camu.

—Suerte a todos —se despidió Lasgol de los que quedaban en el desierto.

En su mano derecha sujetaba el arco dorado. Por desgracia estaba casi seguro de que tendría que utilizarlo en breve. Miró a Gerd y Nilsa, ambos empuñaban sus arcos. Viggo había guardado sus dagas y también tenía su arco en la mano.

Camu comenzó a destellar en plata. Un momento más tarde enviaba pulsaciones rítmicas a la Perla del Desierto. Algo retrasados, Aiden, su hermano Abon y el Escuadrón Rojo observaban lo que sucedía.

La Perla destelleó en plata y la primera esfera se formó sobre ella. Un momento más tarde lo hizo la segunda y finalmente la

tercera. Se integraron en una gran esfera que parecía compuesta de plata líquida hasta que el portal estuvo completo.

«Yo seleccionar runa destino», avisó Camu.

—Los demás tomaremos la poción de Annika —dijo Lasgol.

—No sabes cómo me alegro de que funcione. Sabe fatal, pero al menos no tenemos que ir atados al bicho para no caernos al quedar inconscientes —expresó Viggo y se bebió la poción—. Aunque dolor de cabeza quedará, seguro.

—En lugar de estar aliviado deberías estar agradecido —dijo Gerd.

—Eso mejor tú, que eres un buenazo —le guiñó un ojo Viggo y sonrió con ironía.

Nilsa negó con la cabeza.

—Qué ganas tengo de rescatar a Ingrid, sobre todo para que te ponga en tu sitio —dijo y bebió.

—Mi rubita belicosa no me pone en mi sitio, me indica con su carácter de hierro posibles mejoras a mi encantadora personalidad.

—Te pone en tu sitio y te calla, bastante dolor de cabeza nos va a dar cruzar el portal para encima tener que oírte —dijo Gerd.

«Runa Perla del Este seleccionada», indicó Camu y el portal emitió un nuevo destello.

—Hora de partir. Recordad, manteneos junto a Camu y moveos con él como hemos practicado —pidió Lasgol.

—¿Necesitas que te ayude? Como tienes esa cadera de hierro tuya… —dijo Viggo a Gerd.

—Muy gracioso. Mejor preocúpate de tus extremidades que ya me he fijado que la congelación que has sufrido te ha dejado algunas secuelas.

—De eso nada, estoy como siempre —Viggo puso cara de no saber de qué hablaba su compañero.

Nilsa miró a Gerd y éste le hizo un gesto afirmativo confirmándole que Viggo no estaba del todo bien.

—Subiremos a la Perla todos a una —dijo Lasgol y comenzaron a subir con Camu a la cabeza. Los Desher Tumaini habían puesto una amplia rampa de madera para que pudieran ascender con facilidad hasta la parte superior.

—¡Suerte! —deseó Dafne.

—¡Rescatad a vuestra compañera! —dijo Lily.

—Lo haremos —aseguró Nilsa.

«Yo usar habilidad Camuflaje Extendido», envió Camu y un instante después todo el grupo se volvía invisible.

—¡En marcha, igual matamos unos cuantos lagartijos voladores y todo! —expresó Viggo con un tono de lo más alegre y despreocupado.

Gerd suspiró al oírlo.

—¡Todos dentro! —dio la orden Lasgol.

«Yo entrar… ya», envió Camu a modo de cuenta atrás y entró en el portal.

Todos se apresuraron a entrar con él.

Salieron del portal y cayeron frente a la Perla del Este. Todos se mantuvieron quietos, en silencio, como si hubieran caído en medio de un pozo lleno de serpientes. Observaron alrededor para determinar la situación y el grado de peligro. La luna y las estrellas no brillaban tan fuerte allí, pero sí el gran portal de plata a sus espaldas, lo que les permitía ver a unos diez pasos en todas las direcciones. Luego la luz plateada desapareció en la negrura de la noche.

Lasgol discernió a su izquierda un dragón rojo con vetas azules. Era uno maduro de bastante tamaño. Esto le preocupó. No era un dragón joven, lo que lo hacía poderoso y también peligroso, pues tendría experiencia y sabría usar la cabeza. Por lo que habían visto hasta el momento, los dragones jóvenes se creían indestructibles y se lanzaban de cabeza al ataque sin pensarlo dos veces y sin medir las posibles consecuencias. Eso era algo positivo para ellos, una ventaja. Por desgracia, los dragones veteranos y los milenarios, como el dragón inmortal, hacían todo lo contrario.

Miró hacia la Perla y el portal sobre ella. No reconocía el paraje que les rodeaba, pero intuyó que Camu no se habría equivocado de runa. Lasgol sabía que había estado allí antes, pero no lo recordaba. Había aprendido a vivir con sus lagunas mentales durante los últimos años de aventuras por Norghana. De nada servía lamentarse, debía continuar. De alguna forma supo que aquel

pensamiento provenía de su padre. No recordaba cuándo se lo había transmitido o por qué, pero lo sentía. En cuanto a los recuerdos olvidados, no le importaban, crearía nuevos junto a sus compañeros.

«Estar en Perla del Este. Dos dragones. Uno veterano, otro joven. No hacer ruido», envió Camu.

Lasgol observó con cuidado y descubrió al otro dragón, el joven, en el lado opuesto del portal. Estaba husmeando, buscando su rastro. Se movía como un cazador que busca a su presa para lanzarse sobre ella. Era de color blanco con vetas marrones. No podía verlos, pero olerlos u oírlos sí. Eso preocupó a Lasgol. También que el dragón veterano pareciera tranquilo. Sí, parecía demasiado tranquilo, como si el portal no se hubiera abierto y no esperara que nada surgiera de su interior. A Lasgol aquello no le gustó nada.

«No mover. Estar juntos conmigo. Mucho peligro», envió Camu.

El plan que habían ideado consistía en escabullirse sin ser detectados. Lo habían logrado antes con éxito y querían repetirlo. Luchar contra dos dragones que sabían que algo extraño sucedía no era una buena idea para nadie, excepto para Viggo que creía que tenían que atacar. Siendo Viggo a nadie le sorprendió su forma de pensar, él siempre quería matar a cualquier enemigo que se le cruzara. Eso no era lo más inteligente en aquella situación.

Lasgol, con la ayuda de Gerd y Nilsa, le había convencido de que era mejor evadir a los dragones, pasar sin que se percataran de su presencia e ir a rescatar a Ingrid. Si se arriesgaban a atacar algo podría ir mal y los retrasaría. No habían necesitado insistir mucho. Su necesidad de encontrar a Ingrid supeditaba sus deseos de luchar contra un dragón.

«Poner a mi lado. Despacio. Nilsa, Gerd, Argi, lado izquierdo. Viggo, Lasgol, Ona, lado derecho. Edwina detrás».

Esto ya lo habían hablado y ensayado. Era la mejor manera de avanzar a la vez teniendo en cuenta que no podían verse los unos a los otros. El camuflaje extendido de Camu era increíble, pero también resultaba una dificultad cuando tenían que colaborar y moverse todos a una sin hacer ruido era especialmente difícil.

Lasgol le dio dos toques con la mano a Camu en el lomo para que avanzase. Lo hizo muy despacio y con él todos con las manos

sobre el cuerpo de Camu a excepción de Argi y Ona, que con sus instintos animales eran capaces de seguir el ritmo sin problema.

El dragón veterano movió la cabeza hacia donde estaban y Camu se detuvo de inmediato. Lasgol pensó que les había descubierto y se preparó para atacar. Sin embargo, el dragón rojo no hizo ningún movimiento brusco o de ataque, sino que cerró los ojos. Esto los dejó a todos descolocados. ¿Acaso iba a intentar descubrirles oliendo y por eso cerraba los ojos, para captar su esencia? Seguro que no iba a dormir, porque tenía el cuello estirado y su gran cuerpo erguido sobre las potentes cuatro patas. El portal estaba abierto, sin duda sospechaba algo.

«Seguimos, muy despacio, con cuidado», envió Camu.

Según comenzaban a moverse, el dragón veterano movió la cabeza de un lado a otro sin abrir los ojos. Lasgol temió que los hubiese descubierto, o estuviera muy cerca de hacerlo. El grupo se movía en silencio, así que quizá era el olor que desprendían lo que captaba el dragón. Fuera lo que fuese, algo presentía y eso no era nada bueno.

Camu continuó avanzando. Frente a ellos parecía abrirse un campo de hierba y, si no recordaban mal, había un bosque de hayas al este. No había otro sitio cercano donde ocultarse, así que habían planeado dirigirse hacia el bosque para protegerse. Lasgol se había sentido un tanto inservible al no poder ayudar con esta parte del plan pues no recordaba haber estado allí antes, ni ningún detalle de aquella zona. Avanzaban despacio y en tensión mirando hacia atrás a cada momento para ver si los dos dragones les habían descubierto o no. Las monstruosas criaturas no hicieron movimientos raudos ni rugieron. Esto tranquilizó a Lasgol un poco, aunque tenía la sensación de que algo no iba bien.

«Parecer no descubrir. Ir hacia bosque», envió Camu.

De pronto el dragón veterano rugió, como si hubiera notado la comunicación mental de Camu. Lasgol se percató y supo de forma instintiva que lo que el dragón estaba captando no era el ruido que hacían ni el olor que desprendían, sino la magia. Camu les enviaba los mensajes mentales usando su magia, aunque le fuera ya tan

natural que ni se diera cuenta. Sí, aquel dragón veterano captaba la magia al ser usada, y los iba a descubrir.

El dragón se giró hacia ellos y comenzó a avanzar en su persecución con fuertes pasos mientras rugía. Era de unos treinta y cinco pasos de longitud y sus escamas rojas brillaban a la luz de la luna. Por fortuna no llovía y no dejaban huellas sobre la tierra, que estaba seca y cubierta de hierba corta salpicada por rocas. Lasgol intuyó que siendo de noche el dragón no vería las huellas en aquel tipo de terreno. La hierba amortiguaba el sonido de sus pisadas, así que tampoco podría oír. Por lo que sabían y habían podido comprobar, los dragones eran muy poderosos en el aspecto físico y también en el mágico. Sin embargo, el resto de sus sentidos eran muy limitados. Su vista, oído y olfato en particular estaban muy poco desarrollados. No era extraño. En la naturaleza los depredadores más fuertes no eran los más rápidos o con mejor olfato u oído. Los dragones no habían necesitado nunca desarrollar esos sentidos, les bastaba con su fuerza y magia.

La gran criatura desplegó sus alas como si fuera a volar, pero en lugar de ello las sacudió y volvió a rugir. Definitivamente sentía algo y Lasgol estaba convencido de que era la magia de Camu. Le preocupó que estuviese manteniendo la habilidad Camuflaje Extendido, que debía de ser lo que el dragón percibía.

—No uses más tu magia. Tampoco mensajes mentales. Ve al bosque, hasta el centro —susurró Lasgol a Camu con urgencia en la voz.

No supo si Camu entendía el motivo, pero era probable que se diera cuenta de lo que sucedía.

El dragón siguió persiguiéndoles. Sin embargo, su compañero más joven no se movió de la Perla. Le daba vueltas y miraba al portal como si esperase que algo saliese de él. Definitivamente era mucho mejor enfrentarse a dragones jóvenes e inexpertos. Lasgol escuchó con mucha atención para asegurarse de que no hacían ruido según avanzaban hacia el bosque.

Llegaron a las cercanías de este. No podían verlo bien, ya que la noche era bastante cerrada, pero Lasgol oyó el ulular de una lechuza al noreste y supo que estaría en el bosque. Miró hacia atrás y

distinguió al gran dragón, que se iba quedando rezagado. Estiraba el cuello y alzaba la cabeza buscándolos. Lasgol lo apreciaba por la luz que irradiaba el portal a su espalda, que comenzaba a cerrarse. Dedujo que como Camu no estaba usando magia, no parecía que el dragón fuera capaz de localizarlos. Esto le animó.

De pronto, el dragón joven echó a volar. Ya se había convencido de que del portal no iba a salir nadie y comenzó a hacer círculos alrededor de la Perla mientras la gran esfera de plata se volvía translúcida e iba desapareciendo. Lasgol supo que tenían que alcanzar el bosque antes de que al dragón joven se le ocurriera ampliar la zona de rastreo, algo que iba a suceder en breve una vez se cerrara el portal.

—Camu, más rápido, al noreste —susurró y le dio un par de palmadas de urgencia en el lomo.

Camu aceleró al momento.

No estaban muy lejos. Lasgol no podía ver el bosque, pero lo sentía, lo podía oler en la brisa que le llegaba y escuchaba los sonidos nocturnos de los animales que lo poblaban. No se equivocó. Las nubes que cubrían el firmamento sobre sus cabezas se dispersaron y la luz de la luna se coló para iluminar la noche. Frente a ellos estaba el bosque a cien pasos y a doscientos a sus espaldas el dragón veterano. Como si la luz que caía sobre los árboles le hubiera dado una idea, el dragón joven se dirigió volando directo hacia el bosque.

—Corred todos, el dragón joven se acerca raseando —advirtió Lasgol.

El grupo avanzó a la carrera y entró en el bosque. Iban tan rápido como podían protegidos por la habilidad de camuflaje de Camu, que los mantuvo invisibles hasta que llegaron. Una vez dentro Edwina se descolgó y salió del área de efecto de la habilidad. Iban demasiado rápido para ella y la sanadora no era joven ni estaba acostumbrada al ejercicio físico. Lasgol la vio y se retrasó.

—Vamos, Edwina, ya casi estamos a salvo —dijo con tono de ánimo para que la sanadora no se preocupara.

Ella no dijo nada, respiró hondo, apretó los dientes y continuó corriendo tan rápido como pudo.

El dragón joven pasó sobre ellos y, de forma automática, Edwina y Lasgol agacharon las cabezas. Por fortuna ya estaban en el interior del bosque y las copas frondosas de los árboles les cubrieron impidiendo que el dragón los viera. Aquello no le gustó a Lasgol, demasiado cerca. Nilsa apareció entre el boscaje.

—Ven conmigo —le dio la mano a Edwina.

Se adentraron en el bosque siguiendo a Camu y el resto del grupo.

Lasgol se quedó dónde estaba y puso una flecha elemental de aire en la cuerda de su arco. Miró desde el linde al dragón veterano. Parecía haber perdido el rastro y estaba quieto a cien pasos intentando sentir la magia. Esto alertó a Lasgol de que no podía utilizar sus habilidades mágicas o el dragón lo detectaría. Lo que sí podía utilizar era su habilidad no mágica de tirador.

Vio pasar al dragón joven sobre sus cabezas. Levantó el arco y calculó la trayectoria para librar las ramas y luego la parábola que quería que el tiro siguiera. Inspiró y, una vez lo tuvo calculado, soltó antes de que el dragón volviera a pasar. La flecha salió hacia las alturas e hizo una parábola larga para caer al lado oeste del bosque. Se produjo un estallido como el de una tormenta con el sonido del trueno seguido de una descarga como la de un rayo. Ambos dragones vieron el punto de impacto y se dirigieron a él como leones atraídos por carne fresca. Lasgol echó a correr hacia el este, que era hacia donde ellos se dirigían.

Llegó hasta el grupo, que aguardaba.

—Tenemos que salir por el este, y rápido —indicó en un susurro.

El grupo salió por ese lado del bosque mientras los dos dragones buscaban en el lado opuesto. Un rato más tarde, se perdían en la noche en dirección a la costa.

Capítulo 7

El sol brillaba con timidez entre las nubes de un cielo encapotado y marcaba el camino que Lasgol y sus compañeros debían seguir. Avanzaban hacia la costa este por un camino secundario poco transitado que cruzaba dos grandes bosques. Iban rápido, intentando marcar la mayor distancia posible entre ellos y los dos dragones que se habían encontrado custodiando la Perla del Este. El camino era estrecho y tenía bosque a ambos lados, por lo que iban bastante protegidos y con cierta tranquilidad después del tenso encuentro y la fuga nocturna.

—¿Vas bien? —preguntó Nilsa a Edwina, a la que habían montado sobre Camu para que no se cansara tanto.

—Voy estupendamente —sonrió—. Camu es la mejor montura que he tenido nunca.

«No ser verdad. Tú de Rogdon, allí caballos mucho hermosos».

—Cierto, la Orden de Sanadoras de Tirsar tiene su templo en la costa oeste de Rogdon, tierra de lanceros y magníficos caballos, pero todos palidecen comparados con tu encanto, Camu.

«Yo mucho halagado, pero no creer del todo».

—Deberías, las sanadoras rara vez mentimos —sonrió Edwina y le acarició la espalda.

«Entonces yo creer. Yo mucho encanto. Guapo también».

Edwina rio y Nilsa, que iba caminado a su lado, soltó una carcajada.

—Camu, no sabes cómo me alegras la existencia —dijo la pelirroja.

«Yo ser así. Mucho bueno de todo».

—Este bicho es el más creído que existe —opinó Viggo e hizo un gesto de incredulidad.

—¿Perdón? —contestó Gerd—. ¿Más creído que el mejor asesino de Tremia? —le preguntó con un tono lleno de ironía.

—En mi caso es verdad, no es que me lo crea, es que lo soy.

—Puffff…. —Gerd resopló y sacudió la cabeza.

—Tú no eres el mejor asesino de Tremia. Hay miles de asesinos en todo el continente. Tendrías que vencerlos a todos para proclamar tal cosa —rebatió Nilsa.

—Pues que vengan, ya verás como caen todos uno detrás del otro —Viggo movió los brazos como si blandiera sus cuchillos letales y cortara a sus enemigos en pedazos.

Nilsa puso los ojos en blanco.

—Tú sí que eres creído. ¡El que más! En eso sí que ganas a todos.

—Confundís el creer con el ser —Viggo no se bajó de su montaña de gloria.

Lasgol regresó corriendo. Había ido a explorar los alrededores.

—Parece despejado, al menos por una legua más.

—Estupendo, cuantas menos complicaciones en el camino, mejor —se alegró Nilsa.

—¿Dónde están la minina y el chucho salvaje? —preguntó Viggo, que se percató de que no estaban con ellos.

—Argi vigila el flanco izquierdo a unos doscientos pasos en el interior del bosque —explicó Gerd señalando en esa dirección.

—Ona está en el derecho, también a unos doscientos pasos —indicó Lasgol y señaló hacia allí.

—Ya me siento mucho más tranquilo si esos dos van vigilando —Viggo hizo una mueca de que para nada era así.

—Yo me voy a descolgar y controlar la retaguardia, mejor ser muy precavidos. Esta es zona de guerra y toda precaución es poca —afirmó Gerd.

—De acuerdo, yo volveré a la cabeza —convino Lasgol.

—Yo me quedo protegiendo a las damiselas y al bicho —dijo Viggo.

—Esta damisela es una Guardabosques Especialista que te puede meter una flecha entre los ojos a trescientos pasos de distancia y no necesita que la protejan —dijo Nilsa y le lanzó una mirada cargada

de enfado—. ¿O es que el hielo del glaciar te ha congelado parte de la poca cabeza que tienes y ya no te acuerdas?

—El que está con problemas de azotea es Lasgol, yo estoy muy bien aquí arriba —dijo señalándose la cabeza con el dedo índice.

«Y yo ser Drakoniano Superior. No necesitar protección de nadie» respondió Camu, levantó la cabeza y estiró la cola.

Edwina carraspeó.

—Yo sí necesito que me protejan… Solo tengo magia sanadora y de combatir… aunque me entrenaron en la orden, recuerdo poco. Además, ya no soy joven, te cedo el honor —dijo a Viggo para descargar la situación.

—Estupendo, pues protegeré a la sanadora. Vosotros dos ya os podéis arreglar como podáis. No vengáis luego a pedirme ayuda.

—Tranquilo por eso —replicó Nilsa con un gesto de que ni en sueños lo iba a hacer.

«Yo estar preocupadísimo».

Lasgol y Gerd marcharon a la carrera.

El grupo continuó por el camino. Según el sol parecía abrirse paso entre las nubes, el humor fue mejorando y la conversación se volvió liviana y agradable. Hasta Viggo soltó un par de chistes con humor ácido y oscuro haciendo que Nilsa y Edwina rieran. A Camu no le pareció tan gracioso, pero sonrió. El largo camino que les esperaba hasta la costa podía traerles complicaciones, pero de momento todo iba bien y disfrutaban del viaje.

—Me alegro de estar de vuelta y ver un poco de mundo —expresó Nilsa mirando a los bosques y el cielo.

—Has pasado mucho tiempo dentro de la montaña de sangre, es normal que respirar el aire de otra región y caminar libre por ella te animen el corazón —dijo Edwina.

«Yo gustar aventura. Divertido».

—Sí, nada como disfrutar de un poco de aire libre y paisajes despejados —asintió Nilsa, que estiró los brazos con una sonrisa en su rostro pecoso.

De pronto Gerd llegó a la carrera.

—¡Dragón! ¡A cubierto! —gritó dando la alarma a pleno pulmón.

Todos se volvieron.

Lo que vieron les erizó el vello.

A la espalda de su compañero, volando a unas seiscientas varas de altura, apareció el dragón rojo con vetas azules de la Perla del Este.

—¡Nos ha seguido! —exclamó Nilsa con ojos desorbitados por la sorpresa.

«¡Cuidado!».

De inmediato Camu invocó su habilidad Camuflaje Extendido, aunque el dragón ya los había visto.

Edwina se bajó de Camu y se agachó junto a sus compañeros.

«¿Creíais que me ibais a engañar? ¡A mí no me engaña nadie y menos aún unos patéticos humanos!» llegó el mensaje mental del dragón con fuerza y rabia.

«Él vernos antes, poder atacar mentes» advirtió Camu.

Gerd llegó hasta ellos y desapareció al entrar en el área de cobertura de la habilidad de Camu.

«Esta vez no me despistaréis con vuestros trucos de invisibilidad. Os he visto y sé que estáis ahí abajo. Voy a mataros a todos» envió y rugió lleno de satisfacción.

—¡Nos va a atacar! —exclamó Nilsa.

—Preparad los arcos con flechas elementales —dijo Gerd.

—Ya os dije que era mejor matarlos de primeras —expresó Viggo —. Ahora no tenemos la ventaja de la sorpresa. Nunca me hacéis caso y siempre tengo razón.

El dragón rugió y bajó a incinerarlos con su aliento de fuego.

«No mover, yo usar habilidad Cúpula Antimagia».

—Yo voy a utilizar mi habilidad flecha en ojo de lagartijo volador —dijo Viggo con socarronería.

El dragón descendió raseando y lanzó su aliento de fuego contra la posición del grupo, que permanecía quieto.

—Calculad bien el tiro —recomendó Nilsa, que vio cómo el fuego llegaba hasta ellos, aunque era negado por la cúpula de Camu.

Tres flechas elementales salieron de los arcos. Una del de Nilsa, otra del de Gerd y la última del de Viggo. Las tres buscaron alcanzar al dragón en los ojos. El aliento elemental de los dragones no alcanzaba a más de doscientos pasos al ser el límite normal del área

de efecto de la magia. Sin embargo, las flechas de los Guardabosques podían llegar a trescientos sin problemas. La flecha de Nilsa, que era una tiradora excelente a largas distancias, hizo blanco y alcanzó al dragón en el lado derecho. Se produjo una explosión de fuego que le quemó parte del ojo.

El dragón rugió de dolor interrumpiendo su aliento de fuego. Antes de que pudiera volver a lanzarlo, las flechas de Gerd y Viggo impactaron sobre su cabeza. No consiguieron alcanzar los ojos. La de Gerd explotó sobre el izquierdo. Era una flecha de tierra que al estallar produjo un sonido atronador creando una nube de sustancias cegadoras y aturdidoras sobre la zona de impacto. La de Viggo alcanzó al dragón entre los ojos, pero un poco más arriba de lo que había apuntado. La explosión de la flecha de aire tronó con fuerza y descargó un rayo sobre la frente de la bestia alada.

Los dos ataques molestaron al dragón. Sacudió la cabeza mientras volvía a rugir de rabia. Pasó de largo sobre ellos y se elevó siguiendo el camino.

«Lasgol estar delante» envió Camu preocupado porque el dragón lo viera.

—No te preocupes, el rarito sabe arreglárselas —aseguró Viggo.

—Ese dragón va a dar otra pasada, ¡preparaos! —advirtió Gerd, que seguía el vuelo de la criatura con la mirada.

—¡Ya gira! —avisó Nilsa.

El dragón terminó de virar y los encaró siguiendo el camino. No podía verlos, pero no lo necesitaba, sabía dónde estaban. Descendió a trescientos pasos y abrió la boca para preparar su aliento de fuego. Rugió antes de lanzar su aliento de muerte.

Nilsa no perdió la oportunidad y tiró a esa distancia, consciente de que el dragón no podría lanzar todavía su ataque. La flecha entró directa a la boca de la criatura y explotó con una llamarada de fuego. Un rugido de dolor les indicó que lo había sentido, pues la boca y fauces del dragón no estaban protegidas por escamas.

Pero no iba permitir que aquello le impidiera atacar y a doscientos pasos les lanzó el aliento de fuego. Como respuesta, Gerd y Viggo tiraron contra la cabeza según el dragón llegaba hasta ellos. Eran tiros complicados, pero no para Guardabosques expertos

como ellos. Las dos flechas impactaron, la de Gerd en el ojo izquierdo con una flecha de aire que tronó y descargó un rayo hiriéndolo, y la de Viggo de tierra, acertó justo entre los ojos del dragón. Al explosionar la nube de polvo, tierra y sustancias nocivas alcanzó los dos ojos impidiendo que el dragón pudiera ver.

El aliento de fuego cesó y fue reemplazado por rugidos de rabia.

«¡Malditos gusanos! ¡Os sacaré las entrañas por esto y me las comeré saboreando la victoria! ¡Soy superior a vosotros, alimañas asquerosas!» envió lleno de furia mientras terminaba la pasada y comenzaba a girar de nuevo para volver a atacar.

En ese momento apareció Lasgol con Ona en el lado derecho del bosque. No salieron a descubierto, sino que se quedaron escondidos. En el otro lado del camino vieron a Argi.

—¡Argi, no! ¡Escóndete en el bosque! —gritó Gerd.

El lobo gigante, obediente, se retiró unos pasos al interior entre los árboles.

«¡No me engañasteis antes y no lo haréis ahora!» rugió el dragón y descendió desde los cielos directo hacia el camino.

Lasgol supo que descendía a embestirles. Levantó su arco dorado, apuntó y cogió energía interior. Llamó a su habilidad Tiro Certero. No quiso usar una segunda habilidad por el riesgo a fallar. Su magia era inestable todavía con algunas habilidades sin un motivo identificable. A veces le funcionaban muy bien y otras veces no. Parecía que sucedía por temporadas cortas.

Envió energía al arco dorado y éste respondió con un destello poderoso. Lasgol soltó y la flecha de fuego fue directa hacia el ojo derecho del dragón según descendía con las garras por delante.

«¡Venir con garras!» avisó Camu.

—¡Tirad y apartaos! —gritó Gerd.

Nilsa, Viggo, y Gerd tiraron a una un momento antes de que el dragón impactara. Descendía a gran velocidad con intención de destrozarlos con las garras. Las tres flechas alcanzaron la frente y los ojos del dragón con explosiones de fuego, tierra y aire. Una flecha más, la de Lasgol, se clavó directa en el ojo derecho mientras explotaba su carga de fuego.

El dragón rugió, pero pese al dolor sufrido no desvió la dirección de ataque y fue a impactar con sus garras por delante aplicando todo el peso y la inercia de su tremendo cuerpo. Sabía que alcanzaría al grupo.

Nilsa se lanzó a un lado un instante antes del impacto. No era la más dotada de los Guardabosques en cuanto a agilidad y equilibrio. Además, el largo tiempo de cura en el estanque curativo de los Desher Tumaini le había dejado los músculos muy mermados y no estaba ni de lejos en su mejor momento físico.

Gerd cogió a Edwina y se lanzó hacia el bosque donde Argi se escondía. Se llevó consigo a la sanadora con un fuerte tirón que hizo que sus pies se despegaran del suelo. No tuvo miramientos y la llevó al aire.

Viggo esperó tranquilo hasta el último instante, calculando el lugar de impacto y el área de efecto del golpe. Él no temía al peligro, fuera este un dragón enorme o un ejército enemigo, y confiaba plenamente en sus portentosas habilidades de Asesino.

Por desgracia, Camu no tenía ni la agilidad ni la velocidad de Viggo. Previendo lo que iba a pasar, se lanzó hacia el lado donde estaban Lasgol y Ona intentando salir del área de impacto.

El gran dragón rojo golpeó con sus garras bajando con tremenda fuerza.

Nilsa pagó sus carencias en aquel ataque. No pudo saltar lo suficientemente lejos para evitar ser arrollada por el cuerpo del dragón. Sintió un gran impacto en el costado y salió despedida como si fuera un monigote de trapo. Voló diez pasos y se estrelló contra un lado del camino perdiendo la conciencia a causa del fuerte golpe.

A Gerd le golpeó el ala del dragón, pero consiguió que Edwina no fuera alcanzada. Él salió volando y rodó la caída. Edwina se fue al suelo y quedó tendida. Argi salió corriendo del bosque y fue hacia Gerd.

—Ayúdala… a ella —dijo Gerd señalando a Edwina.

Argi obedeció de inmediato. Con su boca, el lobo gigante tiró del cogote de la sanadora y la arrastró hasta el interior del bosque para ponerla a salvo.

Viggo se apartó a un lado con una velocidad y agilidad tremendas y la confianza de que era imposible no esquivar a semejante mastodonte volador. El dragón ni le rozó, pasó de largo levantando una ola de polvo, tierra, piedras y suciedad del camino. Viggo se la sacudió de encima tan tranquilo.

Camu no logró esquivar del todo el ataque. Las garras del dragón le alcanzaron en la parte posterior y salió rodando sobre sí mismo como si fuera una peonza. Sintió un terrible y agudo dolor en sus patas traseras y pensó que se le habían roto. Rodó y rodó sobre sí mismo mientras el dragón pasaba de largo por el camino levantándolo y enviando partes de este en todas las direcciones dejando un surco pronunciado a su paso. Se frenó tras unos cien pasos con las garras clavadas profundamente en la tierra.

—¡Camu! —exclamó Lasgol.

Camu terminó de rodar y quedó tendido cerca de la posición de Lasgol y Ona. Del impacto y el dolor había perdido las dos habilidades que mantenía.

Ahora ya no tenían invisibilidad ni protección contra la magia del dragón.

«Yo herido… No protección» envió.

Capítulo 8

—Tranquilo, bicho. Aquí estoy yo para encargarme de ese lagartijo con alas —clamó Viggo y echó a correr como una centella hacia el dragón.

La gran bestia alada intentaba detenerse por completo, pero la enorme inercia del ataque le impedía hacerlo de forma brusca. Clavó sus garras todavía más en el suelo del camino para lograrlo.

Lasgol vio a Nilsa sin sentido a unos pasos y corrió hacia ella mientras tiraba contra la cabeza del dragón para distraerlo. La flecha, una elemental de tierra, impactó en la parte posterior con estruendo y creando una pequeña nube de sustancias cegadoras y aturdidoras. Había enviado energía al arco dorado, por lo que la flecha se clavó hasta la media asta tras explosionar. El dragón emitió un rugido mezcla de rabia y algo de dolor.

—Ona, ayuda a Viggo —pidió Lasgol.

La pantera, que aguardaba la orden de ataque, corrió hacia el dragón con la agilidad y rapidez de un gran felino.

Lasgol se puso el arco a la espalda y buscó el de Nilsa. Lo encontró a unos pasos. Por fortuna no estaba roto. Se lo puso también a la espalda y llegó hasta su compañera. La agarró por las axilas y se la llevó con rapidez al interior del bosque.

El dragón consiguió detenerse. Por el largo frenazo que había tenido que realizar, Lasgol pensó que la bestia no había calculado bien la fuerza con la que había descendido. O quizá sí, y le daba igual el largo surco que había dejado en el suelo y haberse pasado de frenada.

Viggo se acercaba al dragón por su espalda a la carrera. Corría como si lo llevara en volandas una fuerte corriente de aire. Llegó hasta la bestial criatura evitando su larga cola y, antes de que pudiera girarse y atacar, saltó sobre su espalda. El dragón era

enorme y su fuerza descomunal, pero no gozaba de movimientos rápidos y ágiles. Mover aquel cuerpo le costaba y era evidente. Viggo lo aprovechó y comenzó a subir por su espalda con los cuchillos en las manos. Iba como un rayo y el dragón no pareció siquiera percatarse de lo liviano y ágil que pisaba el Asesino. Parecía caminar sobre la espalda del dragón sin apenas ejercer presión con los pies sobre las escamas rojas.

Gerd vio lo que Viggo intentaba hacer y corrió a ayudarle. Tiró contra la cabeza del monstruo según este la volvía para observar la destrucción que había dejado a su espalda su poderoso ataque. La flecha elemental de aire de Gerd le alcanzó en la boca y soltó una descarga que le obligó a cerrarla y mirar hacia otro lado. La distracción ayudó a Viggo a llegar a la mitad de la espalda del dragón.

Lasgol vio lo que sucedía de reojo. Sabiendo que iban a necesitar a Nilsa para luchar, intentó despertarla. La sacudió con fuerza, pero la pelirroja no reaccionó. De su macuto Lasgol cogió el pellejo del agua y se la echó por el rostro, tanta como pudo. No tenía tiempo, debía volver al combate. Nilsa comenzó a toser y abrió los ojos.

—Tira desde cubierto —pidió Lasgol y echó a correr hacia el dragón en medio del camino.

La temible criatura comenzó a girarse. Gerd volvió a tirar contra la cabeza con una flecha de agua que al estallar congeló parte de uno de los ojos del dragón. El tiro no había alcanzado el ojo por poco y se había ido algo de lado al mover el dragón la cabeza en el último momento. No le gustó. Rugió de furia y miró a Gerd con intención de acabar con él.

«¡Os voy a matar a todos!» envió y abrió la boca para lanzar su aliento de fuego contra el grandullón.

En ese momento la flecha de Lasgol, dirigida con su habilidad Tiro Certero y con la potencia añadida de la magia dorada de su arco, alcanzó al dragón en el ojo izquierdo, el que ya tenía herido, y lo terminó de lisiar. No vería nada más por aquel ojo.

El dragón rugió de dolor y sacudió la cabeza.

En ese momento, Viggo llegó hasta su cuello. Ahora comenzaba la parte más complicada. Si el dragón se daba cuenta de que estaba

allí lo tiraría con una sacudida. Tenía que llegar hasta la cabeza sin que lo notara. Era una gesta complicada, pero sabía que tenía ayuda. Ona apareció a su lado y dio un salto tremendo. De la espalda llegó a la cabeza de dragón y se sujetó a ella con sus garras y dientes.

Este volvió a rugir lleno de furia y sacudió la cabeza de un lado a otro para quitarse a la pantera de las nieves de encima. Viggo aprovechó para seguir subiendo por su cuello agarrándose como una serpiente. Pero algo no fue bien. De pronto su brazo derecho le falló. Era como si se le quedara rígido y no lo pudiera usar.

—¡Maldición! ¡Ahora no! —masculló entre dientes mientras veía cómo se deslizaba del cuello a la espalda incapaz de agarrarse.

El dragón sacudió la cabeza y movió el cuello de lado a lado consiguiendo deshacerse de Ona, a la que lanzó por los aires. La valiente pantera cayó sobre sus cuatro patas, aunque había salido despedida en mala postura. Por fortuna era un felino y caer sobre las cuatro patas era algo innato para ella. Corrió a un lado en cuanto vio que el dragón abría la boca para usar su aliento de fuego. El caudal de llamas buscó incinerar a Ona, pero no la alcanzó, era demasiado ágil y sus reflejos rapidísimos. Se alejó de las llamas con rapidez y dando grandes saltos.

Viggo tuvo que envainar sus cuchillos y aferrarse a la parte baja del cuello del monstruo como pudo. Se dio cuenta de que no era solo el brazo derecho lo que le fallaba, también la pierna izquierda. No podía creer su mala suerte. Le había pasado antes, pero siempre disimulaba y decía a sus compañeros que todo estaba bien. Gerd se había dado cuenta, pero Viggo lo negaba. La verdad era que de vez en cuando alguna de sus extremidades se quedaba tiesa y no podía hacer nada. No tenía duda de que se debía al tiempo que había pasado congelado dentro del glaciar, pero era una molestia de lo más nefasta e inoportuna. Se agarró con un brazo y una pierna e intentó no caer.

Gerd y Lasgol sabían que no podían quedarse estáticos o serían presa fácil del dragón, por lo que corrieron uno por cada lado del monstruo. Intentaban presentar dos blancos móviles en lados opuestos para confundirle. Gerd se abrió hacia la izquierda mientras

volvía a tirar contra los ojos de la bestia de escamas rojas con otra flecha de tierra. Intentaba molestar lo máximo posible y evitar que usara su magia sobre ellos. Mientras no le dieran descanso, tendrían una oportunidad. La clave era no dejarle pensar. El aliento de fuego del dragón falló a consecuencia del tiro. Gerd resopló aliviado mientras seguía corriendo y ponía otra flecha en la cuerda de su arco.

Lasgol se abrió hacia la derecha. El dragón lo vio y decidió atacarlo a él en lugar de a Gerd. Un momento después, mientras Gerd se preparaba para disparar, Lasgol vio que el aliento de fuego le pasaba rozando el hombro. Aceleró todavía más, evitándolo, y tiró con su arco dorado. Esta vez usó Tiro Poderoso con una flecha de aire. Estaba cerca y no fallaría.

El arco destelló en oro y la flecha fue directa al centro de la frente del dragón. Se produjo un estallido elemental que soltó varias descargas afectando a ambos ojos. Luego la flecha se clavó. Estaba usando flechas especiales norghanas de acero no solo para afectar al dragón con la explosión elemental, sino para que la flecha penetrara sin romperse. Las flechas de madera con carga elemental se destruían en la explosión y Lasgol necesitaba que siguiera, pues su arco dorado le permitía penetrar las escamas.

A juzgar por la reacción el dragón sintió el tiro e interrumpió el ataque con el aliento ígneo. Utilizaban las nuevas flechas precisamente para cegar a los dragones y atacar sus bocas abiertas. Estas saetas causaban mucho más daño que las de madera, pero eran mucho más difíciles de utilizar, pues su peso era mayor y se desviaban más. Los Guardabosques entrenaban ahora con ellas para dominar la desviación que se producía. Nilsa todavía no había tenido tiempo a acostumbrarse a esta nueva munición, por lo que seguía usando las de madera tradicionales de los Guardabosques. Lasgol no tenía duda de que no tardaría mucho en hacerse a las flechas de acero. Por otro lado, estas funcionaban muy bien a distancias cortas. A distancias largas se desviaban mucho y su alcance era mucho menor que el de una flecha liviana de madera.

«¡Estaos quietos, malditos humanos!» envió lleno de frustración y rabia.

Gerd y Lasgol sabían que tenían que hacer justo lo contrario, seguir corriendo en círculos y tirando contra su cabeza. Ambos así lo hicieron mientras ponían sendas flechas en sus arcos y corrían tan rápido como podían.

El dragón saltó de pronto a por Gerd moviendo sus alas y con un fuerte impulso de sus patas traseras. Viggo, que seguía agarrándose al cuello del monstruo, casi se cayó de espaldas, pero consiguió sujetarse para no irse al suelo. Su brazo y pierna buenas se aferraban como un cepo a su presa. Viggo mordió la cresta del dragón con su boca para agarrase algo más y no caerse, como si fuera Ona.

Gerd se lanzó al suelo y rodó sobre su cabeza para evitar ser aplastado. El dragón se volvió hacia él y fue a partirlo en dos de un mordisco.

En ese instante Argi saltó con todas sus fuerzas y mordió al dragón en el cuello, a media altura. De la fuerza del salto, hizo fallar el mordisco del dragón y Gerd rodó sobre sí mismo varias veces para salir del alcance de las fauces del monstruo.

Viggo se quedó colgando de la parte baja del cuello y Argi algo más arriba. El dragón levantó la cabeza furibundo y rugió. Una flecha le alcanzó en la boca, un estallido de agua que se congeló al momento en ella. La había enviado Nilsa que, ya recuperada, tiraba desde el linde del bosque. El dragón intentó generar su aliento de fuego, pero no pudo, el hielo en su boca y garganta se lo impidieron. Sacudió la cabeza con fuerza intentado expulsar de sus fauces el bloque de hielo que se había formado.

Ona brincó al cuello del dragón con un tremendo salto de sus fuertes patas traseras y se unió a Argi y Viggo. Los tres colgaban ahora del cuello del monstruo y se aferraban con dientes y garras.

Gerd y Lasgol corrieron hacia la espalda del dragón realizando una trayectoria circular para mantenerse fuera de su alcance y poder volver a tirar. El monstruo ahora estaba loco de rabia por tener a Viggo, Ona y Argi aferrados a su cuello. Nilsa, desde su posición cubierta, volvió a disparar contra la garra derecha del dragón, con la que intentaba alcanzar a Argi. La flecha elemental de agua estalló y por un momento la explosión de hielo congeló la garra de la criatura

junto a su cuerpo. Con un rugido de rabia consiguió despegarla de un fuerte tirón.

Gerd se dio cuenta de que el dragón iba a matar a Argi de un zarpazo. El enorme lobo colgaba de la parte alta del cuello del monstruo y no lo soltaba. Una vez mordía, Argi no soltaba su a presa por nada, a menos que Gerd se lo pidiera.

—¡Argi! ¡Suelta! ¡Ahora! —gritó.

El gran lobo blanco obedeció al instante y al abrir la dentellada cayó hacia el suelo. La garra derecha del dragón le pasó rozando la cabeza.

Gerd tiró contra el ojo derecho con una flecha de tierra. No acertó de pleno pues el ángulo de tiro era complicado, pero la explosión de humo y suciedad fue suficiente distracción para que Argi pudiera ponerse a salvo en el bosque.

«¡Ona, escapa, ahora!» envió Lasgol a la buena pantera de las nieves, pues intuía que sería la siguiente a la que atacaría el dragón.

Ona se soltó y se dejó caer.

Para protegerla, Lasgol tiró también con otra flecha de tierra de acero y acertó de pleno en el ojo derecho con la ayuda de su habilidad Tiro Certero. El ojo, ya muy castigado, quedó prácticamente inutilizado entre la explosión de sustancias cegadoras y la flecha de acero que, empujada por la magia del arco dorado, penetró en él.

El dragón rugió con tremenda fuerza y sacudió las alas. Estaba lleno de ira. Tenía los dos ojos destrozados. Lasgol dudaba de que pudiese ver ya apenas nada y, si veía algo, pronto dejaría de hacerlo.

«¡Malditas sabandijas traidoras! ¡Puede que casi no vea, pero eso no me impedirá acabar con vosotros!».

Lasgol supo que el dragón tramaba algo, pero no tuvo tiempo de razonar más. Un golpe mental le alcanzó con tal fuerza que pensó que se le había reventado la cabeza. Un dolor agudísimo le penetró la mente, como la suma de cinco jaquecas intensas. Su cerebro no podía pensar, su cuerpo no podía operar. Lasgol cayó de rodillas, soltó el arco dorado y se llevó las manos a la cabeza. Aquel intensísimo dolor lo estaba matando.

«¡Vais a morir todos de una muerte muy dolorosa!».

Gerd cayó de rodillas un instante después con las manos en la cabeza y gruñendo de dolor. No podía soportar el terrible azote. Hizo un esfuerzo enorme por intentar ponerse en pie, pero no lo consiguió y cayó de nuevo de rodillas con expresión de estar soportando un sufrimiento terrible.

Ona y Argi corrieron al lado de Lasgol y Gerd para protegerlos. El dragón los vio y les embistió con su ataque mental. No tuvo piedad. Ona dio un brinco tremendo en el aire al recibirlo y se quedó tumbada en el suelo gimiendo. Argi dio un salto hacia un lado y aulló de dolor. Luego quedó tumbado de costado con la lengua colgando a un lado.

Nilsa se dispuso a tirar escondida entre los matorrales. El dragón no podía verla allí, y menos con los dos ojos casi inútiles. Apuntó a la boca del dragón. Iba a soltar cuando recibió el ataque mental. Sintió como si la golpearan en la frente con un escudo de acero. El dolor fue tremendo. Se le cayó el arco al suelo. Se llevó las manos a la cabeza y gruñó. No podía pensar ni actuar, solo sentía un tormento agudísimo que le impedía hacer nada. Se fue al suelo pensando que aquel sufrimiento acabaría con ella en breve.

Edwina se agachó temerosa. Ella no estaba participando en el combate, solo lo observaba escondida y quizá el dragón no la hubiera localizado entre los árboles. Se equivocó. Recibió el ataque mental como los demás y un instante después se fue al suelo llena de angustia por sus compañeros y desbordada por el sufrimiento. Debido al intensísimo dolor en su mente no pudo usar su magia de sanación para contrarrestarlo.

«¿Qué opináis ahora, insignificantes gusanos? ¡Podéis rogarme por vuestras vidas, que no os las voy a salvar! ¡Voy a hacer que sufráis una muerte lenta y agónica!».

Todos sintieron cómo el dolor se incrementaba en sus mentes. Era terrible, agudo, mortal. Los iba a matar lentamente y hacerlos sufrir hasta el último instante.

Sin embargo, uno de ellos no estaba sufriendo el ataque mental. Viggo seguía sujeto a la parte posterior del final del cuello del dragón, como si lo fuera a montar. Observaba lo que sucedía

mientras sacudía su brazo derecho hasta que por fin lo sintió. La rigidez desapareció y su brazo volvió a responderle. Un momento más tarde lo hizo su pierna izquierda. Viggo resopló por lo bajo aliviadísimo. ¡Volvía a ser él! Apoyó el brazo y comprobó que le funcionaba. Inmediatamente desenvainó uno de sus cuchillos y un instante después consiguió ponerse en pie sobre la espalda del dragón.

Miró hacia la nuca de la criatura, apoyó la pierna izquierda y notó que le funcionaba. Sonrió. Era momento de pasar a la acción, de matar lagartijos voladores con mentes asesinas. Sacó su otro cuchillo y se preparó. Dio un brinco y llegó a la mitad del cuello de la bestia. Sin apenas apoyarse y haciendo gala de toda su increíble acrobacia, concatenó el salto con un segundo y llegó hasta la cabeza.

«¿Qué es esto? ¿Queda todavía un apestoso gusano?».

—Uno que te va a sacar los ojos —respondió Viggo y, sentándose sobre la cabeza y sujetándose con sus piernas, comenzó a clavar sus cuchillos en cada ojo. Una y otra vez, como un poseso.

El dragón rugió con rabia y sacudió la cabeza, lleno de dolor y furia.

Lasgol sintió de pronto que la agonía que le atacaba perdía intensidad. El dolor terrible seguía ahí, pero era menos fuerte y ahora podía pensar. Vio lo que Viggo estaba haciendo y entendió que era por ello. Cogió su arco y puso una flecha mientras avanzaba hacia el dragón.

Viggo había acuchillado los dos ojos sin piedad en un instante. El monstruo bajó la cabeza hacia el suelo para poder golpear a Viggo con sus garras.

—De eso nada, lagartijo —dijo y se tiró de la cabeza rodando por el suelo.

El dragón, ciego, no alcanzó a Viggo con sus dos garras, pero continuó dando zarpazos sobre su cabeza y a los costados. Él ya había puesto una distancia de seguridad entre ambos y observaba los baldíos esfuerzos de la criatura.

«¡Os mataré!» envió fuera de sí de la ira mientras rugía con la boca abierta y casi desencajada.

Lasgol se puso enfrente y cogió una gran cantidad de su energía. Invocó sus habilidades Tiro Poderoso y Tiro Múltiple. Se produjo el resplandor verde seguido del dorado y tres flechas entraron por la boca del dragón con tremenda fuerza y dirección ascendente. Le llegaron al cerebro.

El dragón comenzó a dar vueltas sobre sí mismo mientras rugía loco de dolor y furia.

Viggo le hizo un gesto a Lasgol para que lo rematara.

Lasgol le indicó que así sería.

Esperó a que el dragón se posicionase frente a él un momento y repitió el tiro combinado. Las tres flechas entraron por la boca hasta el cerebro.

El dragón dio dos pasos más de lado y luego se desplomó muerto sobre un costado.

Capítulo 9

Lasgol cayó de rodillas. Estaba exhausto tras el combate y la cabeza le dolía horrores por los ataques mentales del dragón.

Viggo se acercó hasta el cadáver y le dio cuatro cuchilladas más para asegurase de que estaba muerto.

—Lagartijo finiquitado. Esto ha sido muy divertido —afirmó y se puso a limpiar sus cuchillos de la sangre de dragón.

Lasgol resopló. De divertido aquello no había tenido nada, casi habían muerto todos. Había sido un combate demasiado arriesgado.

Nilsa y Gerd comenzaron a ponerse en pie. Les dolía la cabeza y apenas podían mantener el equilibrio.

—Pasará enseguida —dijo Lasgol, que podía ver el sufrimiento marcado en sus caras.

—¿Seguro… ? —Nilsa arrugaba frente y nariz.

Lasgol asintió.

—La magia dañina desparecerá en nada —prometió señalando al dragón muerto.

—Muerto el mago, muerta la magia —afirmó Viggo.

Ona y Argi fueron los primeros en sentirse libres de la magia dañina. Corretearon alrededor del grupo muy contentos y comenzaron a dar brincos.

—Ya no me duele la cabeza —afirmó Nilsa con expresión de sorpresa.

—A mí tampoco —constató Gerd.

—Estupendo, todo solucionado —Viggo envainó sus cuchillos.

—Vayamos a ver cómo están los demás —dijo Lasgol, se puso en pie y se dirigió hacia Camu.

Ona y Argi corrieron al lado de Camu, que seguía tendido en el suelo y no se movía. No era buena señal.

Un momento después llegaba el resto. Edwina salió del bosque y se dirigió hacia ellos.

—¿Estás bien? —se preocupó Nilsa.

—Sí, tranquilos. El ataque a mi mente me ha dejado incapacitada, pero ya estoy recuperada. ¿Quién necesita socorro?

—Camu —indicó Lasgol arrodillado junto a la cabeza de la criatura acariciándola con cariño.

Ona y Argi gimieron. Se habían echado junto a Camu después de lamerle la cara y ver que no reaccionaba.

—Dejadme examinarlo —pidió Edwina.

El grupo se apartó y dejó que la sanadora obrara su magia. Se sentaron alrededor y observaron por un largo momento. Edwina examinaba a Camu con mucho cuidado. Puso sus dos manos sobre la parte posterior del cuerpo de la criatura enviando energía sanadora para encontrar y evaluar la gravedad de las heridas que había sufrido.

—¿Cómo está? —preguntó Lasgol a Edwina. No podía disimular su preocupación.

—Dame un momento… —respondió la sanadora sin abrir los ojos ni romper su concentración.

Todos observaban con inquietud. Argi y Ona tenían ojos llenos de angustia.

Gerd se curaba las laceraciones en la pierna, aunque no eran graves. Los golpes en la espalda dejarían moratones, pero nada serio. Nilsa también tenía cortes y magulladuras, pero sabía que Edwina se encargaría de ellos una vez terminara con Camu, por lo que no estaba preocupada. Además, una Guardabosques sufría infinidad de cortes, golpes y heridas de todo tipo a lo largo de su carrera en el cuerpo de élite norghano. Así era y así había que aceptarlo.

Viggo se había tumbado en el suelo y descansaba con los ojos cerrados. Parecía estar echando una siestecita, aunque sus compañeros sabían que estaba alerta. Era como un gato negro, podía estar con los ojos cerrados medio dormido y estar al acecho. Al menor ruido o actividad extraña los abriría y se pondría de pie de un brinco con sus cuchillos en las manos.

—Ahora que lo pienso… ¿cómo es que a ti no te ha atacado? —preguntó Nilsa a Viggo con tono de estar muy intrigada.

—Cierto. Es de lo más extraño. ¿No encontró tu aura mental? —inquirió Gerd con las cejas fruncidas.

Viggo se incorporó. Miró a Nilsa y Gerd y luego se encogió de hombros.

—Yo soy especial… ¡¡localizable! —se vanaglorió sonriendo.

—Ya, qué más quisieras tú —replicó Gerd negando con el dedo índice.

—A lo mejor es porque no tienes mente —Nilsa hizo una mueca llena de ironía.

—Eso podría ser, sí —convino Gerd y asintió con fuerza.

—Muy graciosos, pero los dos sabéis perfectamente que sí tengo mente. Tiene que ser porque soy especial, como ya os he dicho, y por ello los dragones no me detectan.

—No lo creo, yo puedo ver tu aura —dijo Lasgol—. Y si yo puedo, el dragón mucho mejor, su magia es mucho más poderosa que la mía.

—Vaya, ¡pues qué bien! Mi alegría en un pozo —Viggo levantó los brazos al aire.

—¿Entonces por qué no te ha detectado? —preguntó Gerd—. No lo entiendo.

Lasgol lo pensó un momento.

—Solo se me ocurre que Viggo estaba junto a la cabeza del dragón. Quizá la propia aura del dragón tapó la de Viggo.

—Eso tiene sentido. El aura mental de ese dragón debía ser enorme, y claro, con lo diminuta que es la mente de este… —dijo Nilsa señalando a Viggo con el pulgar.

—Qué graciosa es la pelirroja…

—Creo que por ahí va la cosa, sí —estuvo de acuerdo Lasgol.

—Sí, eso podría ser, tiene cierta lógica —razonó Gerd.

—Parece que el localizador mental de los lagartijos voladores tiene un punto ciego. Bueno es saberlo —afirmó Viggo.

—Me gustaría saber cuán cerca hay que estar de ellos para que no puedan usar sus ataques mentales —comentó Gerd.

—Imagino que muy cerca, demasiado —se lamentó Lasgol e hizo un gesto indicando que quizá no les sirviera.

—Bueno, me encargaré de averiguarlo la próxima vez. Debemos saberlo para explotarlo —se presentó voluntario Viggo.

—No sé yo si esa es una buena idea —replicó Gerd—. Cada vez eres más lento llegando hasta la cabeza de los dragones. Hoy has tardado una verdadera eternidad.

—He sido todo lo rápido que se puede ser dadas las circunstancias. Ese dragón no se paraba quieto. Se supone que tenéis que distraerlo para que no se sacuda como un terremoto.

—Y eso hemos hecho, ¿o no nos has visto a Lasgol y a mí jugarnos la vida corriendo alrededor del monstruo?

—Tú más que correr cojeabas, con esa cadera de hierro que tienes.

—Dijo el Asesino que tarda un día y medio en llegar a la cabeza de la víctima. Si no es por Ona y Argi, no lo habrías conseguido.

—La misifú y el chucho aullador se han portado muy bien hoy, eso tengo que reconocerlo.

Ona miró a Viggo y gruñó. Argi aulló.

—Yo también os quiero —dijo él y les lanzó besos con la mano.

—Ya sabes que no les gusta que les llames otra cosa que sus nombres, no sé por qué insistes —reprochó Nilsa.

—Porque es divertido.

—Ya, es para partirse de risa —dijo Nilsa con expresión de que no tenía remedio.

—A ti te pasa algo y será mejor que nos lo digas antes de que te mates o hagas que nos maten a alguno —acusó Gerd.

Viggo resopló con mal gesto.

—¡Que no me pasa nada! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? ¿No hemos acabado con el dragón? Pues ya está. Otra muesca en mi cinturón de cazadragones —Viggo mostró el cinturón de Guardabosques Asesino.

—Ha estado muy cerca de ser un descalabro —afirmó Lasgol con tono serio de preocupación—. Hubiéramos muerto todos.

—Habla por ti. Yo no tengo ninguna intención de morir y mucho menos de que me coma un dragón. Mi carne es exquisita, solo

adecuada para el paladar de un dios.

—No digas tonterías —regañó Nilsa—, y tómate las cosas más en serio.

—Me las tomo, pero creo que exageráis. Solo ha ido un poco peor que otras veces. Pero eso es porque nos ha sorprendido él a nosotros y no al revés, que suele ser lo habitual en nuestras victorias. No tiene nada que ver con mi excepcional actuación. Os recuerdo que he vuelto a salvar el día.

—Algo de razón en eso tienes —reconoció Gerd.

—Sí, nos ha pillado por sorpresa y por la espalda —se lamentó Nilsa.

—Era un dragón veterano y listo. No sé dejó engañar en la perla y nos ha encontrado para sorprendernos —asintió Lasgol—. Si nos cruzamos con dragones así tendremos que extremar las precauciones o no sobreviviremos al siguiente encuentro.

—Muy de acuerdo —dijo Nilsa.

—Sí, hay que tener cuidado con los dragones veteranos —asintió Gerd.

Lasgol miró hacia el dragón muerto en medio del camino. No iban a poder moverlo, pues pesaría una barbaridad. Tendrían que seguir adelante pronto o serían descubiertos.

Aquel cadáver era demasiado grande para no llamar la atención. Necesitaban que Edwina obrara uno de sus milagros de sanación. De súbito, sin saber por qué ni cómo, algo sucedió en su mente. Sintió como un destello en el fondo de su cabeza y una imagen se fue formando y acercándose al frente. Era Edwina. Lo estaba curando a él, y de un veneno. Y entonces recordó que la sanadora le había salvado la vida en el Campamento cuando se formaba para ser Guardabosques.

—He recordado… algo nuevo… —dijo a sus compañeros rascándose la coronilla.

—Vaya, eso son buenas noticias —se animó Nilsa y su cara dolorida se iluminó.

—Edwina me salvo de morir… en el Campamento…

—No es del todo correcto. La verdad es que moriste y regresaste —dijo Viggo.

—¿Sí? —Lasgol no lo recordaba así.

—Te fuiste un instante, pero volviste —dijo Gerd.

—Edwina te trajo —añadió Nilsa.

Lasgol asintió. Recordaba la escena en la enfermería del Campamento. Aunque claro, no recordaba haberse ido… Solo regresar. Eso era normal.

—Lo recuerdo… es estupendo.

Viggo levantó los brazos al aire.

—Pues anda que no hay un millón de cosas que tienes que recordar todavía. Te va a llevar un milenio o dos.

—No seas un dolor de muelas. Seguro que recordará muchas cosas de golpe en cuanto esté un poco mejor —dijo Nilsa.

—Sí, ya, y eso será en un milenio o dos.

—Shhh… —pidió Edwina sin abrir los ojos.

De inmediato todos callaron y se sentaron a esperar a que terminase con el proceso de sanación.

Edwina trabajó concienzudamente, aplicando todo el conocimiento de sanación que atesoraba tras una vida de estudios y práctica.

Al ver que la sanadora se extendía, Lasgol se dirigió a sus compañeros.

—Debemos ocultar al dragón muerto, llama demasiado la atención desde tierra y desde el cielo.

—Pues como no tengas una nueva habilidad de invisibilidad que hayas desarrollado últimamente… Ese lagartijo alado pesa como un castillo —dijo Viggo.

—No tengo semejante habilidad.

—Podemos camuflarlo —propuso Gerd—. Estamos rodeados de bosque. Cortaremos ramas y boscaje y lo taparemos.

—Excelente idea —sonrió Nilsa y le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—Yo iba a proponer trocearlo… pero esto será más rápido, sí, y menos pringoso —comentó Viggo—. Aunque quiero probar una pata de dragón a la brasa, debe estar rica. Ahora que lo pienso, con toda la carne que tienen deberíamos criarlos como a las vacas y bueyes, y luego nos los comemos.

—No digas barbaridades —regañó Nilsa.

—Sería un negocio redondo.

—Se te ha olvidado que para engordar a uno de estos te iban a hacer falta cien vacas —dijo Gerd enarcando ambas cejas.

—Oh… ya veo… mal negocio.

—Eso es, venga, ¡a cortar ramas! —dijo Gerd.

Trabajaron un buen rato hasta tener al dragón complemente tapado de boscaje. Desde el aire no lo descubrirían otros dragones, pero alguien que viniera por el camino sí, así que marcharon a establecer un perímetro de seguridad a su alrededor. Aguardaron escondidos y alerta mientras la sanadora trabajaba.

Al anochecer, finalmente, con la luna en lo alto, Edwina separó las manos del cuerpo de Camu.

—He hecho cuanto he podido… —dijo y se tumbó en el suelo extenuada al lado de la criatura.

Ona y Argi, que no se habían separado de ellos, salieron disparados a avisar a los demás.

Nilsa, Gerd, Viggo y Lasgol llegaron corriendo. Se encontraron a Camu y a la sanadora desvanecidos.

—Esto no es nada bueno —comentó Viggo negando con la cabeza.

—Los dos desvanecidos… Ufff… —dijo Gerd y miró a ambos lados del camino con preocupación.

—No creo que vayamos a poder despertarlos —comentó Nilsa acariciando a Edwina.

—Dejémosles descansar. Montaremos guardias y esperemos que no suceda nada esta noche —dijo Lasgol.

—Ya, seguro. Como a nosotros nos sale todo siempre bien… —se quejó Viggo levantando los brazos al firmamento nocturno.

Capítulo 10

Llego el amanecer, pero la situación no cambió. Tanto Camu como Edwina seguían inconscientes. Ambos parecían estar en un mundo de ensueño recuperando sus cuerpos, sus mentes y su energía vital, o eso esperaba Lasgol sintiendo una preocupación que le arañaba el estómago por dentro. Aunque todavía había muchísimo que no recordaba, lo poco que había recuperado de su memoria sobre ambos le había llegado muy hondo. Verlos indefensos y cuando el peligro merodeaba le provocaba una gran inquietud.

—Se despertarán pronto y estarán bien —aseguró Gerd y le puso la mano en el hombro para darle ánimos.

—Eso espero…

—Ya verás como sí. Camu es muy duro y el poder de sanación y los conocimientos de Edwina son excepcionales.

—Sí, confiemos.

—Has hecho bien en enviar a Ona y Argi a patrullar. Estaban muy tristes aquí, es mejor que estén ocupados.

—Sí, además necesitamos estar alerta.

Viggo se movía más inquieto de lo que era costumbre en él. Iba de un lado a otro, la espera no le estaba sentando muy bien.

—A ver si despiertan ya, tenemos que continuar —farfulló.

—No seas así, necesitan descansar para recuperarse —respondió Nilsa, que cuidaba de su arco y flechas sentada junto al camino.

—Esto ha pasado porque el bicho es muy lento y casi tan patoso como tú. Siempre le pillan los ataques de garras de los dragones.

—No todos nacimos con agilidad y reflejos de gato negro como tú —replicó Nilsa, que ahora se colocaba bien la venda de la herida en el brazo.

—Algo de razón tiene. Ya le han herido varias veces con este tipo de ataque —comentó Gerd.

—Sí, primero los dragones menores que creó el dragón inmortal, que no eran físicamente tan poderosos. Estos mamotretos voladores son enormes y sus golpes mucho más fuertes —comentó Viggo chocando su puño derecho contra la palma de la mano izquierda.

—Contra los dragones estamos en desventaja en el suelo —comentó Lasgol—. Él más que ninguno de nosotros —afirmó mirando a Camu.

—Pues no creo que nos vayan a salir alas pronto —opinó Viggo molesto.

Aguardaron en silencio por un rato. Lasgol se separó un poco del grupo y decidió practicar para relajarse. Una de las cosas que había descubierto era que practicar sus habilidades le tranquilizaba, incluso cuando no le salían. Era un poco extraño, porque algunas fallaban, pero sentía una paz interior enorme cuando lograba concatenar varias de ellas de forma exitosa. Creía que era porque así constataba que su magia funcionaba pese a todo. Esto le daba muchas esperanzas. Llegaría el día, estaba seguro, en que volvería a recuperar por completo todas sus habilidades y poder, solo tenía que seguir esforzándose. El trabajo y el tiempo harían que lograra su deseo de volver a ser quien un día había sido, quizá incluso llegar más lejos y lograr superarse. Pensar en ello le animaba mucho.

Recordó que no debía ser tan optimista, las cosas no iban tan bien como para animarse tanto, pero la esperanza y el deseo de mejora no lo abandonaban nunca y por ello estaba agradecido. Inspiró profundamente por la nariz, expiró largo por la boca y cerrando los ojos se relajó. Repitió la respiración cinco veces y luego se concentró. Comenzó a realizar su tabla de precombate. No todas las habilidades de esta serie le salían, aunque sabía cuáles eran, por lo que le habían dicho sus compañeros y los cuadernos de Egil donde las tenían registradas.

Camu y Gerd le habían explicado que tenía habilidades que le permitían mejorar algunos de sus sentidos. Camu las conocía todas. Eran parte de la tabla de habilidades precombate que Lasgol solía utilizar de forma habitual tanto para combatir como para entrenar y

mejorar. Le habían animado a practicar la tabla, ya que podría ayudarle a recordar las habilidades perdidas y mejorar las que había recuperado estos últimos años. No podían haber estado más en lo cierto.

Suspiró e intentó mantenerse animado. Que no recordara todas sus habilidades no quería decir que no pudiera volver a descubrirlas y recuperarlas. Ese era su nuevo plan de acción: encontrar sus habilidades perdidas. Si había sido capaz de desarrollarlas una vez, la segunda debería ser más sencillo. Además, algunas las había recordado sin saber el porqué. Y no solo eso, en el tiempo que había estado separado de las Panteras de las Nieves había desarrollado alguna nueva. Eso le daba mucha esperanza. De todas formas, sabía que había algo roto en su interior, sentía una desconexión entre su magia y su mente. Su vínculo se había quebrado. Eso es lo que le había hecho el dragón inmortal. Por alguna razón, un hilo seguía uniendo mente y magia y cada día era un poco más fuerte.

Comenzó con los ejercicios de la tabla invocando las habilidades una detrás de otra. El hilo sería débil en aquel momento, pero un día volvería a ser fuerte y sus habilidades y poder mágico regresarían en pleno esplendor.

De pronto, Ona llegó hasta ellos a la carrera.

—¿Qué sucede, Ona? —preguntó Lasgol y se agachó bajando una rodilla hasta que su cabeza quedó a la altura de la de la pantera de las nieves.

Ona himpló.

—Tenemos compañía —avisó Lasgol al resto.

—¿El otro dragón? —preguntó Gerd, que ya cogía su arco y carcaj.

Ona himpló dos veces y luego gimió.

—No, no es un dragón. ¿Soldados?

Ona himpló una vez y miró hacia el camino, al oeste.

—Sí, soldados.

—Pues si vienen del oeste se van a encontrar con el dragón y darán la alarma —razonó Nilsa.

—Eso no nos conviene —comentó Lasgol atisbando el camino.

—Hay que evitar que los dragones sepan de esto —afirmó Nilsa.

—No hay problema. Asaltaremos a los soldados, nos los cargaremos y arreglado —opinó Viggo tan tranquilo.

—No sabes ni qué soldados son —dijo Nilsa.

—¿Qué más da? Soldados son soldados. ¿Si no son norghanos qué más nos da?

—Tiene que ser muy sencilla la vida para ti viéndolo todo así —negó con la cabeza Nilsa.

Lasgol suspiró.

—No nos conviene enfrentarnos a soldados, sean de una de las ciudades estado del este o sean de Kraido…

—Hay una diferencia notable —comentó Gerd pensativo.

—¿Tú crees? Ambos nos atacaran al descubrirnos. Están en guerra, por si no te has dado cuenta —rebatió Viggo.

—Lo más probable es que sean de Kraido. Los soldados de las ciudades estado del este no solían salir demasiado de sus ciudades. Ahora lo harán muchos menos, ya que hay dragones rondando —razonó Gerd.

—¿Y? Si son de Kraido somos enemigos y nos querrán matar —aseguró Viggo—. Así que mi plan sigue siendo válido.

—No necesariamente… —especuló Gerd por lo bajo.

—¿Cómo qué no? —Viggo lo miró extrañado.

—Piensa en Dafne y Lily, en los demás. Ellos no nos atacarían.

—Algo de razón tiene Gerd. Creo que ya sé a dónde quiere llegar —dijo Nilsa.

—Yo no entiendo nada —Viggo gesticuló como si todo lo que decían no tuviera sentido.

—No hay tiempo para elucubrar —dijo Lasgol—. A Edwina podemos esconderla en el bosque, pero a Camu no creo que sea buena idea moverlo. ¡Cubrámoslo, rápido!

—De acuerdo —dijo Gerd.

Nilsa y Viggo asintieron.

Todos corrieron a poner a cubierto a Edwina y ocultar a Camu. Cuando lo tuvieron cubierto como al dragón, Lasgol se agachó alrededor de su compañero varias veces.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Viggo.

—Protegiéndolo. No debe sucederle nada.

—Vale, pero date prisa que ya llegan —Viggo señaló al oeste.

Lasgol se puso en pie y miró en esa dirección. Vio el destello del sol sobre el acero.

—Escondámonos.

Se ocultaron en el bosque con las armas preparadas. Lasgol y Viggo se quedaron con Ona. Tenían a Edwina detrás entre la maleza y a Camu frente a ellos, en el camino. En el lado contrario se escondieron Nilsa, Gerd y Argi.

Una columna de soldados apareció desde el oeste. Lasgol contó dos veintenas. No eran refuerzos, sino un convoy. Escoltaban diez carros cargados con suministros tirados por fuertes caballos guiados por otra veintena de soldados.

—Esos llevan víveres a algún lado —susurró Viggo a Lasgol al oído.

Lasgol asintió.

—Imagino que, a su ejército, que no estará demasiado lejos.

—¿Quiénes son? Van vestidos de negro de arriba abajo. Tienen estilo.

Lasgol lo pensó un momento.

—Por lo que nos han contado nuestros amigos de la Escuadra Ígnea, los cinco reyes dragones se han repartido la conquista de Tremia. Erre-Gor-Mau, rey dragón rojo, tiene el norte de Tremia, que incluye el Continente Renacido, Norghana y el Continente Helado. Itx-Urd-Arr, rey dragón azul, tiene el oeste de Tremia, que incluye Rogdon y las tribus Masig de las estepas, así como las Usik de los grandes bosques. Aiz-Zur-Tor, el rey dragón blanco, tiene el medio centro del continente, que incluye los reinos de Zangria, Erenal y el mar central. Osc-Belz-Hil, el rey dragón negro, tiene el este con los reinos de Irinel, Moontian y la Confederación de ciudades libres del este. Ram-Mar-Oia, el rey dragón marrón, todo el sur de Tremia, con el Imperio Noceano.

—¿Cómo puede ser que recuerdes los nombres de los reyes dragones y no te acuerdes de tus mejores amigos? —dijo Viggo con expresión de no poder creerlo.

Lasgol suspiró.

—Es la maldición que infligió el dragón inmortal, y es la que me toca sufrir.

—Bueno, no te preocupes. En nada tú y yo volveremos a ser los mejores amigos, como antes.

—¿Lo éramos?

—Por supuesto. Como gemelos idénticos.

Lasgol miró a Viggo, que lo había dicho como si fuera la mayor de las verdades del mundo, pero por alguna razón no terminó de creerlo. Puede que fueran buenos amigos, pero no tanto como el asesino le decía.

—Si tú lo dices…

Viggo sonrió y asintió dando la cosa por zanjada.

—Entonces esos son soldados del tal Osc-Belz-Hil, rey dragón negro, de Kraido. Son grandes de tamaño, ¿no te parece? —Viggo observaba con ojos entrecerrados.

—Sí, son grandes. Veo Tauruk-Kapro y Drakónidos.

Viggo esperó un momento más a que estuvieran algo más cerca para verlos mejor.

—Cabezas de buey y cabra y los primos pequeños de los dragones. La mitad de una raza y la otra mitad de la otra… curioso.

—No les faltes el respeto, son razas como la nuestra.

—Nosotros somos humanos y para nada somos como esos.

—En aspecto no, pero en lo que hay aquí sí —dijo Lasgol señalando el corazón y la cabeza con su dedo índice.

—No estoy yo muy convencido de eso —dijo Viggo—. Desde luego los minidragones sin alas no me gustan nada y no me fio de ellos. Y los cabeza de buey y cabra tienen pinta de tener mucho músculo y muy poco cerebro.

—Has conocido a Ivo y sabes perfectamente que tiene mucha cabeza, además de músculo.

—Será una excepción —Viggo se negó a cambiar de opinión.

El convoy se fue acercando con ritmo pausado. A Lasgol le extrañó que no usaran exploradores, avanzaban como si estuvieran seguros de que no iban a ser atacados. Era cierto que impresionaban, pues eran todos enormes y vestían de negro, pero aun así no le pareció acertado, vigilar evita muchas sorpresas y

disgustos. Iban armados con lanza y escudo de acero que cargaban sin ninguna dificultad. Eran grandes y fuertes y por la forma en la que caminaban no parecían estar cansados. Si llevaban mucho tiempo de travesía, lo aguantaban bien.

—Tienen pinta de ser fuertotes —dijo Viggo a Lasgol con tono de precaución—. Mejor no dejarles acercarse demasiado…

Lasgol entendió lo que Viggo le decía. En combate cuerpo a cuerpo aquellos Tauruk-Kapro y Drakónidos serían difíciles de vencer. Además, los Guardabosques eran mucho mejores en combate a distancia. La ventaja que tenían residía precisamente en poner distancia con el enemigo. El combate cuerpo a cuerpo lo conocían bien, pero quitando a Especialistas como Viggo, no era la mejor opción de un Guardabosques.

—Evitemos el cuerpo a cuerpo.

—Por mí encantado de un encuentro más personal, ya lo sabes, pero vosotros…

Lasgol asintió.

—Primero llegarán a la altura de Camu. El dragón rojo está más al este. Es posible que se acerquen a inspeccionar.

—Entonces tendremos que actuar.

—Esperemos que pasen de largo. Camu está cerca del linde del bosque, no entorpece el paso.

—Pues el dragón está en medio…

—Ya, que lo descubran es inevitable.

Del linde del bosque al otro lado del camino les llegó el ulular de una lechuza.

—Es Gerd, dice que están preparados —dijo Viggo a Lasgol.

—Sí, esas cosas las recuerdo.

Viggo puso cara de extrañeza.

—Lo tuyo es de lo más raro, y mira que de antes ya eras bien rarito.

—No sé por qué, pero señales, signos, y esas cosas de Guardabosques las recuerdo. También el entrenamiento y la lucha. Es a las personas a las que no recuerdo.

—Rarito, rarito… —Viggo negó con la cabeza.

—Preparémonos, esto se va a ponerse feo en nada —dijo a Viggo y se agachó.

Capítulo 11

El convoy con los soldados de negro llegó hasta Camu. El oficial que marchaba al frente, un Drakónido de aspecto amenazador, detuvo el avance.

—¡Alto! —ordenó con voz profunda.

Se quedó mirando los dos grandes montículos de ramas y hojarasca en el camino. Primero el que escondía a Camu y luego el que ocultaba al dragón muerto.

—¡Revisad esos montículos, no deberían estar ahí! —ordenó a los cuatro soldados que iban con él.

Estos se dividieron en dos parejas y cada una fue a investigar uno de los montículos.

—¡Con cuidado, puede ser una trampa! —advirtió el oficial.

Lasgol se sorprendió de entender al oficial Drakónido, pero entonces miró el anillo en su dedo. Aquella era sin duda una herramienta muy valiosa.

Los dos soldados que se acercaron hasta Camu eran Tauruk-Kapro. Observaron sin tocar nada por un momento mientras los otros dos soldados, Drakónidos, llegaban hasta el dragón.

Lasgol pensó que quizá salieran de allí sin tener que luchar. Si no le hacían nada a Camu no tenían por qué intervenir. Con que lo dejaran estar, no habría problema.

Los dos Tauruk-Kapro aguardaron. Lasgol observaba escondido entre los arbustos y el tronco de un roble. Uno de ellos era un Tauruk y el otro un Kapro. Le parecían fascinantes. No ellos dos, sino que hubiera criaturas como aquellas en otros mundos lejos de Tremia. Si Tremia era un mundo lleno de misterios y maravillas, solo podía comenzar a imaginarse lo que habría en el mundo del que provenían aquellas criaturas.

Los dos Drakónidos también se quedaron mirando al montículo del dragón sin apresurarse a investigarlo. El resto del convoy aguardaba, atento para atacar en caso de ser requerido.

—¡Adelante, revisadlos! —ordenó el oficial.

Los cuatro soldados comenzaron a investigar lo que sucedía. Con sus lanzas, teniendo cuidado, apartaron ramas y hojas para ver qué había debajo.

Lasgol y Viggo estaban preparados para actuar sobre los Tauruk y Nilsa y Gerd sobre los Drakónidos. De momento aguardaban, ya que Camu no parecía correr peligro.

Muy despacio, los dos Tauruk fueron dejando al aire parte del cuerpo de Camu. Cuanto más descubrían más pasmados estaban. Para ser dos soldados tan fuertes, lo hacían con cuidado, como si temieran que aquel ser que destapaban se despertara y cayera sobre ellos lleno de furia. Sus expresiones eran de gran sorpresa. Se miraban el uno al otro y se encogían de hombros.

Lasgol se dio cuenta de que los pueblos de Kraido seguramente no tuvieran idea de la existencia de una criatura como Camu. Eso y que Camu tenía bastante semejanza con un dragón sin alas.

Si los dos Tauruk-Kapro estaban sorprendidos y confundidos, los Drakónidos mil veces más. Uno de ellos dejó caer su lanza y escudo y se llevó las manos a la cabeza. El otro se acercó y, al ver la cabeza del dragón muerto, se arrodilló y comenzó a murmurar algo similar a una letanía.

—¿Qué sucede? —preguntó el oficial Drakónido.

El soldado Tauruk se volvió hacia él.

—Aquí hay escondida una criatura…

—¿Qué tipo de criatura? —el oficial lo miró extrañado.

El Tauruk se encogió de hombros.

—No he visto nunca una como esta.

—Es similar… a nuestros señores dragones… —aclaró el Kapro.

—Desconcertante… —añadió el Tauruk.

—¿Similar? ¿Cómo que similar?

Los dos se encogieron de hombros y señalaron a Camu con la lanza. La mayor parte de su cuerpo estaba visible. Seguía

inconsciente pero su respiración parecía estable. Lasgol observaba tenso y preparado para actuar.

El oficial decidió que era mejor verlo por sí mismo. Llamó a tres soldados más y se acercó hasta Camu. Lo observó un largo momento. Luego se puso a mirarlo desde diferentes ángulos, incluso de cuclillas.

—No sé qué criatura es esta, pero un dragón no es. No tiene alas ni cuello largo. ¡Vigiladlo! Está con vida y podría despertar.

—Sí, señor —respondió el Tauruk.

El oficial miró a los dos Drakónidos. Uno seguía de rodillas mientras que el otro terminaba de despejar lo que se había intentado ocultar. Fue hacia ellos y se llevó consigo a los tres soldados. Cuando llegó hasta el que estaba arrodillado entendió lo que sucedía.

—Un señor dragón… muerto. Esto es inaudito… muy grave… ¡gravísimo! —comentó con tono y expresión de estar perplejo y confundido ante lo que presenciaba.

—Lo han intentado ocultar —dijo el Drakónido, que había estado descubriendo el cadáver.

El oficial lo miró con expresión de no entender lo que veía.

—¿Ocultar? ¿Quién? ¿Por qué? —balbuceó y frunció la frente, como si estuviera padeciendo un ataque mental.

—Quien lo haya matado —dijo uno de los tres soldados Tauruk.

—No puede ser un quién, habrá muerto por enfermedad…

—Las heridas en ojos y boca no son de enfermedad, señor —aseguró el Tauruk.

—Si insinúas que lo han matado nuestros enemigos, eso es imposible. Nuestros señores no mueren por el acero enemigo, son invencibles. Ni un ejército entero podría matar a un señor dragón tan grande y poderoso. ¡Y uno rojo, nada menos! Su fuego los hubiera arrasado a todos.

—No es lo que se dice… —dijo el Tauruk.

—¡Silencio, Turgus! ¡Eres un soldado de Osc-Belz-Hil, rey dragón negro! ¡No digas algo de lo que tengas que arrepentirte! —amenazó el oficial.

—Todos hemos oído "el mensaje". El mismo que dice que se les puede matar. Esta es la prueba, lo han hecho y no ha sido un ejército, apenas hay huellas de pisadas en el camino —dijo Turgus señalado cerca de la cabeza del dragón muerto con la lanza.

—¡Maldito traidor! ¡Detenedlo! ¡Nadie propaga injurias de rebelión en mi presencia!

Los dos Drakónidos que estaban con él le apuntaron con sus lanzas y se cubrieron tras sus escudos. El Tauruk, tranquilo, no hizo ademán de querer pelear. Se quedó quieto, sin levantar su lanza y escudo, y miró a los dos soldados y luego al oficial.

—Los Drakónidos creéis todo lo que vuestros señores os dicen, incluso cuando tenéis la prueba de que no es así ante vosotros. A ese dragón lo ha matado un grupo pequeño y con armas. Podéis negarlo todo lo que queráis, pero la evidencia es clara.

Lasgol vio que la situación estaba dando un giro sorprendente e interesante. Viggo hizo un gesto para actuar, pero Lasgol negó con la cabeza e hizo otro gesto para que aguardara. Viggo resopló frustrado.

Los Tauruk-Kapro del convoy comenzaron a avanzar hacia el dragón muerto. Primero los soldados de a pie y luego los que iban en los carros. Lo hicieron despacio, estirando el cuello y mirando con interés.

—¿Qué hacéis? ¡Volved a los carros! —ordenó el oficial, furioso.

—No quieres que descubran la verdad, ¿no? —acusó Turgus.

—¡Aquí no hay nada que ver! ¡Volved al convoy! ¡Ahora! —gritó el oficial a pleno pulmón.

Sin embargo, los Tauruk-Kapro no siguieron las órdenes y continuaron avanzando hacia el dragón muerto abriéndose en semicírculo para poder ver mejor el cadáver.

—Ahí tenéis la prueba de lo que se nos ha dicho a través del mensaje. La prueba de que hay esperanza, de que podemos llegar a ser libres —proclamó Turgus.

—¡Calla, traidor! ¡Tira tu lanza y escudo al suelo!

Turgus no hizo tal cosa. Se mantuvo quieto mientras los otros Tauruk-Kapro llegaban hasta donde estaba él.

Los Drakónidos también comenzaron a avanzar hacia el oficial empuñando la lanza y el escudo de forma amenazadora, preparados para atacar.

—Los traidores a nuestros señores dragones morirán —advirtió el oficial—. Regresad todos a los carros o lo pagaréis con vuestras vidas —amenazó a los Tauruk-Kapro, sin gritar esta vez, pero con tono de quien sentencia a muerte.

Turgus se dirigió a los suyos.

—Hermanos, aquí tenéis la prueba. Un dragón muerto, el mensaje es verdadero, la libertad es posible. Los rumores que nos han llegado son ciertos. Debéis creer…

—¡Matad a ese traidor, que de su boca no salga ni una palabra traicionera más! —ordenó el oficial.

Los dos Drakónidos asintieron a su oficial y al momento atacaron al Tauruk con sus lanzas buscando su corazón y su estómago. Este reaccionó al mismo tiempo desviando un ataque con su escudo y el otro con su propia lanza.

—¡Luchad, hermanos! ¡Por la libertad! —clamó.

El oficial vio que los Tauruk-Kapro lo pensaban.

—¡Tirad las armas al suelo o moriréis como este traidor! —ordenó.

Los Tauruk-Kapro se miraron los unos a los otros.

—¡El mensaje es verdadero! ¡Por la libertad! —gritó uno de ellos levantando su lanza.

—¡Por nuestro pueblo libre! —gritó otro que también levantó la lanza.

El oficial dio un paso atrás al ver que los Tauruk-Kapro se revelaban.

—¡Matad a quien no baje las armas por traición! —ordenó gesticulando hacia los soldados Drakonianos, que se habían acercado hasta situarse a la espalda de los rebeldes.

Viggo sonrió de oreja a oreja.

—Esto se pone de lo más divertido.

A Lasgol no le pareció divertido, pero sí vio que les daba una oportunidad de salir de aquel embrollo.

—Veamos qué sucede antes de precipitarnos a alguna conclusión.

Los soldados Drakonianos, en su mayoría, atacaron a los Tauruk-Kapro. Media docena no lo hicieron, se quedaron quietos, parecían indecisos.

Los Tauruk-Kapro se volvieron e hicieron frente a los Drakónidos.

Comenzó el combate, uno bestial, pues ambos bandos estaban formados por soldados fuertes y entrenados. Los Drakónidos atacaron con gran ímpetu, como queriendo sacar ventaja de atacar primero y no dar tiempo a sus rivales a darse la vuelta y hacerles frente. Varios Tauruk-Kapro resultaron heridos por el asalto, pero el resto consiguió soportar el primer embate y contratacar.

Turgus recibió una herida en el hombro, pero logró matar a uno de los dos soldados Drakónidos que le atacaban atravesándole el corazón con una embestida fugaz y perforante. La fuerza del Tauruk era tal que atravesó la armadura del Drakónido como si fuera de papel y destrozó su corazón. El otro Drakónido intentó rematarlo con un ataque al cuello, pero Turgus consiguió interponer su escudo y evitarlo. A continuación, le soltó una patada a la pierna de ataque que lo desequilibró. Lo remató con un revés del escudo a la cara. El soldado cayó de espaldas sin sentido.

—Ven a probar mi sangre, esclavo de dragones —retó al oficial.

—¡Te mataré, Turgus, eres un traidor apestoso! —gritó el Drakónido y atacó con un potente salto descargando su lanza contra el pecho de su rival.

El Tauruk se protegió con su escudo, pero sintió el fuerte golpe y retrocedió gruñendo. La herida en el hombro le sangraba ahora con mayor intensidad.

Nilsa y Gerd observaban el combate muy atentos.

—No puedo creer que se estén matando entre ellos —masculló Nilsa pestañeando con fuerza.

—Parece que hay partidarios de la rebelión y partidarios de los dragones. Lo encuentro desconcertante, la verdad. Me pregunto cómo han llegado a saber sobre el mensaje de Nahia y los suyos —Gerd se encogió de hombros.

—La división es clara, Tauruk-Kapro por un lado y Drakónidos por el otro.

—Eso parece. Con algunas excepciones en ambos bandos… Hay varios de cada raza que no luchan y se han apartado.

—Quizá estén indecisos.

—O tal vez no quieren matar a otros de su propio ejército.

Nilsa suspiró.

—Siendo de dos razas diferentes es más probable que estén indecisos sobre la rebelión. Porque caerse bien, lo dudo.

Gerd hizo un gesto de que tenía razón.

—Veamos qué sucede. Sea cual sea el resultado final, nos conviene.

—Sí, eso sí. Menos soldados con los que lidiar —asintió Nilsa.

El combate se desató. Si los Tauruk-Kapro eran bestiales y su poderío físico impresionante, los Drakónidos eran mejores con las armas y tampoco se quedaban tan atrás en lo físico. Los Tauruk-Kapro soltaban golpes devastadores que hacían salir volando de espaldas a los Drakónidos. Estos, a su vez, atacaban con certeza y habilidad, hiriendo y matando a sus rivales.

Poco a poco la bestialidad de los Tauruk-Kapro se fue imponiendo. Incluso heridos y perdiendo sangre eran capaces de golpear tan fuerte que tumbaban cuanto estuviera delante. Golpeaban con escudo y lanza, soltando patadas y terribles mazazos con sus manos. Si conseguían agarrar a un Drakónido, éste salía por los aires o le rompían el cuello.

Turgus, sin embargo, estaba perdiendo su particular duelo. El oficial Drakónido le había herido dos veces más en ambos muslos para lisiarlo, y sus piernas se estaban quedando sin fuerzas.

—Si no hacemos algo el oficial se va a cargar al Tauruk rebelde —dijo Viggo a Lasgol.

—No sé si deberíamos intervenir…

—Por lo general esos cabeza de buey no me gustan mucho, pero ese en concreto me cae bien, tiene agallas. Deberíamos ayudarle.

Lasgol lo meditó un instante.

—De acuerdo. Tienes razón, no merece morir —dijo a Viggo y apuntó.

El tiro no era difícil desde donde estaba. El Drakónido había derribado a Turgus, que había quedado de espaldas contra el suelo.

Se puso sobre él.

—Vas a morir. ¿Ves como no hay salida, traidor? —dijo y le puso la lanza sobre el torso para darle el golpe final.

Lasgol soltó. No necesitó usar Tiro Certero. Usó una flecha normal que alcanzó al oficial en el hombro derecho. A causa del impacto y el sobresalto, se le cayó la lanza al suelo. Con ojos desorbitados miró la flecha que le sobresalía del hombro y la agarró. Dio un paso hacia atrás, sin poder entender qué sucedía.

—¿Decías, esclavo de dragones? —replicó Turgus desde el suelo.

En ese momento el combate paró. Los Tauruk-Kapro habían ganado y los Drakónidos yacían muertos o heridos a sus pies. Todos se volvieron hacia el oficial.

—¡Moriréis todos, traidores! —gritó.

Luego sacó una daga con rapidez y fue a matar Turgus, que seguía en el suelo.

Lasgol se dispuso a tirar de nuevo, pero no hizo falta. Nilsa le metió al oficial una flecha entre ojo y ojo.

El Drakónido cayó de espaldas como un árbol derribado.

Los Tauruk-Kapro miraron alrededor buscando la procedencia de las flechas. No podían ver a los tiradores.

—¡Gracias, quienes quiera que seáis! —gritó Turgus en el suelo.

Dos de sus compañeros le ayudaron a levantarse, pero sus piernas no le soportaban. Lo mantuvieron de pie sujetándolo, pasando los brazos por sus hombros.

—Creo que es momento de presentaciones. Estoy seguro de que nos verán como los héroes de leyenda que somos —afirmó Viggo y, sin esperar a que Lasgol pudiera hacer algo, salió al descubierto tan tranquilo.

—Viggo, no… —Lasgol no pudo terminar la frase.

—Bonito día para un poco de acción. Ha estado muy bien, no tanto como matar al dragón rojo, pero ha sido entretenido —expresó.

Saludó con la mano a los Tauruk-Kapro y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 12

Los Tauruk-Kapro miraron a Viggo estupefactos. Un humano que hablaba la lengua de Kraido y que presumía de haber matado al dragón rojo. ¡No podía ser! Varios de ellos lo encararon con miradas de sospecha.

—¿Quién eres? ¿Me has salvado tú? —preguntó Turgus.

—Soy Viggo, Guardabosques Asesino y luchador extraordinario —se presentó e hizo una pequeña reverencia—. Y no, no te he salvado yo, han sido mis compañeros Lasgol y Nilsa.

—Puedes decirles a tus compañeros que salgan. No vamos a atacar.

Viggo miró hacía donde se ocultaban sus amigos y, al ver que no salían, los animó a hacerlo.

—Ya habéis oído, salid. No seáis tímidos, no van a atacar.

—Tenéis mi palabra, no os atacaremos —aseguró Turgus.

Lasgol suspiró. Salir al descubierto no era la mejor táctica en aquella situación. Era mejor permanecer escondidos, pero, por desgracia, Viggo ya los había descubierto. Era mejor salir para evitar sospechas. Si seguían ocultos los Tauruk-Kapro podían tomarlo como una amenaza. Lo mejor era mostrar que no tenían intenciones hostiles.

—Ona, quédate escondida. Mejor que no te vean.

La pantera de las nieves gimió y obedeció.

—Salimos —dijo Lasgol y avanzó hasta situarse junto a Viggo, que sonrió. Él le dirigió una mirada de que no estaba de acuerdo con su proceder.

Un momento después, Nilsa y Gerd salían de su posición cubierta y se dejaban ver al otro lado del camino. Todos llevaban los arcos en las manos por si acaso, pero los mantenían bajados.

—Agradezco vuestra intervención —dijo Turgus—. ¿Cómo es que habláis nuestro idioma? No seréis…

Lasgol intuyó lo que el Tauruk pensaba.

—No somos espías. Te lo aseguro.

—¿Entonces? Los humanos no hablan nuestra lengua.

—Nosotros tampoco, no creas que sí —dijo Viggo.

Los Tauruk-Kapro murmuraron sorprendidos y sus expresiones se ensombrecieron. No les había gustado aquella respuesta.

—Podemos hablar vuestro idioma por medio de magia —se apresuró a explicar Lasgol y les mostró el anillo—. Todos llevamos uno, nos permite entenderos y hablar en vuestro idioma cuando nos dirigimos a vosotros.

—Magia… Sí, eso podría explicarlo. Aunque nunca hemos conocido magia que no sea elemental o mental, y siempre se usa para el ataque…

—Hay muchos tipos de magia en el mundo, eso puedo asegurártelo —dijo Lasgol—. La magia de estos anillos es inocua.

—¿Sois magos, entonces?

—Ya nos gustaría —respondió Viggo y negó con la cabeza.

—No somos magos, pero yo tengo magia —reconoció Lasgol.

—¿Sois vosotros los que habéis matado a ese dragón rojo? —preguntó Turgus con esperanza en el tono.

Lasgol asintió.

—Sí, hemos sido nosotros.

—Y no es ni el primero ni el último que vamos a matar —añadió Viggo con tono casi de juramento.

Los Tauruk-Kapro comenzaron a hablar entre ellos. Por lo que murmuraban y sus expresiones, Lasgol dedujo que querían creerlo, pero les costaba hacerlo.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó otro de los Tauruk con expresión de incredulidad.

—El dragón era inmenso y poderoso y vosotros solo un pequeño grupo de humanos —expresó otro Kapro arrugando su frente.

—Seremos un pequeño grupo de humanos, pero somos formidables —respondió Viggo.

—Fuimos nosotros, sí —respondió Lasgol—. Sé que cuesta creerlo, pero es la verdad.

—Tuvo que ser con tu magia entonces —dedujo Turgus.

—La magia ha jugado un factor muy importante, así es —reconoció Lasgol.

—Y la pericia y habilidad sin igual de los aquí presentes, también —añadió Viggo.

—¿Se pueden matar dragones con tu magia? —preguntó otro de los Kapro, que sangraba de una herida en el brazo.

—Hay un tipo de magia con la que se pueden herir y hasta matar a los dragones. También hay ciertas tácticas que se pueden usar para herirles en boca y ojos, incluso sin magia. Pero mejor os curáis esas heridas y os lo explicamos después —dijo Lasgol.

—Sí… tienes razón —estuvo de acuerdo Turgus.

Los Tauruk-Kapro dudaron. Aquella situación era de lo más insólita. Se miraban entre ellos y luego a Lasgol y sus compañeros. Un momento después, los Tauruk-Kapro comenzaron a atender a sus heridos.

Un grupo de ellos fue hasta los que no habían intervenido en el combate y los rodearon para vigilarlos.

Nilsa y Gerd se acercaron hasta Lasgol y Viggo.

—Esto no lo esperaba —reconoció Nilsa.

—Parece que el mensaje de revolución de Nahia y su escuadra está llegando lejos y rápido —comentó Gerd.

—Sí, se expande como el fuego en una pradera reseca —opinó Lasgol.

—Son pueblos oprimidos, esclavizados, llevan así no cientos, sino miles de años. No me extraña —comentó Gerd.

—Es de ilusos emocionarse tanto por una buena noticia. Les dicen que hay esperanza, que puede haber una revolución y ser libres, y todos se lanzan de cabeza al abismo. Yo lo encuentro de tontos —expresó Viggo.

—Tú siempre tienes esa visión tan optimista del mundo, tan negra como tu alma —dijo Nilsa con mucha acidez.

—Y orgulloso que estoy de ella. Si no sería un iluso como algunos de este grupo —dijo y miró a Gerd y luego a Nilsa con mucha

determinación.

—Tener buenas intenciones no le convierten a uno en un iluso —replicó Gerd.

—Eso lo dirás tú, yo opino lo contrario.

—¿Argi está escondido y a la espera? —preguntó Lasgol a Gerd.

—Sí. He pensado que era mejor que no lo vieran. No sé qué pensarán estos Tauruk-Kapro de un lobo gigante.

—No creo que le tengan miedo viendo lo bestiales que son —respondió Viggo.

—Ya, pero puede que les ponga nerviosos —intuyó Nilsa.

—Eso puede ser —convino Viggo.

—Camu sigue dormido como un lirón —comentó Gerd—. Tiene una facilidad para dormir impresionante.

—Pensé que despertaría en medio del combate con tanto grito y gruñido de Tauruk-Kapro y Drakónido. Precisamente silenciosos no son —expresó Nilsa.

—Ese es capaz de dormir en medio de una casa en llamas —opinó Viggo.

Lasgol miró a Camu y lo observó para captar su respiración. Se tranquilizó un poco.

—Mejor que duerma. Necesita reposar y nos da tiempo a explicarles a Turgus y los suyos quién es. Les va a extrañar que esté ahí y estoy seguro de que están pensándolo.

—Hombre, el bicho pasar desapercibido, pues no pasa con esas pintas que tiene —soltó Viggo.

—Tú sí que no pasas desapercibido y no por tu imagen, sino por esa bocaza que no puedes tener cerrada ni bajo el agua —recriminó Nilsa.

—Todos me adoráis por esta personalidad tan mía que tengo —sonrió Viggo orgulloso.

Gerd puso los ojos en blanco.

—Que tormento de hombre… —gesticuló Nilsa con expresión de desesperación.

Para cuando terminaron de curar a todos los heridos y amontonar a los muertos a un lado, comenzaba a caer la noche. Turgus,

sentado en la parte posterior de un carro sobre una manta, les hizo un gesto para que se acercaran.

—Vamos a acampar aquí mismo. No es el mejor lugar, lo sé, pero no estamos en condiciones de continuar y tampoco tengo muy claro qué debemos hacer. Nuestra situación no es muy buena…

—Descansemos todos. Nosotros también debemos cuidar de dos de nuestros compañeros.

—¿Dos más?

—Uno es la criatura que ves ahí tendida.

—Os iba a preguntar sobre ello. Nos tiene intrigados. ¿Es un dragón?

—No, no lo es. Es un Drakoniano superior.

—Nunca he oído tal denominación de una especie —Turgus miró a tres Tauruk-Kapro que estaban a su lado y escuchaban atentos—. ¿Y vosotros?

Los tres negaron con la cabeza. El Kapro miró a Camu un momento y preguntó.

—¿Es amigo o enemigo?

—Es amigo, te lo aseguro. Su magia ayuda contra los dragones y mucho —dijo Lasgol.

—¿Ha matado dragones?

—Sí, con nosotros. Unos cuantos ya.

—Entonces es uno de los nuestros —dijo el Kapro.

—Lo mismo opino —asintió Turgus.

Los otros dos Tauruk asintieron también.

—Id a descansar. Mañana, con el amanecer, seguiremos hablando —dijo Turgus, que estaba ceniciento por la pérdida de sangre.

—De acuerdo —Lasgol hizo una seña a los suyos y se acercaron hasta Camu.

Nilsa y Lasgol fueron a atender a Edwina mientras Gerd y Viggo se quedaron cuidando de Camu para que descansara tranquilo. Lasgol se arrodilló y con disimulo desarmó y recogió las trampas que había puesto alrededor de Camu.

—Eso era lo que andabas, ¿eh? —dijo Viggo.

—Sí, puse trampas por si acaso. Mi habilidad las esconde haciéndolas casi invisibles.

—Bueno, al menos no ha hecho falta que las accionaras.

Lasgol asintió y tras recogerlas se las metió en el macuto.

Edwina y Camu durmieron toda la noche y nada perturbó su descanso. Por la forma tan profunda en la que dormían, parecían estar descansando más allá, en un mundo de sueños.

Con las primeras luces los Tauruk-Kapro comenzaron a prepararse. Tenían varios heridos, de los cuales tres tenían complicaciones que con los cuidados de un soldado no se iban a solucionar y era probable que no sobrevivieran. De los Drakónidos habían muerto todos. Los pocos heridos que habían quedado tras el combate aparecieron por la mañana con el cuello cortado. Los Tauruk-Kapro no se andaban con tonterías.

Edwina despertó por fin y al verse con Nilsa, Lasgol y Ona bajo un roble y rodeada de maleza sospechó que se había perdido algún acontecimiento.

—¿Ha pasado algo?

Nilsa sonrió.

—Ahora te explicamos. ¿Cómo estás?

—Me encuentro bien —dijo y se intentó incorporar.

Lasgol la ayudó.

—Permíteme —dijo cogiéndola del brazo.

La sanadora se puso en pie y respiró hondo.

—Sí, me encuentro recuperada. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Camu?

Nilsa le explicó de forma resumida lo sucedido y lo que se iba a encontrar en el camino.

—Vaya, no puede una echarse ni una cabezadita sin que las cosas se pongan feas.

—Eso puedes jurarlo —dijo Nilsa sonriendo.

—Por fortuna, no hemos tenido que combatir —la tranquilizó Lasgol.

—Un par de flechas, nada más —especificó Nilsa.

La sanadora asintió.

—Vayamos a ver a Camu.

—Vamos, me alegro de que estés bien —dijo Nilsa y la ayudó.

—Es solo extenuación por la sanación. Con una buena noche de descanso se recupera una, incluso a mi edad —sonrió ella.

Llegaron junto a Camu y lo encontraron durmiendo. Gerd y Viggo lo guardaban.

—A ver si puedes despertar al bicho, creo que se ha puesto a hibernar otra vez —dijo Viggo a Edwina.

—No está hibernando, solo descansa. Las heridas requieren descanso para sanar —explicó ella y se arrodilló junto a Camu.

Le puso las dos manos en el lomo trasero y comenzó a enviar energía sanadora. Lo examinó por un rato.

—Los Tauruk nos observan —comentó Gerd.

—Sí, es momento de que nos reunamos todos y nos vean al completo. Llama a Argi —dijo Lasgol.

Gerd asintió y silbó con los dedos. Al momento salió Argi de entre el boscaje y corrió hasta él, que lo recibió con caricias.

Lasgol se volvió hacia Ona, que observaba desde los matorrales.

—Ona, ven —dijo.

La pantera se apresuró a su lado y Lasgol la acarició en la cabeza.

—Ahora sí que nos miran —comentó Nilsa.

Edwina se puso en pie.

—Las heridas están mucho mejor. Despertará en cualquier momento.

No se equivocó.

«Yo bien. No preocupar. ¿Dragón rojo muerto? ¿Qué pasar aquí?» preguntó mientras miraba alrededor sin incorporarse.

—Ya sabemos que estás bien, no nos preocupamos. Al dragón lo matamos nosotros. Hemos hecho nuevos amigos brutotes —explicó Viggo a su manera.

Lasgol le contó mejor lo que había sucedido y la situación actual.

«Si ser rebeldes, estar con nosotros».

—Eso es lo que tratamos de establecer —dijo Gerd.

Dos Tauruk se acercaron hasta ellos con ademán tranquilo.

—A Turgus le gustaría hablar con vosotros, si podéis.

—De acuerdo. Ahora vamos —respondió Lasgol.

—A ver qué nos cuenta el rebelde —comentó Viggo.

—Camu, aguarda aquí y descansa un poco más. Tus heridas lo agradecerán —aconsejó Lasgol.

«De acuerdo. No saber si poder poner de pie todavía».

—Pues espera a que yo no esté cerca para intentarlo, no vaya a ser que te me caigas encima y me aplastes con toda esa grasa que tienes. No quiero sufrir una muerte tan deshonrosa. No es digna de mí —dijo Viggo.

«Yo no tener grasa. Tú no gracioso».

—Cuestión de perspectivas —respondió Viggo y se dirigió hacia Turgus.

—Vayamos a parlamentar —dijo Lasgol mirando hacia los carros.

Los demás asintieron. Sería una conversación interesante, además de importante para todos.

Capítulo 13

Lasgol y Gerd indicaron a Ona y Argi que se quedaran custodiando a Camu. Luego fueron tras Viggo acompañados de Nilsa y Edwina.

Encontraron al Tauruk en el carro con las piernas y el hombro vendados. Estaba lívido, debía haber perdido bastante sangre.

—Amigos humanos —saludó levantando la mano del brazo no herido.

—¿Habéis decidió finalmente que somos amigos? —preguntó Viggo con una ceja enarcada.

—Eso espero que seamos —respondió Turgus.

—Eso seremos —Lasgol le ofreció la mano.

Turgus la estrechó.

Edwina miró alrededor y luego se dirigió a Turgus.

—Me gustaría ayudar. Veo que estás herido y otros de los tuyos también —se ofreció.

Turgus la miró inclinando la cabeza. No entendió lo que la sanadora decía. Ella no tenía anillo y sus palabras eran en norghano.

—La sanadora quiere ayudarte, a ti y a los tuyos —tradujo Lasgol.

—¿Tiene conocimientos de curación?

—Es una sanadora. Tiene el don de la sanación —dijo Nilsa.

—¿Don? —el Tauruk no entendía el concepto.

—Tiene magia de curación —explicó Lasgol—. Nos ha sanado muchas veces, os ayudará con las heridas que sufrís.

El Tauruk hizo un gesto de sorpresa. Los dos Kapro que estaban con él también.

—No sabíamos que ese tipo de magia existiera. Si puede ayudarnos, aceptaremos muy agradecidos.

—¿Seguro que estás recuperada? —preguntó Nilsa a Edwina con preocupación en los ojos.

—Sí, estoy bien. Comenzaré mientras habláis —dijo y se acercó hasta Turgus.

—¿Puede? —preguntó Nilsa al Tauruk.

—Sí, adelante. Veamos esa magia de sanación, me intriga —no parecía asustado sino interesado, una reacción diferente a la habitual, ya que la mayoría de la gente desconfiaba de la magia.

Edwina puso ambas manos sobre sus muslos vendados y cerró los ojos. Comenzó a imbuir su energía sanadora en el cuerpo del Tauruk.

—Sois un grupo de lo más extraño —dijo Turgus, que miraba hacia donde Camu descansaba—. Guerreros, animales salvajes, una criatura similar a un dragón, una sanadora, varios de vosotros con magia…

—Somos las Panteras de las Nieves —dijo Nilsa con una sonrisa.

—Grupo excepcional —añadió Viggo.

—Somos Guardabosques norghanos —explicó Lasgol.

—Que sois excepcionales no lo dudo, visto lo que he presenciado. ¿Qué hacéis aquí? Vosotros sois del norte, estáis muy lejos de casa.

—Tenemos una misión importante en esta región —dijo Lasgol.

—Imagino que lo será para haber viajado tan el este.

—Lo es para nosotros. Nada nos detendrá —aseguró Viggo.

Turgus asintió.

—No seré yo quien os lo impida. Al contrario, os ayudaré si puedo.

—¿Qué vais a hacer vosotros? —se interesó Lasgol.

El Tauruk suspiró.

—Esa cuestión está en mi cabeza y no consigo llegar a una decisión. Somos traidores, nos hemos rebelado contra los dragones y nos matarán por esto.

—No sois los únicos —informó Viggo.

—¿En rebelarnos?

Viggo asintió.

—Ahora mismo en los desiertos una ciudad entera se ha rebelado. Vuestro ejército en esa ciudad, para ser más exactos.

—¿Nuestro ejército? —Turgus abrió mucho los ojos—. Eso es algo que no había sucedido hasta ahora.

—Los soldados Felidae del rey dragón marrón de la ciudad de Jafarika han comenzado una insurrección —explicó Lasgol.

—Sí, allí matamos a tres dragones —corroboró Viggo y se quitó el polvo de los hombros con una mano.

Varios Tauruk se acercaron a escuchar. Aquella conversación les interesaba sobremanera.

—¿Tres dragones? Eso me cuesta mucho creerlo… me parece imposible. No es que no os crea, he visto el dragón que hay tendido ahí, pero para nosotros es algo impensable.

—Lo hicimos con la ayuda de la tribu de los Desher Tumaini —explicó Lasgol—. No fuimos solo nosotros, y nos costó mucho. Hubo muertos entre los guerreros de la tribu.

Turgus hizo señas para que más de sus compañeros se acercaran a escuchar. Un momento más tarde estaban rodeados de Tauruk-Kapro.

—Repetidlo, por favor, para que todos lo oigan. Es importante —pidió Turgus.

Lasgol así lo hizo.

Los murmullos y exclamaciones de sorpresa de los Tauruk-Kapro los envolvieron. Por sus expresiones y gestos estaban tan sorprendidos como Turgus. Ninguno expresó duda, algo que a Lasgol le sorprendió, pues eran noticias difíciles de aceptar para ellos.

—¿Quiere eso decir que la rebelión ha comenzado? —preguntó Turgus y en su tono se podía escuchar la ahogada esperanza.

Lasgol suspiró.

—No lo sé… solo puedo decir que liberamos a los Desher Tumaini y la ciudad de Jafarika matando a los tres dragones que allí estaban. Los soldados se unieron a nosotros.

—Eso me parece muy sorprendente. ¿Por qué lo hicieron?

—Porque somos amigos de los líderes de la rebelión y estaban allí con nosotros —dijo Viggo.

—Viggo… —Gerd lo miró con mirada de que había hablado de más.

—¿Qué? Estos cabeza de buey y cabra no son de los que te la juegan —dijo sin importarle si ofendía a los Tauruk-Kapro.

—Eso es cierto, aunque tu amigo hace bien en preocuparse, podría no ser así —dijo Turgus.

—Yo tengo un séptimo sentido para estas cosas y me dice que, aunque brutotes, sois de fiar —sonrió Viggo.

—Viniendo de él es todo un halago —dijo Nilsa con un gesto de aprobación.

—Somos de palabra. No os traicionaremos. ¿Decís que los líderes de la rebelión estaban con vosotros? ¿Los conocéis?

—Así es. Fuimos juntos en una misión al desierto. Lo demás sucedió por las circunstancias… —explicó Lasgol, más comedido que Viggo en lo que decía.

No es que desconfiase de los Tauruk-Kapro, pero prefería ser prudente con extraños.

—¿A que líderes de la rebelión os referís?

Todos miraron a Lasgol cediéndole la respuesta.

—Conocemos a unos Brujos de Dragón. Son quienes han comenzado la rebelión y quienes crearon "el mensaje" que os ha llegado.

—Nosotros no sabemos quiénes son, solo que empezó en Drakoros, la Escuela de Brujos de Dragón, por lo que tiene sentido lo que me contáis.

—Así es, hemos formado una alianza con ellos —dijo Lasgol.

—Los rumores que acompañan el mensaje de rebelión hablan de ellos. No se menciona sus nombres, por supuesto, pero se dice que son una escuadra formidable, y que la líder es una joven de inmenso poder y valentía.

—Sí, la conocemos. A ella y a su escuadra —confirmó Lasgol.

Los Tauruk-Kapro que los rodeaban murmuraron sorprendidos y animados. Aquellas nuevas les estaban levantando el espíritu.

—Eso es increíble, y nos da todavía más esperanzas. ¡Entonces es cierto! Existen la líder de la rebelión y su escuadra. Son noticias importantísimas, todos deberían saberlo, todos los ejércitos de Kraido aquí en Drameia.

—Nosotros no podemos ir por todos vuestros ejércitos confirmando rumores —dijo Viggo.

—No, por supuesto, pero lo que nos contáis nos llena de esperanza. No solo el mensaje es cierto —dijo señalando al dragón muerto—, sino que la líder de la rebelión y su escuadra existen. La profecía se cumplirá entonces.

—¿Profecía? Nosotros no sabemos de ninguna profecía —dijo Viggo enarcando una ceja.

—¿Qué profecía es esa? —preguntó Lasgol.

—Es una antigua que todos los pueblos de Kraido tienen de una forma o de otra. Habla de la llegada de un líder que liberará al pueblo de la esclavitud. Nos librará de los dragones para siempre, nos hará libres. Se cree que esa profecía se cumplirá esta vez, con esta rebelión que ahora comienza, y que quien la lidera es la elegida.

Viggo silbó por lo bajo.

—Eso es mucho suponer.

—Nosotros conocemos a la líder y su escuadra, es cuanto podemos deciros. Si es la elegida de una profecía de Kraido, nos es totalmente ajeno —Lasgol se encogió de hombros.

—Lo entiendo. Solo quiero que veáis que todo lo que habéis hecho y lo que nos explicáis apunta en ese sentido.

Edwina terminó la sanación y separó sus manos.

—Ya está. Se recuperará bien —dijo a Lasgol, que se lo transmitió a Turgus.

—Gracias, sanadora. En verdad me siento mucho mejor. Pensaba que eran las excelentes nuevas que me alegraban el alma, pero es cierto que no siento dolor y me encuentro más recuperado.

—Debe descansar, las piernas tardarán.

Lasgol se lo transmitió a Turgus, que asintió

—Lo que nos habéis contado puede muy bien ser el inicio de la rebelión. Yo creo que es así… los primeros en alzarse en grupo contra los dragones —continuó Turgus.

Los otros Tauruk-Kapro también estaban de acuerdo con aquella apreciación. Comentaban entre ellos y sus cornamentas subían y bajaban indicando que estaban de acuerdo.

—Es indispensable que esto se sepa —afirmó Turgus—. Todos deben saberlo y cuanto antes mejor. Debemos propagar no solo el mensaje sino todo lo que nos habéis contado. Es el aceite que hará prender la llama de la rebelión.

—Pues id y contádselo a todos —dijo Viggo.

—Hay que hacerlo, pero con cabeza. Debemos pensar la manera.

—Podríais regresar con vuestro ejército y comenzar a propagarlo allí con cuidado, evitando a los que no son de vuestra raza —sugirió Nilsa.

—Sí, pero nosotros también nos hemos rebelado.

—Eso no lo sabe nadie más que los que estamos aquí —dijo ella —. Podéis regresar y decir que fuisteis atacados por soldados humanos.

—Eso podría funcionar, sí… No había pensado en usar el engaño…

—Pues el engaño es casi siempre el mejor aliado —dijo Viggo—. No solo con la fuerza vence uno —y señaló los brazos fornidos de Turgus—. Hay que usar la astucia —y se señaló la cabeza—, y sobre todo la confusión.

Turgus hizo un gesto de que lo entendía.

—No es nuestro fuerte, pero podemos intentarlo —expresó.

—Hacedlo —recomendó Nilsa—, con cuidado y discreción, pero que todos se vayan enterando.

—Nuestro ejército está formado por Drakónidos y Tauruk-Kapro. No todos están con nosotros —Turgus miró hacia donde yacían los Drakónidos muertos—. Ellos son leales a los dragones en su mayoría, y entre los nuestros también hay quienes no nos apoyarán, aunque serán los menos.

—Entonces comenzad con los de vuestra raza y no arriesguéis —recomendó Nilsa—. Evitad a los Drakónidos.

—Lo importante es que se sepa —dijo Gerd.

—Y si se ponen tontos los lagartijos sin alas, los matáis —añadió Viggo.

Los Tauruk-Kapro volvieron a mostrar que estaban de acuerdo con gestos, afirmaciones y exclamaciones.

—Es una buena idea. Huir no nos llevará a ningún lado y no creo que podamos llegar hasta los rebeldes del desierto —razonó Turgus intentando ver cómo solucionar la situación en la que estaban.

—¿Dónde está situado vuestro ejército? —preguntó Lasgol.

—La mayor parte está asediando la ciudad costera del este, Orecor. Allí nos dirigíamos con los suministros.

Al oír el nombre, Lasgol y sus compañeros se miraron.

Turgus se dio cuenta.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que es ahí a donde vamos —dijo Viggo.

—Orecor no es un buen lugar al que ir. Está sitiada y las batallas están siendo de lo más sangrientas. El ejército defensor es muy bueno y no se rinde.

—Ya, eso nos temíamos —reconoció Nilsa.

—¿Puedo preguntar a qué vais a Orecor?

—A rescatar a mi amada —dijo Viggo con tono muy serio.

—¿Rescatar? ¿De nuestro ejército? —Turgus puso cara de extrañeza.

—No del vuestro, del de la ciudad. Mi amada está presa allí.

Turgus abrió mucho lo ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Ese es un rescate muy complicado. Si está presa en la ciudad, entiendo que los defensores no son vuestros amigos.

—Entiendes bien —dijo Lasgol.

—En ese caso es un suicidio. Si no os mata nuestro ejército lo hará el de la ciudad. No lograréis ese rescate, es demasiado arriesgado.

—Gracias por el voto de confianza, pero lo conseguiremos —afirmó Viggo.

—Sé que sois excepcionales, pero aun así…

—Lo lograremos. Hemos hecho cosas más difíciles, como salvar Tremia, y en más de una ocasión —aseguró Viggo.

Turgus suspiró.

—Os deseo mucha suerte, la vais a necesitar.

Lasgol observó a los Tauruk-Kapro y una idea le vino a la cabeza.

—Creo que habernos encontrado ha sido una buena fortuna. Si estáis de acuerdo, viajaremos con vosotros hasta el campamento de

guerra de vuestro ejército. Nos podréis ayudar una vez estemos allí con información sobre lo que está ocurriendo en el asedio. Necesitaremos datos sobre la situación y puntos débiles que podamos aprovechar.

—Lo que necesitéis, por supuesto —dijo Turgus asintiendo.

—También podéis cubrirnos las espaldas —dijo Lasgol.

—Eso no hace falta ni decirlo.

—Entonces está decido —dijo Lasgol y le ofreció la mano a Turgus.

El Tauruk-Kapro la apretó con fuerza.

—Por la rebelión.

Lasgol asintió.

—Por Ingrid —dijo Viggo.

Capítulo 14

Aroa y Logan tardaron dos semanas más en completar la formación de evasión avanzada con Azkar-Gorri-Maisu. El gran dragón rojo y su fiera jinete, Mariska, se lo pusieron muy complicado. Aroa y Logan sufrieron lo indecible hasta por fin lograr esquivar todos los ataques lanzados contra ellos.

Aquella mañana, Nahia, Eki, Aroa y Logan aguardaban para comenzar el nuevo entrenamiento avanzado que seguía al de evasión.

—Nuevo día, nueva formación avanzada —comentó Nahia nada animada mientras esperaban en el campo de vuelo.

—Yo estoy contento por haber conseguido por fin superar la de evasión. Hubo días duros… —expresó Logan y dejó escapar un pequeño resoplido de alivio.

«Muy duros. Sobre todo, porque yo dudaba de si alguna vez sería lo suficientemente rápida o ágil» confesó Aroa.

«Y, sin embargo, lo has sido. Todo un logro» felicitó Eki.

—Sí, felicidades, Aroa —congratuló Nahia.

«Aún me cuesta creer que lo hayamos conseguido».

—Cierto, pero logrado está —dijo Logan.

«Habéis mejorado muchísimo los dos» envió Eki.

—Gracias, pero todo el mérito es de Aroa. Yo solo he tenido que mejorar mis posiciones en la silla para permitirle ir más rápido y girar con mayor brusquedad. No es nada comparado con lo que ella ha tenido que mejorar.

—Estoy con Logan en esto —se le unió Nahia.

«Sin la aportación de su jinete, esta dragona no hubiera pasado la prueba» reconoció Aroa.

«Todos deberíamos estar orgullosos. Ahora somos raudos y esquivamos con gran seguridad» envió Eki.

«Sobre todo tú. ¿Cómo es que eres tan rápido? No he visto nada igual, y menos para tu tamaño. No es natural que seas tan veloz» preguntó Aroa y el mensaje llegó con un sentimiento de franca sorpresa.

«Yo… bueno, no sé…».

Eki no supo qué responder y Nahia intentó ayudarle.

—En la naturaleza hay muestras de sobra para explicar el caso de Eki. Tomad por ejemplo las águilas y los halcones. Las águilas son más grandes y fuertes, sin embargo, los halcones son más rápidos.

La explicación dejó a todos pensativos. Tenía sentido, si bien lo que aplicaba a aves no tenía por qué aplicar a reptiles voladores.

—Sí, eso lo explicaría —dijo Logan.

«Eso o el uso de magia» aventuró Aroa.

«Sí, puede que sean ambos» Eki desconocía la respuesta y puso expresión de estar tan sorprendido y confuso como ellos.

—Da igual cuál sea el motivo, la realidad es que Eki es un dragón raudo increíble.

«Si sigues mejorando tu velocidad, yo creo que podrías convertirte en el más rápido de todos. Ese sería un logro fantástico» animó Aroa.

—¿Puedes seguir mejorando? —se interesó Logan.

«No lo sé…».

«No veo por qué no. Cuando llegó aquí no era tan rápido, ha mejorado después de la prueba en Gryphoros» razonó Aroa.

—Entonces es posible que todavía mejore más —se animó Nahia.

«Ya he mejorado lo suficiente. Prefiero no pasar otras experiencias similares a la de Gryphoros…».

«Mucho me temo que las tendremos» envió Aroa con pesimismo.

Un rato más tarde, un dragón blanco enorme con vetas moradas descendió desde los cielos y se plantó frente a ellos. Era un dragón hembra de unos ochocientos años, de ojos blancos con tonos violeta de lo más intrigantes. Su jinete era una Fatum de mediana edad y pelo color platino, lo que sorprendió a Nahia que no había visto nunca a nadie de esa raza con ese color de cabello.

«Soy Igam-Zuri-Biol, y seré vuestra instructora de combate aéreo mágico» se presentó la dragona.

«Es un honor, instructora» envió Eki y bajó la cabeza mostrando respeto. Nahia también lo hizo.

«Deseamos aprender de nuestra maestra» envió Aroa e inclinó la cabeza ante la dragona. Logan lo hizo a la par.

La maestra observó a los cuatro detenidamente antes de dirigirse a ellos.

«Hasta ahora habéis luchado usando principalmente vuestros ataques físicos, tanto dragón como jinete. Los dragones somos superiores a todas las criaturas con nuestras fauces, garras y pura fuerza física y los jinetes nos apoyan con sus lanzas. Pero ahí no está el verdadero poder de un dragón y su jinete, sino en su magia. ¡La de ambos! Pues la magia es el arma más poderosa, con diferencia. Esto es algo que debéis interiorizar. Solo un iluso cree que puede superar el poder de la magia. Esto que os quede bien claro».

«Sí, maestra» Eki asintió con la cabeza.

«Por supuesto, maestra» Aroa bajó la suya.

Nahia miró a Lasgol con una duda en su mente. Hasta ahora no habían entrenado ataques mágicos, solo físicos, ¿por qué razón? Es más, habían ido a Gryphoros y combatido contra gryphos jugándose la vida sin usar magia. Le pareció de lo más singular.

«Es en este momento cuando os soléis preguntar por qué razón no os hemos enseñado a luchar con magia en el aire. Es natural. La respuesta a esa cuestión es muy sencilla: de la misma forma que para correr o volar hay que aprender a andar y saltar primero, para combatir en el aire usando magia hay que aprender primero a combatir en el aire de forma física».

Nahia se estremeció y por un momento pensó que la dragona blanca le había leído el pensamiento. Se decía que algunos dragones, los más poderosos, podían hacerlo. Nahia no sabía si esto era cierto o solo un mito, pero tenía el mal presentimiento de que probablemente fuera cierto. Aunque con los dragones, si eran malas noticias, casi seguro que era verdad. Eran una fuente inagotable de sufrimiento y disgusto para todos.

«Noto que estás algo disgustada. ¿Sucede algo?» envió Eki.

El vínculo que unía a Nahia y Eki continuaba creciendo. Era cada vez más robusto, lo que significaba que el dragón plateado percibía con mayor claridad los sentimientos de Nahia. Esto era algo que a ella le comenzaba a preocupar. Si el vínculo se volvía demasiado fuerte e intrusivo, perdería intimidad y temía que Eki descubriera sus secretos. No por que tuviera nada en su contra, ya que hasta ahora se había portado de forma excepcional con ella, sino porque era un dragón. Si algo sabía Nahia era que en los dragones no se podía confiar.

«No, tranquilo. Nueva maestra y nuevos ejercicios. Me inquietan».

«Lo entiendo. Yo también siento cierto nerviosismo ante este nuevo reto».

Nahia se dio cuenta de que, en efecto, sentía el nerviosismo de Eki como si en parte lo estuviera experimentando ella, pero de una forma algo distante. Podía diferenciar que no era ella la que padecía aquello, aunque pareciera que sí. Era de lo más extraño. Sentir algo como propio pero ajeno a la vez le resultaba chocante. Ya llevaba tiempo notando estas cosas, pero últimamente se iban incrementando, no solo en lo que captaba de Eki sino en cómo lo sentía ella en su interior. Era cada vez más intenso. Hasta ahora no había querido preocuparse, pero empezaba a hacerlo. Bastantes problemas tenía ya con su propia condición, su llama interior que se descontrolaba y sus efectos nada deseados, como para sentir nuevas cosas que además no eran suyas, sino de su señor dragón.

«Comenzaremos el entrenamiento de inmediato. No tenemos mucho tiempo, la campaña contra los gryphos comenzará pronto y debéis estar preparados para luchar contra ellos. Mi jinete, Laya, ayudará con la instrucción de los dos jinetes humanos».

—Será un honor, mi señora dragona —dijo Laya con una voz rugosa.

Nahia la observó. Tenía la belleza característica de los de su raza, pero había algo más en ella que cautivaba, quizá fuera su cabello platino. Nahia no estaba segura, pero lo que tenía claro era que aquella Fatum era arrebatadora. De pronto le asaltó un sentimiento de rabia y se dio cuenta de que era por Logan, que estaba mirando

a Laya de forma demasiado fija. O tal vez no era así y los celos la estaban asaltando. Miró de nuevo a Logan y vio que la miraba a ella y no a la Fatum. Se sintió una tonta por tener celos y los descartó de inmediato.

«Nos elevaremos a los cielos y comenzaremos con la instrucción. Será muy práctica pues es así como mejor y más rápido se aprende. Practicaréis conmigo y con mi jinete hasta que dominéis los ataques y las defensas mágicas. Este será un entrenamiento muy personal, no intervendrán otros dragones, solo nosotros».

—Espero que apreciéis el honor que mi señora dragona os está ofreciendo entrenándoos de forma particular.

«Es un honor» envió Eki.

Aroa inclinó la cabeza con respeto.

Nahia y Logan la imitaron.

Igam-Zuri-Biol extendió las alas y, moviéndolas con fuerza, dio un brinco y echó a volar. Aroa y Eki la siguieron realizando el mismo movimiento para tomar aire. Nahia se sujetó bien a Eki y miró a Logan, que volaba sobre Aroa con aspecto de ser un héroe que había triunfado en la batalla. O al menos, al corazón de Nahia le transmitía esa imagen.

«No guardéis la lanza y el escudo, jinetes. Aunque practicaremos la magia, debéis invocarla armados».

Logan miró a Nahia. Ella captó que su compañero se preguntaba cómo iba a hacer aquello. Invocar magia con una lanza en una mano y un escudo en la otra al tiempo que se volaba a gran velocidad y debiendo estar bien sujetos a la silla no iba a ser nada fácil.

La maestra adoptó un vuelo lento paralelo al suelo a altura media. Aguardó a que sus pupilos se situaran junto a ella y ajustaran su vuelo antes de pronunciarse.

«Dragones y jinetes, debéis usar vuestro aliento elemental y vuestros ataques mentales sobre el enemigo. Son las dos armas más poderosas que tenéis pues ambas tienen un alcance de doscientos pasos y son las más fáciles de dirigir y con las que acertar a un enemigo en movimiento en el aire. Orientarlo para alcanzar al enemigo cuando éste se mueve es asequible. Los ataques mentales son los mejores en combate aéreo pues no hay que dirigirlos una

vez se capta la mente del adversario, pero la dificultad con ellos reside en vencer la resistencia mágica del enemigo. Eso aplica también al aliento elemental. ¿Lo entendéis?».

«Sí, maestra» enviaron Aroa y Eki.

Nahia y Logan asintieron.

—Los jinetes, por lo general, no pueden alcanzar los doscientos pasos cuando llegan a este entrenamiento. Sus alientos suelen ser mucho más cortos —dijo Laya a Nahia y Logan—. ¿Es ese vuestro caso?

—Lo es, maestra —respondió Nahia. Su aliento tenía muchísimo menos alcance.

Logan asintió.

—Tendréis que trabajar en ello. Vuestro aliento de dragón debe ser de tan largo alcance como el de vuestro señor dragón, para que ambos ataques golpeen al enemigo al mismo tiempo.

—Entiendo, maestra —dijo Nahia, que no tenía ni idea de cómo iban a lograr eso.

—Para hacerlo debéis moldear vuestro canal elemental para que, en lugar de ser un cono, sea un hilo lo más largo posible. Luego ya ampliaréis el grosor.

—Así lo haremos, maestra —respondió Logan.

Nahia no dijo nada porque seguía sin ver cómo iban a lograr aquello.

«Me alegra comprobar que sois de intelecto agudo. Por lo tanto, tendréis que volar a gran velocidad, situaros a doscientos pasos de distancia del enemigo y atacar. Otros ataques mágicos pueden funcionar, pero son más difíciles de ejecutar. Los de muy corto alcance son inservibles en el aire. Por ello entrenaremos los dos óptimos que os he especificado y aprenderéis a ser muy buenos con ambos. Os va la vida en ello».

De pronto Nahia sintió que Eki se sobresaltaba y se ponía muy nervioso, como si lo hubieran asustado. Le extrañó. Miró alrededor por si había algo que lo hubiera hecho reaccionar así, pero no vio nada más que cielo azul y unas aves en la distancia.

«Maestra, mi aliento elemental…» envió Eki como avergonzado, sin terminar la explicación.

Igam-Zuri-Biol lo observó con ojos entrecerrados.

«Un dragón plateado no es el más poderoso en combate, eso es una realidad, pero eso no significa que no pueda combatir».

«Sí, maestra» Eki bajó la cabeza.

«¿Se ha desarrollado ya tu aliento de dragón?».

«No, mi señora…».

Nahia entendió entonces lo que sucedía y sintió lástima por Eki.

Al ser un dragón plateado su magia era diferente, no era elemental. Por lo tanto, su ataque de aliento debía ser distinto. Lo que Nahia no sabía era que no lo tuviera desarrollado todavía. La noticia la dejó desconcertada. Eki no le había hablado nunca de ello. Ahora entendía por qué estaba el dragón plateado tan inquieto. Ya sospechaba lo que iba a suceder en el entrenamiento y que tendría que confesar sus carencias. Nahia no pudo sino sentir pena por él.

«Entiendo. Esto complica las cosas. Hasta que no tengas tu aliento desarrollado, usa ataques mentales. Esos sí los tienes ya ¿no es así?».

Eki bajó todavía más la cabeza. Pareció que iba a lanzarse en picado al suelo.

Una sensación de tremenda vergüenza le llegó a Nahia.

«Puedo captar mentes, pero atacarlas… todavía no».

Igam-Zuri-Biol irguió la cabeza y luego la inclinó mientras parecía estudiar a Eki.

«Los dragones plateados suelen tener desarrolladas esas capacidades mágicas a tu edad. Es extraño que no las tengas».

«Soy más pequeño que otros dragones plateados».

«Lo eres, sí. Esa debe ser la causa, en efecto. Es una lástima que no solo seas débil físicamente, sino que además lo seas en el ámbito mágico. El enemigo no tendrá piedad de ti, así que será mejor que desarrolles rápido las habilidades que te faltan o no vivirás mucho. Y, por supuesto, tu jinete tampoco».

Nahia escuchó el veredicto de la dragona, pero no se puso nerviosa.

Eso habría que verlo. No pensaba dejar que nadie la matara.

Capítulo 15

«Lo intento cada día, maestra».

«Sigue intentándolo. Mientras tanto, haz lo que puedas».

«Entendido, maestra» envió Eki.

Igam-Zuri-Biol miró a Aroa.

«¿Tú tienes alguna dificultad?» preguntó.

Aroa negó con la cabeza.

«No tengo problemas con mi aliento elemental y ataques mentales. Lo que no sé es si son poderosos o no, no he tenido mucha experiencia en combate».

«Eso es algo que pronto descubriremos. Por lo general, los ataques del elemento aire, en especial las tormentas, son de los más poderosos. Eso te lo puedo garantizar. Los dragones blancos somos muy respetados, lo que en realidad quiere decir que muy temidos. Los dragones rojos creen que son los más poderosos porque tienen el elemento fuego, pero están equivocados. Nosotras podemos crear una tormenta de grandes vientos que se lleva el fuego y acaba con nuestros enemigos con rayos y relámpagos demoledores. Así debes verlo».

«Sí, maestra, así lo veo» envió Aroa.

Nahia se sintió mucho más tranquila al saber que Aroa tenía su magia desarrollada. No por ella, sino por Logan. Lo último que quería era que le sucediera algo. Si Aroa podía combatir y utilizar su magia, él estaría a salvo. Esto le hizo sentirse más relajada. Se fijó en que Logan la miraba a ella, y se dio cuenta de que estaría pensando lo mismo sobre ella.

«Ahora comenzaremos con el ejercicio de ataque. Debéis perseguirme, localizarme y atacar. Veamos cuán hábiles sois para el

combate mágico» envió Igam-Zuri-Biol y antes de que pudieran reaccionar salió como un rayo hacia un grupo de nubes al este.

Puso quinientos pasos de distancia entre ellos en un abrir y cerrar de ojos.

Aroa y Eki reaccionaron y batieron las alas con fuerza para ir tras la instructora. Antes de que pudieran alcanzarla, desapareció entre las nubes.

Aroa y Eki volaban a la par y entraron a la vez en las nubes.

«¿La ves? Yo no la distingo» preguntó Nahia a Eki.

«Me ha parecido verla durante un instante, pero la he perdido».

«Separémonos, cubriremos más extensión» llegó el mensaje de Aroa.

«De acuerdo».

Eki viró hacia el este al ver que Aroa lo hacía hacia el oeste.

Atravesaron las nubes volando a gran velocidad, pero no la vieron.

«Ha debido retroceder» dijo Nahia a Eki al ver que salían de las nubes y en el cielo despejado frente a ellos no había rastro de la dragona blanca.

«Si lo ha hecho ha pasado por encima o debajo nuestro. ¡Muy astuta!».

«Yo diría que muy experimentada».

«Puede que esté jugando con nosotros para ponernos en evidencia. Será un deshonor… todavía más grande…» envió Eki.

Nahia sintió la preocupación de Eki por no estar a la altura de lo que se esperaba de un dragón raudo, por hacer el ridículo.

«Tranquilo, no vas a quedar mal».

«No tengo forma de atacar con mi magia y no soy fuerte físicamente. Voy a hacer el ridículo».

A Nahia le llegó un sentimiento de tristeza.

«Pronto desarrollarás tus habilidades».

«Quizá ese día no llegue nunca, o muramos antes. Si mueres por mi culpa sería terrible. ¡Qué deshonor, qué tragedia!».

Ahora el sentimiento que le llegó fue de gran desesperanza.

«Eso no va a pasar, estate tranquilo. No vamos a morir, ni tú, ni yo. Conseguiremos sobrevivir» aseguró Nahia con convencimiento.

Eki no dijo nada y volvió a entrar en el banco de nubes para intentar localizar a la maestra.

«Entramos de nuevo en las nubes» envió Aroa.

Continuaron volando, ahora en círculos. Apenas podían ver nada que no fueran nubes por todos lados, ni siquiera a Aroa y Logan, que no debían andar muy lejos.

«Un dragón no necesita ver a su contrario entre las nubes. Un dragón puede detectar el aura mental y mágica de otra criatura sin necesidad de verla», llegó el mensaje de Igam-Zuri-Biol.

«Cierto. ¡Cómo no he pensado en eso!» se lamentó Eki, que ahora se sentía como un tonto.

«¿Puedes captarlas?».

«Captarlas sí, atacar no».

«Vayamos por partes, localízala primero, luego ya veremos cómo seguimos».

«Muy bien, lo intento».

Un momento más tarde Eki viraba hacia el este.

«¿La tienes?» preguntó Nahia.

«Sí, he captado su aura mental y mágica. Ambas son muy poderosas».

«Fantástico. ¿Ves como no hay que desesperarse tan rápido? Siempre hay alternativas».

«La he captado sí, pero… ¿ahora qué hago?».

«Lo que ha pedido, atácala».

«Con aliento no puedo, lo intentaré con un ataque mental».

«Muy bien. ¡Ánimo!».

En ese momento vieron a Aroa pasar a su lado con Logan. Iba directa hacia el este. Abrió la boca y lanzó un ataque con su aliento elemental de tormenta. Nahia la siguió con la mirada, pues debía ir dirigida a Igam-Zuri-Biol.

No se equivocó. De pronto pudo divisar a la maestra, que se camuflaba entre el banco de nubes. El aliento de tormenta de Aroa la alcanzó en el costado y se produjo un destello plateado. La defensa mágica innata de la gran dragona blanca rechazó el ataque.

«Aroa está atacando, aunque no parece que tenga efecto» envió Nahia a Eki.

«Yo también lo intento, pero no consigo atacar su mente».

«Seguid intentándolo, jóvenes dragones. Debéis lograr atacar mis defensas mágicas de forma sostenida» envió Igam-Zuri-Biol.

Nahia podía ahora verla entre las nubes. Aroa mantenía su aliento sobre el cuerpo de la maestra, pero no conseguía atravesar sus defensas. Igam-Zuri-Biol ahora no volaba rápido ni intentaba evadirles, se mantenía en un vuelo estable a la misma altura, como si cruzara las nubes tranquilamente. Parecía querer dejar que la atacaran y ver cómo lo hacían. Se mantenía a una distancia de doscientos pasos, por lo que Nahia y Logan no podían atacar. De pronto la maestra destelló en color plata.

«Creo que he conseguido que al menos su defensa mágica reaccione» envió Eki.

«¡Estupendo! Ya vas logrando avances. ¡Sabía que podías hacerlo!».

«No sé qué efecto podría tener un ataque mental mío. Desconozco cómo afecta mi magia a otros».

«Un ataque mental te deja la cabeza frita, eso te lo puedo asegurar yo, que he recibido muchos en Drakoros».

«Sí, un ataque mental elemental sí. Uno mío… no lo sé, mi magia no es elemental como la vuestra».

«No te preocupes por eso. Tú ataca, ya veremos qué efecto tiene después».

Eki y Aroa continuaron atacando por un rato, pero no consiguieron afectar a las defensas de la gran dragona blanca. Aroa cambió a ataques mentales, pero todo lo que conseguía era que la defensa mágica de Igam-Zuri-Biol los rechazara. Se producían destellos plateados alrededor del cuerpo de la maestra, pero nada más.

«Un dragón también puede ocultar su presencia. Puede apagar su aura mental y mágica para que los enemigos con capacidad mágica de localización no los detecten», envió Igam-Zuri-Biol y descendió en picado a gran velocidad.

Sorprendidos, Aroa y Eki tardaron un momento en reaccionar.

«¡Ve tras ella!» urgió Nahia a Eki.

«¡Voy!».

El dragón plateado se dejó caer, se impulsó con sus alas y salió en persecución a toda velocidad. Aroa le siguió, aunque era más lenta que él y la dejó atrás.

«No la veo», Nahia miraba entre la nubes con ojos entrecerrados.

«Yo tampoco» envió Eki y salió por debajo del banco de nubes.

Descendió un poco más, pero al no ver a la maestra volvió a ascender.

«No creo que haya salido de entre las nubes».

«Me parece que tienes razón» dijo Nahia.

Aroa pasó cerca de ellos realizando un picado.

«Está entre las nubes» envió Eki.

Aroa frenó, se puso paralela al suelo y volvió a ascender tan rápido como pudo.

«Está jugando con nosotros» envió Aroa.

«Sí. Veamos si la encontramos ahora dentro del banco de nubes» envió Eki.

«Lo dudo mucho, pero vamos» respondió Aroa, que ya subía.

Entraron entre las nubes y las registraron durante un rato. Volaron de este a oeste y de norte a sur, pero no pudieron dar con la maestra. Era como si se hubiera convertido en una nube. Que fuera un dragón blanco no ayudaba nada, pues su color de escamas se confundía con las nubes que atravesaban. Nahia intentaba divisar algo violeta, pero no lo lograba. Las vetas de la dragona no resaltaban lo suficiente.

«Ha apagado sus auras de alguna forma y no las detecto» envió Eki junto a un sentimiento de frustración.

«Nos lo quiere poner difícil. No te desanimes».

Por un largo rato buscaron volando en todas las direcciones, incluso realizando círculos y espirales, pero sin suerte. Finalmente, salieron de entre las nubes para volar por encima de ellas.

«Espero que la lección de hoy os haya enseñado dos cosas» llegó el mensaje de Igam-Zuri-Biol.

De súbito apareció surgiendo de entre las nubes.

«La primera es que se puede identificar a un enemigo por sus auras, aunque para vencerlo hay que superar sus defensas mágicas y no siempre se consigue. La segunda es que hay criaturas mágicas

que saben cómo camuflar sus auras para no ser localizadas. Aquello que no se capta, no puede ser atacado. ¿Lo habéis entendido?».

«Sí, maestra» enviaron Aroa y Eki a la vez.

«Muy bien. Quedaos y practicad entre vosotros la detección y camuflaje de auras hasta que no podáis volar más. Practicad en el aire, en tierra todo es más sencillo y no tiene el mismo valor».

«Así lo haremos» envió Eki.

Igam-Zuri-Biol descendió a gran velocidad y volvió a perderse entre las nubes.

«No ha sido estelar, pero no hemos hecho el ridículo» envió Nahia a Eki para sosegarlo.

«Yo tengo la sensación de que sí he hecho el ridículo. La maestra pensará que soy una deshonra».

«No lo creo. En cualquier caso, si lo piensa, le demostraremos que se equivoca».

«Pero no se equivoca…».

«Pues se equivocará» zanjó el asunto Nahia.

Capítulo 16

A las afueras de la ciudad de Orecor, las Panteras de las Nieves habían preparado el campamento en un claro del bosque por el que bajaba un riachuelo. Lasgol había ido a explorar los alrededores de la ciudad para luego establecer un plan de acción entre todos mientras los demás descansaban. Edwina charlaba con Nilsa y Gerd mientras Ona y Argi patrullaban la zona para evitar sorpresas. De ver algo sospechoso darían la alarma. Eran unos vigías estupendos, con unos instintos animales sobresalientes para aquel tipo de tarea.

Viggo practicaba el lanzamiento de cuchillo contra un árbol a diferentes distancias y ángulos.

—Cien de cien —anunció al resto según recogía su último acierto.

—No podía ser de otra forma —dijo Nilsa con sarcasmo.

«No ser todos diana» rebatió Camu a Viggo.

—Sí que lo son.

«No ser, yo ver varios tiros no precisos».

—¡Qué sabrás tú de precisión, si eres como un hipopótamo con escamas!

«Yo Drakoniano superior y tú callar o yo congelar con mi aliento de hielo».

—Uy, ¡mira cómo tiemblo de miedo! —Viggo hizo como si le temblaran las rodillas—. Para cuando consigas apuntar en mi dirección yo ya estaré a una legua de distancia.

Camu sacudió la cabeza y lo ignoró. Invocó su habilidad Vuelo de Drakoniano, destelló y dos grandes alas plateadas aparecieron en su espalda.

—Son preciosas —dijo Nilsa—. Siempre que las sacas me quedo encandilada.

—Lo son, etéreas, brillantes, con ese brillo plateado —Edwina estaba con la boca abierta.

Camu movió las alas, que brillaron para que Nilsa y Edwina pudieran apreciarlas mejor.

—No eches a volar, que te va a ver algún dragón de patrulla —dijo Viggo—. Esas alas tuyas brillan como si fueran de metal pulido. Si les da un rayo de sol, el destello lo verán desde Norghana.

«No echar a volar, solo levitar un poco».

—¿Para qué necesitas levitar ahora? —Viggo hizo un gesto de que no entendía el motivo—. Estamos en medio de un bosque, por si no te has enterado.

«Yo entrenar. Necesitar desarrollar nueva habilidad combinada».

Viggo enarcó ambas cejas.

—¿Qué habilidad es esa? —Viggo lo miraba muy intrigado.

Camu se elevó cinco palmos del suelo y se mantuvo levitando, moviendo sus alas con mucha rapidez, como un gigantesco colibrí plateado.

«Yo necesitar combinar Vuelo de Drakoniano con Camuflaje Extendido y Negar Magia».

—Y yo que me regalen un castillo, un título de duque y tres cofres llenos a rebosar.

«No gracioso».

—Sí que lo soy, y lo sabes —sonrió Viggo y le guiñó un ojo.

—Es para evitar los ataques físicos de los dragones, ¿verdad? —se dio cuenta Gerd, que ya había deducido lo que Camu intentaba lograr.

«Sí. Necesitar levantar del suelo y mantener invisibilidad y protección antimagia. No querer volver a sufrir golpe tan fuerte».

—Debes tener cuidado de que no te golpeen así o pueden partirte la espalda, y eso no tiene solución —advirtió Edwina.

—¿No podrías sanarlo en un caso así? —preguntó Nilsa, que ya intuía que no podía ser, pero quería asegurarse. Edwina obraba casi milagros con su magia sanadora.

Esta negó con la cabeza. Dejó a un lado la ración que estaba comiendo y miró a Nilsa.

—Mis poderes tienen límites, toda magia los tiene. Las sanadoras no podemos curar lo que ya no tiene solución. Si la herida es muy grave, no podemos salvar al paciente. Tampoco traerlo de vuelta de la muerte.

—Pues hay algunos magos que levantan muertos para que luchen por ellos, o eso tengo entendido —intervino Viggo.

—Los hay, sí, se denominan nigromantes y usan magia de muerte. Una de la que es mejor mantenerse muy alejado —advirtió Edwina.

—Si es de muerte a mí me iría como anillo al dedo.

—Tú ya tienes bastante magia natural, no te hace falta magia de muerte —dijo Gerd y le indicó que no con su dedo índice—. No cojas ideas extrañas, que te conozco.

—¿Ideas extrañas yo? ¡Nunca! —Viggo sonrió de oreja a oreja y luego de una cabriola saltó por encima del fuego girando por completo en el aire para caer al oro lado en perfecto equilibrio.

—Bueno, al menos pareces recuperado de tus extremidades congeladas —dijo Nilsa.

—Ya os dije que estaba como nuevo. Siempre os estáis preocupando cuando no hay necesidad.

—Contigo siempre hay necesidad de preocuparse —corrigió Gerd.

Viggo sonrió de oreja a oreja.

—Yo también te quiero, grandullón, porque te preocupas por mí con ese corazón de oro que tienes —pestañeó con fuerza.

—Eres como un dolor de estómago —dijo Gerd—. Y antes de que hagas la gracia, yo no tengo estómago grande.

Viggo levantó ambas manos y luego hizo el gesto de que no diría nada.

Camu continuaba levitando con los ojos cerrados, concentrado, intentando invocar las otras dos habilidades que no conseguía combinar con su vuelo.

—Cuando lo logres será impresionante —dijo Nilsa con tono positivo y esperanzado—. Practica y seguro que lo harás. Estoy convencida.

—No animes al bicho que luego cuando no lo consiga se va a llevar un disgusto —regañó Viggo con expresión de que mejor no

hacerlo.

—Calla, quisquilla.

—Hasta que lo consigas, lo que deberías hacer es elevarte y evitar que te alcance el dragón que ataca —dijo Gerd mirándolo a través del fuego del campamento.

«Si hacer eso, perder camuflaje, vosotros quedar descubiertos».

—Sí, pero nosotros podemos esquivar el golpe y tú no. Es mejor que te eleves y nosotros ya nos las arreglaremos —explicó Gerd—. No te preocupes por nosotros.

—Gerd tiene razón. Y tú eres un sol por preocuparte y anteponer nuestras vidas a la tuya propia. En cuanto bajes te voy a dar un beso —dijo Nilsa.

—Al bicho no le des ánimos y menos besos, que luego se viene arriba y se cree medio inmortal —protestó Viggo.

—¿Por qué no te lanzas el cuchillo al pie un rato? —replicó Nilsa con una mueca graciosa.

Viggo resopló.

—Esta pelirroja es cada día más graciosilla.

«Yo no dejaros desprotegidos contra dragón. Eso nunca» envió Camu, que seguía moviendo las alas mágicas a gran velocidad y se mantenía levitando con los ojos cerrados.

—Te lo agradecemos, Camu, de corazón —dijo Edwina.

Nilsa y Gerd intercambiaron una mirada. Ambos sabían que Camu era así y por mucho que ellos quisieran que se pusiera a salvo, solo lo haría si el resto no corría peligro. Eso les preocupaba porque tarde o temprano ocurriría una tragedia.

Lasgol regresó al anochecer. Saludó con cariño a Ona y Argi, a los que encontró patrullando en el bosque, y se dirigió al claro donde acampaba el grupo.

—¡Por fin llegas! Ya estaba pensando que tenía que ir a salvarte —reprochó Viggo.

—Las misiones de reconocimiento llevan su tiempo si se hacen bien —replicó él y se sentó junto a Gerd frente al fuego. El grandullón le pasó una ración de comida y el pellejo con agua.

—Menudos recibimientos que haces —dijo Nilsa a Viggo y luego miró a Lasgol con interés—. ¿Con qué te has encontrado?

«Nosotros mucho interés» envió Camu, que estaba tumbado detrás de Nilsa moviendo su larga cola de forma nerviosa.

No había conseguido combinar las habilidades y estaba un poco desilusionado. Ver a Lasgol le animó.

Este dio un bocado a la carne salada y tras beber del pellejo respondió.

—Esa ciudad es realmente impresionante y parece que aguanta. Está sitiada, como esperábamos, por lo que tenemos doble problema.

—¿Doble problema? —preguntó Edwina pensando que habría heridos.

—Sí, por un lado, tendremos que pasar el cerco del ejército del rey dragón negro y sus dragones y luego el de los defensores de Orecor.

—¿Crees que los defensores no nos recibirán bien? —preguntó Gerd inclinando la cabeza.

—Somos extranjeros colándonos en una ciudad sitiada… —dijo Lasgol.

—Nos tomarán por espías o algo peor —dedujo Nilsa.

—Además, vamos a rescatar a alguien que estará en su prisión —añadió Lasgol.

—Ya, no nos van a recibir nada bien… —razonó Gerd.

—No será ni la primera ni la última vez que nos reciban mal en alguna ciudad —comentó Viggo—. No veo el problema, nos escabullimos dos veces y listo.

—Ummm… dos veces para entrar y otras dos para salir… —corrigió Nilsa.

—Pues dos y luego otras dos, sigo sin ver la dificultad —insistió Viggo.

—No es simplemente colarse en una ciudad enemiga. Esta ciudad está en guerra, sitiada. Hay soldados por todos lados y están alerta —dijo Lasgol.

—Y primero hay que traspasar el cerco de los soldados del rey negro —recordó Gerd.

«Necesitar un plan. Uno mucho bueno».

—Ya estamos con los planes —se quejó Viggo.

—Sin un buen plan no vamos a conseguir entrar, encontrar a Ingrid y sacarla de allí —dijo Gerd—. Te guste o no sabes que es así.

—Pues no tenemos al sabiondo con nosotros, así que un buen plan me parece que no vamos a poder elaborarlo.

Gerd suspiró.

—Un buen plan de Egil ahora nos vendría muy bien.

—Pobre… Cada vez que pienso que sigue preso en las mazmorras de la academia se me pone la piel de gallina —expresó Nilsa muy consternada.

—Si alguien puede sobrevivir a las mayores calamidades, es Egil —dijo Edwina para darles ánimos.

«Egil mucho fuerte y mucho listo. Sobrevivir. Un día ser rey otra vez».

—Sí, merece llevar la corona de Norghana, eso no se lo puede negar nadie —opinó Nilsa—. Además, es por derecho de sangre. Él debería ser el rey de Norghana y dirigir la lucha contra los dragones.

—No creo que los que gobiernan para el hijo de Thoran estén de acuerdo con eso —comentó Viggo con una mueca de ironía.

—Da igual lo que opinen. Egil es el rey legítimo, por derecho —dijo Nilsa muy seria.

—Un rey que sacrificó su corona —replicó Viggo.

—El sacrificio fue por nosotros y por toda Norghana —afirmó Gerd señalándolos a todos con el dedo índice—. Sin ese sacrificio el dragón inmortal hubiera conseguido su propósito y nosotros no estaríamos aquí.

Viggo se encogió de hombros.

—Siempre tuvo complejo de héroe sabelotodo. Espero que su sacrificio y lo mal que lo ha pasado desde entonces le sirvan para algo al final.

—Haremos que sirva —aseguró Gerd.

—Pondremos a Egil de vuelta en el trono —añadió Nilsa.

«Costar lo que costar» finalizó Camu y asintió con fuerza.

Viggo lo miró y negó con la cabeza.

—A ver si para entonces aprendes a hablar bien de una vez, que tus refranes suenan a dichos de marinero borracho.

«Yo no sonar a marinero borracho».

—Ya lo creo que sí.

—Estás muy callado, Lasgol. ¿No opinas como nosotros? —preguntó Nilsa.

—Sí… es que… No recuerdo apenas nada de Egil… y me siento fatal.

«Eso ser que significar mucho para ti».

—Sí… lo sé… cuanto más significa alguien para mi menos lo recuerdo…

—Una maldición de lo más retorcida, hay que reconocerlo. El lagartijo inmortal tenía un sentido del humor de lo más oscuro y desalmado —afirmó Viggo.

—Gracias a Egil se llevó su merecido —dijo Nilsa.

—Sí, eso no se lo voy a negar al sabelotodo. Cuando lo vea le daré las gracias por haberse cargado a ese monstruito horripilante de malas ideas.

—Lamento no recordar cosas… Todos me tratáis como si fuéramos los mayores amigos y os lo agradezco en el alma… —confesó Lasgol.

—Eso es porque lo somos —aseguró Gerd y le puso la mano en la espalda.

—Aunque no lo recuerdes, nosotros sí, y te trataremos como lo que eres, un hermano y mejor amigo —dijo Nilsa y le lanzó un beso con la mano.

Viggo levantó sus manos.

—Tú y yo no éramos tan buenos amigos, no vayas por ahí creyendo que somos como hermanos —le dijo a Lasgol.

Este le miró y luego a Nilsa y a Gerd.

—No le hagas ni caso, sois muy buenos amigos —confirmó Nilsa asintiendo con la cabeza.

—Bueno, todo lo buen amigo que se puede ser de ese dolor de muelas —puntualizó Gerd.

«Todos ser más que hermanos» envió Camu.

—Gracias, solo espero poder recordar algún día… —dijo Lasgol.

—Lo harás, tranquilo. Es solo cuestión de algo de tiempo —aseguró Nilsa.

—La mente requiere de sus propios plazos para sanar. Es lo más complejo de nuestro cuerpo —aseguró Edwina—. Pero al igual que las otras partes de tu organismo, se sanará con tiempo y cuidados.

—¿Puedes sanar mi mente? —preguntó Lasgol.

Edwina suspiró.

—Me temo que ya lo intentamos una vez. No me es posible acceder a la mente y no debería hacerlo. Solo las sanadoras más expertas y especializadas pueden. No es mi caso. Lo siento, podría hacer más daño que bien.

—Lo entiendo. Gracias.

—Bueno, dejémonos de cursilerías y centrémonos en rescatar a Ingrid. Eso es lo que realmente importa. Estoy más que impaciente por ver a mi rubia belicosa.

—Todos queremos ver a Ingrid —aseguró Nilsa—. Pero para eso vamos a necesitar un plan bien diseñado. Hay que averiguar cómo entrar sin ser descubiertos, encontrar a Ingrid, rescatarla y salir sin ser detenidos. No lo veo nada fácil.

—Además, hay media docena de dragones castigando la ciudad por aire —dijo Lasgol.

—Bueno, media docena no es mucho. Nos las arreglaremos —expresó Viggo con total confianza.

Todos se miraron con expresión de que Viggo no tenía arreglo. Comieron y descansaron mientras le daban vueltas al asunto en la cabeza. Si no conseguían elaborar un buen plan, las probabilidades de salir con vida de aquella ciudad eran muy bajas, por no decir, ninguna.

Capítulo 17

Lasgol aguardaba agazapado. La noche era cálida y despejada, por lo que había elegido un bosque tupido cercano al campamento de guerra del ejército del dragón negro para la reunión. Las patrullas no solían pasar por allí, pero era mejor no dejarse ver por si acaso. Junto a él estaba Ona, atenta al más mínimo movimiento, sonido u olor que pudiera evidenciar un peligro. Lasgol le acarició la cabeza y sonrió. La buena pantera le llenaba el alma, era una compañera fiel y su presencia le transmitía tranquilidad y seguridad, algo que apreciaba en gran manera.

Ona gimió agradecida.

—Tranquila, todo irá bien.

La pantera miró a Lasgol con sus grandes ojos felinos e himpló una vez.

—Además de muy buena, eres muy lista.

Ona frotó su frente contra la pierna de Lasgol mostrando su cariño por él.

Aguardaron un rato y pronto divisaron a tres Tauruk-Kapro que se acercaban del este. Intentaban hacerlo en silencio, pero para el entrenado oído de un Guardabosques, hacían mucho ruido. Se debía a que eran enormes y sus patas sonaban muy fuerte sobre el terreno a cada paso que daban. Además, sus grandes cuerpos producían ruido con el roce de brazos y piernas. Era un sonido rasposo al que se unía el soniquete metálico de sus armas. Para rematarlo, eran tan grandes y sus cornamentas tan distinguibles que incluso de noche era imposible no verlos. Definitivamente, aquella raza no estaba hecha para el sigilo y el subterfugio.

Entraron en el bosque y se acercaron a la roca junto a la que estaban escondidos Lasgol y Ona. Era el lugar de reunión que

habían pactado a su llegada.

—Buenas noches —saludó Lasgol dejándose ver.

Los tres Tauruk se sorprendieron y se detuvieron. No habían visto al Guardabosques y tampoco a Ona, que se situó a su costado.

—Eres como una sombra del bosque, ni te habíamos visto —dijo Turgur.

Lasgol sonrió.

—No sería muy buen Guardabosques si no pudiera esconderme en un bosque de noche.

—Supongo que no —sonrió Turgur, y saludó levantando la mano.

—¿Qué tal las cosas en el campamento de guerra? ¿Habéis tenido problemas?

Turgur miró hacia el campamento. Las luces de las hogueras se veían entre los árboles con bastante claridad en la noche, incluso a aquella distancia de seguridad.

—Hicimos como acordamos. Les informé de que habíamos sido atacados por sorpresa por humanos y perdido bastantes efectivos, pero que conseguimos rechazarlos y continuar camino salvando el cargamento. Los oficiales solo se preocuparon por que lográramos salvar los suministros.

—¿No se sorprendieron de que las bajas fueran en su mayoría Drakónidos?

—El oficial al que informé era Drakónido. Le dije que sus soldados habían arremetido contra los primeros haciendo frente a los atacantes y por ello sufrieron la mayoría de las bajas. Añadí que habían luchado como valientes y salvado el convoy.

—Eso le gustaría —intuyó Lasgol y enarcó una ceja.

—Desde luego. Dijo que los Drakónidos habían nacido para luchar por los dragones y su muerte sería vengada. Se creen especiales, pero déjame asegurarte que no lo son.

Sus dos acompañantes, un Tauruk y un Kapro, rieron con risas profundas mientras asentían.

—Son los perritos falderos de sus amos, nada más —opinó el Tauruk.

—Y como lo que son, un día pagarán por ello —afirmó el Kapro.

—Veo que vuestras relaciones no son muy buenas.

—Nunca lo han sido. Somos del mismo territorio de Kraido, bajo el dominio del rey dragón negro, y siempre nos hemos odiado —explicó Turgur.

—Se creen mejores que nosotros, pero no lo son —dijo el Tauruk.

—Mejores que todas las razas de Kraido, no solo la nuestra —añadió el Kapro.

—Una cosa puedo asegurarte, Lasgol, son los más odiados por todos, no solo por nosotros —afirmó Turgur como una verdad inapelable.

—Porque son fieles a los dragones.

—Por eso y porque se creen elegidos —aclaró Turgur.

—Elegidos por los dragones, entiendo. ¿Tienen alguna ventaja por ello?

Turgur miró a sus dos compañeros y luego frunció el ceño.

—Alguna, sí. Los dragones les dan mayor conocimiento y libertad que al resto de las razas. También los usan para controlarlas. Los soldados en Kraido son por lo general Drakónidos.

—Oh, vaya, entonces entiendo que no sean queridos. ¿No hay soldados de otras razas en Kraido?

Turgur negó con la cabeza.

—Los soldados se envían a luchar a las guerras de los dragones fuera de Kraido.

—Es una forma de que no pueda haber un levantamiento en nuestra tierra —dijo el Kapro.

—No hay soldados que puedan iniciar una revuelta, solo campesinos y trabajadores —añadió el Tauruk.

Lasgol suspiró.

—Los dragones son inteligentes. Entrenan soldados para que luchen por ellos y los envían a mundos extranjeros a hacerlo, dejando una guardia de soldados Drakónidos fieles que sometan a la población en casa…

—Eso es. Nosotros morimos en mundos lejanos y no podemos alzarnos contra los dragones en nuestro propio hogar —explicó Turgur.

Lasgol asintió.

—Puede que sea mejor que el levantamiento comience aquí.

Turgur y sus dos compañeros fruncieron el ceño.

—¿Por qué lo crees así?

—Aquí están los ejércitos con todas las razas y hay pocos dragones… Además, aquí podéis encontrar aliados que se unan a vuestra causa … como nosotros.

—Eso es muy cierto. No lo había pensado así. Estamos acostumbrados a luchar contra los humanos de Tremia. Quizá deberíamos hacer lo contrario —se dio cuenta Turgur.

—Eso no será nada fácil de conseguir —dijo el Tauruk.

—Los humanos de este mundo no confiarán nunca en nosotros. Hemos derramado su sangre —dijo el Kapro.

Turgur asintió, pensativo.

—Hemos matado a muchos humanos. Será muy difícil que confíen en nosotros.

—Yo estoy aquí hablando con vosotros y los ejércitos de Kraido del rey dragón rojo asolan mi reino.

Los tres Tauruk-Kapro asintieron.

—Es algo que tenemos que intentar, sin duda —dijo Turgur.

—Yo lo veo muy complicado, por no decir casi imposible —expresó el Kapro.

—Déjame presentarte a mis compañeros. Estos son Torkor y Kramek —Turgur los señaló con un gesto de la mano—. No los conoces porque no estaban en el convoy.

—No los he reconocido, no. Yo soy Lasgol —saludó inclinando la cabeza.

—¿Un humano que nos distingue? Curioso… —se extrañó Torkor y arrugó la nariz.

—Lo hago, sí. Me fijo en todo lo que me rodea y presto atención, como hace ella —Lasgol señaló a Ona a su lado, que observaba a los tres Tauruk-Kapro sin perder detalle.

—Pensaba que para los humanos todos nosotros éramos iguales —dijo Kramek.

—No para este humano —sonrió Lasgol—. Os diferencio perfectamente.

—Tenías razón al decir que era un humano diferente —reconoció Kramek a Turgur, al que lanzó una mirada.

Lasgol inclinó la cabeza, pensativo.

—¿Has logrado conseguir información sobre la situación de los asedios que mantiene el rey dragón negro?

Turgur asintió.

—Hice como me pedisteis y he buscado información. Lo primero que puedo decirte es que esta ciudad está a punto de caer —dijo Turgur y señaló a su espalda con el pulgar.

—¿Lo está? —Lasgol se temía esa nueva y se sorprendió. Esperaba tener más tiempo.

—Le queda una semana. El rey dragón negro va a concentrar a todos sus dragones aquí y arrasar la ciudad hasta los cimientos de una vez por todas en siete días. Eso es lo que he conseguido averiguar.

—Entiendo —a Lasgol aquella noticia le pareció extremadamente mala.

Si los dragones arrasaban Orecor Ingrid podría morir. Estaba prisionera y si arrasaban el edificio donde se encontraba, perecería sepultada o a causa del fuego.

—Me han confirmado que la ciudad de York, la más rica, la de calles pavimentas en oro, aguanta. Al ser una isla frente a la costa los ejércitos del rey dragón negro tienen dificultades para llegar hasta ella. No puede ser sitiada si no es con una gran flota que los dragones no tienen. La atacan por aire, pero aguanta. Tienen magos a sueldo que defienden la ciudad.

—Eso es interesante —expresó Lasgol intrigado. ¿Qué tipo de magos soportaban el ataque de los dragones? ¿Cuánto más podrían aguantar por estar en una isla fortificada?

—La otra ciudad-estado sitiada es Yatro. Tiene magos que utilizan una magia muy extraña. Crean espíritus, por lo que se dice, y son muy difíciles de matar. Nuestro ejército ha sufrido muchas bajas intentando tomarla.

—No conozco esa magia, pero debe ser poderosa si aguanta la ciudad —dedujo Lasgol—. O quizá sea una magia diferente a la elemental que de alguna forma es más dañina.

—Nosotros poco sabemos de magia, pero sus espíritus devoran las almas de los cuerpos vivos. Eso es lo que se dice. Nosotros no

hemos participado en ese asedio y no podemos darte más que esa información, pero dala por buena. Sus magos crean espíritus que atacan al alma y matan el cuerpo —aseguró Turgur con tono muy serio.

—Es terrible y a la vez interesante, pues es un tipo de magia que no conozco y que quizá tenga utilidad contra los dragones.

Turgur movió la cabeza de lado a lado.

—Contra los dragones no funciona, solo contra nosotros —explicó señalando a sus dos compañeros y luego a sí mismo.

—Aun así, me gustaría entender qué tipo de magia es y analizar qué posibilidades tiene contra los dragones. A veces la magia se puede usar de forma indirecta, no para matarlos, pero sí para crearles dificultades.

Los tres Tauruk-Kapro pusieron cara de incredulidad.

—¿Qué se sabe de los reinos de Irinel y Moontian, más al interior?

—Irinel ha caído —comunicó Turgur.

—Oh… —Lasgol sintió de pronto una gran tristeza.

Recordó el país que había visitado, uno que le había encantado. Le vinieron imágenes de campos preciosos con hierba alta, de una tierra donde siempre llovía y todo era de un tono verde intenso. Sus gentes eran de rostros llenos de pecas y cabellos pelirrojos. Recordó a los druidas y su gran bosque. Deseó que hubieran sobrevivido. De una forma más diluida, menos concreta, recordó a la familia real de Irinel… Al rey y la reina traicionados por su hijo… No recordaba caras ni nombres, pero sabía que así había sido. Y recordó a su hermana, la princesa que también había sido reina de Norghana, esposa de Thoran. Supo que recordaba a estos últimos porque eran personas odiosas. Entonces se acordó de que la reina Druida estaba en Moontian prisionera. Si es que todavía vivía…

Suspiró y una imagen borrosa apareció en su mente. Era la de una joven, de cabellos rubios. La veía borrosa, sin poder definirla del todo. Aun sin poder terminar de apreciarla, sentía que era bella, tanto en lo físico como de espíritu. Se preguntó quién sería y por qué la recordaba al pensar en Irinel y sus gentes. En cualquier caso, fuera quien fuera aquella joven de cabellos dorados y rizados, era

una buena señal. Probablemente era alguien que conocía, alguien importante para él, y comenzaba a regresar del olvido al que la había enviado el dragón inmortal.

—¿Todo bien? —preguntó Turgur.

—Sí, perdona. Me han asaltado recuerdos de esas tierras.

—Siento las malas noticias. Según me han contado, al caer las ciudades muchos han huido a los bosques. Hay unos magos que viven en ellos que los han protegido.

—Si, los druidas, los conozco.

—Las tropas que sitiaban el reino se han dirigido ahora a acabar con Moontian— prosiguió Turgur—. Ese reino resiste. Está dentro de una gran cordillera montañosa y a gran altura. Es prácticamente inaccesible y todos los intentos de asalto han fracasado. Los dragones tampoco pueden entrar en el interior de la montaña.

—Lo conozco también. Es muy difícil de acceder y su defensa es relativamente fácil.

—Una vez Orecor caiga, que será en breve, solo quedarán York y Yatro en la costa y Moontian en el interior.

—Moontian aguantará por su localización —razonó Lasgol—, al igual que York. Por lo tanto, después de Orecor, Yatro será la siguiente en caer —supuso pensativo.

—Si no ha caído ya —dijo Turgur—. La inteligencia que te facilito tiene algunas semanas de antigüedad.

—Entiendo —Lasgol gesticuló de forma afirmativa con la cabeza —. Sería interesante que establecierais mensajería con los otros campamentos de guerra de vuestro ejército.

—¿Para estar informados de las campañas? —Turgur enarcó una ceja.

—Eso es. Cuanta más información tengáis, más fácil será tomar buenas decisiones tácticas —dijo Lasgol

Al hacerlo, de alguna forma, supo que aquella frase no era suya, ni siquiera la idea. Era de alguien muy cercano a él, pero no recordaba de quién. Pensó en sus compañeros y supo que de Viggo no era, ni de Nilsa. Quizá de Gerd… no, de él tampoco. Por eliminación tenía que ser de Egil, al que no recordaba en absoluto. Volvió a sentirse mal, como si estuviera traicionando a un amigo, a

un hermano, aunque sabía que no era su culpa. El dragón inmortal le había robado la memoria de sus seres queridos contra su voluntad. Suspiró. Al menos, algunas cosas comenzaban a regresar.

—Tiene cabeza el humano —dijo Kramek.

—Sin duda es especial —asintió Torkor.

—Muy especial. Puede matar dragones con ese arco dorado que lleva a la espalda —dijo Turgur.

—¿Por ti mismo? —Torkor abrió mucho los ojos.

—No, no por mí mismo, con ayuda de mis compañeros.

—Pero… ¿podrías hacerlo, digamos, si el dragón no pudiera alcanzarte y tú a él sí? —preguntó Kramek con tono de gran interés.

Lasgol movió la cabeza de un lado a otro pensando la respuesta.

—En ese caso, sí. El arco tiene magia que permite traspasar las defensas de los dragones. Creemos que fue creado con ese fin.

—¡Eso es fenomenal! ¡Armas mágicas que matan dragones! —comentó Torkor lleno de entusiasmo.

—Las necesitamos —dijo Kramek.

—Sí, todos estamos de acuerdo en eso —convino Turgur.

—La misión de rescate que nos ocupa nos ayudará a conseguir más armas como esta —explicó Lasgol intentando conseguir ayuda.

—¿Cómo es eso? —Torkor enarcó una ceja.

—La prisionera que vamos a rescatar escondió las armas para mantenerlas a salvo. Una vez la liberemos nos llevará hasta ellas.

—Si esperas una semana la ciudad estará en nuestras manos —dijo Kramek.

Lasgol negó con la cabeza.

—Si los dragones la arrasan podrían matar a nuestra compañera. No quiero correr ese riesgo. Debemos sacarla antes de que la ciudad sea arrasada.

—Sí, porque será destruida hasta los cimientos. Todos los dragones del rey negro en Drameia están en camino —dijo Torkor.

—Por eso, hay que hacerlo ahora —insistió Lasgol decidido.

—En ese caso debemos ayudaros —afirmó Kramek.

—Sí, cuenta con todo mi apoyo —ofreció Torkor.

—Os lo agradezco. No será fácil y mucho menos con oficiales y soldados Drakónidos.

—No creas que la situación es tan mala —dijo Turgur.

—¿No lo es? —Lasgol enarcó ambas cejas.

—La situación es complicada, pero favorable. Hemos estado hablando con los nuestros —dijo Kramek—. Los Kapro estamos con la revuelta. Ya habíamos escuchado los rumores y el mensaje se está propagando con rapidez por todos los campamentos de guerra. Y no solo al nuestro, también a los de York, Yatro y Moontian. La verdad es que no sé cómo, pero llega, incluso aquí, en Orecor. Turgur nos ha terminado de convencer con lo que nos ha contado de vuestro encuentro.

—Sí, alguien está poniendo esfuerzo y cabeza en hacer que el mensaje se expanda por todos los ejércitos. Es sorprendente, ya que estamos bastante separados, pero sabemos que está llegando —explicó Torkor—. Los Tauruk de Orecor también apoyamos la rebelión. Y más ahora que te conocemos y vemos el arma dorada de la que nos ha hablado Turgur.

—Hemos de acabar con la tiranía de los dragones. Aunque muramos en el intento… —expresó Kramek.

—Seguir viviendo como esclavos y morir por la avaricia inagotable de unos monstruos sin alma no es el futuro que quiero para mi familia —dijo Torkor.

—Ellos son los líderes de los Kapro y los Tauruk en el campamento de guerra. Querían conocerte en persona.

—¿Sois oficiales? —Lasgol inclinó la cabeza al preguntarlo. Tuvo esa impresión.

—Sí, lo somos —confirmó Kramek.

—Pero más importante que eso, es que tienen el respeto de los soldados —explicó Turgur.

—Entiendo. Sí, el respeto es lo que importa. El rango o cargo no vale para nada si no se tiene el respeto de los demás. Os agradezco el apoyo, es invaluable. El cerco sobre la ciudad por tierra y aire representa un problema grave para nosotros —se sinceró Lasgol.

—Uno que te ayudaremos a superar. Por eso estamos esta noche aquí —dijo Turgur.

Lasgol suspiró y observó los fuegos del campamento de reojo.

—Necesitamos encontrar una vía de entrada. Tendremos que pasar rompiendo el cerco de vuestro ejército y buscar una forma de acceder.

—De romper el cerco me puedo encargar yo —se ofreció Kramek —. Necesitaré algo de tiempo, pero creo que, con la ayuda de los míos, encontraremos la forma.

—Yo me ocupo de buscar la manera de entrar a la ciudad —dijo Torkor—. Llevamos más de un año intentando hacerlo y en alguna ocasión lo hemos conseguido, aunque nos han rechazado. Creo que algo se podrá hacer para colar a un grupo pequeño.

—Si lográis organizarlo sería una ayuda increíble.

—Cuenta con ello —dijo Kramek.

—Puede que no sea bonito, pero algo idearemos —aseguró Torkor asintiendo con su cabeza con cornamenta.

—El riesgo será alto para todos —mencionó Turgur.

—Estamos acostumbrados a ello —dijo Lasgol con confianza.

—Si el humano y los suyos se van a jugar el pellejo en esto, nosotros no seremos menos. Los Tauruk no temen a nada —afirmó Torkor.

—Bien hablado. Lo comparto. Los Kapro nos arriesgaremos como el que más —dijo Kramek.

—Muy bien. Siendo así nos veremos aquí mañana por la noche y acercaremos ideas para elaborar un plan —dijo Lasgol.

Los tres asintieron.

—Aquí nos vemos —dijo Turgur.

Los Tauruk-Kapro marcharon y Lasgol se quedó pensativo. Estos nuevos aliados que habían encontrado constituían una mejora significativa de la situación. Seguía siendo muy complicada, pero ahora tenían asistencia, y estaba seguro de que sería decisiva.

Capítulo 18

Aquel día el entrenamiento con la maestra Igam-Zuri-Biol y su jinete Laya terminó al atardecer. Tomaron tierra en el campo aéreo y Nahia y Logan desmontaron. Laya lo hizo también. Nahia podía sentir gracias al vínculo que la unía a Eki lo avergonzado y desesperado que el dragón plateado se sentía. El entrenamiento había ido muy mal para él. Aroa, sin embargo, lo había hecho bastante bien y cada vez mejoraba más. Tanto sus ataques mentales como su aliento elemental provocaban destellos en las defensas de la maestra, lo que significaba que afectaban a sus defensas mágicas.

Por su parte, Nahia y Logan intentaban cada día conseguir que su aliento elemental llegara un poco más lejos. Nahia había descubierto que, si el caudal que enviaba lo conseguía hacer delgado, cubría más distancia. Esto la había dejado muy sorprendida pues en Drakoros les habían enseñado a enviar un caudal corto y lo más poderoso posible. Suponía que porque era lo más potente. Hacer que llegara más lejos era realmente difícil y tanto ella como Logan lo pasaban casi tan mal como Eki, aunque iban progresando y eso era lo importante. Ella ya podía enviarlo a setenta y cinco pasos y Logan a cincuenta y cinco, eso sí, con mucho menos poder que uno corto. De momento no se preocupaban por esa parte, pues lo que buscaban era alcance, no potencia.

«No hace falta que os diga cómo lo habéis hecho hoy. Estoy segura de que lo sabéis» envió Igam-Zuri-Biol, lo que hizo que Eki todavía se sintiera peor.

—Tú eres una Nacida de la Llama y tienes poder. Ayuda a tu señor dragón, es tu deber y obligación —dijo Laya a Nahia señalándola con su lanza.

Nahia no esperaba aquello y se quedó un tanto aturdida.

—Lo haré… por supuesto —respondió.

No sabía cómo iba a poder ayudar a Eki. Tampoco sabía que era su obligación ayudar a su señor dragón. Los dragones no necesitaban ayuda de nadie, y menos de alguien de una raza esclava. Ni se le había pasado por la cabeza intentar ayudarle, no porque no quisiera hacerlo, sino por lo chocante que era.

«Entrenad y mejorad. No os queda mucho tiempo, el enemigo no tendrá compasión y vosotros vais a ir a enfrentaros a uno de los más feroces y que más nos odia. El tiempo se os acaba» envió Igam-Zuri-Biol en clara referencia a Eki.

Un momento más tarde echaba a volar.

«Soy un fracaso…» envió Eki y bajó la cabeza.

«No lo eres. Solo necesitas encontrar la forma de canalizar tu magia» respondió Aroa, cuya mirada era de compasión hacia el dragón plateado.

—No sé cómo te puedo ayudar, pero lo haré —dijo Nahia, se sentía muy mal por él.

«Por mucho que lo intento mi magia no se vuelve de ataque. No creo que sea posible que lo haga».

«Toda magia puede ser utilizada como ataque, lo que hay que encontrar es la forma. En nuestro caso es más sencillo pues es magia elemental y es casi por definición de carácter dañino».

—Quizá lo que debes hacer primero es crear magia y luego ver si puedes hacerlo de forma que sea dañina o de ataque —caviló Logan, que se rascaba la barbilla mirando a Eki.

El dragón plateado ladeó la cabeza y miró a Logan.

«No sé si te entiendo».

—Prueba a crear el aliento. Simplemente haz que tu energía interior salga a través de tu boca. No intentes que sea un ataque, solo dale forma. Como hacemos Nahia y yo intentando que llegue más lejos sin preocuparnos de cuan dañino es.

—Sí, esa es muy buena idea —se animó Nahia.

«El problema puede estar en querer que tu magia sea lo que no es. Haz como dice Logan, tiene sentido» recomendó Aroa.

Eki resopló por la nariz.

«De acuerdo. Lo intentaré, aunque hasta ahora ha sido en vano».

—Recuerda no darle carácter ofensivo, no pienses en un ataque —aconsejó Logan.

—Solo expulsa tu energía mágica por la boca —guio Nahia con intención de ayudar.

«De acuerdo. Ahí va».

Eki intentó generar el aliento de dragón, pero falló por completo. Era como si no tuviera esa habilidad, ni siquiera conseguía que su energía saliera de su cuerpo en forma de caudal.

Nahia y Logan intercambiaban miradas no muy optimistas al ver lo que estaba sucediendo.

Eki lo intentó varias veces más sin éxito.

«No soy capaz. ¡Qué vergüenza, qué deshonor!».

—Tranquilo, no te des por vencido. Si todo saliera bien a la primera no tendría ningún mérito —dijo Nahia.

«Nahia tiene razón. Todo lo que vale la pena en la vida es porque cuesta algo» compartió Aroa.

«Sé que lo decís para animarme, pero la verdad es que siempre he sido un fracaso de dragón».

«No digas eso. Eres un dragón raudo, tienes una jinete y estás aquí».

«He llegado hasta aquí, sí, pero ¿de qué sirve si no soy capaz de combatir como un auténtico dragón?».

—Eres el dragón raudo más rápido de Jadrakos, ese es un gran logro, no lo olvides nunca —dijo Nahia.

—Lo que te convierte en el dragón más rápido de todos —añadió Logan—. ¿No es así?

«Así es. Los raudos son los más rápidos y maniobrables de los dragones. Por lo tanto, Eki, siendo el más rápido entre los raudos, es el dragón más rápido del mundo».

«Eso no lo sabemos. Seguro que hay dragones raudos más rápidos que yo ahí fuera, en otros mundos, luchando, cosa que yo no puedo hacer…».

—Qué poco te valoras… —dijo Nahia cruzando los brazos sobre el torso.

«Lo que yo vi en Gryphoros te pone entre los más rápidos del mundo, y estoy casi convencida de que, si no lo eres ya, serás el

más rápido de todos algún día» aseguró Aroa.

Eki soltó aire por la boca, a Nahia le pareció que era una especie de suspiro.

«Ahora tengo que concentrarme en lograr mejorar en el combate… cosa que nunca me ha interesado… Combatir no es lo que he perseguido, sino el conocimiento, ser un gran conocedor de mi magia, cosa que tampoco he logrado. Vaya fracaso que soy…».

—No digas eso. Yo tampoco quería combatir, ni Logan, y nos hemos visto obligados, igual que tú. Eso no quiere decir que no lo hayamos conseguido, solo que nos ha costado un poco más. Estamos aquí para ayudarte. Lo conseguirás —aseguró Nahia.

«Gracias… os lo agradezco de verdad».

—Intenta crear el aliento elemental. Eres un dragón, seguro que lo tienes —animó Nahia.

«Inténtalo enviando tu energía interna como si fuera un caudal que sale de tu boca. Así lo hago yo. En mi caso elijo qué tipo de caudal quiero, uno de fuertes vientos o uno de tormenta de rayos. En tu caso, como tu magia es espacial y no sabemos cómo convertirla en magia de ataque, simplemente envía la energía hacia el exterior» instruyó Aroa.

—Sí, coge un buen puñado de energía y proyéctala hacia fuera por tu boca —dijo Nahia—. Concéntrate mucho, eso es lo más importante. Tienes que ver en tu mente lo que deseas conseguir. Si lo visualizas, te saldrá.

«Muy bien. Allá voy» Eki cerró los ojos y se concentró.

Por un largo rato lo intentó sin suerte. Abría la boca, pero nada surgía de ella. Resultaba muy chocante, ya que para un dragón su aliento elemental era algo básico y propio. Nahia lo veía con la boca abierta y los ojos cerrados incapaz de lograrlo y se sentía muy mal por él. Sobre todo, porque a través de su vínculo notaba lo terrible que era aquella situación para Eki. Se sentía un fracaso y una calamidad, y su espíritu estaba por los suelos.

—Quizá si apuntas a algo fijo te ayudará —propuso Nahia.

«Buena idea. Lánzame el aliento a mí» dijo Aroa.

«¿A ti? No quisiera herirte, solo me faltaría eso…».

«No podrás herirme. Recuerda que tenemos defensas mágicas innatas, se activarán y no me sucederá nada».

Logan miró a Aroa con cierta preocupación. Lo que la dragona decía era cierto, pero arriesgar con magia no era nunca una buena idea.

«Soy un blanco enorme, no puedes fallar» envió Aroa sonriendo.

«Está bien… lo intentaré».

—Ánimo —Nilsa le hizo un gesto de fuerza para darle ánimos.

Eki agradeció el apoyo con una ligera inclinación de cabeza. Luego se centró en Aroa y se concentró.

Abrió la boca y algo nuevo sucedió. De ella surgió un caudal de energía plateado que golpeó a Aroa en el torso. Las defensas de Aroa se activaron para protegerla, y el caudal plateado no le afectó.

«Muy bien, Eki, lo estás consiguiendo. Sigue proyectando tu energía» animó Aroa.

Eki continuó enviando su energía plateada.

—Me pregunto qué tipo de efecto tendrá —comentó Nahia, muy interesada.

—No te arriesgues a tocarlo —advirtió Logan—. Puede ser muy dañino.

Nahia observaba el caudal y los destellos defensivos de la magia de Aroa y tenía más interrogantes.

—Aroa, ¿captas qué tipo de ataque es?

«No, pero siento como si me empujara de donde estoy, como si me quisiera mover… es muy extraño».

—No te está haciendo daño, ¿verdad? —preguntó Logan con tono de preocupación por Aroa.

«No, tranquilo. Mis defensas aguantan bien. Están consumiendo mi energía interna para hacerlo, pero tengo mucha».

El caudal que Eki estaba enviando contra Aroa comenzó a hacer algo raro. Parecía que la energía rodeaba a Aroa en lugar de golpearla y ser destruida por sus defensas.

—Está envolviéndola, como formando una campana de energía… —Nahia miraba sin entender qué sucedía.

—¿Seguro que todo va bien? —preguntó Logan a Aroa al ver la extraña campana de energía plateada que ahora rodeaba por

completo a la dragona. Parecía llegar hasta ella, seguir su cuerpo y volver a bajar.

«Sí, todo bien. Sigo sintiendo como que me empujan, con más fuerza si cabe, pero nada más».

Y en ese momento algo extrañísimo sucedió. La campana de energía que rodeaba a Aroa destelló con gran intensidad en un color argento que hizo que Nahia y Logan tuvieran que cerrar los ojos.

Al abrirlos se produjo la gran sorpresa. Aroa había desaparecido.

—¿Qué? ¿Dónde está Aroa? —Nahia miraba alrededor con ojos enormes.

—Se ha volatilizado… —Logan también la buscaba por los alrededores, pero no había rastro de ella.

—Eki, detente. ¡Para! —pidió Nahia.

El dragón plateado detuvo su aliento y abrió los ojos.

«¿Qué ha sucedido?» preguntó y Nahia sintió su intranquilidad.

—No lo sabemos. Aroa ha desaparecido.

«¿Desparecido? ¿Por mi aliento? ¿Cómo? ¡No puede ser!» Eki miraba en todas las direcciones sin poder encontrar a Aroa.

Logan se acercó hasta el lugar que ocupaba la dragona hacía un instante y lo inspeccionó.

—Aquí están sus huellas. El peso de su cuerpo ha dejado cuatro marcas muy claras, pero no hay nada más —Logan palpaba el suelo con sus manos.

Nahia se acercó también a investigar.

«¿No la habré… matado?» Eki estaba que se le salía el corazón por la boca. Nahia podía sentir su tremenda preocupación y desesperanza.

—No, no la has matado. Seguro —dijo Nahia.

Se estaba poniendo tan nerviosa como Eki por los sentimientos que el vínculo entre ellos le pasaba y que no podía asimilar de lo intensos que eran.

—No hay sangre ni otro residuo que así lo indique —dijo Logan para tranquilizarlos.

«Entonces… ¿qué ha sucedido?» Eki se movía muy inquieto de un lado a otro.

—Quizá se haya vuelto invisible por el efecto de tu magia —conjeturó Nahia sin mucho convencimiento.

—No lo creo. Aroa, ¿estás aquí? —preguntó Logan con la esperanza de que contestara y solo les estuviera gastando una broma.

No le encajó aquello. Aroa se preocupaba por los demás, no era de las que gastaban bromas o hacían pasar un mal rato a sus compañeros. Al contrario, era algo que a Logan le había sorprendido mucho, pues por lo general los dragones eran de todo menos compasivos. La empatía era un concepto que equiparaban a la debilidad, pero Aroa no era así. Ella tenía empatía y Logan podía sentirlo a través del vínculo que compartían. Al pensar en el vínculo tuvo una idea.

—Puedo llamarla.

—Sí, llámala. Si está en un radio de dos mil pasos te escuchará.

Logan la llamó usando su pulso de llamada.

Por un largo momento nada sucedió. Todos aguardaban en tensión. Cuanto más tiempo pasaba peores sensaciones tenían los tres.

De pronto en el cielo ante ellos, vieron aparecer un dragón que se dirigía en su dirección.

«Ya llego. Estoy bien. No os preocupéis» llegó el mensaje de Aroa.

Nahia resopló muy aliviada.

—Menos mal… —Logan puso los brazos en jarras e inclinándose hacia delante respiró hondo.

Eki cerró los ojos y los abrió. Su rostro mostraba un alivio tremendo.

«Menos mal. ¡Qué mal rato he pasado!».

Aroa llegó hasta ellos y descendió para posarse junto a Eki.

«¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?» Eki seguía muy preocupado por su compañera.

Aroa negó con la cabeza y puso expresión de compasión por Eki.

«Estoy bien y no me has hecho ningún daño» aseguró la dragona.

«Menos mal. ¿Qué ha pasado entonces?».

«Ha pasado que me has enviado a otro lugar a unos dos mil quinientos pasos al norte de aquí. No solo eso, me has dejado muy aturdida, desorientada, por eso me ha costado regresar. Menos mal que Logan me ha llamado».

«Cuánto lo lamento... No sé por qué ha sucedido, perdóname».

«No hay nada que perdonar. Tu ataque de aliento de dragón lo que hace es enviar al enemigo a dos mil quinientos pasos… desplazarlo».

«Eso no es un ataque. No tiene uso como arma, sigo siendo un fracaso» se desanimó Eki y bajó la cabeza.

—Es un ataque un tanto extraño, sí, pero yo no diría que sin uso —razonó Nahia.

—Opino igual. Si puedes despejar enemigos del camino, es un poder interesante —razonó Logan.

«Tiene sentido que sea así. Tu magia es espacial, por lo tanto, tus poderes estarán regidos por el espacio y sospecho que también, aunque todavía no lo sabemos, por el tiempo. Me has enviado a dos mil quinientos pasos en un instante. Eso es muy poderoso».

«No sé si la maestra lo verá igual».

«Tendremos que esperar y averiguarlo» envió Aroa junto a un sentimiento de optimismo.

—Bueno, al menos ya tenemos una incógnita resuelta. Ya sabemos qué hace tu ataque elemental —dijo Nahia.

—Ahora quedan los ataques mentales. Vas a conseguirlo, como lo has hecho ahora —animó Logan.

«Pues como no sea enviar la mente de alguien a algún otro lugar…» comentó Eki en broma.

«Puede que sea algo así. Cuando nosotros atacamos la mente de alguien usamos magia elemental que crea dolor, uno muy agudo. Algunos dragones muy poderosos pueden incluso causar la muerte con ese ataque».

—Cierto, es muy agudo —Nahia se puso las manos en la cabeza. Tenía muy malos recuerdos de aquel tema.

«A mí me has dejado aturdida, desorientada. No sabía dónde estaba ni qué había sucedido. Eso es un tipo de ataque en sí mismo si lo piensas. Me ha costado un rato recuperarme».

«No es suficiente. Un ataque mental tiene que ser capaz de dejar al enemigo vencido, incapacitado» afirmó Eki.

«Bueno, tenemos el principio. Si trabajas en ello estoy segura de que harás que la mente de alguien quede inutilizada».

—Yo creo que con que lo dejes perdido un tiempo ya habrás vencido. Quien no sabe dónde está o qué sucede está vendido — recapacitó Nahia.

«Lo voy a intentar» se animó Eki.

«Prueba de nuevo conmigo. Os voy diciendo si noto algo».

Los primeros intentos no fueron un éxito, pero Nahia ya imaginaba que sería así. Eki se desanimó, pero entre todos consiguieron levantarle el ánimo y que siguiera intentándolo.

No lo consiguió aquel día, pero eso no significaba que no fuera a lograrlo.

Regresaron a Jadrakos y, aunque Eki seguía frustrado, Nahia era optimista. Lo iba a lograr. Qué tipo de ataque saldría de aquello no tenía ni idea, pero que alguno se generaría, de eso estaba convencida.

Capítulo 19

Un día más, Nahia y Logan volvían del entrenamiento de ataque aéreo elemental cargados con armadura completa, lanza y escudo. Caminaban hacia los barracones cansados, pero contentos pues habían logrado avanzar bastante, o al menos a ellos así les parecía.

—¿Crees que lo estamos haciendo suficientemente bien? —preguntó Nahia a Logan con la esperanza de que dijera que sí.

—Me parece que mejoramos, pero no todo lo que deberíamos.

—Oh… —Nahia se sintió un tanto desilusionada.

Esperaba una respuesta más optimista. Logan solía ser muy realista y no se dejaba llevar por las buenas intenciones, sino que se regía por los hechos y las frías conclusiones que sacaba de ellos.

—Tú vas mejor que yo, ya has alcanzado los ciento veinte pasos con tu caudal elemental de fuego, yo acabo de llegar a los cien.

—Pues a mí me parece un gran avance.

—Estamos a medio camino de lo que se requiere de nosotros.

—No vamos a poder alcanzar doscientos pasos con nuestro aliento, eso es demasiado.

—Toda magia tiene un alcance de doscientos pasos como máximo, por lo que esta también y deberíamos poder lograrlo.

—A veces eres demasiado optimista, ¿lo sabes? —Nahia miró con ojos entrecerrados.

Logan la miró de reojo. Se dio cuenta de la decepción en la cara de Nahia.

—Estamos cerca de hacerlo de forma aceptable, no te desanimes.

—¿Solo aceptable? Desde luego dando ánimos eres el mejor.

El moreno sonrió con timidez. A Nahia le encantó ver esa sonrisa.

—Me gusta llamar a las cosas como son, lo demás es engañarse —respondió Logan y volvió a ponerse serio.

—¿Y a mí cómo me llamas? —preguntó ella mirándole con ojos que pestañeaban y una sonrisa coqueta.

Logan le devolvió una mirada segura.

—A ti te llamo: la llama que arde intensa… en mi corazón —respondió con tono cierto y honesto.

Nahia abrió mucho los ojos. No esperaba aquella respuesta tan sincera y directa de él. Logan era muy reservado y más todavía en aquellas cuestiones. La respuesta le llegó al corazón, que se le derritió como un trozo de hielo al calor del sol.

—Logan…

Los ojos claros del moreno la miraron con dulzura.

Nahia no pudo contenerse de lo feliz que se sentía y lo besó dando un brinco hacia delante. Como ambos iban con lanzas y escudos, estuvieron a punto de desequilibrarse e irse al suelo. Por fortuna, Logan aguantó la carga amorosa de Nahia.

Dos jinetes Fatum veteranos que acababan de salir de los barracones los vieron y se acercaron. Ambos eran mujeres y muy bellas, llevaban el casco bajo el brazo y ya habían entregado sus armas a sus escuderos.

—Esa no es la manera correcta de comportarse de un Jinete de Dragón —regañó Kiara, la Fatum de la Escuadra Diamante, que debía de tener unos treinta años de edad y fama de que su magia era muy poderosa.

Era rubia y de ojos azules con rasgos muy finos y delicados. Era de carácter sarcástico y no tenía demasiados amigos entre los jinetes, pero a Nahia le caía bien. Habían interactuado varias veces y le había dado buena sensación.

—Lo sé, Kiara, ¿pero me culpas? —dijo Nahia y con la cabeza hizo un gesto hacia Logan para luego poner cara de enamorada.

Kiara rio.

—Qué poca vergüenza tienes, Nahia.

—Yo no te culpo en absoluto —dijo Madden, de la Escuadra Centella, con una sonrisa de envida sana.

La Fatum, de unos veinticinco años, era de cabello moreno y ojos verde intenso. También era muy poderosa en el ámbito mágico, aunque no tanto como su compañera. Sin embargo, de carácter eran

muy diferentes. Madden era de forma de ser pacífica y amable, se llevaba bien con todos. A Nahia le recordaba a su amiga Dafne porque eran de carácter opuesto. Madden siempre sonreía y nunca arrugaba nariz o frente. Nahia se preguntaba cómo alguien de corazón bondadoso como ella había llegado tan lejos en un mundo donde lo que procedía era ser despiadado y egoísta.

—¿Ves? —dijo Nahia a Kiara.

Se acercaron hasta ellas. Nahia sonreía y Logan intentaba disimular que se había puesto colorado.

—Menudo par de tortolitos. No hay sitio aquí para esas cosas, por si nadie os lo había dicho —aleccionó Kiara.

Nahia se encogió de hombros.

—Cuando pasa, pasa.

—No le hagáis caso, a mí me parece estupendo. No hay más que dolor y sufrimiento a nuestro alrededor. Me encanta ver algo de amor y alegría para variar —dijo Madden.

—Gracias, Madden —Nahia sonrió e inclinó la cabeza.

—Las parejitas aquí no suelen durar mucho —dijo Kiara—. La tensión las separa y si no es eso, la muerte se encarga.

—¡Kiara! No seas así —reprendió Madden.

—¿Qué? Es la verdad. Solo les estoy poniendo sobre aviso.

—Ni lo uno ni lo otro nos separará —dijo Logan muy serio.

—Esperemos, ya lo veremos —Kiara sonrió con malicia.

—¿Todo bien con los entrenamientos? —preguntó Madden con clara intención de cambiar de tema.

—Bastante bien —asintió Nahia—. Creo que pronto estaremos a un nivel óptimo —miró a Logan, que sonrió ligeramente como él solía hacer.

—En nada lo conseguiréis —aseguró Madden.

—Esta última fase de entrenamiento viene bien para prepararos para enfrentamientos difíciles. El combate mágico tiene ciertas complicaciones en el aire. Trabajadlo, lo necesitaréis. Muchos jinetes han caído pensando que eran excepcionales, pero los gryphos los pusieron en su lugar: la tumba. Bueno, ni eso, porque nunca se recuperan sus cadáveres.

—Gracias por el aviso —Nahia guiñó un ojo a Kiara.

—Lograremos ser buenos jinetes —dijo Logan con total confianza.

—¿Alguna otra novedad? —preguntó Kiara.

Nahia miró alrededor y no vio a nadie cerca. Decidió arriesgar.

—Nos ha llegado un rumor…

—¿Qué rumor es ese? —se interesó Madden.

—Se dice que… se está gestando una nueva rebelión… entre las razas esclavas —comentó como si fuera algo que realmente había oído por ahí.

Kiara frunció el ceño.

—Esos son rumores de traición y peligrosos. Deberías tener cuidado con difundirlos. Te costará la vida.

—No difundo nada, solo digo que circula un rumor —Nahia disimuló.

No sabía si se podía fiar de ellas y debía tener cuidado. Los Fatum odiaban a los dragones más que las otras razas, pues los lisiaban para que no pudieran volar y lo tenían prohibido bajo pena de muerte.

—¿Te refieres al mensaje? —preguntó Madden.

Nahia y Logan intercambiaron una mirada disimulada.

—Creo que sí, ese debe ser —expresó Nahia—. Me quiere sonar que lo llaman así.

—Como algún dragón se entere de que estamos teniendo esta conversación nos vamos a quedar sin cabeza —avisó Kiara y miró en todas las direcciones.

No había nadie cerca, dragón o de ninguna otra raza.

—No veo ninguno por aquí —respondió Nahia.

—Eres muy guerrera, llama ardiente. Lo veo en tus ojos —dijo Kiara señalándola con su dedo índice.

—¿Me acusas de algo? —preguntó Nahia con tono de no haber roto un plato en su vida.

—Disimula lo que quieras, pero a mí no me engañas. Tú eres una explosión a punto de producirse.

—¿Todo el rato o solo a veces?

—De continuo. Te veo, no creas que a mí me engañas.

Nahia se encogió de hombros.

—No sé qué opinareis vosotros, pero a mí me parece un tanto difícil de creer —dijo Madden.

—¿El mensaje? —inquirió Nahia.

—Sí. Dice no solo que comienza la rebelión, sino que los dragones pueden ser matados. Que hay armas capaces de darles muerte.

—Y magia —añadió Nahia.

—Así que sabes algo —acusó Kiara.

—Me ha llegado el rumor de que hay armas y magia que pueden acabar con los dragones y que esta vez sí que hay una posibilidad de vencerlos y ser libres.

—Eso es mucho creer —dijo Madden—. Yo no estoy convencida.

—Os vuelvo a recordar que esto que hablamos es traición y se castiga con la muerte inmediata —advirtió Kiara, nerviosa.

—¿Acaso vas a denunciarnos? —increpó Nahia.

—A ti debería por subidita de tono, pero Madden me cae bien. Así que no.

—¿Y qué opinas del mensaje? —preguntó Nahia, esta vez con tono amistoso.

—Opino que alguien está jugando con los sentimientos de muchos crédulos y que correrá la sangre. La de las razas esclavas, como siempre ha sido.

—Esta vez será diferente —intervino Logan.

—Vaya, ¿tú también te has creído esa patraña? Te tenía por listo además de guapo, quizá me he equivocado.

—Tal vez la equivocación no sea sobre Logan —dijo Nahia.

—No me vais a convencer, así que no lo intentéis. Podéis creer cuantos engaños queráis. Yo sé que es mentira y que los dragones seguirán reinando —afirmó Kiara y arrugó la frente.

—Seguirán si no nos enfrentamos a ellos —dijo Nahia como retándola a hacerlo.

—¿Cómo es que vosotros estáis tan convencidos? —preguntó Madden sorprendida y sospechando algo.

Nahia suspiró. No sabía si arriesgar o no. Logan la miró con ojos de cuidado.

—Porque he visto una de esas armas con mis propios ojos —se arriesgó.

Logan se puso muy tenso.

—¿Qué arma? ¿Y cómo que la has visto? —preguntó Kiara.

—Sí, explícate —dijo Madden.

—El arma es un arco dorado que fue creado para matar dragones. Se llama el Arco de Aodh.

—¿Quién tiene tal arma? ¿Dónde? —preguntó Kiara con el ceño fruncido.

—La tiene un amigo, en Drameia. Y ha matado dragones con ella.

—Eso no puede ser —Kiara negaba con la cabeza.

—No quiero llamarte mentirosa, pero lo que dices es muy poco creíble —dijo Madden.

—Os aseguro que es cierto, lo he tenido en mis manos. También he visto un dragón muerto al que robó la vida.

—Eso me parece todavía más difícil de creer. Como dice Madden, no quiero llamarte mentirosa, pero como comprenderás no es fácil tragarse algo así.

—No me ofendo, yo sé que es cierto. Y no solo yo. Hay más entre los nuestros que han presenciado lo mismo.

—Te refieres a tu escuadra, claro.

Nahia asintió.

—Así es. Ellos vieron al dragón muerto. Todo el Escuadrón Rojo lo vio, pero nuestro líder nos prohibió contarlo.

Kiara y Madden se miraron.

—¿De verdad lo crees o te estás burlando de nosotras?

—Lo creo. ¿Por qué me iba a burlar de vosotras? Yo no soy así.

—Espero que no… —dijo Madden.

—Logan, ¿tú que dices? —preguntó Kiara.

Logan suspiró.

—Todo lo que dice Nahia es verdad. Hay múltiples testigos, tanto de la existencia del arco como del dragón muerto.

—Y para ahora habrá más constancias, pues mi escuadra está en Drameia.

Kiara resopló.

—No es que no os crea, pero tengo que digerirlo.

—Sí, son muchas noticias muy inverosímiles en muy poco tiempo —dijo Madden.

Nahia asintió.

—No hace falta que me creáis, solo pensad en ello y en el mensaje, con eso me basta.

Las dos Fatum se quedaron mirándola un momento.

—De acuerdo, lo pensaré —dijo Kiara.

—¡Qué remedio, como que se me va a ir de la cabeza ahora! —se resignó Madden.

Kiara y Madden marcharon y Nahia y Lasgol se acercaron hasta la puerta de los barracones. De inmediato sus escuderos aparecieron a recoger sus armas.

—Gracias, Lantreos —dijo Nahia al Tergnomus según le entregaba escudo y lanza.

—Mi señora, jinete —el Tergnomus bajó la cabeza, muy respetuoso.

Logan le dio los suyos a Scrudro.

—Cuida bien de ellos.

—Por supuesto, mi señor jinete —respondió el Tergnomus con mucho respeto.

Los dos marcharon con ritmo rápido hacia intendencia. Era una visión un tanto cómica, ya que el escudo era tan grande como ellos y la lanza el doble. Tal y como corrían los Tergnomus, dando botes laterales con escudo y lanza, resultaba chocante e irrisorio. Nahia y Logan no se reían ni comentaban nada por respeto a los pobres escuderos, que ninguna culpa tenían de que les hubieran asignado aquella tarea. A Nahia le daban mucha pena. Además, los pobres estaban tan machacados mentalmente que ni pensaban en rebelarse.

Una vez desaparecieron en intendencia, donde cuidarían de que las lanzas y los escudos estuvieran como nuevos, Nahia y Logan observaron alrededor. Vieron a varios jinetes entrar en los barracones y saludaron con la cabeza.

—¿Crees que podemos fiarnos de ellas? —preguntó Nahia a Logan cuando estuvieron solos.

—No podemos fiarnos de nadie —la respuesta de Logan fue taxativa.

Nahia resopló agobiada.

—Tienes razón y lo sé. Quizá me he arriesgado demasiado.

—En la vida, y más en las nuestras, hay muy pocas certezas, más allá de la de la muerte que a todos nos llegará un día —respondió Logan taciturno.

—Vaya, hoy estás muy poético.

—Tal vez lo esté, sí —Logan se encogió de hombros y puso cara de incredulidad.

Capítulo 20

Lasgol dio la señal y el grupo se puso en movimiento. Era de madrugada y en el firmamento las estrellas brillaban con fuerza. Comenzaba la misión de rescate de Ingrid. Habían planeado con cuidado la incursión. Le habían dado muchas vueltas, ya que no iba a ser nada fácil, y había llegado el momento de actuar. Tampoco es que tuvieran ninguna otra opción porque en cinco días los dragones iban a arrasar la ciudad. Como la misión requería localizar a Ingrid e idear la forma de extraerla, habían decidido no desperdiciar ni un día.

Se dirigieron hacia el campamento de guerra del ejército del rey dragón negro. Estaba distribuido formando una estrecha media luna frente a la ciudad, prácticamente sitiándola por completo. Para terminar de rodearla, excepto la parte posterior, que daba al mar, el ejército había levantado varios puestos en los dos extremos de la media luna, estirándola. Esto dificultaba el acercamiento a las murallas de la ciudad-estado para cualquiera que no fuera del ejército invasor.

Para la misión decidieron no llevar a Edwina. La sanadora no estaba en condiciones físicas para afrontar algo así, aunque era más que probable que la necesitasen en algún momento ya que todos temían por el estado en el que encontrarían a Ingrid después de tanto tiempo prisionera. Viggo no quería ni pensarlo. Ona y Argi se quedaron con Edwina, esta era una misión que requería no llamar la atención para no ser descubiertos. Una pantera de las nieves y un lobo gigante en la costa del este resultaban todo menos normal. Ambos habían protestado con gemidos y aullidos, pero habían obedecido, pues eran buenos y su corazón leal.

Lo peor había sido convencer a Camu.

—Lo siento mucho, pero no puedes venir —le había dicho Lasgol con pesar en sus palabras.

«Yo ir. Yo muy importante para misión ser éxito».

—En otro tipo de misiones, seguro. Pero en esta, no —había dicho Lasgol.

«¿Por qué no?».

—Vamos a pasar más de un día en el interior de la ciudad, puede que hasta dos o tres, y rodeados de defensores por todos lados. Nosotros podemos hacernos pasar por soldados de Orecor, pero tú no.

«Yo tener camuflaje. Yo invisible».

—Sí, cierto. ¿Pero cuánto tiempo puedes mantener tu camuflaje activado?

«Mucho».

—¿Mucho como una media mañana?

«Media mañana sí poder».

Lasgol no le llevó la contraria, aunque sabía que de media mañana nada.

—¿Y las otras tres partes del día? ¿Cómo te vas a esconder en medio de una ciudad sitiada llena de soldados vigilando?

Camu movió la cola, inquieto.

«No saber, pero yo poder».

—Sé que quieres, Camu, pero para esta misión no te podemos llevar. No hay forma de ocultarte.

—Eres enorme y feo como un dragón —había dicho Viggo—. Ni en sueños te podemos disimular.

«Yo no feo. Tú más».

—Ya, seguro, dijo el mastodonte con escamas que no se sabe ni qué es.

—No te metas con Camu —riñó Nilsa a Viggo.

—Algo tendré que hacer para divertirme un poco.

—Vete a lanzar tu daga por ahí —propuso Gerd señalando hacia el bosque.

—¡Qué poco sentido del humor tenéis, desde luego… ! —Viggo se marchó silbando hacia el bosque.

—Camu, te llevaríamos encantados, pero esta misión no lo permite —dijo Gerd.

—Te queremos igual, eso seguro —sonrió Nilsa, que se acercó hasta él y le dio un beso en el hocico.

«Yo muy triste no poder ir».

—Lo sabemos y lo entendemos —dijo Lasgol—. Y no creas que no preferiríamos que vinieses, porque todos queremos que nos acompañes. Estaríamos mucho más seguros contigo cubriéndonos las espaldas, pero no puede ser esta vez.

«Yo entender. Estar triste, pero aceptar».

—Eres el mejor —dijo Nilsa y le dio un abrazo.

Lasgol avanzaba agazapado recordando la escena con Camu. Tras él iba Viggo, seguido de Nilsa y cerraba el grupo Gerd. Todos llevaban sus arcos en una mano y una aljaba llena de flechas elementales y algunas ordinarias a la espalda. Siguieron las sombras y se ocultaron en ellas. Llevaban las capuchas de sus capas levantadas para cubrir la cabeza y el pañuelo de Guardabosques subido hasta los ojos para ocultar sus pálidos rostros.

Alcanzaron el perímetro exterior del campamento. Grupos de guardias patrullaban la zona y había vigías situados cada cien pasos que vigilaban toda la noche hasta que llegaba el relevo con la primera luz del día. Ellos no podían esperar al cambio de guardia, perderían demasiado tiempo que no tenían. Debían cruzar ahora.

Llegaron hasta el quinto guardia contando desde una gran roca gris al norte. El soldado de Kraido todavía no los había visto, ya que se encontraban ocultos tras unos matorrales.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó en un susurro Viggo a Lasgol.

—Sí, lo estoy.

—Eres demasiado confiado. Yo no me fiaría de esos cabezas de buey y carnero.

—Me han dado su palabra.

—¿Qué acabo de decirte?

—Todo irá bien, tranquilo —Lasgol miró a Viggo de reojo y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ya… seguro…

—¿Preparados? – preguntó Lasgol a Nilsa y Gerd.

—Preparados —respondieron ambos al unísono.

Lasgol avanzó directo hacia el vigía, agazapado, pero a paso rápido. Los demás le siguieron.

Llegó hasta el soldado, que ya los había visto acercarse. Era un Kapro grande con una cornamenta enroscada también de un tamaño considerable.

—Por la libertad —dijo, e hizo un gesto con su escudo para que pasaran.

—Por la libertad —respondió Lasgol y pasó a su lado seguido de sus compañeros.

Según se alejaban de él, Viggo se volvió para mirarlo un instante.

—La cabeza de ese podría servirnos de ariete para echar abajo las puertas de la ciudad —comentó.

—Calla, tormento —dijo Nilsa y le dio un empujón para que siguiera avanzando.

Lasgol continuó con cuidado. Ahora que estaban cerca podía ver las miles de tiendas que formaban la medialuna donde descansaban los soldados del rey dragón negro. Luces de hogueras las iluminaban. Por lo que Turgus le había contado, el campamento de guerra tenía más de veinticinco mil soldados. Habían sufrido muchas bajas durante el tiempo que llevaban sitiando la ciudad, pero el rey dragón negro continuaba enviando refuerzos y manteniendo la cifra de efectivos. Turgus calculaba que habrían muerto más de treinta y cinco mil en lo que llevaban de asedio. A Lasgol le pareció una atrocidad, sobre todo porque parte de ellos eran Tauruk-Kapro que no querían estar allí, sino ser libres.

Llegó junto a los carros de provisiones vacíos y se detuvo. No había guardias cerca, ya que las provisiones estaban algo más al sur, en un cercado bien vigilado. Aquel era el lugar en el que debían esperar.

Observó el campamento agazapado y las altísimas murallas de la ciudad al fondo. Los fuegos las alumbraban y la luz parecía subir por ellas hasta las almenas. Eran majestuosas, imponentes, de cerca de cuarenta varas de altura y con una única puerta gigantesca doble que daba acceso a la gran urbe portuaria. Eran las murallas más

altas y formidables que Lasgol había visto. Tanto la ciudad como sus murallas eran legendarias. Estaban ante una ciudad-estado amurallada famosa por la ferocidad de sus tropas y sus excelentes dirigentes militares, una que se decía que nunca había sido conquistada, pero que Lasgol sabía que tenía las horas contadas después de un milenio de ser inquebrantable.

Se fijó en que la imponente muralla era de un color tierra anaranjado. Estaba construida con una gran perfección. Las rocas que la componían habían sido talladas y colocadas con maestría. La pared que formaban era lisa como el mármol, no se apreciaban salientes o puntos de agarre. Trepar aquello sin ayuda de cuerdas o escaleras le pareció casi imposible. Desde aquella posición no podía apreciarlo, pero Turgus le había dicho que tenía quince pasos de anchura. Era más gruesa en la zona inferior y las almenas eran bastante más estrechas que la base. La habían construido así para soportar ataques con armas de asedio. En este caso las armas eran dragones, que habían asolado la parte de las almenas. También se apreciaba su trabajo en las puertas de la ciudad, que habían sido derruidas.

Todo parecía tranquilo en aquella zona, aunque estar en el exterior del campamento de guerra era cuanto menos inquietante. Si algún Drakónido se acercaba, tendrían que encargarse de él. Miró a su lado y vio que Viggo sonreía. Había brillo en sus ojos, uno letal. Nilsa y Gerd parecían tranquilos. Se escondían detrás de un carro y sus expresiones eran de quien está acostumbrado a aquel tipo de misión. Lasgol sabía que habían hecho muchas misiones juntos, aunque de la mayoría solo tenía recuerdos dispersos de lugares y situaciones que ni podía correlacionar, y no de sus compañeros.

Miró la posición de la luna y las estrellas. Era casi la hora.

Observó la gran ciudad. Lasgol sabía que, dentro de ella, en sus mejores tiempos, antes de la invasión de los dragones, habían vivido más de cien mil personas. Recordó que debido a la gran tradición militar de la ciudad se entrenaba a sus ciudadanos desde jóvenes en el manejo de las armas y las disciplinas militares. Siete de cada diez habitantes eran soldados o soporte al ejército. Según le había explicado Turgus, casi la mitad habían perecido en lo que llevaban

de asedio, pero nadie abandonaba la ciudad, aunque podían hacerlo por su puerto, donde todavía tenían algunas embarcaciones.

Se negaban a dejar la ciudad. Morirían con ella.

Aquel pensamiento entristeció el corazón de Lasgol, que sabía que pronto los dragones acabarían con todo. Ojalá huyeran por mar. No tenía nada en contra de aquella ciudad y sus pobladores. Tenían presa a Ingrid, eso era cierto, pero se debía a una promesa incumplida. Era un castigo por algo que Ingrid había hecho, por una decisión propia que tomó de forma muy consciente y sabiendo las consecuencias y el precio que tendría que pagar.

Lasgol resopló. Por desgracia, algunas veces la vida pone a buenas personas en situaciones imposibles, donde no hay salida posible. Eso le sucedió a Ingrid. Pronto la liberarían y el castigo finalizaría. Lasgol no la recordaba, lo que significaba que era muy buena amiga suya. Esto le alegraba, ya que tenía una muy buena amiga a la que iba a conocer pronto, pero también le entristecía porque todos darían su vida por ella sin dudarlo y él, que también debería hacerlo, no sabía si podría, pues no la recordaba.

Por lo que sus compañeros le habían contado, ella era la líder del grupo y una tiradora increíble. Había logrado tres Especializaciones: Tiradora del Viento, Tiradora Infalible y Cazadora de Hombres. Y si eso no fuera suficiente, era la Guardabosques Primera de Norghana, el rango más alto que un Guardabosques podía obtener. Esto Lasgol lo sabía pues su padre había sido Guardabosques Primero, aunque tampoco lo recordaba a él, ni a su madre. Nilsa le había contado que Ingrid era la primera mujer en ser Guardabosques Primera en la historia de Norghana, una hazaña que hablaba por sí sola de lo impresionante que era.

Suspiró. Esperaba que no murieran todos intentando rescatarla, pero no podía quitárselo de la cabeza.

Capítulo 21

Seis Kapro se acercaron desde una de las fogatas algo más al interior del campamento. Lasgol hizo una seña a los suyos para indicarles que tenían compañía.

—Empieza la diversión —susurró Viggo.

Lasgol esperaba que no hubiera diversión de la que Viggo quería.

Los Kapro se acercaron a los carros tras los que se escondían. Se detuvieron y comentaron algo entre ellos. Cinco se quedaron mirando al campamento y uno dio la vuelta al carro. Lasgol levantó el arco.

—Soy yo, Kramek —dijo al ver el arma.

Lasgol asintió y bajó el arco.

—¿Todo en orden?

—Sí, todo va bien de momento. Ten, lo que habías pedido.

Les lanzó un par de macutos que llevaba a la espalda.

Lasgol abrió el primero y sacó la ropa que había dentro.

—Uniformes de soldados de Orecor —masculló con un gesto afirmativo.

—Nos ha costado un poco encontrar las tallas adecuadas —dijo Kramek.

—Espero que no estén manchadas de sangre —dijo Viggo, al que Lasgol pasó un uniforme.

—No, tranquilo, están limpias. No servirían de mucho llenas de sangre.

Lasgol pasó el otro macuto a Nilsa y Gerd.

—Tomad.

—Ponéoslo, rápido. No tenemos mucho tiempo —apremió Kramek con gestos de sus grandes manos.

Los cuatro se pusieron los uniformes con premura. En un abrir y cerrar de ojos pasaron de ser Guardabosques a ser soldados de

Orecor.

—Son uniformes de arqueros, como me pediste, así podréis llevar vuestros arcos. Su coraza lleva el dibujo de un arco con una aljaba de flechas cruzado y es de color grisáceo. Los soldados de infantería, que son la mayoría en su ejército, llevan coraza de color más apagado con un león rugiendo. El casco cubre cabeza y nariz y los laterales de la cara, pero deja al aire los ojos, la boca y la barbilla. Os recomiendo que os ensucies la cara, así será más difícil reconoceros.

—Gracias, Kramek. Así lo haremos.

—Veo que has disimulado el dorado de tu arco —el Kapro señaló el arma de Lasgol.

—Sí, lo he embadurnado para que no se note que es dorado. Llamaría la atención y en esta misión necesitamos no ser descubiertos.

—Lo que vais a hacer me parece de locos. Los Tauruk-Kapro no valemos para este tipo de cosas. Infiltrarnos y espiar no es nuestro punto fuerte —negó con la cabeza moviendo los cuernos de lado a lado.

—Lo vuestro es envestir y derrumbar paredes con la cabeza y esa cornamenta tan estupenda, ¿no? —dijo Viggo.

Kramek lo miró con ojos entrecerrados.

—Tienes una lengua demasiado afilada para ser tan poca cosa.

—Soy poca cosa, pero escurridizo y muy letal —respondió terminando de vestirse.

—Ya… —Kramek no parecía nada impresionado—. Meted vuestras ropas en los macutos, los dejaremos fuera del campamento cuando no haya peligro.

—De acuerdo —dijo Lasgol y se pusieron a ello.

Lasgol vio que tendrían que ponerse braceros y espinilleras además de la coraza.

—Yo no me voy a poner una falda —protestó Viggo.

—No es una falda, es parte de la armadura —dijo Kramek.

—Esto es una falda.

—Con protecciones de metal sobre ella —recriminó Kramek.

—Sigue siendo una falda.

—Los de Orecor llevan túnica y falda, así que póntelas.

—Yo quiero mis pantalones.

—Pues quedarás muy bien siendo el único que los lleva. Seguro que nadie se da cuenta en toda la ciudad —respondió Kramek.

Viggo protestó malhumorado.

—Esto es vergonzoso, un ultraje para un asesino de mi estatus. Si alguien me ve… ¡qué ridículo! ¡Qué será de mi orgullo!

—Vístete y calla, no tenemos toda la noche —regañó Gerd.

Kramek se volvió hacia los Kapro que vigilaban. Estos le hicieron un gesto de que todo iba bien.

—Vamos a ir hasta la muralla. Nos toca guardia allí, por eso hemos esperado a este momento de la noche. Tenéis que situaros entre nosotros, os taparemos con nuestros cuerpos. El camino no está despejado del todo, hay Drakónidos de aquí a la muralla que pueden descubriros, así que caminad con mucho cuidado de que no os vean.

—De acuerdo —Lasgol asintió.

—Vamos, situaos tras nosotros —dijo Kramek y volvió con los otros cinco. Formaron una línea de seis y aguardaron.

Lasgol, Viggo, Nilsa y Gerd corrieron a situarse a sus espaldas, agazapados.

Los seis Kapro comenzaron a avanzar hacia la muralla. El problema era que tenían que atravesar una parte del campamento de guerra y podían ser descubiertos. Llegaron a las primeras tiendas y otra media docena de Tauruk-Kapro se les unieron, poniéndose tras ellos. Ahora Lasgol y sus compañeros avanzaban entre el grupo de doce Tauruk-Kapro. Siendo tan grandes, no se les vería, o eso esperaban.

Pasaron junto a una hoguera donde había dos Drakónidos. Uno estaba dormido, pero el otro les lanzó una mirada. No pareció haberlos visto porque no dijo nada. Lasgol intentaba mantener la calma, pero era complicado en aquella situación.

Continuaron hacia la muralla. Kramek avanzaba con paso ligero, pero no demasiado, para no llamar la atención. Nadie iba corriendo a hacer guardia en ningún ejército. Pasaron entre tiendas, pero por

fortuna los soldados dormían. Los momentos más preocupantes eran al pasar junto a hogueras.

Lasgol miraba en todas las direcciones por los resquicios que se abrían entre los grandes cuerpos de los Tauruk-Kapro. Casi era peor. Estaban rodeados de tiendas y hogueras, con soldados mirara hacia donde mirase.

Poco a poco fueron llegando hacia la muralla. No se dirigieron a las dos grandes puertas derruidas, sino hacia la derecha de estas, donde estaba muy dañada y se abría una gran brecha. Los dragones habían castigado con dureza las puertas y las secciones adyacentes. Lasgol intuyó que el lado izquierdo estaría en condiciones similares. Habían atacado aquella zona con todo para conseguir abrir una vía de entrada. Al caer las dos descomunales puertas, los soldados del rey dragón negro tenían ahora acceso al interior de la ciudad. Por lo que Turgus le había contado, Lasgol sabía que entrar en la ciudad era una cosa y tomarla otra muy diferente. La resistencia de los soldados de Orecor estaba siendo legendaria y había costado la vida a miles de los de Kraido.

Llegaron al pie de la muralla y se produjo el cambio de guardia. Una docena de Tauruk-Kapro se retiró para ser relevados por el grupo de Kramek. Lasgol se fijó en que entre ellos no había ningún Drakónido. Kramek lo había organizado para que así fuera.

Se situaron junto a la brecha en posición de vigilancia. Lasgol, Viggo, Nilsa y Gerd se mantuvieron en medio del grupo en cuclillas.

Lasgol observó la brecha en la muralla, a su derecha. Debía tener tres varas de amplitud por cinco de altura. Había trozos de roca por todas partes. Era como si hubiera llovido roca. Los dragones eran terriblemente poderosos, tanto con su magia como por su inmensa fuerza física.

—Cuando os de la señal, corred y entrad en la brecha —dijo Kramer sin dirigirles la mirada.

Se prepararon y aguardaron.

—¡Ahora, corred!

Lasgol salió corriendo como una flecha con Viggo pisándole los talones. Nilsa y Gerd les siguieron algo más retrasados. Llegó a la brecha y entró en ella a la carrera. Apenas se veía nada en su

interior y Lasgol sintió como si se metiera de cabeza en la boca de un dragón que aguardaba para devorarlos. Continuó corriendo hasta atravesar todo el grosor de la muralla.

En el otro extremo distinguió una figura. Frenó y se quedó quieto. Viggo casi chocó con su espalda, pero gracias a su innata agilidad se abrió a un lado y lo evitó. Nilsa y Gerd se detuvieron a tiempo. Los cuatro se quedaron mirando a la figura que estaba del lado de la ciudad.

—Acercaos, soy Torkor —dijo una voz que Lasgol reconoció.

—Vamos —dijo Lasgol a sus compañeros y corrieron hasta el Tauruk.

—¿Todo bien hasta hora? —preguntó.

Lasgol hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—De momento sí.

—Bien. Ahora queda un último escollo por sobrepasar y ya estaréis dentro de la ciudad.

—¿Cómo de grande es el escollo? —quiso saber Viggo.

—No es un tema de tamaño sino de sincronización. Hay que engañar a nuestros vigías y a los de ellos —dijo Torkor y señaló varias hogueras donde había Tauruk-Kapro y Drakónidos, y luego al fondo, donde se veían soldados humanos tras muros y casas semiderruidos.

—Parece fácil —comentó Viggo tan tranquilo.

—Pues no lo es. Si os ven los vigías de nuestro lado os matarán por pensar que sois enemigos y si os ven los soldados de Orecor os matarán por espías.

—Ya… no suena nada bien —opinó Nilsa, que inclinó la cabeza a un lado y luego al otro.

—Seguidme, aquí no estáis seguros —Torkor los condujo hacia detrás de un montón de rocas que habían caído de la parte superior de la muralla al interior. Una vez a cubierto tras las rocas, Torkor les dio las últimas instrucciones.

—Voy a reunirme con mi patrulla. Está algo más al oeste, junto a aquellas casas destruidas —indicó.

Los cuatro estiraron el cuello y observaron hacia donde Torkor indicaba. Vieron varias hogueras y cuatro grupos de soldados.

—Allí hay varias patrullas —comentó Lasgol.

Torkor asintió.

—Toda esta zona está muy vigilada, por la brecha. Más al oeste, frente a la puertas, hay todo un destacamento de guardia. A esa zona no se os ocurra acercaros.

—¿Para qué vigilan tanto las puertas? Los de Orecor no van a salir de la ciudad —dijo Viggo.

El Tauruk asintió.

—Eso creemos todos, pero podrían sorprendernos. Sería de necios no vigilar las únicas salidas de la ciudad.

—¿No hay ninguna otra? —preguntó Lasgol.

—Las puertas derruidas, esta brecha por la que habéis entrado y otra similar al otro lado de la puerta —señaló hacia el norte.

—Entendido —asintió Lasgol.

—En cuanto dé la señal tenéis que avanzar entre las casas derruidas junto a la muralla. No asoméis la cabeza y seguidla hacia el este. Si lográis pasar tres barrios destruidos, estaréis dentro de la ciudad. Los combates suelen comenzar cuando llegamos a esa altura. Los soldados de Orecor están posicionados a lo largo de una larga línea cinco bloques más hacia el interior, hacia el este en dirección al mar.

—Nos recibirán con los brazos abiertos, estoy seguro —dijo Viggo.

—Lo dudo, nos tomarán por espías intentando colarse —corrigió Gerd.

—O héroes intentando regresar —Viggo enarcó una ceja.

—Yo creo que lo primero —Nilsa arrugó la nariz.

—Haremos como nos indicas, Torkor —dijo Lasgol.

—Os deseo suerte. Nos veremos fuera cuando terminéis la misión —dijo el oficial Tauruk a modo de despedida.

—Gracias, Torkor —dijo Lasgol.

—Recordad que no tenéis mucho tiempo. En unos días los dragones arrasarán lo que queda de ciudad.

—Nos gusta la emoción, lo preferimos así —dijo Viggo con una sonrisa.

El Tauruk negó con la cabeza y partió.

—Preparaos, comienza la parte complicada —avisó Lasgol.

—Preparada —dijo Nilsa y mostró su arco.

—Preparado —le siguió Gerd mostrando su fuerte brazo y el arco que empuñaba.

—¿A cuántos tengo que matar? —preguntó Viggo sonriente.

Lasgol resopló. No se acordaba mucho de su pasado con Viggo, pero no respondió. Lo cierto era que un poco de Viggo venía bien para romper la tensión en momentos tan peliagudos como aquel.

Colarse en la ciudad iba a ser difícil y muy peligroso, eso lo sabían los cuatro.

Capítulo 22

Se prepararon para actuar.

No tuvieron que esperar mucho. Se escucharon gritos y la voz de Torkor dando la alarma al oeste.

—Vamos, es la señal —indicó Lasgol y se puso en movimiento.

Avanzaron hacia el sureste agazapados, casi pegados a la muralla, sin llegar a salir al descubierto, y zigzagueando entre los edificios derruidos. Lasgol navegaba entre los escombros con tanto cuidado como podía y en alerta. Había invocado sus habilidades Oído de Lechuza y Ojo de Halcón. Sabía que los vigías del lado del ejército negro se encontrarían ocupados con la distracción que Torkor había creado, pero los soldados de Orecor estarían muy atentos a todo lo que se moviera en aquel sector.

De pronto, notó algo al este, al final del bloque de casas derruidas que estaban cruzando. Se detuvo y se lanzó al suelo. Indicó a los demás que también lo hicieran. Se quedaron quietos, cubiertos por la penumbra que la noche y los escombros proporcionaban. En aquella zona no había ninguna luz y tampoco en la siguiente hacia el este, por lo que Lasgol no podía estar seguro de si había visto algo o no. Sin embargo, su instinto le decía que sí y era algo más grande que un roedor o un felino.

Aguardaron un momento. No llegó ningún sonido ni percibieron movimientos sospechosos. Lasgol pensó que quizá se había equivocado. La alarma al oeste ya había terminado, por lo que los soldados de Kraido pronto volverían sus ojos hacia su posición. Debían seguir avanzando. Hizo una señal a sus compañeros y comenzaron a arrastrarse por el suelo. Aquel no era el terreno óptimo para un Guardabosques, pero sortearon piedras, grandes

rocas y partes de edificios en ruinas hasta llegar al final del bloque sin ser descubiertos.

Lasgol se detuvo y observó el barrio que tenían frente a ellos. Todo eran ruinas de antiguas casas y edificios que tendrían que sortear lo más rápido posible y sin ser descubiertos. Fue a levantarse para cruzar lo que en su día había sido la calle que separaba los dos barrios cuando discernió una sombra moverse. Se tiró al suelo y observó. No se había equivocado. Un vigía de Orecor avanzaba agazapado y vestido completamente de negro. Un momento más tarde, algo más retrasado, apareció otro vigía, también vestido de negro de pies a cabeza.

Suspiró. No debía haber dudado de sus instintos. Se volvió con cuidado e indicó a sus compañeros por señas que eran dos y dónde estaban. Viggo asintió y le hizo un gesto de que él se encargaría. Lasgol asintió y luego le pidió a Nilsa que lo cubriera. La pelirroja puso una flecha en la cuerda de su arco y miró con cuidado. Lasgol hizo unas señas a Gerd y se separaron para buscar una posición con ángulo para poder actuar y despejar el tiro a Nilsa.

Viggo avanzó arrastrándose como una víbora que busca cazar a su presa en la noche. Se movía con su innata agilidad y sigilo, muy superior a las de cualquier otra persona y una de las razones que le convertían en un asesino excelente. Atisbó al segundo de los vigías, que avanzaba frente a él pegado a una media pared que se mantenía todavía en pie, y se detuvo. No se precipitó, esperó tranquilo. La sangre fría era otra de sus habilidades. Había nacido con ese temple, ninguna situación, por peligrosa que fuera, le generaba la más mínima inquietud. Era como si su subconsciente se negara a alterarse, incluso en presencia de la propia muerte.

Se arrastró con rapidez y cruzó la calle donde la penumbra era mayor. Los dos vigías no lo vieron. Se aseguró de que así fuera y continuó avanzando hacia el segundo de ellos por su costado izquierdo buscando en todo momento estar protegido por la oscuridad. Las sombras y las tinieblas eran sus aliados. Esto lo había descubierto cuando era un joven delincuente en los barrios bajos de su ciudad, y lo había perfeccionado en el entrenamiento recibido tanto en el Campamento, como en el Refugio. Habían sido buenos

años para él, duros, pero muy buenos. Se había convertido no solo en Guardabosques sino en uno de los mejores asesinos de Tremia. Además, había conocido a su amada Ingrid y a las Panteras de las Nieves. Por la primera daría la vida y por sus compañeros, aunque nunca se lo iba a reconocer, también. Porque ellos también darían las suyas por él y eso era algo increíble en aquel mundo de muerte y traiciones en el que vivían.

Llegó a tres pasos del vigía. Debía encargarse de él sin que el otro, que estaba a diez pasos más a la derecha, se diera cuenta. No era complicado para él, podría usar su cuchillo de lanzar y le alcanzaría en el cuello sin problema. Con un puñal clavado en la garganta era extremadamente difícil gritar o pedir ayuda, según su experiencia todos morían en relativo silencio, ahogados en su propia sangre. Por desgracia, Lasgol le había pedido que no usara fuerza letal sino era absolutamente necesario. Según él, además de Gerd y Nilsa, los soldados de Orecor no eran enemigos y no había que matarlos. Esto a Viggo le parecían paparruchadas de buenazo ingenuo sin sentido. ¡Como que ellos no iban a intentar matarlos si los descubrían! Él prefería atacar y preguntar después, era mucho menos peligroso y más eficiente. Según sus compañeros Orecor podía ser un aliado en la lucha contra los dragones, por lo que matar a sus soldados no era aceptable. Viggo negó con la cabeza. Sus queridos amigos no iban a aprender nunca…

Se puso en pie y corrió hacia el vigía como un guepardo. En el último momento el soldado notó algo y giró la cabeza. Demasiado tarde. Viggo le soltó un gancho de derecha empuñando sus cuchillos y usando el mango. El casco del soldado protegía su cabeza y los laterales de la cara, pero no la barbilla, algo que Viggo ya había detectado. La cabeza del soldado se fue hacia atrás del fuerte impacto y perdió el sentido al instante. Cayó de espaldas, pero Viggo lo sujetó con su brazo izquierdo para que no se desplomase como un árbol talado. Luego lo dejó en el suelo con suavidad.

A continuación, miró hacia el otro vigía. En medio de la oscuridad de la noche y los escombros no se le veía bien, pero para los entrenados ojos de Viggo eso no era un problema. No se había percatado de lo sucedido a su compañero.

Se apresuró a colocar al vigía noqueado sentado sobre una roca y apoyado contra un muro de forma que pareciera que estaba durmiendo. Lo dejó bien puesto, con la cabeza caída hacia su torso, y se escondió detrás. El otro vigía, al que Nilsa apuntaba, vio a su compañero en aquella extraña postura y lo estudió. Aguardó un momento y luego abandonó su posición para ir a comprobar qué sucedía. Nilsa seguía su movimiento con el arco, con la punta de la flecha apuntando a la cabeza del soldado. Llegó hasta su compañero y le hizo un par de preguntas en el idioma de Orecor que Viggo no pudo entender, pero estaba seguro de que le estaba recriminando que durmiese en plena guardia.

Viggo sonrió desde su escondite. El vigía sacudió a su compañero por los hombros para despertarlo mientras le dirigía comentarios poco agradables a juzgar por el tono de enfado que empleaba. Dejó de zarandearlo y su compañero se escurrió por un lado directo al suelo. El vigía abrió muchos los ojos. Algo no iba bien.

Viggo apareció tras el muro. El guardia abrió la boca con expresión de haber visto un fantasma, pero Viggo le soltó un golpe cruzado con su derecha que le alcanzó en la barbilla. La cabeza se le fue a un lado y lo remató con otro golpe cruzado, esta vez de izquierda. El vigía se desvaneció sin sentido. Viggo se miró las manos donde sujetaba sus dos cuchillos de Guardabosques de forma invertida. Golpear agarrando las empuñaduras era de lo más eficiente.

Se agachó y, sacando unas cuerdas cortas que llevaba en la cintura para la misión, ató a ambos vigías. Luego los amordazó usando dos retales de sus propios uniformes. Al acabar dio la señal en forma de ulular de lechuza.

Un momento más tarde Lasgol, Gerd y Nilsa aparecían.

—Buen trabajo —felicitó Lasgol en un susurro.

—Todos mis trabajos son buenos, la mayoría tirando a excepcionales —respondió Viggo, orgulloso.

—Ya, y las vacas de Rogdon vuelan —respondió Nilsa.

—Calla, torpecilla, y vigila para no tropezar con un vigía.

—Mejor calla tú, que eres un tormento —dijo Gerd y le hizo una seña hacia el este.

—Yo también te adoro, grandullón —respondió Viggo y puso cara de enamoradizo.

—Qué ganas tengo de rescatar a Ingrid, por los cielos… —dijo Gerd resoplando con fuerza.

—Sigamos, tenemos que llegar al interior de la ciudad —indicó Lasgol avanzando entre los escombros.

Caminaron bordeando grandes rocas que habían caído desde las almenas arrasadas y cruzando barrios derruidos donde solo quedaban partes de lo que una vez habían sido casas y residencias. Se encontraron con varios vigías más. Pudieron sortear a los primeros yendo más pegados a la gran muralla, pero de los segundos tuvo que encargarse Viggo. Lo hizo con su habitual rapidez y sigilo. No fueron descubiertos. De noche y en medio de aquellas barriadas en ruinas, el grupo se movía como si fueran sombras resucitadas de antiguos moradores.

Les llevó horas recorrer aquella zona por tener que extremar las precauciones. Consiguieron librar la última barriada destruida. Frente a ellos se alzaba una segunda muralla mucho más modesta que la que rodeaba la gran ciudad. La habían levantado los defensores para evitar que los soldados de Kraido pudieran entrar como una ola negra y arrasar lo poco que debía quedar. Solo tenía cinco varas de altura y estaba construida con las rocas de las ruinas. La habían levantado de forma similar a como se levanta un puerto para proteger las embarcaciones de la furia del mar: con las rocas más grandes y pesadas abajo, amontonadas, sin orden y luego habían ido apilando más rocas, de menor tamaño, sobre ellas.

Se detuvieron tras la última casa derrumbada antes de la muralla y la observaron. Estaban muy al sur y algo al este, casi tocando la gran muralla exterior.

—Toca escalar —dijo Viggo mirando la rústica pared.

—Hay vigías. Veo cabezas —indicó Nilsa.

—Sí, yo también las veo —Lasgol entrecerró los ojos mientras recorría con la mirada la parte superior de la muralla.

—No tiene puerta… —comentó Gerd e hizo un gesto de que eso no era bueno.

—Cierto. Parece que los defensores no tienen intención de salir de la ciudad —comentó Lasgol.

Aquello no le gustaba. Significaba que planeaban morir con la ciudad. Era un final que no merecían después de haberla defendido con todo durante tanto tiempo.

—No es muy alta, podemos subir por ella sin problema —opinó Viggo.

—Hay que evitar que nos vean los vigías —dijo Gerd.

—Tengo una idea —Lasgol hizo un gesto para que se acercaran y les contó lo que tenía en mente.

—Lo que funciona hay que volver a usarlo —dijo Gerd y le guiñó un ojo.

Nilsa asintió dando su aprobación.

—Adelante —indicó Lasgol.

Se prepararon. Estaban agazapados y en posición de salir corriendo. Todos menos Nilsa, la pelirroja puso una flecha en su arco y, levantando el arma, apuntó.

—¡Ahora! —dio la señal Lasgol en un susurro.

Nilsa soltó. La flecha hizo una parábola alta y descendió hacia la parte más central de la muralla. Golpeó la parte superior y se produjo una explosión de la que surgió una llama intensa. Había utilizado una flecha elemental de fuego. El estallido y la llamarada captaron la atención de todos los vigías de la zona.

Viggo, Lasgol y Gerd corrieron como el rayo y llegaron a la muralla. Nilsa corría ahora hacia ellos. Gerd se puso de pie y de espaldas a las grandes rocas inferiores. Lasgol saltó sobre sus hombros y se colocó de la misma forma. Viggo subió por encima de los dos y, con un ágil brinco, llegó a la parte superior del primer bloque de rocas. Nilsa alcanzó la parte baja y Gerd le ofreció las manos. Nilsa puso el pie derecho en ellas y él la impulsó hacia arriba. Lasgol la agarró y la ayudó a ponerse sobre sus hombros. Una vez de pie sobre Lasgol, alcanzó la mano que le ofrecía Viggo y consiguió subir. Lasgol no tuvo problemas para escalar y ayudó a Gerd. Con dos saltos el grandullón consiguió coger la mano que le ofrecía Lasgol, que colgaba boca abajo sujeto por los pies por Viggo y Nilsa. Luego subieron por el resto de las rocas de menor tamaño

con facilidad, gracias a la formación de Guardabosques acostumbrados a escalar montañas.

Todo había sucedido en un momento.

Ya estaban todos sobre la muralla de bloques de rocas. Observaron la posición de los vigías. Se habían movido hacia el lugar del impacto de la flecha.

—Bajemos, rápido —urgió Lasgol.

Bajar por el lado interior de la muralla no fue como esperaban. Los defensores habían puesto gran cantidad de rocas para que la muralla aguantara el embate de los dragones. Había rocas a lo largo y ancho de la misma y a varias alturas por todo el lado interior. Descendieron dando saltos hasta llegar al suelo. Una vez abajo una explanada se abrió ante ellos.

—Corramos hasta las casas —indicó Lasgol señalando al este.

Salieron disparados a cruzar la explanada. Si los veían en aquel momento estarían perdidos, pues no tenían donde esconderse. Cruzaron la planicie tan rápido y agazapados como pudieron, buscando la oscuridad. Por fortuna no había mucha luz en aquella zona, solo unos pocos fuegos alumbraban a unos quinientos pasos.

Llegaron a un grupo de casas y se escondieron entre ellas. Aguardaron para ver si los habían visto y daban la alarma, pero no sucedió nada.

Habían llegado al interior de la ciudad.

Y el amanecer comenzaba a despuntar.

Capítulo 23

La luz del amanecer bañaba la gran ciudad estado de Orecor. Los ciudadanos salían de las casas y se dirigían a sus labores, la mayoría relacionadas con las necesidades del ejército y la defensa de la ciudad y una menor parte a conseguir comida con la que alimentar a los soldados y ciudadanos que resistían el asedio en el interior de la urbe. El puerto y el acceso al mar que tenían al final de la ciudad les proporcionaban sustento y comercio. Los soldados de Kraido no podían sitiar esa parte, ya que los muelles estaban abajo, al final de un elevado precipicio, y solo se podía llegar a ellos desde el interior de la población.

Desde una fuente, haciendo como que bebían y se refrescaban con el mayor disimulo del que eran capaces, Lasgol, Nilsa, Gerd y Viggo observaban lo que sucedía. Todos los ciudadanos parecían tener una obligación a la que acudir o completar. Aquella era una sociedad muy militarizada y esto se notaba. Se fijaron en los soldados, que eran claramente la mayoría y fáciles de diferenciar. Portaban armaduras clásicas sencillas, menos elaboradas que las norghanas, que tampoco lo eran mucho. Llevaban las extremidades cubiertas con perneras y braceros que parecían ser de bronce por el color, aunque debían estar compuestas de acero. En el torso y espalda lucían una coraza corta, sin mangas. Tanto en el pecho como en la espalda llevaban grabada la cabeza de un león rugiendo. Vestían una especie de faldilla corta hasta las rodillas de color blanco sobre la que caían láminas largas y gruesas de color cobrizo como protección. Los cascos cubrían toda la cabeza, pero dejaban los ojos y la barbilla a la vista. Los pies estaban protegidos por unas sandalias con punta de metal.

Lasgol miró sus vestimentas y la de sus compañeros. Eran las mismas. Con las prisas y la noche no había tenido tiempo de estudiarlas, aunque recordaba las protestas de Viggo.

—Sigo pensando que es un ultraje que tengamos que ir con estas faldas. Me siento ridículo —se quejó este, que pareció leer en los ojos de Lasgol lo que pensaba.

—Tú eres siempre muy ridículo —replicó Nilsa.

—Muy cierto —apoyó Gerd.

—Mejor no te voy a decir la pinta que tienes, grandullón, porque es bochornosa.

—Tenemos que pasar por soldados de la ciudad, así que hay que vestir como ellos —dijo Lasgol para finalizar la discusión.

—Lo que le preocupa en realidad es que Ingrid lo vea con falda —acusó Nilsa con una sonrisa.

—No es eso —Viggo arrugó la frente, pero no consiguió disimular.

—Sí que lo es —dijo Nilsa y volvió a sonreír.

—Atención, dos mujeres con jarras vienen hacia aquí. ¡Movámonos! —advirtió Gerd.

Los cuatro se dirigieron hacia la calle más despejada con paso tranquilo y agachando la cabeza. Llevaban rostros y brazos sucios, por lo que no habría problema de que sus pieles demasiado blancas para aquella ciudad llamaran la atención. Que fueran sucios no era extraño, dada la situación. Grandes zonas de la ciudad estaban arrasadas y en ruinas, por lo que había suciedad y polvo como para exportar a todo Tremia.

—Recordad, somos un grupo de arqueros que regresa de hacer guardia. Vayamos todos juntos y con paso tranquilo y no debería haber problemas —dijo Lasgol.

—Hay gente por todos lados, por supuesto que habrá problemas —replicó Viggo.

—No seas pájaro de mal agüero —recriminó Nilsa.

—Mantengamos la calma, es lo primordial —pidió Gerd.

Según avanzaban Lasgol se fijó en los soldados. Iban armados con una lanza de acero y un escudo redondo grande que les cubría casi todo el cuerpo. El gran escudo también llevaba grabado el león rugiendo. No eran tan grandes ni fuertes como un norghano, pero

eran fibrosos, lo que indicaba que estaban acostumbrados al esfuerzo. Discernió ojos oscuros y pardos bajo los cascos. La piel de aquellos soldados era algo más oscura que la de los norghanos o los del reino de Irinel, pero seguía siendo bastante clara. Se decía que los soldados de aquella ciudad eran imbatibles en el campo de batalla, tan buenos como los Invencibles del Hielo. Esto era difícil de creer para un norghano, pero quizá algo fuese cierto. Mejor no tener que comprobarlo. Que la ciudad todavía no hubiera caído contra Tauruk-Kapro y Drakónidos también era indicativo de lo buenos guerreros que eran, pocos podían enfrentarse a esas razas, mucho más grandes que los humanos.

Caminaron eligiendo rutas poco concurridas. Tal como Lasgol esperaba, la ciudad había sufrido incontables bajas y aquellas calles y plazas que tiempo atrás estarían muy transitadas, ahora estaban desiertas. Se fijó también en que la mayoría de los soldados se dirigían a las murallas. Varios contingentes se dirigieron al este después de formar frente a un par de edificios de aspecto militar. Debían de ir al puerto y los muelles al final de la ciudad.

Que casi todos sirvieran en el ejército y tuvieran tareas asignadas les facilitaba deambular por la zona. Esta parte de la operación, que era la que más incertidumbre creaba, no iba tan mal como imaginaba. Mientras no tropezaran con una patrulla de ronda, estarían a salvo.

Llegaron a un plaza amplia y despejada donde había un destacamento de soldados y se detuvieron sin entrar en ella.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gerd.

—Aguardamos a que despejen la plaza para cruzarla —dijo Lasgol.

Se quedaron pegados a una pared para que no los vieran desde la plaza.

—Es un regimiento de mujeres —dijo Nilsa.

—¿Lo es? —Gerd estiró el cuello y echó un vistazo.

—Sí. Llevan corazas como las nuestras y arcos —explicó Lasgol que ya se había fijado.

—Parece que estos también se han dado cuenta de que a los dragones y los de Kraido no les sientan bien las flechas —comentó

Viggo.

—Espero que consigan salvarse… —deseó Nilsa y su expresión se apagó.

—Lo tienen realmente difícil —opinó Gerd e hizo un gesto de contrariedad.

—Nosotros estamos aquí por mi rubita belicosa. Centrémonos en rescatarla y salir antes de que lleguen los dragones.

—Lo sabemos y lo conseguiremos —aseguró Nilsa.

—Ya despejan la plaza —informó Lasgol.

—Irán a situarse en las posiciones de tiro —dedujo Nilsa.

—Sigamos, ya está despejado.

—¿Por qué tenemos que ir al centro de la ciudad? —preguntó Viggo, que miraba de reojo en todas las direcciones.

—Porque tenemos que encontrar a un intérprete —dijo Nilsa.

—¿Para entendernos con los de aquí? Si no vamos a hablar con ellos… —Viggo arrugó la nariz.

—No, cabeza de chorlito. Buscamos a un intérprete en concreto, uno con el que Ingrid entabló amistad y que apreciaba mucho.

—Oh, algo me contó de un viejo traductor que se portó bien con ella…

—¿Recuerdas cómo se llamaba o qué aspecto tenía? —preguntó Nilsa.

—No… no lo recuerdo… no presté mucha atención…

—Ya, a ti solo te llaman la atención ciertas cosas —reprochó Gerd.

—Por suerte yo sí que lo hice —dijo Nilsa—. Se llama Celopus e Ingrid estaba muy agradecida por su ayuda cuando encontró la Matadragones de Elis.

—Recuerdo que llevaba una túnica verde. ¿Ves? ¡Me fijo! —afirmó Viggo y se rascó la cabeza.

—Todos los intérpretes de Orecor llevan túnica verde —explicó Nilsa—. Es lo que establece su profesión.

—Oh… vaya…

—Celopus debe tener ahora unos setenta y cinco años. Es enjuto y de ojos pardos —continuó detallando Nilsa.

—Él sabrá qué le ha sucedido a Ingrid. Si está presa, como creemos, es probable que sepa en qué lugar la tienen —expresó Nilsa.

—Esperamos —deseó Gerd.

—¿Y si está muerto? Lo digo porque es bastante probable viendo la situación de la ciudad y la avanzada edad del intérprete —comentó Viggo con tono frío.

—Más vale que no sea sí porque es nuestra única pista —respondió Nilsa.

—Tampoco sabemos si nos ayudará, de estar vivo —se quejó Viggo.

—Deja de ser tan negativo —reprochó Gerd.

—Soy realista, que es diferente. Siempre os lo digo y nunca me escucháis. Si algo puede ir mal, es casi seguro que lo hará. Es como lo de la distancia más corta entre dos puntos.

Gerd resopló.

—Vaya refranes…

Continuaron recorriendo la gran ciudad y constataron que sus ciudadanos estaban perfectamente entrenados y formados en el ámbito militar. Se cruzaron con grupos de personas que iban a realizar una función asignada. Ni se paraban a mirarlos. Cada persona, cada grupo, tenía un propósito, un trabajo que cumplir y a ello se debían. Aparte de los que tenían funciones militares, los había que trabajaban en la reparación de edificios y áreas vitales, como las fuentes y pozos de agua. Los había que repartían comida en los barrios residenciales y quienes cavaban túneles bajo los edificios para poder resguardar a las personas de los ataques de los dragones.

—Están muy organizados —comentó Viggo con tono de estar impresionado.

—Sí, y todos colaboran, hombres, mujeres y niños —dijo Nilsa observando a los ciudadanos trabajar.

—Hasta los ancianos trabajan —comentó Gerd, que se fijó en que había varios arreglando armaduras y ancianas remendando ropas y redes de pesca.

—Son como hormigas en una colonia —comentó Lasgol.

—A mí me parecen más como abejas —puntualizó Nilsa.

Torcieron a la derecha y tomaron una calle estrecha en medio de la cual había parte de un tejado derrumbado. Algo más abajo un fragmento de una pared de un edificio grande había colapsado y ocupado parte de la calzada. Tendrían que pasar entre ellas. Esquivaron los primeros escombros y de pronto vieron a cuatro soldados que entraban en la calle.

—Cuidado… —murmuró Lasgol y bajó la cabeza.

—¿Damos la vuelta? —preguntó Ger en un susurro.

—Ya nos han visto… resultaría raro —comentó Nilsa bajando la voz.

—Disimulemos, hasta ahora nadie se ha fijado en nosotros —dijo Viggo.

—Poneos en fila, así nos verán menos —indicó Lasgol, que iba en cabeza.

—De acuerdo —dijo Nilsa y se puso tras él.

Viggo se colocó tras ella y Gerd cerrando el grupo.

—Gerd, ponte el primero, así nos tapas a todos —pidió Lasgol.

El grandullón asintió y con rapidez se puso delante. En efecto, como era más alto y ancho que los demás, los tapaba a todos.

—Baja la cabeza y ve tranquilo —susurró Lasgol tras él.

Gerd lo miró.

—Lo intentaré.

—No son más que soldados, que no te entren tus miedos —dijo Viggo.

—No le digas eso —recriminó Nilsa.

—Tengo que decírselo, ya sabes que los miedos le hacen pasar malas jugadas.

—Eso era antes… Ya no.

—Lo que tú digas —Viggo puso cara de no estar convencido.

Lasgol miró con disimulo y vio que los soldados los estaban mirando. No había tiempo para movimientos de escape, resultaría muy sospechoso si se movían de manera brusca. Sus compañeros bajaron a su vez la cabeza y avanzaron despacio. Los soldados pasaron el grupo de escombros y se dirigieron directos hacia ellos.

Se iban a cruzar entre los dos grupos de restos. La situación no era nada buena.

Gerd se apartó hacia la izquierda para dejar que los soldados pasaran por la derecha. Los demás hicieron como él al instante y quedaron cubiertos por su corpachón, que era casi todo músculo por mucho que Viggo le dijera que estaba forrado de grasa.

Los soldados comenzaron a pasar y lanzaron una mirada a Gerd, pero no al resto, solo a Nilsa, lo cual no era extraño ya que tenía una belleza singular que cautivaba. Llevaba la cabeza gacha y con el casco se le cubría bastante el rostro, pero atraía las miradas.

Uno de los soldados se detuvo y les dijo algo.

Lasgol tragó saliva. Gerd hizo como que no había oído nada y siguió caminando.

El soldado de nuevo se dirigió a ellos, esta vez con tono más alto.

Los cuatro lo ignoraron y siguieron caminando.

Las palabras se convirtieron ahora en un grito.

Gerd estaba ya en el segundo derrumbe, a punto de poder sortearlo y salir de aquella calle.

Los soldados echaron a correr tras ellos y los detuvieron. Dos se cruzaron ante Gerd dándole el alto con voces fuertes, otros cuatro se situaron al costado de Lasgol y Nilsa y dos al final cerrando cualquier posibilidad de huida. No podrían salir corriendo por donde habían venido ni escapar hacia delante.

Los soldados gesticulaban y vociferaban. Estaban haciendo demasiado ruido. Por fortuna no había nadie más en aquella calle, pero si continuaban los gritos alguien se alarmaría e iría a comprobar qué sucedía. Lasgol vio que las cosas se torcían y podían acabar muy mal e hizo la llamada del halcón con disimulo.

Dos de los soldados lo miraron con expresiones de total extrañeza.

Lasgol no esperó a que salieran de su sorpresa, necesitaban actuar de inmediato. Con gran rapidez le soltó un derechazo a uno mientras Nilsa le daba una patada en la entrepierna al otro. Gerd abrió los brazos y con un movimiento rápido agarró la cabeza y casco de los dos que le estaban gritando. Con gran fuerza los chocó uno contra el otro, produciendo un sonido metálico hueco. Viggo se

giró como el rayo y, antes de terminar el giro, golpeó en la nuez a uno de los soldados y le soltó una patada al bajo estómago al otro.

El soldado frente a Lasgol debía caer de espaldas, pero no lo hizo y aguantó el golpe, cosa que Lasgol no esperaba. Su derechazo, lanzado bien y por sorpresa, derribaría a un hombre de la altura y constitución de aquel y lo dejaría sin sentido. No esta vez. El soldado sacudió la cabeza y se puso en posición defensiva. Lasgol dio un salto hacia delante y le propinó una patada en medio de la cara antes de que pudiera defenderse con el escudo. Debería haberse ido al suelo, pero de nuevo no lo hizo. Retrocedió un par de pasos, algo tambaleante, y retomó su pose defensiva. Parecía aturdido, pero aguantaba en pie.

Lasgol empezó a entender por qué aquellos soldados tenían tan buena fama, los debían haber entrenado desde pequeños y aguantaban como rocas. Decidió utilizar una de sus habilidades más antiguas y que no le fallaban. Invocó Lanzar Suciedad y movió la mano hacia delante. Se produjo un destello en verde y el soldado recibió una cantidad de tierra, suciedad y polvo que lo cegaron. Esto le dio a Lasgol la posibilidad de avanzar y soltarle un directo de derecha, seguido de un cruzado de izquierda y acabar con un gancho al mentón. Fue preciso y contundente. Esta vez el soldado se desplomó al recibir la combinación.

Nilsa aprovechó que el soldado al que había golpeado se doblaba de dolor y le soltó un rodillazo a la barbilla. Había realizado aquel golpe infinidad de veces y esperaba que se desplomara en el suelo, pero no fue así. En vez de eso interpuso su escudo con habilidad, pese al dolor, y el rodillazo de Nilsa se estrelló contra el metal. Esta vez fue ella quien sufrió el ataque y tuvo que dar un brinco atrás a la pata coja.

El soldado intentó recomponerse y comenzó a erguirse mientras se protegía con su escudo y levantaba la lanza para atacar. Nilsa dio un salto hacia delante antes de que terminara de levantar el arma y, sacando su cuchillo, soltó un golpe alto, a la altura de los ojos del soldado. Éste, al verlo, levantó el escudo para protegerse. El golpe de Nilsa murió contra él, pero eso era lo que esperaba que sucediera.

Apoyó la pierna dolorida y soltó otra patada a la entrepierna al soldado. Como había subido el escudo, el golpe hizo diana. Este volvió a doblarse dolorido y muy rojo. Intentó mantener el escudo y la lanza a modo de protección, pero no pudo del dolor incapacitador que sufría. Nilsa decidió no arriesgarse y sin dudarlo le golpeó una tercera vez en el mismo punto. Ahora sí que se dobló y soltó el escudo. Nilsa lo cogió y le golpeó con él en la cara. El soldado cayó inconsciente.

—Por fin… —masculló resoplando.

Gerd soltó las dos cabezas de los soldados. Para su sorpresa, se quedaron aturdidos y con expresión de perdidos, pero no cayeron. Repitió el ataque y volvió a golpear con fuerza la cabeza de un soldado contra la del otro. Nada. Dieron un paso atrás, mareados, pero se dispusieron a luchar.

Un derechazo del grandullón alcanzó al que tenía a su derecha que se tambaleó. El otro atacó con su lanza. Para estar aturdido el ataque fue bastante bueno y Gerd tuvo que esquivarla dando un paso a un lado. Según lo hacía, se giró y le soltó un codazo tremendo al soldado tambaleante que acabó por tumbarlo. El otro le lanzó un ataque a la cara con la punta de la lanza buscando matarlo. Gerd la desvió hacia arriba con su antebrazo. El arma le pasó rozando la cabeza, podía haberlo herido. Aquellos soldados eran buenos luchadores, y aguantaban el castigo.

Decidió no arriesgar y se lanzó sobre el soldado según retrocedía para volver a atacar. El grandullón cayó con todo el peso de su cuerpo sobre su escudo, que no pudo aguantarlo sobre una sola rodilla. Gerd lo tumbó aplastándolo con su cuerpo. Antes de que pudiera hacer nada más, le soltó dos puñetazos a la cara y lo dejó por fin fuera de combate.

Viggo golpeó con el mango de su cuchillo en la sien al soldado que se doblaba, y lo dejó sin sentido. Al que se agarraba la nuez lo barrió de una patada fuerte y cuando cayó al suelo lo remató con un golpe de mango de cuchillo a la barbilla. Aquellos ataques, que había realizado de forma instintiva y siempre le funcionaban, no terminaron de hacerlo. Los dos soldados deberían esta inconscientes en el suelo. Sin embargo, se estaban levantando.

—Vaya… vaya… —murmuró Viggo, sorprendido.

El primero atacó y el Guardabosques desvió la lanza con su cuchillo. Le soltó un tajo al cuello y el soldado se cubrió con el escudo. El segundo ya estaba de pie y atacó también intentando clavarle la lanza en el estómago. Viggo dio un salto atrás y salió del área de alcance del arma. Los dos soldados avanzaron hacia él protegiéndose con los escudos y con la lanza por delante.

A Viggo aquello le pareció entretenido. No eran simples soldados, aquellos tipos sabían luchar bien y eran duros como piedras, al menos sus cabezas. Dejó que atacaran a la vez, pues supuso que era lo que iban a hacer para tener ventaja. Acertó. Las dos puntas de lanza buscaron alcanzarle en el pecho. Dio un salto hacia delante y cayó sobre las armas haciendo que las dos se inclinaran hacia el suelo. Viggo soltó un golpe cruzado con ambos brazos, con un cuchillo en cada mano, a la altura de los cuellos de los dos soldados. Ambos levantaron los escudos.

Viggo los barrió con tremendas patadas. Cayeron al suelo y, esta vez, el asesino se aseguró de que quedaban inconscientes golpeando a cada uno tres veces con la empuñadura de sus cuchillos.

—Así me gusta solucionar a mí las cosas —dijo poniéndose de pie.

—Esta no es la forma de solucionar las cosas —replicó Gerd.

—Esto trae problemas —se unió Nilsa, que miraba a los dos extremos de la calle para ver si alguien los había visto.

—Ha sido fácil. ¿No se suponía que eran muy buenos soldados estos de aquí? No me lo ha parecido —expresó Viggo mirando a uno de ellos en el suelo.

—Creo que los hemos sorprendido por completo, no se esperaban algo así —dedujo Lasgol—. Y de fácil nada.

—Yo creo que sí, yo lo hubiera esperado —se encogió de hombros Viggo.

—¿Cómo vas a esperarte que te ataquen tus propios compañeros de ejército en tu propia ciudad? —dijo Gerd.

—No me fio ni de mi sombra.

—Así eres tú, todo corazón… venenoso —dijo Nilsa.

Viggo hizo un gesto gracioso.

—Salgamos de aquí antes de que alguien entre en la calle —dijo Lasgol.

—Sí, y pongamos distancia con este embrollo —añadió Gerd.

Capítulo 24

Por fortuna, el encuentro con los soldados de Orecor no los había delatado, al menos por el momento. Consiguieron alejarse de la zona sin más incidentes y pusieron cuanta distancia pudieron del lugar sin llamar la atención. Los soldados atacados no sabrían explicar qué les había pasado y Lasgol esperaba que, al ser tan extraño y poco probable, quedaran aturdidos y confusos.

Una vez se sintieron a salvo, comenzaron a recorrer la ciudad con intención de explorarla. Estaba muy castigada por el asedio, pero era todavía una urbe enorme. Investigarla entera les llevaría días que no tenían. Los dragones llegarían pronto a terminar su tarea de muerte y destrucción.

Llegaron a una zona central y descubrieron una enorme plaza cuadrada en la que reinaban una treintena de enormes estatuas. Se detuvieron a observarlas con disimulo. No debía parecer que les sorprendían, aunque así fuera, ya que los ciudadanos estaban acostumbrados a verlas. Las estatuas tenían diez varas de altura por tres de anchura. Eran de militares, quizá héroes guerreros del lugar. Vestían armaduras y llevaban una espada al cinto y el casco bajo el brazo. Las poses de todos eran similares, levantando la barbilla y mirando al frente con aire triunfal.

—¡Qué gloriosamente pomposos! —se burló Viggo.

—Tú lo que tienes es envidia. Ya te gustaría que te hicieran una estatua como estas —dijo Nilsa.

—A mí un día me harán una estatua mucho mayor, y de oro —replicó él y se hinchó como un pavo real.

—De cobre, más bien, y de bolsillo —respondió Gerd.

—¡Ya lo veréis! ¡Ese día llegará! Y os lo recordaré siempre por incrédulos.

—Espero impaciente —afirmó Nilsa con expresión de ironía.

—Esta parece una plaza central. Aquí hay mucho movimiento en todas direcciones —opinó Lasgol observando a miles de soldados cruzar la plaza para perderse entre calles y edificios.

—Lo parece, sí —convino Gerd—. Nadie se detiene, todos pasan de largo hacia otro lugar y es constante el flujo de soldados.

—Entonces nosotros también debemos hacerlo. Hay que moverse con propósito —se dio cuenta Lasgol.

—De acuerdo. ¿A dónde vamos? —preguntó Nilsa.

—Intentemos llegar hasta los muelles, al final de la ciudad —Lasgol hizo un gesto con la cabeza hacia el este.

Se pusieron en marcha y se dirigieron a buscar los muelles imitando al resto de soldados que veían. Se alejaron de la zona central, que era la más concurrida, y esto los calmó un poco. Las calles y plazoletas situadas en la zona posterior estaban más tranquilas. El peligro estaba sobre todo al oeste, hacia el campamento de guerra de los soldados de Kraido, y por supuesto en las alturas. De ese peligro no se salvaba nadie.

Llegaron a la zona que daba acceso a los muelles y la encontraron también muy concurrida, como la central. Miles de personas trabajaban sin descanso bajando mercancía a los muelles y viceversa.

—Vayamos a observar allí —indicó Lasgol mirando hacia la muralla este.

—Haced como que nos han ordenado vigilar allí —dijo Gerd.

Subieron a la muralla por una escalera poco concurrida algo más apartada que las que estaban usando el resto de los trabajadores. Desde la almena, alejados de la multitud que trabajaba sin descanso, observaron la escena que se abría ante sus ojos. Abajo, muy abajo, se encontraban los grandes muelles de la ciudad en una ensenada protegida por la roca del acantilado. Se llegaba hasta ellos por dos caminos que salían de la muralla y descendían a través de la roca del precipicio. Era como si hubieran tallado dos larguísimas serpientes que bajaban haciendo eses de la muralla a los muelles.

—Este es el gran puerto de Orecor —comentó Nilsa con tono de estar impresionada con lo que veía.

—No sé cómo han escarbado esos caminos sinuosos en las rocas para llegar abajo. Tiene mucho mérito —opinó Gerd.

—Lo que tienen es mucha gente sin vértigo —comentó Viggo con una sonrisa viendo las largas hileras de porteadores de mercancía que subían y bajaban por las escaleras hasta las embarcaciones atracadas.

—Hay más de una treintena de barcos en el muelle. No me parece que todos lleven el león en su velamen, solo unos pocos —comentó Gerd.

—Deben ser navíos de otras ciudades-estado que todavía aguantan —dedujo Lasgol.

—Que colaboren es algo digno —opinó Nilsa—. No los dejan morir de hambre.

—A mí lo que me sorprende es que los dragones no hayan hundido todos los barcos —comentó Viggo.

—Quizá sea porque salen a navegar cuando no hay dragones —comentó Lasgol. Miró a su espalda, hacia los cielos, y los encontró despejados, sin rastro del terrible enemigo.

—Mientras los dragones descansan, los barcos navegan. Son listos estos del este —comentó Viggo—. Seguro que si aparece un dragón salen a toda vela.

—Sería lo más lógico, sí —asintió Lasgol—. Los barcos los están usando para transportar víveres y provisiones, no para la guerra. Kraido no tiene barcos.

—Ya, solo tiene lagartijos voladores con malas pulgas.

Observaron desde la muralla por un rato. Vieron cómo los barcos comenzaban a marchar.

—Esos han llegado de noche y marchan antes de que los dragones lleguen —dedujo Gerd.

—Probablemente sean los rezagados y los demás hayan descargado de noche. Es lo más seguro —razonó Lasgol.

—Pues subir por esos dos caminos de noche no lo veo yo muy seguro —comentó Viggo con gesto torcido.

—Lo que está claro es que este puerto se construyó así para evitar que los atacaran o invadieran desde el mar —afirmó Gerd.

—Defender la subida desde la muralla es fácil. Los arqueros acabarán con cualquiera que ascienda por esos dos caminos.

—O les echan rocas bien grandes y solucionado —comentó Viggo.

—Eso también —asintió Gerd.

Un grupo de soldados de patrulla se acercaba por la muralla. Con disimulo, Lasgol se lo hizo notar a sus compañeros y bajaron hasta situarse entre dos edificios que parecían antiguos almacenes para no ser vistos.

—Ya hemos explorado parte de esta gran ciudad. ¿Ahora qué? No podemos registrarla por completo —peguntó Viggo y la impaciencia apareció en su tono.

—Hay que encontrar al intérprete, es nuestra mejor baza —comentó Lasgol.

—Aquí no hay nadie que vista túnicas verdes. Son todo soldados, o al menos visten como soldados —dijo Gerd.

—Volvamos al centro y busquemos en las cuatro direcciones, los intérpretes tienen que estar en algún lado —propuso Nilsa.

Lasgol asintió.

—Aquí no está Ingrid y tampoco hay gente con túnicas, me parece bien —convino.

—Pues en marcha, ya hemos perdido suficiente tiempo —azuzó Viggo.

Regresaron a la plaza con las estatuas y se percataron de que detrás de ella había un distrito que no habían visto.

—En este distrito hay algo más que soldados —se dio cuenta Lasgol.

Miraron alrededor y en efecto vieron personas que no parecían soldados. No llevaban armas y no vestían armaduras, sino túnicas largas de diferentes colores.

—Veo personas desarmadas —comentó Viggo enarcando un ojo.

—Distingo túnicas azules y también rojas… —Nilsa entrecerraba los ojos mientras barría la zona con la mirada.

—No sé qué oficio tienen esos de las túnicas, pero soldados no son —estuvo de acuerdo Gerd.

—Buscamos túnicas verdes, recordadlo —dijo Lasgol.

—Será más fácil encontrarlas si nos separamos —opinó Gerd.

—Sí, también llamaremos menos la atención —estuvo de acuerdo Nilsa.

Lasgol asintió.

—De acuerdo, nos separaremos y buscaremos al intérprete. Nos reuniremos en la plaza de las estatuas al anochecer.

—Suerte —deseó Gerd.

—Y tened mucho cuidado —dijo Nilsa.

—Cuidado es mi tercer nombre —respondió Viggo y sonrió con acidez.

—Ya… —Nilsa negó con la cabeza.

Se separaron y comenzaron a buscar una túnica verde. Lasgol decidió seguir hacia el sur, buscar casas que no fueran militares y estuvieran cerca de aquella zona. Ojalá pudiera entender qué decían los nombres escritos en las casas y los portales. Imaginó que los intérpretes deberían tener un edificio en el que reunirse y trabajar. Si pudiera encontrarlo…

Por desgracia las casas que veía eran casas residenciales de dos pisos. Cuanto más hacia el sur se adentraba, más residencial le parecía la zona, como un barrio de ciudadanos. No, por allí no había nada similar a un lugar donde los intérpretes se reunieran. Lo peor de todo era que la ciudad era inmensa y les iba a llevar una eternidad estudiarla.

Nilsa decidió seguir a uno de los que vestían una túnica azul. No sabía qué profesión tendría, pero quizá la condujera hasta alguno de túnica verde, por oficio, o tal vez por casualidad. Lo que le preocupaba era que iba por lugares bastante concurridos y sentía que la miraban. Ella bajaba la cabeza y seguía avanzando sin mirar a nadie, pero notaba que la observaban.

Gerd optó por ir hacia el norte y ver si encontraba allí alguna pista sobre los intérpretes. Entendía que, en aquella situación de guerra, no tendrían demasiado trabajo. Y mucho menos teniendo en cuenta que el ejército extranjero venía de otro mundo, por lo que no habría ni uno solo que supiera su lengua. Tampoco es que los dragones quisieran negociar algo, más bien todo lo contrario. Por ello los intérpretes debían estar sin trabajo y empleados en otras

labores, ya que allí trabajaba todo el mundo, como en un gran hormiguero.

Viggo fue hacia el sur. Estaba impaciente y necesitaba encontrar a Ingrid como fuera. Tenía ganas de sacar el cuchillo, agarrar a quien pasara y preguntarle por Celopus, el intérprete. Seguro que el término Celopus lo entendían y si no a golpes algo cogerían. Estuvo a punto de hacerlo de lo desesperado que comenzaba a sentirse, pero logró calmarse en el último momento.

Sentía que los dragones atacarían en cualquier instante y que en ese último ataque perdería a Ingrid. Y si la perdía su mundo se acabaría. Viggo amaba a Ingrid con cada partícula de su ser. De nuevo le asaltaron las ganas de atacar al primero que se le cruzara. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no lanzarse sobre cuatro guardias que vigilaban lo que parecía un acceso a un barrio residencial.

Intrigado, se acercó con disimulo. Había más guardias al este y también al oeste, en puntos por los que se podía entrar en el área residencial. No solo eso, los soldados llevaban un símbolo en la parte superior izquierda de su coraza, sobre el león rugiendo. Viggo dedujo que serían soldados que pertenecían a una casa. Entonces, aquel distrito que protegían debía ser de un clan. Como no podía ver bien por una muralla y edificios que rodeaban el distrito, buscó una zona alta desde la que observar. Encontró una torre con su parte superior derruida, pero que era lo suficientemente alta como para echar un ojo y se encaramó a ella.

Observó con detenimiento. En efecto, aquel distrito pertenecía a una casa y estaba rodeado de una muralla y edificios, además de vigilado por guardias. En el interior descubrió palacios y edificios militares, así como grandes plazas con fuentes. También estatuas de menor tamaño que las de la plaza central.

—¿Estás ahí dentro en algún lugar, mi querida rubita belicosa? — Viggo no lo sabía, pero tuvo la sensación de que era una posibilidad.

Capítulo 25

Igam-Zuri-Biol y Laya esperaban entre las nubes. Llevaban días entrenado los ataques aéreos con magia. Habían estado practicando persecuciones y ataques que Eki y Aroa realizaban sobre la maestra.

«¿La tienes localizada?» preguntó Nahia a Eki según penetraban entre las nubes.

«Ha apagado sus auras, pero la mental la puedo captar, es una señal muy débil, pero la capto».

«¿Ves cómo eres un dragón de lo más poderoso?» envió Nahia con la intención de animarle.

«Sigo sin poder atacar a la maestra como debería. Mi ataque de aliento no consigue traspasar sus defensas y el mental no me sale» envió Eki muy decepcionado consigo mismo.

Nahia vio a Aroa y Logan a su derecha.

«Los ataques de Aroa tampoco consiguen penetrar las defensas de la maestra».

«Pero ella al menos ataca bien. Ejecuta tanto su aliento elemental como sus ataques mentales con precisión y poder».

«Tú has mejorado mucho con el aliento mágico. Ahora solo hace falta que alcances de pleno a Igam-Zuri-Biol y que atravieses sus defensas».

«No creo que lo logre. Además, de hacerlo tampoco sabemos qué efecto tendría en la maestra».

«Yo creo que la desplazarás al menos dos mil quinientos pasos, por lo que la sacarías de entre las nubes y quedaría al descubierto. Si además la aturdes, podrás vencerla».

Eki viró hacia el este.

«Agradezco tus buenas palabras, pero la verdad es que estoy muy limitado en combate. Cualquier otro dragón es mucho mejor

que yo».

«Yo creo que no es así. Además, lo más importante es el corazón y la cabeza, y tú de esos dos tienes mucho».

«Sé que quieres animarme y lo aprecio, pero no nos servirá de nada si morimos por mi culpa».

Nahia no dijo nada más. A través del vínculo que los unía podía percibir lo muy decepcionado que Eki estaba consigo mismo. Se creía un fracaso completo como dragón. Ella se sentía mal por él y Eki seguro que lo captaba por el vínculo entre ellos. Era curioso que ambos pudieran sentir lo que el otro experimentaba en un determinado momento. Cuando era causa y efecto, como era el caso, todavía era más singular, ya que los sentimientos iban y volvían.

«La capto al este. ¿La ves?».

Nahia entrecerró los ojos y miró en esa dirección, pero no veía más que nubes. En aquel mundo de niebla grisácea que los rodeaba no podía ver nada y mucho menos a una dragona blanca experta en camuflarse.

«Nada, no la veo por ningún lado».

«Está al este. Voy hacia ella y cuando estemos a doscientos pasos atacaré con mi aliento. ¡Prepárate!».

«De acuerdo».

Nahia agarró con fuerza su lanza y el escudo y comprobó que su sujeción a la silla era segura. Los ataques solían ser moviditos y no tenía ninguna gana de caerse.

Vio a Logan algo más retrasado sobre Aroa y le indicó con la lanza hacia el este. Logan asintió.

«Aroa también la ha captado. Vamos a atacar a la vez» informó Eki.

«Estupendo, a ver si hay suerte».

Eki no dijo nada, pero por el vínculo Nahia sintió que el dragón plateado no tenía esperanzas de que el ataque fuera a prosperar.

Nahia bajó el visor del yelmo. Era el último preparativo antes del ataque. De pronto, entre la niebla blanca aparecieron unos ojos violetas.

Eki se lanzó directo a por ella y Aroa un instante después. Igam-Zuri-Biol realizó una maniobra evasiva entre las nubes.

«Trescientos pasos y acercándome» informó Eki.

«Más rápido, que se da a la fuga».

«Doscientos cincuenta pasos».

Igam-Zuri-Biol se dejó caer en picado.

«Nueva maniobra de esquiva» avisó Nahia a Eki.

Eki viró tan rápido que la espalda de Nahia le dio un latigazo.

«La veo, la sigo» informó.

Nahia consiguió mantenerse en la silla sin partirse la espalda. Los giros de Eki eran a veces demasiado violentos, pues él era muy veloz y ágil y ella no.

«Doscientos pasos. Ataco» envió Eki y abrió la boca.

De ella salió propulsado su aliento de plata en forma de cono. La energía mágica de Eki abandonaba su cuerpo proyectada hacia Igam-Zuri-Biol que zigzagueaba en el aire para evitar ser alcanzada mientras intentaba poner distancia entre ellos.

«¡Más rápido, que se escapa!» envió Nahia.

Eki voló todavía más rápido, superando la velocidad de Igam-Zuri-Biol y dejando atrás a Aroa, que atacaba con su aliento elemental.

«Ponte debajo, que viene Aroa» envió Nahia a Eki.

«Entendido» Eki se situó bajo la dragona para no entorpecer el ataque de Aroa, que volaba un poco más alto. De esta forma podían atacarla ambos.

«Ahora atacad, Aroa desde arriba y tú desde abajo».

«Cien pasos. Es nuestra» Eki la tenía.

Dirigió su aliento contra la parte inferior de la dragona y le alcanzó de pleno. Se produjo un destello plateado. La defensa innata de la criatura se activaba. Eki mantuvo el aliento proyectándolo contra la barriga y patas de Igam-Zuri-Biol.

«¡Muy bien! ¡Le has dado de pleno!» exclamó Nahia.

«Pero no tiene efecto».

«Lo importante es que la has alcanzado».

Igam-Zuri-Biol volvió a brillar y el color plateado indicó que sus defensas se volvían a activar. Era Aroa, que la había alcanzado desde

arriba con su aliento. La dragona realizó varios movimientos de escape, pero tanto Eki como Aroa fueron capaces de maniobrar con rapidez y continuar con la persecución y el ataque. La maestra continuó intentando evadirlos, pero no lo consiguió. Eki y Aroa no se despegaban de ella.

«Podéis detener el ataque» envió tras un momento.

«Sí, maestra».

Eki y Aroa detuvieron sus ataques y se situaron junto a ella, que ahora volaba despacio en medio de un claro cielo azul.

«Lo habéis hecho muy bien los dos. No habéis podido penetrar mis defensas, pero es lo esperado. Las defensas mágicas de un dragón son las más difíciles de romper entre todas las criaturas mágicas».

Nahia aquello ya lo había oído en Drakoros y no le gustaba lo más mínimo. Si no podían romper las defensas mágicas de los dragones, su magia de poco les serviría contra ellos. Pero no se desanimó. Conocía la existencia de las armas doradas, de la magia dorada, y esa sí que podía con las defensas de los dragones.

«Vamos a entrenar un nuevo concepto que es muy importante. Es el ataque mágico combinado. Lo que quiero es que los jinetes se unan con sus alientos a los ataques de sus señores dragones. La combinación de ambos, sobre todo si es de elementos diferentes, es muy poderosa, pues dos magias de ataque se combinan para romper las defensas de la criatura atacada».

—Los jinetes deben aportar al ataque de su señor dragón. No tendrá el mismo poder, pero agregando el de ambos se puede derrotar antes la defensa mágica del enemigo —explicó Laya a Nahia y Logan.

«También es posible combinar dos ataques elementales del mismo tipo y que se solapen. Si entran en resonancia mágica, se multiplica su poder. No suele ocurrir, pero cuando sucede es un ataque potentísimo».

Nahia pensó que combinar su magia de fuego con la espacial de Eki iba a ser todo un espectáculo. Los resultados serían de lo más inesperados, eso seguro, porque ni se imaginaba cómo iban a encajar ambas magias. Quizá no lo hicieran en absoluto y

simplemente actuaran por separado. Sí, eso tenía más sentido porque fuego y espacio no le parecían conceptos parejos.

—¿Hasta qué alcance habéis progresado? —les preguntó Laya a Nahia y Logan.

Nahia ya se temía aquella pregunta, pues iban a combinar ataques de diferentes alcances.

—Ciento cincuenta pasos, maestra —dijo Nahia.

—No está mal. No te falta mucho.

—Ciento veinte pasos, maestra —dijo Logan.

—Eso está muy justo. Tienes que mejorar y rápido —le reprochó Laya.

Nahia estuvo por decirle que hacían cuanto podían, pero supo que sería en vano, así que se calló. La verdad era que ella y Logan habían entrenado muchísimo por su cuenta en compañía de Aroa y Eki, pero los avances eran costosos. En cualquier caso, ellos estaban contentos. Les llevaría algo de tiempo llegar a doscientos pasos, pero los dos estaban convencidos de que, si seguían practicando, lo lograrían. Otra cosa era qué potencia tendrían sus ataques a esa distancia, aunque tanto Nahia como Logan sospechaban que sería problemático.

«Vamos a probarlo. Repetiremos el ejercicio en el banco de nubes. Os espero allí. Localizadme y atacad de forma combinada. Debéis hacerlo a la vez y combinar vuestros ataques. Si lo hacéis por separado, sin combinar, el ejercicio será fallido. ¿Entendido?».

«Sí, maestra» enviaron Aroa y Eki.

Igam-Zuri-Biol se dirigió hacia las nubes.

«Tendremos que acortar la distancia para atacar a la maestra» envió Nahia a Eki.

«A tus ciento cincuenta pasos, sí».

«Me va a resultar un tanto raro atacar a un dragón de forma directa… Hasta ahora atacabas tú y, como mi alcance no era el adecuado, ni lo he intentado…» expresó Nahia.

Atacar a un dragón iba contra todo lo que le habían inculcado en Drakoros.

«Oh, entiendo que te resulte chocante, pero lo ha ordenado ella y por lo tanto debemos cumplirlo».

«Yo soy una esclava…».

Hasta aquel momento ni ella ni Logan habían tenido que atacar a la maestra por no estar capacitados, pero ahora parecía que la cosa cambiaba.

«A la que un dragón ha dado una orden expresa».

«Ya… viéndolo así…».

Nahia intentaba controlar sus sentimientos. Iba a atacar a un dragón, algo que la aterraba y al mismo tiempo deseaba poder hacer con todo su ser. Tenía que andarse con cuidado, Eki podía captar ese sentimiento a través de su vínculo y ella no quería que sucediera. Eki no debía saber de sus planes de libertad y ganas de matar dragones. Intentó calmar sus emociones, que no fluyeran hacia Eki. La maestra había dado una orden y debían cumplirla, eso era todo. No había espacio ni tiempo para sentimientos de temor o alegría.

«¿Preparada? Aroa y Logan ya parten».

«Sí, preparada. Veamos qué sale de todo esto».

«Algo estrambótico, estoy seguro».

Nahia sonrió. Eki tenía todavía más dudas que ella. Iba a ser una experiencia única.

Entraron entre las nubes y esta vez la maestra no ocultó su presencia. Dejó que sus auras fueran visibles para facilitar el ataque a sus perseguidores.

«Al oeste, la capto» envió Eki.

«Dile a Aroa que ataque por debajo y nosotros lo haremos por encima, así no nos estorbaremos».

«Se lo digo».

Nahia pudo distinguir una nube que se movía rápida y descubrió que era la maestra.

«Dice que de acuerdo. Nos desea suerte».

«Nosotros a ellos también».

Eki aceleró y, como era más rápido que Aroa, se elevó y situó en posición de ataque de inmediato. Mientras esperaban a que Aroa se situara debajo de Igam-Zuri-Biol, Nahia intentó serenarse y pensó en cómo atacar. Al ser un ataque con su aliento elemental solo necesitaba ver a la maestra, no captar su aura mental, lo que era

más sencillo y la tranquilizó. Tampoco quería que Eki sintiera que estaba nerviosa o exaltada por el hecho de atacar a un dragón. Cuanto menos sospechara de sus ideas rebeldes, mejor. Una cosa era que la tratara bien y otra muy diferente que se fiara de él. Un dragón era un dragón después de todo, eso Nahia no debía olvidarlo nunca o se metería en graves problemas.

«Aroa está en posición» comunicó Eki.

«Dale la señal. Ataquemos».

«Al momento».

Nahia vio que Aroa aceleraba bajo Igam-Zuri-Biol. Eki se lanzó al ataque con su gran rapidez y descendió hacia la maestra en diagonal por la espalda, buscando sorprenderla. Lo más probable era que ya los hubiera detectado a todos, pero debían atacar como sabían y el ataque por la espalda en diagonal era de las maniobras más eficientes y con mayor posibilidad de éxito, o eso les habían enseñado en Jadrakos. La única diferencia era que ahora atacarían con magia en lugar de con fauces, garras y lanza.

Mientras ellos se acercaban con rapidez por arriba, Aroa y Logan lo hacían desde abajo.

«Doscientos pasos» indicó Eki.

Nahia se preparó. Eki recorrería los cien pasos que les faltaban para poder atacar en un momento.

«Cien pasos. Atacamos» envió Eki.

Se acercaron por la espalda de Igam-Zuri-Biol y ambos usaron sus alientos elementales. El del Eki llegó a la dragona un momento antes que el de fuego de Nahia, ya que les separaba la distancia del cuello. La energía plateada de Eki comenzó a rodear a Igam-Zuri-Biol en una campana mientras Nahia dirigía su caudal de llamas contra la espalda de la dragona. Las defensas mágicas de la maestra se activaron y su cuerpo brilló emitiendo destellos plateados.

Aroa y Logan atacaron la parte inferior del cuerpo de Igam-Zuri-Biol. Ambos enviaron sus alientos de tormenta. Dos caudales de rayos y relámpagos golpearon a la maestra y las defensas volvieron a brillar rechazándolos.

Igam-Zuri-Biol giró de pronto en el aire y realizó una maniobra de escape. Eki y Aroa viraron también para poder seguir atacando y la

cosa se complicó. Nahia intentaba mantener su aliento de fuego proyectado hacia la maestra, pero como se movía y también lo hacía Eki, estuvo a punto de darle a él en la cabeza con sus llamas.

«¡Cuidado!» envió Nahia.

«¿Qué sucede?».

Eki no se había dado cuenta de que Nahia casi le había frito la cocorota. Bueno, no llegaría a tanto porque sus defensas mágicas innatas reaccionarían, pero no era recomendable. Un jinete no debía alcanzar a su señor dragón con un ataque mágico, eso Nahia lo tenía muy claro y no hacía falta que Igam-Zuri-Biol se lo indicara. El problema era que, si Eki maniobraba de forma brusca, ella no tenía forma de redireccionar su aliento, que quedaba a merced de la inercia del cuerpo de Nahia.

Eki giró de manera muy fuerte hacia la izquierda y luego hacia abajo, siguiendo a Igam-Zuri-Biol, y Nahia estuvo de nuevo a punto de quemarle la parte posterior de la cabeza.

«¡Si te mueves así te voy a dar con mi aliento en la nuca!».

«Oh, no lo había previsto».

«Yo tampoco, pero parece ser que es lo que pasa. Los vaivenes y sacudidas en medio del aire me hacen proyectar el fuego en cualquier dirección. No puedo controlarlo».

«No soy yo, es la maestra…».

«Ya, que probablemente lo está haciendo adrede para que los jinetes os demos en cuello y cabeza con nuestro aliento».

«No creo que pase nada grave... Por las defensas… pero bueno no es. Las defensas consumen energía mágica, por lo que me dejas con menos poder si me alcanzas».

«Eso mismo estoy pensando yo, además de que fallaremos el ataque».

Eki volvió a realizar un par de movimientos bruscos. Nahia había parado de proyectar su ataque por si acaso, aunque estaban cerca de la maestra, a la que Eki no perdía de vista un instante.

«¿Puedes avisarme antes de virar?».

«Puedo, pero perdería toda la iniciativa y reacción si tengo que pensar qué hacer, comunicártelo y luego hacerlo».

«Sí, tienes razón, muy rápido no ibas a ser con los movimientos».

Esta vez fue Aroa la que viró de forma brusca debajo de ellos y Nahia pudo comprobar que Logan tenía los mismos problemas. Había tenido que detener su ataque para no darle a Aroa.

«Tengo una idea» transmitió Eki junto a un sentimiento de optimismo.

«¿Qué se te ha ocurrido?».

«Podemos usar nuestro vínculo. Puedo transmitir por el vínculo los giros que voy a realizar justo antes de hacerlos».

«Y yo los sentiré un instante antes de llevarme la sorpresa. Buena idea, puede funcionar. Adelante, intentémoslo».

Eki se dirigió de nuevo a atacar a Igam-Zuri-Biol y la maestra al verlo hizo una maniobra de esquiva. Eki envió por el vínculo que iba a girar de manera brusca a la derecha y luego abajo. Nahia lo sintió y un instante después se produjo el movimiento.

«¡Lo he sentido justo antes!».

«Entonces funciona».

«¡Es estupendo! ¡Me puedes avisar por el vínculo antes de que suceda!».

«Sí, es más rápido que comunicártelo y luego hacer la maniobra. Con el vínculo es instantáneo».

«Probémoslo a ver qué tal va».

Eki aceleró moviendo las alas con rapidez y se lanzó a la espalda de Igam-Zuri-Biol. No tardó en estar a cien pasos y listo para atacar.

«Atacamos» indicó a Nahia.

Ambos enviaron sus alientos contra la maestra, a la que alcanzaron en la espalda. Los destellos plateados que soltó eran prueba de que habían impactado.

La maestra se elevó de forma brusca. Eki la siguió y antes de hacer el movimiento se lo hizo saber a Nahia usando el vínculo. Esta ajustó su caudal al movimiento y pudo seguir atacando sin desequilibrarse y fallar. La maestra giró hacia la derecha también de manera brusca. Antes de que Eki ascendiera y girara, que era lo que iba a hacer, Nahia lo sintió y ajustó el ataque a ese movimiento. Eki lo realizó, subiendo primero para girar. Nahia compensó el movimiento y no dejó de golpear con sus llamas a la maestra.

Ascendiendo y girando vieron llegar a Aroa y Logan, que atacaban con sus alientos de tormenta. Había cientos de rayos y relámpagos en ellos.

«Parece que Aroa y Logan también han encontrado la forma de maniobrar» dijo Nahia a Eki al ver que Logan se ajustaba bien a los giros de Aroa.

«Sí, eso parece».

La persecución continuó un rato más y a Igam-Zuri-Biol comenzó a resultarle difícil despegarse de Eki y Aroa, sobre todo de Eki. Finalmente dio el ejercicio por terminado. La habían alcanzado una buena cantidad de veces.

Nahia estaba muy contenta, aunque trataba de disimularlo porque no quería que Eki se diera cuenta de que había disfrutado de lo lindo atacando a un dragón y obligándolo a huir.

«Veo que habéis aprendido a usar el vínculo en los ataques. Me alegra comprobar que tenéis cabeza, no suele ser el caso. El vínculo os permitirá actuar como uno y eso es muy importante en combate. Estad siempre atentos y utilizadlo. Sentir a través de él es siempre más rápido que transmitir un pensamiento con la mente. Id a practicarlo, es el final de la clase por hoy».

La maestra marchó y, según la veía ir, Nahia sintió que tenían una posibilidad. No es que hubiera vencido, y además estaba montada sobre un dragón que la había llevado, pero haberla podido atacar le había dado esperanzas.

Capítulo 26

Los entrenamientos de ataques mágicos entre las nubes con Igam-Zuri-Biol y Laya estaban resultando de lo más interesantes. Tanto Nahia como Logan estaban disfrutando mucho, no solo porque estuvieran practicando combate aéreo, sino porque atacaban a un dragón, y eso era algo que celebrar. Primero habían atacado con sus alientos elementales y luego con mentales. Nahia apenas podía creer que lo hubieran hecho. Le parecía algo inconcebible que ella y Logan atacaran con su mente a un dragón, pero había resultado más sencillo de lo esperado, pues su aura mental era tan grande e intensa que se captaba a leguas de distancia.

Sin embargo, atacar la mente no había resultado nada sencillo. Las defensas mágicas innatas del dragón lo impedían y además enviaba energía a evitarlo, por lo que no habían conseguido traspasar sus defensas y llegar hasta la mente. El problema principal con el que se habían encontrado y para el que no tenían solución era que los dragones podían apagar sus auras cuando querían, y eso sí que esquivaba cualquier intento de ataque mental, pues no podían atacar aquello que no veían.

Nahia no sabía si todos los dragones podían hacerlo y hasta qué punto y por supuesto Igam-Zuri-Biol no se lo había especificado, los dragones tenían cuidado de no desvelar sus vulnerabilidades. Lo que estaba claro era que la maestra podía hacerlo. Era algo que Nahia quería averiguar y saber seguro. Cuanto más supieran del enemigo, mayores serían las posibilidades de encontrar una forma de vencer. Pensó en sonsacárselo a Eki con disimulo, pero siendo un dragón joven dudaba que lo supiera. Tampoco quería arriesgar, al menos de momento. Las cosas entre ella y el dragón plateado iban muy bien y no quería poner en riesgo su relación.

«Hoy realizaremos un ejercicio muy importante que os ayudará a salvar la vida al combatir contra enemigos mágicos poderosos, entre ellos los gryphos» comunicó Igam-Zuri-Biol en el campo de vuelo antes de comenzar el entrenamiento.

Esto llamó la atención de todos. Logan miró a Nahia y ella le devolvió una mirada de preocupación. Aroa y Eki miraban a Igam-Zuri-Biol ansiosos por aprender y mejorar.

«En este ejercicio seré yo quien ataque con magia, y vosotros los que tendréis que defenderos».

A Nahia aquello no le sonó nada bien. Si la maestra y su jinete iban a atacar con magia podían morir.

—Esto es muy importante para los jinetes —dijo Laya—. Nuestros señores dragones tienen defensas mágicas que se activan contra la magia ajena, nosotros no. Pero eso no quiere decir que estemos indefensos. Todo jinete puede invocar dos defensas, una contra ataques físicos y otra contra ataques mágicos. Siempre que os enfrentéis a enemigos mágicos aéreos, debéis invocar ambas y mantenerlas activas. Si no lo hacéis, o si por alguna razón no las mantenéis, moriréis. Eso puedo asegurarlo. Cuando menos lo esperéis os alcanzará un rayo de fuego o un relámpago enemigo y os atravesará. Los descuidos matan en batalla. ¿Lo habéis entendido, jinetes?

—Sí, señora —afirmaron Nahia y Logan.

—Muy bien. Montad ahora e invocad vuestras defensas. Mantenedlas activas en todo momento hasta el final del ejercicio. Si no lo conseguís y mi señora dragona os alcanza con su aliento, moriréis.

Nahia tragó saliva. El ejercicio requería que mantuvieran sus defensas activas y dependiendo de la duración de este era muy posible que no pudieran hacerlo. Por lo general solo mantenían activas las defensas un rato porque consumían mucha energía interior. Nahia consideraba los dos conjuros para usarlos en momentos críticos, no para mantenerlos constantes durante un largo tiempo. Sintió un escalofrío. Supo que Igam-Zuri-Biol les iba a forzar a agotar sus defensas antes incluso de subirse a Eki. Y por la mirada que le dedicó Logan, él pensaba lo mismo.

«Tranquila, todo irá bien» la intentó tranquilizar Eki.

«En tu caso, sí. En el mío, no».

«No adelantemos acontecimientos. Confío en que superaremos esta prueba».

«Yo no confío nada» respondió Nahia, que intentaba recordar cuánto había mantenido sus defensas activas como máximo.

Igam-Zuri-Biol y Laya echaron a volar y se dirigieron hacia un grupo de nubes. A la maestra le encantaba practicar entre nubes, le añadía cierta dificultad a los ejercicios. El cielo abierto no se prestaba a emboscadas y maniobras evasivas de despiste.

Nahia se bajó el visor del yelmo e invocó Protección de Campo de Escamas Mágico, que la protegía de ataques mágicos, y luego Escamas Elementales, que protegía de los ataques físicos. Podía sentir ambas defensas cubriendo su armadura. Se sintió segura con tanta armadura y protección.

«Preparada. Vamos» envió a Eki.

Echaron a volar y siguieron a la maestra, que ya entraba entre las nubes en la distancia. Nahia miró a Logan a su derecha. Este la saludó abriendo el escudo para mostrarle el corazón y Nahia le devolvió el saludo de la misma manera. Era algo que Logan había ideado cuando volaban sobre los dragones y a Nahia le derretía el corazón cuando lo hacía. También sabía que en aquel momento lo había hecho porque se dirigían a un ejercicio peligroso.

Eki alcanzó las nubes con su habitual celeridad y entraron. Aroa lo hizo un momento más tarde. En medio de las nubes les iba a resultar complicado discernir el ataque de Igam-Zuri-Biol y Laya. Por ello, Nahia miraba en todas las direcciones con ojos entrecerrados.

«Si la ves avísame» envió a Eki.

«Intentaré hacerlo con el vínculo, para que sea más rápido y tengas un instante más para reaccionar».

«Perfecto. Voy a necesitar toda la ayuda posible».

De pronto, a su izquierda se movió una nube, solo que no era una nube. Nahia supo que era Igam-Zuri-Biol. Eki se lo hacía sentir y también que iba a escapar hacia la derecha. De la boca de Igam-Zuri-Biol salió su aliento elemental. Nahia esperaba que fuera de tormenta, pero no fue así, fue de viento. Sintió un soplo de viento

de una terrible fuerza que la alcanzaba. Eki intentaba esquivarlo virando hacia la derecha, pero el soplo los desestabilizó a ambos. Nahia salió golpeada en un costado. De no ser por el amarre de la silla, habría salido despedida y caído al vacío.

Consiguió situarse bien. Llevar escudo y lanza en las manos dificultaba cualquier intento de recolocarse de forma estable. Tenían prohibido entrenar sin ellos, así que no les quedaba otra opción que padecer las incomodidades y limitaciones que representaban. Por otro lado, Nahia sabía que si un grypho atacaba querría tener el escudo y la lanza en sus manos para defenderse.

Por el rabillo del ojo vio que Igam-Zuri-Biol atacaba ahora a Aroa y Logan. Había dejado que Eki la esquivara y se había lanzado a por ellos. Mientras Eki se escondía entre las nubes Nahia pudo ver parte de la batalla de Aroa y Logan. Igam-Zuri-Biol los había atacado como a ellos, con un soplo de viento tremendo, y Aroa había tenido dificultades para mantener el vuelo. Logan se sujetaba a la silla como podía.

Tras un momento Nahia perdió visibilidad y no pudo discernir más del combate.

«Me esconderé para evitar que nos sorprenda» envió Eki.

«No sé si vamos a poder escondernos de ella».

Igam-Zuri-Biol apareció de pronto a su izquierda. Esta vez les envió un caudal de tormenta. Eki lo recibió en un ala y en parte del cuerpo y Nahia en su escudo y costado. Las defensas mágicas de Eki se activaron y destelló en color plata. Nahia sintió cómo sus defensas se debilitaban al instante. Sin apenas tiempo para reaccionar envió energía a mantenerlas. Podía ver los rayos golpeando su cuerpo, aunque no conseguían penetrar. Igam-Zuri-Biol mantuvo el aliento de tormenta sobre ellos, castigándolos.

«¡Eki, sal de aquí! ¡Me está destrozando las defensas!».

«Voy» Eki hizo una de sus maniobras de esquiva y consiguió que el aliento de tormenta dejara de golpearles.

Nahia sintió que volaban en picado hacia abajo. Igam-Zuri-Biol los siguió intentando darles con su aliento, que Nahia veía pasar rozándole. Eki realizaba el torbellino y estaba consiguiendo que la

maestra no les alcanzara. De súbito, la dragona desistió en la persecución.

«Ya no nos sigue» envió Nahia a Eki para que dejara de descender.

Siempre que hacía un picado en torbellino Nahia se ponía muy nerviosa. Era una maniobra muy complicada y, aunque a Eki le encantaba, no la hacía del todo bien. Le faltaba precisión en la frenada final, cosa que podría provocar que se estrellaran.

Eki salió del picado con tiempo y volvió a elevarse.

«Estará atacando a Aroa y Logan ahora».

«Espero que puedan evadirla».

Según entraron de vuelta entre las nubes vieron a Aroa y Logan intentando esquivar el aliento de tormenta de la maestra. Las maniobras de esquiva no estaban yendo del todo bien. Nahia comenzó a ponerse muy nerviosa por Logan, al que el caudal había alcanzado en la espalda de pleno. Aroa consiguió por fin quitarse de encima a la maestra con una buena maniobra de evasión.

Igam-Zuri-Biol localizó a Eki y Nahia y sin dar tregua se lanzó a atacar. Esta vez Laya se unió al ataque de su dragona y envió un aliento de tierra. Un caudal potente de piedras y rocas surgió paralelo al de rayos de la dragona blanca.

«¡Cuidado! ¡Dos alientos!» avisó Nahia a Eki, aunque el aviso era también para ella misma.

«¡Visto! ¡Esquivo!» envió Eki y giró en ángulo ascendente.

Los dos alientos elementales les alcanzaron de forma parcial, a Eki en las patas y a Nahia en las piernas. Era como si la dragona y la jinete estuvieran coordinando los ataques, cosa que no le sorprendió. Nahia sintió que las defensas se le debilitaban mucho. Envió más de su energía a reforzarlas. Pensó que era una suerte no tener que combatir usando su magia porque de ser así se quedaría sin energía en nada. Esta idea la intranquilizó porque en situaciones de combate real tendría que usar su energía para defenderse y para atacar, por lo que se le iba a agotar muy rápido.

Eki realizó varias maniobras para evitar los dos alientos y consiguió perder a Igam-Zuri-Biol, o quizá ella había decidido dejar de atacar e ir a por Aroa y Logan.

«Estoy consumiendo mucha energía» envió Nahia a Eki.

«Yo también cuando me alcanza. Mis defensas innatas consumen mi energía».

«Estoy convencida de que las mías se consumen más y, además, yo tengo menos energía a disposición».

«No sé si es así o no. No conozco mucho de los humanos y su magia».

«No te preocupes, tengo la sensación de que lo vamos a descubrir muy rápido».

De súbito Aroa y Logan pasaron por debajo de ellos. Les perseguían la maestra y Laya atacando con sus alientos elementales. Aroa era algo más lenta que Eki y menos hábil a la hora de esquivar. Nahia vio cómo Laya alcanzaba a Logan con su caudal de rocas en el costado derecho y temió que sus defensas no aguantaran.

«Los está castigando mucho» envió a Eki muy preocupada.

«Sí, Aroa tiene problemas».

La preocupación de Eki por Aroa era muy clara, Nahia la sentía en toda su intensidad a través del vínculo.

Aroa consiguió por fin evadir a Igam-Zuri-Biol y Nahia resopló aliviada.

«Voy a esconderme entre las nubes, vendrá a por nosotros ahora» envió Eki.

«Busca nubes densas» respondió Nahia.

El color plateado de Eki se veía demasiado incluso entre las nubes.

No tardó en encontrar un conglomerado de nubes densas y se metió en ellas. Nahia comprobó el estado de sus defensas. Volvían a estar bien, pero no así su energía interna, que se iba consumiendo no solo con los ataques sino también por mantener activas las dos protecciones que recubrían su armadura. Cuanto más se alargase el ejercicio, más posibilidades había de que se quedara sin energía y entonces sus defensas desaparecerían. Además, corría el riesgo de perder el sentido al consumir toda su energía mágica, y entonces sí que estaría en un lío. Quedaría indefensa y sin sentido.

Eki se escondió entre las nubes y aguardaron un momento. No hubo suerte. Igam-Zuri-Biol apareció delante como materializándose

de la nada.

«¡Nos ha vuelto a localizar!» exclamó Nahia.

«Nos capta por nuestras auras» se dio cuenta Eki.

«¿Puedes apagarla como ella?».

«No, no sé cómo hacerlo».

«Entonces no tenemos escapatoria».

Los dos alientos elementales alcanzaron a Eki y a Nahia de pleno en el torso. El de Igam-Zuri-Biol golpeó a Eki y el de Laya a Nahia. De inmediato, Nahia sintió que sus defensas sufrían. Envió más energía interna a reforzarlas casi de forma instintiva. Al comienzo del ejercicio tenía que pensar en ello, pero ahora sucedía casi sin pensarlo. El instinto de supervivencia debía guiar su subconsciente, pues de perder las defensas moriría casi con toda seguridad. La armadura de jinete era dura, pero dudaba mucho que resistiera un ataque de aliento elemental de tierra.

«¡Evade! ¡Rápido!» envió a Eki, cuyo cuerpo destellaba soltando brillos plateados al ser alcanzado por el aliento elemental de tormenta.

Eki se lanzó en diagonal y la maestra tras él. Los dos alientos continuaron buscando sus cuerpos. Nahia recibió dos impactos más de Laya y sus defensas estuvieron a punto de caer. Envió más energía mientras Eki realizaba giros sobre sí mismo, cosa que no ayudó a que ella consiguiera concentrarse. Esta vez la persecución de Igam-Zuri-Biol se mantuvo y, pese a los intentos de esquivar los ataques de Eki, tanto él como Nahia fueron alcanzados dos veces más. La última le dio a Nahia en el yelmo.

Sus defensas quedaron destruidas al instante por el caudal de rocas y piedras. El yelmo aguantó, pero de los impactos se resquebrajó y Nahia quedó aturdida. Eki hizo un último cambio de dirección muy brusco y velocísimo y consiguió evadir a Igam-Zuri-Biol.

«Nahia, ¿estás bien?» envió Eki con mucha preocupación.

Nahia no podía pensar. Le dolía horrores la cabeza, sentía como si se la hubiera abierto en dos.

«Dime, ¿estás bien?».

La preocupación de Eki iba en aumento.

Nahia intentó enviar un mensaje mental, pero le fue imposible, estaba demasiado aturdida y dolorida.

«Siento tu dolor y aturdimiento. Aguanta, te despejarás pronto» envió Eki, pero sus buenos deseos no eran más que eso, buenos deseos.

Nahia respiraba profundamente por la nariz para soltar por la boca. Intentaba despejarse, sentirse mejor. Al estar volando en pleno cielo el aire que le llegaba por el visor la aliviaba. Intentó levantarlo, pero no pudo. El mecanismo estaba roto por el impacto de las rocas. Le llevó un rato conseguir despejarse.

Cuando por fin lo logró se comunicó con Eki.

«Ya estoy… mejor…».

«¡Cuánto me alegro! Me has dado un buen susto» el sentimiento de alivio de Eki invadió a Nahia.

«Creo que ha sido mala suerte. Me ha dado en el yelmo y se ha roto».

«Están atacando con dureza».

«¿A Aroa y Logan también?».

«Sí, mira abajo, les están persiguiendo».

Nahia se inclinó en la silla y miró hacia abajo.

Aroa lo intentaba todo por eludir a la maestra, pero no lo conseguía. Logan recibió el impacto de los dos ataques elementales en el costado izquierdo. Su escudo salió volando y trozos de la armadura con él. Logan quedó colgando de la silla, inconsciente.

«¡Logan! ¡No!» Nahia no pudo sino exclamar con horror.

«Me acerco» envió Eki y descendió a gran velocidad sobre Aroa y Logan.

La maestra los vio llegar.

«Ejercicio finalizado. Bajamos a tierra» envió.

«¿Cómo está Logan?» preguntó Nahia a Eki, y sintió que la llama comenzaba a arder en su interior.

«Aroa dice que esta inconsciente, herido».

«Pero está vivo, ¿verdad? Dime que está vivo».

Eki no dijo nada por un momento y la angustia de Nahia se disparó. No podía respirar. Logan no podía morir.

«Aroa dice que lo siente con vida».

«¡Vive!» Nahia resopló con todo su ser.

Descendieron a tierra y tomaron suelo en el campo aéreo.

Nahia se bajó de Eki y fue hasta Aroa, que se había tumbado en el suelo para facilitar que Nahia llegara hasta Logan.

—Aguanta, ya estoy aquí —dijo con una angustia enorme.

Le soltó la sujeción a la silla y lo bajó de la espalda de Aroa. Lo dejó en el suelo. Estaba tan aterrada que bajó a Logan como si no pesara nada por efecto de la adrenalina y la angustia que sentía.

Laya se acercó a examinar a Logan.

«¿Cómo está?» preguntó Igam-Zuri-Biol.

Nahia le había quitado el yelmo y estudiaba la armadura. Había aguantado, aunque estaba dañada. Logan no parecía tener heridas, pero estaba inconsciente.

Laya le indicó a Nahia que se apartara y le dejara examinarlo.

Nahia tuvo que acceder a regañadientes mientras su llama interior ardía de rabia por lo que le había pasado a Logan. Intentó que no se descontrolara, pero ardía con una fuerza tremenda. No podía soportar verlo tirado en el suelo. Si Logan moría el alma de Nahia moriría con él.

No lo soportaría.

—Ha perdido el sentido al quedarse sin energía —explicó Laya—. No tiene heridas, la armadura ha aguantado.

«Entiendo. Esto suele pasar, y no es aceptable. Hemos intensificado el ejercicio, pero cada jinete debe conocer sus límites y no excederse» envió la maestra.

Nahia miró a la dragona con ojos llenos de rabia. No había necesidad de arriesgar sus vidas de aquella forma en un ejercicio de entrenamiento.

«Calma… debes calmarte…» envió Eki, que sintió la rabia que ardía en el interior de Nahia.

«No tiene derecho a poner nuestras vidas en riesgo de esta manera» dijo Nahia a Eki, aunque a quien quería decírselo era a Igam-Zuri-Biol.

«Si lo hace sus razones tendrá. En cualquier caso, tú eres un jinete de dragón, debes conocer tu sitio y no salirte de él».

«Un día…» Nahia no podía apagar la rabia que la consumía.

«Hoy no es ese día» Eki le envió el mensaje con intención de que se calmara, no como una orden de su señor dragón.

Nahia no pudo controlar su rabia. Ver a Logan sin sentido en el suelo con partes de la armadura dañada era más fuerte de lo que podía soportar. La llama se fue incrementando y comenzó a sentir un calor que reconoció de inmediato.

Su condición se manifestaba. No, no era momento para ello. La maestra no debía verlo o castigaría su debilidad. Corría el riesgo de no terminar los entrenamientos, de ser expulsada.

A pesar de sus esfuerzos el gran incendio nació dentro de ella. El calor terrible de su interior saltó a toda su piel y comenzaron las palpitaciones, que fueron crecieron a un ritmo tan rápido como el vuelo de Eki. En un momento sintió que le iba a estallar el corazón. Tampoco podía respirar bien, no le entraba suficiente aire en los pulmones. Empezó a marearse y le sobrevinieron las náuseas. Todo sucedía tan rápido que no tenía tiempo de reaccionar ni podía controlarlo. Pudo entrever que la maestra y Laya la miraban con expresiones de sorpresa. Aroa y Eki intentaban comunicarse con ella, pero su mente rechazaba los mensajes de lo aturdida que estaba y lo mal que se sentía.

Se desequilibró y cayó al suelo. Todo su cuerpo se puso a temblar de forma compulsiva. Los calambres le asolaron piernas y brazos.

Aguantaba gritos de sufrimiento apretando la mandíbula mientras convulsionaba en el suelo. Hizo un esfuerzo tremendo por controlar el temblor en su mano derecha y la llevó hasta el cuello, donde colgaba el recipiente con el preparado de su abuela. Se obligó a sí misma a controlar brazo y boca. Le quitó la tapa al recipiente con los dientes y bebió el contenido de un trago.

Los calambres y las convulsiones cesaron tras un momento. Las palpitaciones y la dificultad para respirar pasaron. Su corazón y su respiración volvieron a ritmos normales y la temperatura le fue bajando hasta volver a ser la normal. Se quedó tirada en el suelo sin poder moverse.

Lo último que vio antes de desvanecerse fueron los ojos de la maestra clavados en ella.

Capítulo 27

Al anochecer se reunieron en la plaza de las estatuas, como habían acordado. Fueron llegando todos desde diferentes direcciones. Cuando estuvieron los cuatro disimularon haciendo como que inspeccionaban el estado de sus arcos y flechas.

—No he tenido suerte —dijo Lasgol—. ¿Y vosotros?

Nilsa negó con la cabeza.

—He visto túnicas azules y rojas, pero ninguna verde.

—Yo lo mismo. Es como si a los que llevan túnicas verdes los tuvieran escondidos —se unió Gerd—. Parece que han desaparecido todos o han cambiado de oficio.

—Es probable que sea lo segundo —razonó Lasgol.

—Ya, no hay mucho uso para un intérprete en una ciudad sitiada. Y más por un enemigo que no es de este mundo —convino Nilsa.

—Seguro que han muerto todos. Los intérpretes no creo que sean de los que sobreviven mucho —opinó Viggo.

—Tú siempre tan optimista… —recriminó Nilsa.

—Necesitamos encontrar a Celopus de inmediato. Por si no te has dado cuenta, ya ha pasado otro día —Viggo señaló al firmamento, ya era de noche.

—Lo sabemos, tranquilo —intentó calmarle Gerd.

Viggo arrugó la frente.

—He visto un par de edificios que podrían ser prisiones. Podemos investigarlos, están en medio de un distrito que debe pertenecer a una familia o clan importante de la ciudad.

—Es una mala idea. Seguro que hay soldados y, si no son una prisión, sino edificios militares, nos arriesgamos mucho para nada —argumentó Nilsa.

—Yo quiero arriesgar. Ya estamos aquí y no ha sido fácil que se diga. Sé que Ingrid está cerca, puedo sentirlo. Tengo que

encontrarla, el tiempo se nos va a acabar antes de lo que pensamos. Si topamos con dificultades cortamos cuellos, ¡y arreglado!

—Calma, Viggo. No te precipites ahora que ya casi estamos —dijo Gerd.

—Es que no me aguanto. Tengo que encontrarla como sea. Cada rato que pasamos aquí nos jugamos que nos descubran. Podría ser ahora mismo. Prefiero ser yo quien lo fuerce buscando a Ingrid.

—Deja de levantar la voz y disimula, que al final nos van a descubrir por tu culpa —pidió Nilsa.

—Tenemos otra opción. Sabemos que quien la tiene prisionera es el capitán general Sabis Gotirus, de una de las cinco familias regentes de Orecor —afirmó Lasgol dándole vueltas al problema en la cabeza.

—Podemos encontrar su distrito —opinó Nilsa—. Según me contó Ingrid, cada una de las cinco grandes casas tenía una parte de la ciudad para la familia y todos sus soldados.

—Esto ya me gusta más. Yo ya he encontrado a una de las familias y su distrito. Lo que no sé es a quién pertenece. Igual es la de ese maldito. Lo localizamos, le sacamos dónde tiene a Ingrid a golpes y luego le corto el pescuezo.

—Tranquilidad, Viggo… —pidió Gerd y estiró la cuerda del arco un par de veces, como calibrando la tensión del arma.

—Preferiría contar con la ayuda del intérprete, pero si no queda otra…

Lasgol no lo veía del todo claro. Aquel enfoque era el que no quería tomar, pero el tiempo corría en su contra. Cuanto más deambularan por la ciudad, mayor era el riesgo de que los descubrieran. Además, los dragones llegarían pronto.

—¿Cómo encontraremos la sección de la ciudad que pertenece a esa familia, a los Gotirus? —preguntó Gerd.

—Nos dividiremos y que cada uno busque una. Luego decidiremos cuál puede ser —planteó Nilsa.

—Las casas son de nobles, sus distritos serán los mejores de la ciudad —barruntó Gerd en voz alta.

—De lo que queda de ciudad —añadió Viggo—. Tienen vigilancia, soldados con distintivos sobre el corazón en su coraza. Creo que son

los emblemas de la familia a la que pertenecen.

—No creo que tengamos problemas para identificar las zonas, otra cosa es descubrir a qué familia pertenecen. Esos emblemas son una pista importante —comentó Lasgol—. Si pudiéramos identificar el de la familia Gotirus, sabríamos el distrito en el que están.

—Entonces tenemos dos tareas. Buscar los cinco distritos de las familias y descubrir cuál de ellas es la de los Gotirus con la ayuda de los emblemas —comentó Gerd.

Lasgol asintió.

—Sí, con cuidado.

—Yo registraré el oeste —se ofreció Gerd.

—Vale, ten cuidado, es la parte más conflictiva de la ciudad —advirtió Lasgol.

—Lo tendré, descuida.

—Nilsa, tú al sur y yo al norte. Viggo al este —repartió Lasgol.

—De acuerdo —asintieron todos.

—Vamos a ello, nos veremos aquí al amanecer —dijo Lasgol.

Los cuatro recorrieron la ciudad de noche. Era menos peligroso, ya que la gran mayoría de ciudadanos dormía. Las patrullas de guardia recorrían las distintas zonas de la urbe, pero al llevar antorchas las podían ver antes de que resultaran un problema y esconderse de ellas. También había puestos fijos de guardia, pero todos tenían fuegos con soldados, por lo que también eran fáciles de detectar y esquivar.

Recorrieron la ciudad buscando los distritos de las cinco familias regentes y, como ahora ya sabían qué buscaban, consiguieron encontrarlas. Tal y como Viggo había dicho, los distritos estaban vigilados por soldados y en su interior había edificios militares y de nobles, palacetes en su mayoría. Se fijaron en la insignia que llevaban los guardias. Esta parte resultó ser la más arriesgada, ya que tuvieron que acercarse bastante para poder verlas. La noche les protegía, pero al mismo tiempo no les dejaba discernir los detalles de la coraza de los guardias.

Con la llegada del amanecer se juntaron de nuevo en la plaza de las estatuas.

—¿Todo bien? —preguntó Lasgol.

—Todo bien —dijo Gerd, y Nilsa asintió.

—He encontrado un distrito de nobles, aparte del que ya encontré ayer, y he identificado dos insignias —dijo Viggo—, pero no he podido averiguar a qué familia pertenecen.

—Yo un distrito y un emblema —dijo Gerd.

—Yo lo mismo.

Lasgol asintió.

—Yo también. Ya tenemos a las cinco familias y sus distritos. Ahora solo queda saber cuál es la de los Gotirus.

—No puedo esperar, las ganas me devoran —dijo Viggo, que se frotaba las manos.

De pronto escucharon un sonido que los sobresaltó.

Eran campanas. Sonaban desde el oeste.

—¿Qué es eso? —Gerd enarcó una ceja.

Al momento todos los que estaban en la plaza y los alrededores echaron a correr.

—Esto no es bueno —Lasgol observaba cómo la gente abandonaba el lugar de forma urgente pero ordenada. No había caos. Sabían lo que tenían que hacer y a dónde debían ir.

Las campanas sonaban cada vez con mayor intensidad.

—Debe ser una alarma. ¡Atacan! —dedujo Nilsa.

—¿Por tierra, por aire… o los dos? —preguntó Viggo.

—Me parece que pronto lo averiguaremos —Lasgol miraba en todas direcciones para descubrir qué sucedía.

Un dragón rojo apareció en el cielo procedente del noroeste y comenzó a descender hacia la ciudad.

—Vienen por aire —confirmó Gerd y señaló la amenaza.

—Lagartijo con alas rojo —Viggo entrecerró los ojos y siguió el vuelo del dragón.

—Llega otro blanco del sureste —descubrió Nilsa y lo señaló.

—Y un tercero marrón del este, del mar —señaló Lasgol.

Vieron a varios grupos de soldados que parecían apresurarse a hacer frente al ataque.

—¿Qué creen que van a lograr estos? No irán a hacerles frente… —dijo Viggo.

—No lo sé, pero mejor buscamos una posición cubierta. Esto se va a poner feo de verdad en nada —recomendó Lasgol.

—Entremos en ese edificio, parece robusto —indicó Gerd con la cabeza hacia una casa de roca que debía de ser un almacén.

Echaron a correr mientras el dragón rojo descendía rugiendo con fuerza, anunciando la muerte que portaba. Abrió la boca y envió su aliento de fuego según planeaba sobre una de las zonas residenciales. Este alcanzó casas y calles y se propagó entre ellas como una serpiente compuesta de llamas que buscaba abrasar y calcinar cuanto encontraba a su paso.

Entraron en el edificio, que era casi en su totalidad de piedra, y subieron a la primera planta. Todo el interior estaba castigado por los elementos. Aquel lugar había sufrido varios ataques elementales, pero al menos seguía en pie. Tenía dos ventanas sin cristales. Se asomaron a observar el ataque del dragón rojo.

—¡Atentos, que nos os descubra! —advirtió Lasgol.

Capítulo 28

Los grupos de soldados se unieron y crearon un muro de escudos con las lanzas hacia delante. Se situaron hombro con hombro, lo más cerca que podían los unos de los otros. Formaron en tres filas y se giraron para encarar al dragón. No parecían tener miedo de enfrentarse a la muerte que la bestia alada portaba. Se quedaron quietos, en formación, impasibles, mientras el dragón rugía anunciando que los iba a calcinar a todos.

Lasgol observaba la maniobra. No le pareció que tuviera lógica alguna en aquella situación. El dragón los iba a destrozar con su aliento de fuego o descendiendo sobre ellos con sus terroríficas garras y la fuerza e impulso de su enorme cuerpo alado. Le pareció un suicidio que formaran así. Aquel bloque tan compacto sería muy buena opción contra infantería, e incluso contra caballería con sus lanzas sobresaliendo como picas, pero contra un dragón no tenía sentido. Contó cien soldados en cada línea y se sintió mal por ellos. Quiso gritarles que se apartaran y buscaran refugio, que iban a morir.

El dragón los vio y rugió victorioso. Luego viró en el aire para encararlos.

Un centenar de arqueros llegaron corriendo y se situaron tras los soldados con lanza y escudo. Con rapidez, pusieron una flecha en la cuerda de sus arcos y observaron el descenso del dragón. Iban a tirar contra la bestial criatura, que se les venía encima.

Esto sorprendió a Lasgol. Iban a morir todos. Se suponía que aquellos soldados eran muy buenos, y duros. Sabía que no temían a la muerte, pues allí estaban haciendo frente a un dragón. Sus oficiales debían saber que lo que intentaban hacer era de locos. No sobreviviría nadie.

Dos hombres más llegaron con paso rápido y se situaron detrás de los arqueros. Uno vestía una túnica azul oscura con dibujos que parecían representar las olas del mar. El otro vestía una dorada con el sol grabado en el pecho. Eran de mediana edad y portaban un báculo en la mano.

Lasgol supo de una forma instintiva que eran magos. Ahora sí que estaba confundido del todo. ¿Qué extraña formación era aquella y cómo iban a enfrentarse a un dragón rojo que bajaba desde los cielos a acabar con todos ellos? ¿Por qué no buscaban refugio entre las casas de roca? Era lo lógico, lo que debían hacer.

—¿Qué crees que van a intentar? —preguntó Gerd, cuya expresión de confusión era tan grande como la de Lasgol.

—No lo sé, pero me preocupa.

—El lagartijo rojo los va a calcinar a todos —auguró Viggo.

—No tiene buena pinta —Nilsa negó con la cabeza.

Sus ojos mostraban pena. Intuía que los defensores no iban a sobrevivir. Su heroica defensa iba a ser en vano, un sacrifico inútil.

El dragón observaba al grupo. Los soldados levantaron los escudos a tres niveles combinándolos en una muralla de dos varas de altura. Lasgol entendía que formar una barrera de escudos era una buena táctica defensiva, pero no contra un dragón. Los iba a destrozar.

Los arqueros pusieron sus flechas en las cuerdas y, apuntando al dragón, que se aproximaba planeando, tensaron hasta las mejillas.

—Esos arqueros no conseguirán mucho sin flechas explosivas —comentó Nilsa.

—Quizá sean muy buenos y acierten en los ojos —deseó Gerd, optimista.

—No son mejores que nosotros y tenemos serias dificultades para hacer eso mismo —corrigió Viggo.

—Sí, a mí también me cuesta pensar que vayan a acertar en los ojos —reconoció Lasgol.

El dragón abrió la boca y rugió. Estaba a unos cuatrocientos pasos acercándose rápido a los defensores.

Los dos magos comenzaron a conjurar moviendo el báculo que llevaban en la mano. El báculo del mago de la túnica azul destellaba

en un color blanco azulado y el de la dorada con destellos de puro oro.

—Eso es de lo más curioso… —comentó Gerd.

—¿Te refieres al mago dorado? —preguntó Nilsa.

—Sí, ¿habíais visto antes alguien cuyo báculo brillara en color dorado al usar su magia?

—No —reconoció Lasgol—. Podría ser magia dorada.

—No lo creo, sería demasiado bueno y ya sabéis que a nosotros cosas buenas nos pasan pocas —Viggo negó con la cabeza.

El mago de azul comenzó a crear una nube sobre los soldados que formaban la muralla de escudos y lanzas. Al mismo tiempo, el de túnica dorada creaba lo que parecía una esfera dorada sobre los arqueros.

—Esto se pone interesante. Esa nube y esfera que están creando son para ayudar contra el dragón —dedujo Gerd.

—Es muy extraño. ¿Qué pretenderán? —Nilsa miraba con la cabeza inclinada.

El dragón estaba ya a doscientos pasos. Abrió su gran boca, rugió una última vez, y dejó salir su aliento de fuego.

La nube azulada descendió sobre los soldados, a los que cubrió por completo. Un instante después, se volvía de hielo y escarcha. La muralla de escudos quedó recubierta por el hielo.

La esfera dorada permaneció sobre los arqueros. Se podía ver un flujo de energía viva en su interior que parecía flotar como si estuviera contenida en la esfera.

El aliento de fuego alcanzó a los soldados de la muralla e intentó calcinarlos. Sin embargo, el hielo y la escarcha que los recubría los protegieron. El fuego los envolvió, pero no logró quemarlos.

Los arqueros, protegidos del impacto del fuego por la muralla de los soldados frente a ellos, levantaron sus arcos y tocaron con la punta de la flecha la esfera dorada. Al hacerlo, la sustancia dorada del interior se adhirió a las puntas, tornándolas de oro. El fuego pasó sobre ellos para continuar calle abajo. Los arqueros apuntaron sobre el dragón, que los sobrevoló llenando la calle de fuego.

La barrera de soldados perdió su capa de escarcha y hielo por efecto del fuego, pero consiguieron proteger a los arqueros y a los

dos magos interrumpiendo el letal flujo de llamas. Los arqueros soltaron y sus flechas se dirigieron a impactar contra el dragón. No buscaron alcanzar la cabeza, sino que optaron por un blanco mucho más fácil: su estómago.

Lasgol observaba con mucha expectación. Aquella defensa combinada de soldados, arqueros y magos de la ciudad era de lo más interesante. No sabía a quién se le había ocurrido, pero era una mente brillante, sin duda.

Las flechas con las puntas doradas se clavaron profundas en el dragón, que rugió de rabia. Voló hacia un lado sin ganar altura con un centenar de flechas clavadas por su abdomen.

—¡No puede ser! —exclamó Gerd con ojos enormes.

—Las flechas se han clavado por toda la barriga del lagartijo —Viggo sacudía la cabeza, no podía creerlo.

—Y los soldados han aguantado el fuego —Nilsa se frotaba los ojos.

Los dos magos tenían levantadas defensas antimagia en forma de esfera que los protegieron del fuego elemental, pero gracias al muro de escarcha, apenas si los alcanzó.

Lasgol observó cómo los arqueros, con gran rapidez, ponían una segunda flecha en la cuerda del arco y repetían el movimiento. Elevaban el arco para que la punta de la flecha se imbuyese del poder dorado de la esfera que flotaba sobre ellos. Un momento después tiraban contra el dragón antes de que saliese de su alcance. El centenar de proyectiles se clavaron en la espalda y cola del dragón, que volvió a rugir de rabia.

—Empiezo a entender cómo han sobrevivido hasta ahora —comentó Lasgol.

—¿Me engañan mis ojos o le han clavado doscientas flechas a un dragón en un momento? —preguntó Gerd, que se frotaba los ojos.

—No te engañan. Y se las han clavado profundas —dijo Lasgol.

—Eso quiere decir que ese mago utiliza magia dorada. No puede haber otra explicación —expresó Nilsa entre asombrada y esperanzada.

—Sí, el mago ese es dorado. Tenemos que reclutarlo —afirmó Viggo.

—No sé yo si querrá que lo reclutemos. Parece que está bastante liado salvando a su ciudad y sus gentes —le contradijo Gerd.

—Pues lo hacemos a la fuerza —dijo Viggo.

—Eso no es una buena idea. Pero deberíamos hablar con él y obtener información sobre su magia —opinó Lasgol.

—Ahí vuelve el dragón, ¡atentos! —advirtió Gerd.

Esta vez el dragón optó por bajar con sus garras por delante y realizar un ataque físico en lugar de usar su aliento de fuego. Era un dragón experimentado, sabía que el mago de agua podía contrarrestar su aliento de fuego, así que optó por la fuerza física en la que era incomparable.

Lasgol pensó que contra eso no podrían defenderse.

El mago azul creó un muro de hielo frente a los soldados mientras el dorado enviaba más energía a la esfera dorada. Los arqueros tocaron con sus flechas la esfera. Un instante después el mago dorado adelantaba esta hacia los soldados de la muralla.

Nilsa no pudo evitar soltar una exclamación al ver cómo descendía el dragón a gran velocidad para impactar contra los defensores.

Los soldados no se movieron hasta que el dragón estuvo cerca de impactar. Mantuvieron una calma fría y, en ese momento, de forma rapidísima, se dieron la vuelta y con las puntas de sus lanzas tocaron la esfera que el mago había movido hasta ellos. Impregnaron las puntas y se separaron en dos líneas paralelas.

El dragón impactó contra el muro de hielo y lo destrozó, pero pareció hacerle perder algo de inercia. Era imposible que lo detuviera, pero lo frenó un poco.

Los arqueros soltaron a una sus flechas de punta dorada y se lanzaron a los lados para salir del área de impacto del dragón, que avanzaba hacia ellos con las garras por delante.

Los dos magos corrieron uno hacia cada lado para no ser embestidos.

Las flechas de los arqueros alcanzaron al dragón en cabeza, torso y alas. Este rugió y luego impactó contra los que no habían conseguido ponerse a salvo a tiempo. Se llevó por delante a varios

soldados y arqueros que corrían a apartarse, aunque los magos consiguieron evitar ser alcanzados al estar los más atrasados.

La maniobra de los arqueros y magos no fue lo que más sorprendió a Lasgol, sino el hecho de que los soldados habían atacado los costados del dragón según la bestia pasaba entre las dos líneas que formaban. Sus lanzas se habían clavado penetrando en el cuerpo.

El dragón movió con fuerza las alas y comenzó a remontar el vuelo. Lo siguieron medio centenar de flechas que le volvieron a alcanzar antes de poder poner suficiente distancia con los tiradores.

Lasgol pudo apreciar que el dragón perdía sangre por innumerables heridas. No eran profundas, pero eran varios centenares de ellas. Ninguna criatura, ni siquiera un dragón, podía permitirse perder mucha sangre con tantísimas lesiones.

Con un último rugido de rabia el dragón voló y abandonó la zona.

—¡Si no lo veo no lo creo! ¡Lo han derrotado! —exclamó Nilsa.

—Lo han dejado como un colador —rio Viggo.

—Impresionante —asintió Gerd—. Estos soldados son realmente tan buenos como se decía.

—Si le hacen eso a un dragón, no quiero saber lo que les harán a los soldados de Kraido —comentó Nilsa.

Los soldados y arqueros supervivientes se reagruparon junto a los magos. Un momento después todos corrían.

—¿A dónde van ahora? —preguntó Nilsa.

—No lo sé, pero mejor no perdemos de vista al mago dorado —opinó Gerd.

—Sí, ese vale su peso en oro —dijo Viggo sonriendo.

Capítulo 29

Salieron del edificio y se dispusieron a seguir a los soldados, arqueros y a los dos magos. Lasgol iba primero con Viggo en sus talones. Nilsa y Gerd los seguían. Formaban una línea de a uno, como acostumbraban a hacer. Se pegaron a la pared y avanzaron con precaución.

Lasgol llegó hasta la esquina y sacó la cabeza con un movimiento de latigazo para mirar sin ser visto. Levantó el puño.

Se detuvieron.

—Más soldados y arqueros llegan a unirse a los que hemos visto —informó en un susurro.

—¿Y más magos? —se interesó Nilsa.

Lasgol negó con la cabeza.

—Soldados con lanza y escudo, y arqueros —informó.

Aguardó un momento y echó otro vistazo. Les hizo el gesto de que seguían adelante.

Se dirigieron hacia el sureste. Los soldados y magos corrían como si los persiguieran leones salvajes. Lasgol les seguía a la carrera, pero con cuidado, observando las calles adyacentes y los edificios altos por si alguien los veía. Según avanzaban pasando por avenidas y plazas castigadas por los ataques, pensó que, a ojos de los defensores, ellos eran un grupo de arqueros que intentaban conectar con el grupo que corría frente a ellos y no resultarían demasiado sospechosos. Eso lo tranquilizó, pero, así y todo, no dejó de mirar a derecha e izquierda en todo momento por si acaso. Si se encontraban con otro grupo podría suceder algo feo, como la última vez, y no era el momento para ello.

Dieron la vuelta a un gran edificio bastante castigado y se encontraron con el motivo de las prisas de los soldados y magos.

Frente a ellos encontraron a otro grupo de soldados, arqueros y magos luchando contra un dragón marrón que rugía anunciando la muerte que traía. Estaba posado en el suelo y atacaba a los soldados con su boca, matándolos con sus fauces.

—Nos esconderemos en las alturas —dijo Lasgol y subió por las escaleras semiderruidas de un edificio de cuatro pisos. Según subía los escalones pudo comprobar que las escaleras y parte de la pared estaban a punto de colapsar.

—Cuidado, pies ligeros —advirtió a sus compañeros.

—Más que pies, cuerpo de pluma —replicó Viggo que, al apoyar el pie derecho en un escalón, lo hundió.

Viggo, con su prodigiosa agilidad, voló de un salto brusco hasta el siguiente y continuó subiendo. Iban tan rápido y de forma tan grácil cómo podían. Lasgol alcanzó el tejado descubierto y Viggo lo siguió al momento. Nilsa ya casi estaba en los últimos escalones cuando Gerd apoyó la mano izquierda en la pared y se derrumbó hacia el interior. El grandullón, con sus secuelas físicas, no pudo recuperarse y cayó dentro del edificio. Nilsa oyó el ruido y giró la cabeza.

—Oh, no… —masculló y se volvió para bajar a ayudarle.

El grandullón estaba de lado en el suelo, cubierto de polvo. Nilsa entró en el edificio con el arco por delante y vio que no había peligro. Estaba desierto.

—Ni una palabra de esto a Viggo —dijo Gerd a Nilsa mientras se ponía en pie y se sacudía el polvo.

—Tranquilo, no he visto nada —sonrió ella.

—Estas secuelas de lo sucedido en el Refugio a veces me juegan malas pasadas —negó con la cabeza mientras recuperaba su arco.

Nilsa se sintió mal por su amigo. No había nadie con mejor corazón que él y no se merecía aquello. Por desgracia la vida era de todo menos justa.

—Todos tenemos alguna secuela. Llevamos mucho tiempo siendo las Panteras de las Nieves, es imposible no tenerlas. Tú la cadera, Lasgol la mente y la magia, Viggo las extremidades, y yo abierta en dos… —bajó la cabeza hacia el torso.

Gerd la miró, extrañado.

—A ti no te ha quedado secuela alguna, ¿verdad?

Nilsa suspiró.

—Bueno…

—Nos dijiste que no.

—No dije toda la verdad —se sonrojó Nilsa.

—¿Qué te ha quedado? —Gerd la miró con ojos de preocupación.

—Pulmones. Uno de ellos está tocado y no respiro tan bien como antes.

—Vaya… cuánto lo siento… No se nota…

—Eso es, no se nota y que quede entre nosotros. No quiero escuchar a Viggo meterse conmigo más todavía. Ya sabes que a la menor oportunidad o excusa que encuentra…

—No te preocupes, ni una palabra —Gerd apretó los dedos sobre los labios.

—Me pregunto cómo estarán Ingrid, Astrid y Egil… seguro que alguna secuela tendrán también después de todo lo que habrán pasado…

—Mejor no pensar en eso —aconsejó Gerd.

Se escuchó otro rugido tremendo.

—¡Subamos, rápido! —dijo Nilsa.

Salieron a la escalera y ascendieron el último tramo. Lasgol y Viggo estaban tumbados al final del tejado plano observando lo que sucedía. Llegaron hasta ellos y se echaron al suelo.

—Ya os ha costado. ¿Estabais echando una siestecita? —regañó Viggo con tono irónico.

—Asegurando la planta inferior a esta, por si acaso —respondió Nilsa.

Lasgol la miró. Aquella respuesta era casi creíble, si bien le dio la impresión de que no era verdad, pero no dijo nada.

—Pues llegáis a tiempo, el dragón marrón se los va a comer a todos. Se lo está pasando en grande —dijo Viggo.

Observaron cómo el dragón mataba a varios soldados a dentelladas, partiéndolos en dos o arrancándoles la cabeza. Ellos intentaban clavarle las lanzas, pero no atravesaban sus escamas. Los arqueros tiraban contra la cabeza sin demasiada suerte. Alcanzaban a veces la boca, pero no los ojos. No eran tiradores expertos como los Guardabosques. El dragón aplastaba a los arqueros con sus patas

o los destripaba con sus garras. Los dos magos de túnicas azules intentaban congelar al dragón con conjuros de agua y hielo sin conseguirlo.

El grupo del mago dorado todavía no había llegado a reforzar a los que luchaban contra el dragón marrón y las bajas eran enormes.

—¿Por qué no lo detienen los magos? —preguntó Gerd con tono de horror al ver cómo el dragón destrozaba a los soldados y arqueros como una bestia asesina insaciable.

—Esos magos no tienen magia dorada. Su magia es de agua —reconoció Lasgol.

—Y con eso poco van a poder hacer contra esa bestia salvaje que además parece que está disfrutando de hacerlos pedazos —comentó Viggo.

—Es horrible, los está diezmando de forma tan salvaje… —Nilsa se tragó una exclamación de horror.

El dragón se abrió paso hasta los dos magos de agua. Ellos levantaron sendos muros de hielo para protegerse y que los soldados se resguardaran. El dragón soltó dos fortísimos zarpazos y destruyó uno de los muros. Los dos magos se retrasaron rápidamente y con ellos los pocos soldados y arqueros que seguían con vida.

El dragón rugió victorioso y, al ver que huían, atacó con su aliento elemental de tierra. De su boca surgió un caudal de rocas a gran velocidad y potencia que lapidó todo lo que encontró por delante. Los soldados y arqueros murieron destrozados por las de rocas que los alcanzaron con una fuerza devastadora.

Los edificios a derecha e izquierda de la calle por la que huían quedaron también muy dañados por el impacto de las rocas contra sus paredes. El aliento de tierra no respetaba nada, ni carne, ni hueso, ni piedra. Los dos magos llevaban esferas antimagia que los protegieron del aliento, pero por sus expresiones y forma de caminar arrastrando los pies y dando bandazos, estaban exhaustos y a punto de desfallecer. El dragón rugió seguro de su victoria.

—Es horrible —se lamentó Nilsa.

—Así son los dragones. Es ellos o nosotros —dijo Viggo.

—La victoria será nuestra —afirmó Gerd, que observaba con mirada de gran enfado.

Lasgol quería creer que así sería, pero viendo lo poderosos que eran aquellos monstruos, las matanzas de las que eran capaces, tenía sus dudas.

—Llegan los refuerzos —dijo a sus compañeros con tono de ánimo.

El grupo del mago dorado llegó frente al dragón marrón. Los soldados formaron su barrera de escudos como lo habían hecho contra el rojo y los arqueros se situaron detrás. Iban a emplear la misma táctica de combate. Lasgol les deseó que tuvieran la misma suerte que con el dragón rojo.

Los dos magos supervivientes entraron entre los soldados intentando ponerse a salvo. El dragón rugió y sacudió sus grandes alas mostrando su inmensa superioridad a los recién llegados. El sonido ensordecedor y aterrador encogería el alma del más valiente. Sin embargo, ninguno de los que corrían a su encuentro dudó o se estremeció. Los soldados de aquella ciudad eran tan buenos luchando como entregados a su causa y morirían combatiendo. No les importaba el sacrificio que hacían. Se debían a la ciudad y por ella morirían. Lasgol sintió orgullo por aquellos guerreros de corazón inquebrantable.

El mago de agua de refuerzo creó una muralla de hielo delante de los soldados para protegerlos. Lasgol entendió que al no ser un dragón de fuego las cosas cambiaban y contra el elemento tierra, el elemento agua tendría más dificultades. El agua no podía vencer a la tierra, o a Lasgol le parecía muy poco probable que pudiera hacerlo. La magia de aire tendría opciones con una tormenta de rayos y descargas que rompieran roca y piedra. Pero el agua… no.

El mago dorado comenzó a crear su esfera de poder sobre las cabezas de los soldados. Mientras lo hacía, el dragón atacó la muralla de hielo con su aliento de tierra. El potente caudal de rocas impactó contra el hielo. Por un instante la muralla pareció que iba a soportar el embate, pero no fue así. El hielo comenzó a resquebrajarse mientras el dragón enviaba su aliento de roca y piedra de lado a lado de la muralla helada. El resquebrajamiento dio

paso a pedazos de hielo que comenzaron a salir despedidos en todas las direcciones. Al golpear con semejante fuerza, el hielo se destruía y salía por los aires hecho añicos.

El mago de agua envió energía a la muralla para que aguantara. Lasgol se dio cuenta de que lo que en realidad pretendían era hacer perder tiempo al dragón. Un tiempo precioso que el mago dorado necesitaba para crear su nube de poder. El otro de agua llegó hasta su compañero y se volvió. Comenzó a enviar la poca energía que le quedaba a sostener el muro de hielo.

El dragón intensificó el ataque. Se movió hacia delante para situarse más cerca de la muralla y así bombardearla con miles de rocas y piedras de forma más rápida y continua. Más y más trozos de hielo saltaban por todos lados.

—Esa muralla va a caer… —Nilsa miraba con ojos llenos de angustia.

—Y cuando lo haga los soldados lo van a pasar muy mal —añadió Viggo.

—Al menos el dragón no es muy inteligente —dijo Gerd.

—¿Por qué lo dices? —Viggo frunció el ceño.

—Está repartiendo el ataque por toda la muralla…

—En lugar de concentrarlo en un único sitio y abrir un agujero —terminó la idea Nilsa.

—Eso es —asintió Gerd.

—Pues ni lo penséis, a ver si se le va a ocurrir al lagartijo por haberlo pensado —dijo Viggo.

—Ya es demasiado tarde para ello —opinó Lasgol.

—¿Por qué? —Viggo le miró extrañado.

—El mago dorado va a terminar de conjurar.

Y como si Lasgol lo hubiera medido en tiempo, el mago dorado finalizó su conjuro y la esfera de poder se creó sobre los soldados y arqueros. Al momento todos levantaron lanzas y flechas para imbuir las puntas del poder dorado.

El dragón consiguió por fin destruir el muro de hielo y rugió, sanguinario. Atacó de inmediato a los magos enemigos con su aliento elemental de tierra. Las esferas protectoras antimagia impidieron que murieran lapidados, pero el dragón mantuvo su

aliento fijo sobre ellos tres, los quería muertos. Las esferas se debilitaron de inmediato y los magos enviaron energía para que no se destruyeran.

Uno de los de agua que había estado inicialmente luchando con el dragón se quedó sin energía. Su esfera se destruyó bajo el poderoso caudal de piedras y rocas que lo atacaba y un momento después murió lapidado.

—No… pobre hombre… —se lamentó Nilsa.

—No ha podido aguantar más. Una pérdida importante para la ciudad —negó con la cabeza Gerd.

—Sí, los magos no crecen en los árboles, precisamente —Viggo hizo un gesto de contrariedad.

—Ahora lo vengarán —previó Lasgol.

Los arqueros tiraron con sus arcos y flechas imbuidas por el poder dorado y alcanzaron al dragón en cabeza, cuello y torso. Más de un centenar de flechas se clavaron casi al mismo tiempo. El dragón rugió de dolor y al hacerlo su ataque se detuvo.

Los soldados vieron la oportunidad y se lanzaron a por él. Avanzaron sobre el dragón a la carrera blandiendo sus lanzas, cuya punta era ahora de oro, imbuida del poder de aquel mago dorado. Rodearon a la gran bestia a la carrera. Eran rápidos y disciplinados y sabían lo que debían hacer. A una, siguiendo una orden, todos clavaron sus lanzas en el cuerpo del dragón una y otra vez.

La criatura rugió de dolor. Las puntas entraban en su carne atravesando sus escamas, pero la gran bestia no se iba a dejar vencer tan fácilmente. Sacudió las enormes alas y su cola buscando quitarse de encima a los soldados que le atacaban. Los valientes defensores salieron volando al ser golpeados por alas y cola con terrible fuerza. Con lo descomunal que era aquel dragón, los mandó volando por los aires sin mayor esfuerzo.

—Parecen enanitos intentando clavar alfileres a un reptil con alas gigantesco —opinó Viggo.

—Sí… eso parece… pero esos alfileres le han dolido —dijo Gerd.

—Los está destrozando con su fuerza física —Nilsa observaba acongojada cómo los soldados eran diezmados por los golpes del monstruo.

—Sí, es un abusón de libro —afirmó Viggo.

Los arqueros tiraron contra el dragón para intentar ayudar a sus compañeros. Un centenar de flechas de punta dorada se clavó por todo el torso y la cabeza del dragón. Un rugido de dolor y rabia salió de su garganta y detuvo su ataque contra los soldados con lanza e intentó usar su aliento de tierra sobre los arqueros. Antes de que pudiera hacerlo, volvieron a tirar otro centenar más que igualmente se clavaron por todo su cuerpo. El dolor que le produjeron desconcentró al dragón, que no pudo usar su ataque mágico elemental. Se quedó con la boca cerrada tras haberle entrado una veintena de flechas.

—Los arqueros le han cerrado la bocaza —se animó Viggo.

—Han impedido que use su magia sobre ellos —dedujo Nilsa.

—Van a tirar de nuevo —comentó Gerd.

Lasgol tuvo un mal presentimiento por alguna razón. Los arqueros estaban ganando la batalla, pero, aun así, presintió que algo no iba bien.

El dragón sacudió las alas y en lugar de atacar con su magia dio un salto hacia delante para caer entre los arqueros con todo el peso de su cuerpo y sus letales garras, desgarrando a quien alcanzara.

Parte de los arqueros tiraron con una determinación inquebrantable hasta el final. Algunos vieron lo que se les venía encima e intentaron apartarse. Otros fueron aplastados, pero no sin haber antes tirado una última vez.

El dragón rugió. Estaba acribillado a flechazos y perdía sangre por incontables heridas de flecha y lanza. Lasgol se percató de que le quedaba poco de vida, pero vio que sus ojos brillaban. No iba a morir todavía.

La gran bestia marrón rugió una vez más y dio otro salto hacia delante, esta vez buscando matar al mago dorado. Cayó sobre los magos que quedaban en pie. Los tres tenían esferas protectoras contra ataques físicos, los de agua una de hielo y el dorado una de oro sólido. Los magos de agua salieron despedidos hacia un lado rodando con su esfera, que iba perdiendo fragmentos de hielo. El mago dorado se quedó atrapado bajo la garra delantera derecha del dragón.

—¡Va a matar al mago dorado! —exclamó Nilsa.

El dragón puso su otra garra sobre la esfera dorada que protegía al mago y apretó con fuerza para reventarla. Miró al mago dorado, al que aplastaba con toda la fuerza de su enorme cuerpo. El mago enviaba toda la energía que le quedaba a impedir que su defensa se destruyera.

Trozos de oro salieron despedidos en todas las direcciones. No iba a poder mantener la esfera, el dragón era demasiado fuerte, iba a destruir la protección y a aplastarle.

Los arqueros supervivientes continuaron tirando contra la espalda del dragón. Un grupo de soldados saltó también sobre la espalda del monstruo y le clavaron las lanzas una y otra vez golpeando con todas sus fuerzas.

El dragón rugió de dolor, pero no se detuvo en su intento de acabar con el mago, sabía que era el causante de que los arqueros y soldados pudieran herirle y lo iba a matar como fuera. Debía morir allí y ahora, por lo que había hecho y lo que representaba. Era una amenaza para los dragones y eso ningún dragón lo iba a dejar pasar. Debía morir, así lo marcaba la Senda y así sería.

La esfera se rompió en mil pedazos de oro bajo la tremenda presión que estaba ejerciendo el dragón. El mago, de alguna forma, consiguió arrastrarse por el suelo boca abajo entre las zarpas antes de que éstas lo aplastaran.

El dragón irguió la cabeza, seguro de su victoria, ignorando las incontables heridas que le estaban causando en la espalda. Levantó la garra para aplastar al mago con ella y rugió triunfal. El enemigo de los dragones moriría.

Lasgol se levantó, apuntó con su arco dorado e invocó Tiro Múltiple. Envió energía al arco.

—¿Qué haces… ? —preguntó Viggo extrañado.

—Lasgol… —Nilsa miró a su compañero y luego al dragón.

—¡Tiremos todos! —pidió Gerd.

El mago supo que era su final y levantó la mirada, con un semblante lleno de desesperanza. Iba a morir aplastado por uno de los dragones contra los que había luchado hasta su último aliento.

Sus ojos captaron un poderoso destello dorado sobre el tejado de un edificio frente a él, un destello que reconoció al instante. Aquello era magia dorada, como la suya, pero no podía ser. ¿O sí?

Tres flechas entraron de forma simultánea por la boca del dragón en su rugido final, llegaron a la garganta y estallaron con explosiones de fuego para continuar y clavarse profundas en la carne.

La sorpresa del dragón fue absoluta. Sus ojos se abrieron desorbitados. A las tres flechas le siguió otra más tras un instante. A esta otra y un momento después una tercera, todas de fuego que estallaron en sus fauces. De la boca del dragón salieron llamas, las de las flechas elementales con las que habían tirado Nilsa, Gerd y Viggo. El dragón sintió que se ahogaba y le ardía su garganta.

Abrió la boca cuanto daba intentando que las llamas salieran. Alzó la mirada hacia los tiradores. Se produjo un nuevo destello dorado y tres flechas llegaron a la vez y se clavaron en el interior de la garganta del dragón con tres estallidos de fuego.

Murió con la garra sin terminar de bajar para aplastar al mago y se desplomó a un lado como un edificio derruido.

El mago se arrastró por el suelo y se puso en pie. Miró hacia Lasgol y sus compañeros de pie en el tejado con los arcos en las manos.

—Será mejor salir de aquí, el mago nos ha visto —sugirió Gerd.

—Sí, mejor que no vengan a ver quiénes somos —opinó Nilsa.

Para sorpresa de todos, el mago se inclinó y realizó una reverencia.

—No creo que vaya a enviar a nadie —dijo Lasgol.

—¿Seguro? No sé yo… — Viggo arrugaba la frente.

—Creo que ha reconocido la magia del arco —respondió Lasgol.

—En cualquier caso, mejor cambiar de posición —aconsejó Gerd.

—Sí, eso es cierto. Busquemos otro lugar elevado —afirmó Lasgol y marcharon del tejado a la carrera.

Capítulo 30

Bajaron del edificio con rapidez y cuidado para evitar que las escaleras o la pared les causaran un disgusto. En la calle observaron cómo los supervivientes del enfrentamiento contra el dragón marrón se agrupaban y hablaban entre ellos. Parecían estar exhaustos.

—Movámonos, no vaya a ser que el mago dorado envíe gente a investigarnos —dijo Gerd.

—Sí, mejor poner distancia de por medio, pero no podemos perderlo de vista —dijo Lasgol—. Hay que averiguar todo lo posible sobre ese mago y su magia.

—En eso estamos todos de acuerdo —asintió Viggo.

Buscaron otro edificio cercano que les permitiera esconderse y al mismo tiempo ver qué sucedía. Un rugido procedente del norte les recordó que todavía quedaba un dragón sobrevolando aquella zona de la ciudad. Encontraron una casa de dos pisos en buen estado estructural pero abandonada y se refugiaron en ella. Por una ventana al este podían ver al mago y su grupo.

—¡Un momento! —pidió Viggo y se puso sobre una rodilla.

—¿Qué sucede? —preguntó Gerd.

—Se me ha olvidado hacer una muesca en mi cinturón de cazadragones.

Nilsa puso los ojos en blanco.

—De verdad que eres un tormento…

Gerd sacudió la cabeza e hizo un gesto de incredulidad.

—¿Qué? ¿Hemos matado otro dragón o no hemos matado otro dragón?

—Solo lo hemos rematado, los defensores de la ciudad lo han hecho —corrigió Nilsa.

—Quien da el tiro de muerte se lleva la gloria de la caza. Aquí es igual —dijo Viggo sonriente y grabó una muesca en su cinturón con uno de sus cuchillos.

Los rugidos del dragón les llegaban traídos por la brisa que recorría la ciudad.

—Espero que nuestro mago dorado y su grupo no hagan ninguna tontería —dijo Viggo.

—¿Una tontería? ¿A qué te refieres? —preguntó Nilsa.

—Se ponen en movimiento —avisó Lasgol.

—¿Se retiran? —preguntó Gerd.

—No, se dirigen al norte —dijo Lasgol.

—A esa tontería me refería —respondió Viggo y suspiró.

—Definitivamente van hacía el norte, se van a enfrentar a ese último dragón —dedujo Lasgol.

—Valientes son… —reconoció Gerd asintiendo.

—Cierto. No debe quedarles apenas energía para poder conjurar —comentó Lasgol.

—Lo que son es unos insensatos. Corren hacia la muerte con los brazos abiertos. Ya se han salvado dos veces, no lo van a hacer una tercera —opinó Viggo.

—Cumplen con su deber. Tienen honor y compañerismo y no abandonan a los suyos a su suerte —dijo Gerd.

—Pues son unos ingratos. Les acabamos de salvar la vida y se lanzan de cabeza a la muerte de nuevo —Viggo se encogió de hombros—. Parece que estén deseando morir.

—Nadie quiere morir, y sí son unos valientes —reprochó Nilsa.

—Sigámosles —pidió Lasgol y se pusieron en movimiento tras el grupo.

Se dirigieron hacia el lugar de la lucha. Vieron a varios grupos de soldados que corrían hacia el mismo sitio, pero ninguno se fijó en ellos. Todos tenían puestos los ojos en el monstruo volador blanco que atacaba la ciudad entre horripilantes rugidos. Hicieron como si ellos también corriesen a enfrentarse al dragón.

—Van muy lentos —se dio cuenta Gerd.

—Están muy cansados —Lasgol también lo había notado.

—Mejor los pasamos y ojeamos la zona. Ya sabemos a dónde van —dijo Nilsa.

—Buena idea —convino Lasgol.

Adelantaron al mago dorado y su grupo poniendo varios edificios de separación entre ellos. Cuando llegaron, buscaron uno con buena visibilidad a unos trescientos pasos. Subieron a la carrera hasta el tejado y vieron que tenía una parte cubierta y otra despejada. Se refugiaron en la cubierta.

Observaron el combate por un momento. Un dragón blanco joven castigaba a los soldados de aquella área de la ciudad realizando pasadas y descargando su aliento elemental de aire en forma de caudal de tormenta. Descargaba rayos y vientos mortales sobre los soldados y arqueros que estaban sufriendo cantidad de bajas.

—No les va bien… —se lamentó Gerd agazapado observando el combate.

Lasgol observó cómo el dragón se elevaba para girar y volver a realizar una pasada sobre los defensores.

—Si no desciende poco pueden hacer contra ese dragón y sus tormentas.

—No veo un mago dorado con ellos… —Nahia miraba con ojos entrecerrados.

—Tienen un mago de agua, algo más retrasado —se dio cuenta Gerd.

—Pues solo con un mago de agua no van a poder derrotar a un dragón blanco que no toma tierra —razonó Viggo.

—No les condenemos tan rápido. Ya han derrotado a dos dragones y eso es todo un logro.

—Al último lo hemos matado nosotros, insisto —especificó Viggo.

—Solo hemos salvado al mago dorado —corrigió Nilsa.

—Pues mira, ahí llega —dijo Viggo y señaló hacia el costado del edificio.

Vieron a varios grupos de soldados que corrían a ayudar a los que estaban siendo masacrados. Entre ellos iba el mago dorado y un mago de agua.

Los soldados y el mago de agua que se enfrentaban al dragón comenzaron a retroceder. Estaban vencidos. No habían visto todavía

a los otros grupos de refuerzo que llegaban desde diferentes calles a ayudarlos.

—Esos se retiran, hacen bien —opinó Viggo.

—Solo hasta que se encuentren con los que vienen —corrigió Gerd.

Así fue. Los varios grupos de soldados y arqueros que corrían a reforzar a los defensores consiguieron llegar hasta los que se retiraban. Al encontrarse, formaron filas y se prepararon para hacer frente al dragón.

Los soldados formaron la muralla de escudos y lanzas y los arqueros se situaron tras ellos, con los tres magos al fondo. Mientras se reagrupaban, más soldados y arqueros aparecieron de calles adyacentes y se unieron a la defensa.

—Están un poco locos estos soldados —dijo Viggo negando con la cabeza.

—Luchan como pueden. ¿Qué harías tú en su lugar? —dijo Gerd.

—Eso seguro que no. Van a morir, ya lo verás.

El dragón blanco descendió sobre los defensores en vuelo raso siguiendo una vía amplia que daba a la plaza donde se habían posicionado. Rugió y abrió la boca para lanzar su ataque elemental. Los magos de agua conjuraron con la poca energía que les quedaba y crearon una ola de hielo para proteger a la formación. El mago dorado logró crear una esfera de oro, solo que era mucho más pequeña y fina que las que había formado con anterioridad.

—Están sin energía, creo que eso es todo lo que van a poder conjurar. Ni siquiera han levantado esferas defensivas para protegerse a ellos mismos —analizó Lasgol.

—Pues el dragón los va a masacrar —auguró Viggo.

El aliento de tormenta golpeó la ola que protegía a los defensores. El dragón mantuvo el caudal de muerte sobre la ola gélida todo lo que el vuelo le permitió y luego comenzó a elevarse. Los arqueros imbuyeron sus flechas en la sustancia dorada de la esfera y tiraron. El dragón recibió decenas de proyectiles en sus alas y rugió con fuerza.

—¡Ah, mira! Van a por las alas para que baje, son listos después de todo —opinó Viggo.

—Llevan años de asedio. Habrán aprendido una cosa o dos —dijo Nilsa.

El dragón se puso rápidamente fuera de alcance y viró, pero esta vez no encaró la misma vía. Atacó por la espalda desde otra calle que llegaba hasta la plaza.

—Oh, oh… —Nilsa se temió lo peor.

—Este dragoncito blancucho es listo —Viggo entrecerró los ojos.

—Va directo a por los magos y están al descubierto —se dio cuenta Lasgol—. Ayudémosles.

—¿En serio? —Viggo puso cara de no poder creerlo.

El dragón se dirigió hacia los magos volando a baja altura. Los defensores se percataron de la situación y comenzaron a maniobrar. Todos corrieron a colocarse del otro lado de la ola helada que, aunque muy resquebrajada, aún aguantaba en pie. Los magos eran los últimos y los más lentos. Una treintena de soldados se quedó tras ellos y formó un muro con sus cuerpos para proteger su retirada.

—¡Tirad contra la cabeza, hay que distraerlo! —pidió Lasgol a sus compañeros con urgencia.

—¿Para qué? Están condenados —Viggo no estaba muy por la labor.

—El mago dorado tiene que sobrevivir —dijo Lasgol.

—Necesitamos hablar con él —apoyó Gerd.

—Como queráis, pero ese mago lleva un deseo de muerte grabado en la frente.

El dragón rugió y envió su aliento elemental de aire con vientos y rayos tremendos. Los soldados aguantaron firmes y varios salieron volando por los aires de la potencia de los vientos. Otros murieron al instante al ser alcanzados por los rayos y relámpagos que llevaba el caudal elemental.

Lasgol tiró con Tiro Certero y una Flecha de Tierra. El dragón estaba a uno cuatrocientos pasos de su posición, era un tiro que podía hacer, pero quería acertar no en la cabeza, sino en el ojo.

Se produjo el destello verde de su magia y luego el dorado de la del arco. La flecha impactó contra el ojo izquierdo del dragón. La explosión de tierra lo cegó momentáneamente y la flecha se clavó

en el ojo. El dragón volvió la cabeza hacia la izquierda justo cuando las flechas de Gerd y Viggo impactaban en su frente. Eran flechas de tierra que intentaban que el dragón no pudiera ver. No consiguieron alcanzar los ojos, pero le molestaron. El dragón viró y en lugar de atacar a los soldados que protegían la huida de los magos se dirigió hacia ellos.

—Viene a por nosotros —advirtió Gerd.

—Pues se va a enterar —afirmó Viggo seguro de sí mismo.

El dragón se dirigió hacia el edificio.

La flecha de Nilsa le alcanzó en el ojo derecho de pleno y explotó. Era una flecha de fuego que le quemó parte del ojo.

El dragón rugió de rabia y sacudió la cabeza girando a medio vuelo. Parecía que intentaba decidir si atacarles a ellos o a los soldados.

Lasgol, Gerd y Viggo ya tenían preparada otra flecha y tiraron al ver que el dragón volaba indeciso. La de Lasgol, de fuego, alcanzó de nuevo el ojo izquierdo. El dragón estaba a unos doscientos cincuenta pasos, por lo que sus ataques elementales o mentales no podían afectarles, pero sus arcos al dragón sí. Gerd y Viggo tiraron con flechas de aire y le dieron a probar de su propia medicina. Las explosiones de rayos le alcanzaron en ojos y frente. La criatura rugió y se fue directo a por ellos.

—¡A cubierto! —gritó Lasgol.

Se tiraron todos al suelo justo cuando el dragón atacaba con su aliento elemental. Este golpeó contra la parte cubierta del tejado haciendo saltar pedazos de roca por todos lados. La pared y el tejado los protegieron del letal caudal, castigando el edificio. Un momento después parte del techo se derrumbó. Se apartaron como pudieron rodando a los lados por el suelo.

—¿Dónde está? —preguntó Nilsa mirando a todos lados sin poder localizar al dragón.

—Está virando —informó Lasgol tumbado en el suelo mirando la trayectoria del vuelo del dragón.

—¿Viene de vuelta? —preguntó Gerd.

—No, parece que va a atacar a los soldados —dijo Lasgol.

—Retiro lo de que es listo el lagartijo de nieve. Si ataca a dos frentes a la vez, no es muy espabilado.

El dragón descendió contra los soldados, que ahora estaban del otro lado de la ola. Proyectó su aliento de tormenta y esta se rompió en mil pedazos. Los primeros soldados recibieron el ataque y murieron donde estaban. Los arqueros tiraron contra el dragón, al que ya tenían casi encima. Le alcanzaron en las alas, como en la primera pasada.

El dragón rugió de dolor y detuvo su ataque para elevarse. Tenía más de un centenar de flechas clavadas en cada ala y cuando remontaba el vuelo recibió otra descarga de los arqueros antes de ponerse fuera de la distancia de tiro.

—Le están dejando las alas preciosas, decoradas con flechas —sonrió Viggo.

—Pronto no podrá volar —intuyó Gerd—. Debe estar perdiendo mucha sangre por todas esas heridas.

Los defensores corrieron ahora hacia la esfera con la sustancia dorada e impregnaron sus armas con ella. Lasgol observaba muy atento. Ninguno de los tres magos conjuraba, estaban sin energía. Vio que hablaban con los soldados. Un momento después los tres se retiraban acompañados de una veintena de ellos.

Los arqueros y el resto de los soldados se quedaron en medio de la plaza bajo la esfera, cuya sustancia dorada comenzaba a disiparse.

—Eso no es bueno —se dio cuenta Nilsa.

—¿Que se retiren los magos? —preguntó Viggo.

—No, que la sustancia dorada está desapareciendo.

—El mago dorado no tiene más energía, no puede mantenerla —explicó Lasgol.

El dragón retornó con un rugido tremendo. Los soldados y arqueros estaban ahora indefensos ante su ataque, pues los magos quedaban fuera de combate. El dragón lo vio y rugió victorioso, los iba a destrozar.

—Si yo fuera ellos saldría corriendo ahora —expresó Viggo.

—Son soldados de los de verdad, con honor y agallas, no se moverán —dijo Gerd.

—Son tontos, van a morir.

El dragón blanco raseó y envió su aliento de tormenta. Los soldados salieron por los aires y murieron por las descargas, abriendo así un agujero en la muralla que formaban para proteger a los arqueros. En ese momento, justo antes de que el aliento mortal llegara a ellos, los arqueros tiraron con sus flechas imbuidas de poder dorado. Estas fueron directas a ambas alas y las acribillaron. El aliento alcanzó a los arqueros y creó un surco de muerte según pasaba por el medio del grupo.

El dragón siguió planeando, buscando alcanzar a los magos que huían.

—Viene hacia nosotros —avisó Gerd.

—Atentos… —dijo Lasgol preparando su arco.

Según se acercaba, se dieron cuenta de que la trayectoria del vuelo de la gran bestia blanca era demasiado inclinada. Si seguía así, se precipitaría contra el suelo. Intentó mover las alas y elevarse, pero no pudo.

Rugió alarmado. Las alas no le respondían, estaban lisiadas. Se chocó contra el suelo de la vía y se arrastró llevado por la inercia de la velocidad con la que se había estrellado. Se dio contra los soldados que protegían la huida de los magos.

Lasgol corrió a la parte despejada del tejado y miró hacia la calle. El dragón estaba en el costado del edificio.

—Ha derribado a los soldados y magos —informó a sus compañeros, que se situaban junto a él en la cornisa.

—Ayudémosles —dijo Gerd, que ya apuntaba.

Viggo puso cara de no estar de acuerdo, pero no dijo nada.

El dragón se levantó y rugió furioso. Miró sus alas inservibles y volvió a rugir. Un par de soldados intentaban ponerse en pie con dificultad. El dragón avanzó sobre sus fuertes patas y les arrancó la cabeza de dos mordiscos. Los cuerpos permanecieron un momento de pie, como si no supieran que ya no tenían cabeza, y luego se desplomaron.

Los tres magos se arrastraban por el suelo intentando huir. El dragón los vio e, ignorando a otro par de soldados que se incorporaban doloridos, fue a matarlos.

Lasgol apuntó a la cabeza del dragón abajo en la vía. Invocó Tiro Poderoso y lo concatenó con Tiro Múltiple. Luego envió energía al arco esperando no fallar. Hoy la magia le estaba respondiendo y esperaba que siguiera así. Se produjeron dos destellos verdes y luego uno dorado del arco. Soltó tres flechas de fuego simultáneas que fueron directas a la cabeza del dragón.

Este pisó a uno de los magos de agua, atrapándolo bajo su garra derecha.

Las tres flechas alcanzaron a la bestia alada en la cabeza. Se produjeron tres explosiones de fuego y las flechas de acero penetraron en su cabeza. El dragón bramó de dolor, sacudió la cabeza y levantó la mirada hacia la procedencia del ataque.

En el tejado, Nilsa, Gerd y Viggo soltaron. Sus tres flechas se dirigieron a la cabeza y ojos del dragón, que los miraba. No le dio tiempo a apartarse, las tres flechas impactaron una tras otra, dos de aire y una de fuego. Las explosiones, descargas y llamas le dieron de pleno en ojos y frente.

El dragón se sacudió y chilló de dolor. El mago dorado tiró de los brazos del mago de agua apresado y consiguió sacarlo de debajo de la garra. Sangraba de ambas piernas, pero parecía estar vivo. El tercero intentaba conjurar para protegerlos, pero perdió el sentido al excederse en el uso de la magia y cayó al suelo.

—¡Tirad, no podemos darle tregua! —pidió Lasgol.

—¡Le voy a achicharrar la cabeza! —clamó Viggo.

Los cuatro tiraron contra el dragón con flechas elementales de fuego y aire. La bestia abrió la boca para atacar con su aliento elemental, pero no fue lo suficientemente rápido. Las flechas impactaron de lleno en frente, ojos y boca, impidiéndole responder. Lasgol usó Tiro Poderoso y su flecha entró hasta la garganta del dragón, que comenzó a escupir sangre con grandes arcadas.

—¡Seguid tirando, que no ataque! —dijo Lasgol a sus compañeros.

—¡Si abre la boca se la achicharro! —exclamó Viggo, que ya apuntaba con una flecha de fuego.

Los dos magos se arrastraron hasta un soportal y se escondieron detrás de las columnas. El mago dorado sacó la cabeza para

observar cómo el grupo castigaba al dragón con sus flechas.

La bestia, enfurecida y lisiada, intentó levantar la cabeza hacia el tejado y atacar a los tiradores, pero volvió a recibir cuatro flechas en boca y frente que le impidieron usar sus ataques. Escupió sangre por la boca y, desesperado, golpeó con sus garras y cola la base del edificio haciendo saltar piedras y rocas por los aires.

—¡Quiere derribar la casa! —gritó Nilsa.

—¡Y a nosotros con ella! —añadió Gerd.

—¡Tirad! —dijo Lasgol, que no estaba muy seguro de que el edificio aguantase los embistes del dragón.

En ese momento arqueros y soldados supervivientes llegaron por la espalda de la bestia. Habían imbuido sus armas con los últimos restos de la sustancia dorada, que ya había desparecido. A una atacaron todos mientras la criatura golpeaba con todo su cuerpo la pared del edificio, haciéndolo temblar de cimientos a techo. Dos balcones se derrumbaron junto a parte del tejado.

Lasgol fue a tirar aguantando el equilibrio para no caer al vacío cuando vio que no era necesario. Los soldados y arqueros acribillaban al malherido dragón con flechas y lanzas. Los soldados saltaron sobre su espalda y subieron por ella hasta la base del cuello para atacar.

—No tiréis, guardemos las flechas. Está condenado —dijo Lasgol a sus compañeros.

—¡Mira tú por dónde! ¡Usan mi técnica! —se vanaglorió Viggo.

El dragón intentó defenderse con mordiscos y coletazos, pero los arqueros tiraban a una distancia prudencial y los soldados esquivaban los ataques mientras seguían clavando sus lanzas sin piedad.

El dragón murió con un último rugido.

—Este también cuenta como cazado por mí —dijo Viggo, que ya sacaba uno de sus cuchillos para hacer otra muesca en su cinturón.

Nilsa negó con la cabeza.

—Solo tú puedes pensar en eso ahora.

—Tenemos problemas —avisó Gerd.

—¿Qué sucede? —preguntó Nilsa.

—Hemos llamado demasiado la atención —comentó Lasgol.

El mago dorado estaba dando órdenes a los soldados y arqueros y señalaba hacia el tejado donde estaban.

—Ya os dije que no teníamos que intervenir., pero nunca me escucháis —protestó Viggo.

—Nos rodean —se dio cuenta Gerd.

Lasgol observó cómo los soldados y arqueros rodeaban el edificio donde se encontraban.

—Pues que vengan a apresarnos, se van a enterar —afirmó Viggo, beligerante.

El mago dorado salió a descubierto y les hizo señas para que bajaran.

—¿Lo mato? —preguntó Viggo—. Seguro que el resto se acobardan si matamos al mago.

—No, no podemos matarlo. Tenemos que descubrir cómo es capaz de hacer magia dorada —razonó Lasgol.

—Puede ser muy importante para la derrota de los dragones —añadió Gerd.

—Ese no nos va a ayudar, mejor lo matamos, y al mago de agua que está un poco más atrás, también. Sin magos, el resto se retirarán.

—No vamos a matar a ningún mago que luche contra los dragones —dijo Lasgol tajante.

—Desde luego, sois unos bonachones sin remedio. Ya verás como ellos sí nos cuelgan por espías.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gerd a Lasgol.

Este suspiró. El edificio estaba rodeado y más soldados y arqueros se acercaban de otras zonas de la ciudad. No tenían escapatoria.

—Nos rendimos y hablamos con el mago.

Nilsa, Gerd y Viggo intercambiaron una mirada de preocupación.

—De eso nada. Yo voy a rescatar a Ingrid, no pienso dejar que me ejecuten o encierren —dijo Viggo.

—¿Cómo piensas hacer eso? Estamos rodeados —dijo Nilsa.

Viggo sonrió.

—Nos hacemos de rogar, perdemos tiempo. La noche caerá y, para cuando os apresen, yo ya habré desaparecido.

Capítulo 31

Aquella mañana Nahia y Logan se acercaron hasta la forja para ver si sus armaduras habían sido reparadas. Los continuos ataques de la formación, tanto los físicos iniciales como los mágicos de las últimas sesiones, las habían dañado. Les había llegado la orden de Arbocux, el Exarbor maese de jinetes, de que las repararan antes de continuar con los ejercicios de combate. No quería que ocurriera una desgracia. Las armaduras eran durísimas, pero el castigo de tantos ataques las estaba debilitando en algunos puntos. Si uno de esos puntos se rompía y por él entraba un ataque mágico, podría implicar una lesión gravísima e incluso su fin.

Nahia agradeció no ver a la maestra por un par de días después de lo sucedido en el último entrenamiento. Logan estaba bien, no había sufrido más que unas contusiones, pero la imagen de Nahia ante la maestra había quedado muy dañada por el ataque que había sufrido debido a su condición. No sabía qué haría Igam-Zuri-Biol después de lo sucedido, y Nahia estaba muy preocupada. Logan se alegraba de que no le hubiera pasado nada malo y con eso se contentaba, pero ella sabía que no lo dejaría pasar sin más.

—Las armaduras han quedado como nuevas —dijo el sargento mayor forjador Fakros e hizo una seña a sus ayudantes para que trajeran las piezas.

Nahia lo observó. El enorme Kapro de poderosa musculatura vestía su habitual ropaje de trabajo: un delantal de cuero recubierto de escamas de dragón le cubría casi todo el cuerpo, y vestía botas y guantes reforzados. Era enorme, de un poderío físico tremendo.

—Gracias, maestro forjador —dijo Logan, que observaba la armadura reparada que le traían. Él y Nahia vestían las piezas que no habían requerido reparaciones y ahora se pondrían las reparadas.

Nahia miraba lo que le traía otro de los ayudantes del maestro forjador.

—Sí, como nueva. No se ve ni un rasguño —dijo Logan con tono de estar impresionado por la labor realizada.

—Ese es el objetivo de una buena reparación —dijo Fakros—. Debe quedar como nueva.

—Estás armaduras son obras de arte —dijo el Tergnomus ayudando a Logan a ponerse las piezas reparadas.

—De un maestro forjador incomparable —halagó el Tergnomus que ayudaba a Nahia.

—Sin duda lo son —Logan lo decía no por complacer al maestro y sus ayudantes, sino porque así lo sentía.

—Esperemos no tener que necesitar otra reparación en un tiempo —expresó Nahia con cara de que no estaba muy segura de que fuera a ser así.

Logan asintió.

—Esperemos.

—Si se da el caso de que necesitéis reparaciones, acudid a mí de inmediato y lo haré lo antes posible. Cuanto más se retrasa una reparación, más cuesta luego hacerla. Además, un jinete de dragón necesita de su armadura impoluta en presencia y estado —dijo el maestro forjador.

—Tengo una pregunta… —dijo Nahia observando su armadura.

—Adelante —le dio pie Fakros.

—Esta armadura es de una calidad excepcional y durísima, pero… ¿hay enemigos que puedan atravesarla? Siempre me lo pregunto.

El maestro forjador se rascó la barbilla.

—Solo criaturas muy poderosas pueden atravesar mis armaduras.

—¿Como nuestros señores dragones? —quiso saber Nahia.

—Ellos pueden, sí, con garra, fauces o aliento elemental.

—Sí, lo último ya lo hemos experimentado —dijo Nahia—. ¿Qué otras criaturas pueden?

—Aquellas que posean magia poderosa.

—¿Y sin magia? —quiso saber Nahia.

—Sin magia es muy difícil.

—¿Y las garras y picos de los gryphos? —preguntó Nahia. Era a donde quería llegar con las preguntas.

La cuestión incomodó al maestro forjador, que hizo un gesto de contrariedad.

—Sí, las garras y picos de los gryphos pueden dañar y atravesar mis armaduras, pero se debe a que son de las más fuertes de todas las criaturas.

—Tan fuertes, ¿eh? —preguntó Logan enarcando una ceja.

—Sí, debéis evitarlas a toda costa. Y su magia también. Las armaduras aguantarán un par de ataques, pero no más.

—Es bueno saberlo, gracias, maestro forjador —dijo Nahia e inclinó la cabeza.

—No hay por qué darlas. Luchad bien y tened mucho cuidado con los ataques de los gryphos. Una armadura se puede reparar, una herida de muerte no.

—Esa es una gran verdad —dijo Logan.

—Una que recordaremos —dijo Nahia.

Se despidieron del maestro forjador y sus ayudantes y salieron de la forja. Se dirigieron hacia la fortaleza.

—Ahora que tenemos las armaduras reparadas tendremos que continuar con la formación —expresó Logan y miró a Nahia de reojo.

—Sí, con las encantadoras Igam-Zuri-Biol y Laya —comentó ella con desgana.

—¿Estás segura de que podrás continuar? —preguntó Logan. La miraba de reojo con semblante preocupado.

Nahia suspiró.

—Sí, podré, tranquilo. Lo que sucedió… no debería sucederme otra vez.

—Llevabas tiempo sin ningún ataque.

—Sí, y no sabes lo contenta que estaba. No voy a decir que pensaba que se había curado mi condición, porque sé que estará conmigo para siempre, pero casi.

—Quizá un día el problema te abandone.

—No lo creo. Nací con esta condición y moriré con ella —afirmó Nahia con un tono más pesimista de lo esperado.

—Seguro que lo superarás —dijo Logan intentando sonar seguro, aunque no lo estaba y Nahia lo captó.

—No te preocupes, es parte de quien soy, para bien y para mal.

—Para bien, por supuesto —sonrió Logan.

Al ver aquella sonrisa que tan poco solía aparecer en su apuesto rostro, Nahia sintió que se le derretía un poco el corazón. No pudo sino sonreírle de vuelta y sentirse dichosa por tenerlo a su lado.

Estaban acercándose a la fortaleza cuando sus escuderos aparecieron a la carrera portando su lanza y escudo. Nahia tenía que evitar sonreír cada vez que los veía correr con sus armas. Le resultaba muy cómico verlos bamboleándose de un lado a otro. No entendía cómo no se tropezaban y caían ni por qué razón siempre corrían. No había nunca tanta prisa, que ella supiera. Logan no sonreía como ella al verlos, pero Nahia sabía que también le hacían gracia. Se lo había confesado.

—Tranquilos, que no os persigue nadie —dijo Nahia.

—Sí, mi señora —dijo Lantreos frenando la carrera.

—Aquí están las armas, mi señor jinete —ofreció Scrudro.

Nahia cogió la lanza y el escudo que le ofrecía su escudero y Logan hizo lo mismo.

—¿Necesita mi señor jinete algo más de su fiel escudero? —preguntó Scrudro a Logan.

—¿Que no seas tan sumiso? Yo no soy un señor dragón, no hace falta que me trates como a uno.

—Lamento que mi señor jinete esté descontento con mi proceder. ¡Qué vergüenza, qué deshonor! —dijo y bajó la cabeza avergonzadísimo, como si Logan le hubiera echado la mayor de las reprimendas.

—No estoy descontento con tu proceder —Logan meditó cómo explicarlo sin provocar que la situación fuera todavía peor—. Estaría más contento si me trataras con menos honores.

Scrudro miró a Logan con ojos enormes.

—Eso va en contra de la forma de proceder de un escudero, mi señor.

Logan suspiró.

—Olvídalo, trátame como te han enseñado que debes hacer.

—Así lo haré, mi señor jinete. Es un honor grandísimo servirle.

Logan asintió con cara de resignación.

A Nahia le pareció muy divertido. Era cómico y muy entrañable a la vez.

—¿Necesita mi señora algo más? —preguntó Lantreos.

—No, puedes retirarte —dijo Nahia.

—Gracias, mi señora. El agarre del escudo estaba suelto y lo he apretado —informó con una mirada que a Nahia le resultó extraña, peculiar.

Palpó el agarre y notó algo.

Los dos escuderos marcharon a la carrera con sus extraños andares.

—Aquí hay algo… —comentó Nahia y sacó un pequeño contenedor de madera.

—¿Qué es? —se interesó Logan.

—No lo sé.

Nahia dejó el escudo y la lanza en el suelo y se agachó haciendo como que los inspeccionaba. Logan la observaba intrigado.

—Este contenedor… —Nahia se lo mostró a Logan con disimulo.

—Curioso… Ábrelo a ver.

Nahia lo abrió y en su interior había una nota. Miró a su alrededor para ver si alguien los observaba. Tres jinetes se dirigían a la fortaleza y varios Tergnomus cargados con cajas a intendencia. Frente al castillo había dos grandes dragones, uno rojo y otro blanco, pero parecían conversar entre ellos y no miraban en su dirección.

Nahia leyó la nota.

El mensaje sigue su camino.

Va de boca de unos pocos a oídos de muchos.

Recorre todo Tremia imparable.

De campamento de guerra en campamento de guerra.

Pronto todos sabrán de la causa.

Humanos, Fatum, Tauruk-Kapro, Escarlatum, incluso Drakónidos.

La red de información está establecida.

La de Tremia en parte ya la tenía. La de Kraido la he creado nueva.

Nos une a todos desde Kraido a Tremia y de Tremia a Kraido.

Suerte y cuidado.

Firmado: el Prisionero.

—El prisionero… —Nahia se quedó pensando y supo de inmediato quién era.

—Es un mensaje de Egil —reconoció Logan.

—Así es. No sé cómo nos lo ha hecho llegar, pero es una muestra de su increíble talento y brillante mente.

—Está utilizando a los Tergnomus para hacer llegar los mensajes.

Nahia asintió.

—A algunos Tergnomus. Imagino que también está utilizando a los Exarbor.

—¿El bibliotecario jefe? —preguntó Logan enarcando una ceja.

—Imagino que está colaborando con Egil, sí.

—Los dragones nunca sospecharán que quien controla el flujo de información de la rebelión está prisionero en sus mazmorras —razonó Nahia.

Logan miró hacia los dos dragones frente al castillo.

—No, nunca sospecharán tal cosa. Son unos ególatras, creen ser y saber más que nadie.

—Y por ello perderán —afirmó Nahia.

Logan la miró a los ojos y vio chispas.

Asintió.

—Perderán —convino.

A la mañana siguiente se presentaron en el campo aéreo montando a Aroa y Eki. Igam-Zuri-Biol y Laya llegaron tras un momento y tomaron tierra frente a ellos.

«Lo sucedido en el último ejercicio es una desgracia que no puedo pasar por alto» envió la maestra sin rodeos y con un sentimiento de gran decepción.

—Ambos habéis fallado el ejercicio de combate mágico. Habéis deshonrado a vuestros señores dragones.

Nahia suspiró. Ya esperaba que el incidente con su condición le acarrease problemas. Siempre lo había hecho. Los dragones odiaban

a los débiles sobremanera y la condición de Nahia la convertía en eso: un ser débil.

—Sí, señora —dijo Logan.

Nahia solo asintió y hundió la cabeza en el pecho. Lo que temía era que la echaran y el miedo de que sucediera la embargó.

«Es una falta grave y por lo tanto debe haber consecuencias».

Nahia tragó saliva. La iban a echar, pero quizá dejaran a Logan quedarse.

«Disculpaos ante vuestros señores dragones, a los que habéis deshonrado con vuestras conductas. Serán ellos quienes decidan vuestra suerte. Por lo sucedido les concedo derecho de rechazo» indicó Igam-Zuri-Biol.

Eki giró la cabeza un poco y miró a Nahia de reojo.

«No me has deshonrado. Lo sucedido fue un accidente. Si tienes una condición, me encargaré de vigilar por si la siento en ti y avisarte. Si puedo ayudarte de alguna forma, solo tienes que decírmelo. Desconozco qué te sucede, pero me gustaría entenderlo y ayudarte».

«Gracias, Eki. Es algo con lo que nací. De momento no se me ocurre cómo puedes ayudarme. Ni tú ni nadie, pero te lo agradezco».

«Mantén siempre una última reserva de energía en combate. Es una lección que estoy segura que no olvidarás» envió Aroa a Logan con un sentimiento de protección, no de enfado o decepción.

«Gracias, Aroa. Lección aprendida. No dejaré que el momento del combate me consuma».

Por un momento se hizo un silencio tenso.

Igam-Zuri-Biol lo rompió.

«¿Qué dicen los señores dragones? ¿Rechazan a sus jinetes?».

Aroa se pronunció de inmediato.

«No rechazo a mi jinete, maestra».

«Yo tampoco, maestra» se unió Eki.

Igam-Zuri-Biol los miró a ambos a los ojos.

«Que así sea. Espero que no tengáis que arrepentiros de esta decisión».

«Gracias, maestra» enviaron ambos.

«En cuanto a vosotros, jinetes, lo sucedido no puede volver a darse» envió Igam-Zuri-Biol junto a un sentimiento de rabia.

—Sea lo intensa o crítica que sea la experiencia que se vive, un jinete nunca puede perder el control —dijo Laya.

«Aprenderéis a controlar esas situaciones. Vuestro señor dragón no puede quedarse sin jinete por un momento crítico que no habéis sabido manejar. Nacida de la Llama, aprenderás a controlar esa condición tuya. No volverá a repetirse lo que sucedió. Hijo de la Tormenta, un jinete no puede quedar sin sentido en combate por excederse en el uso de la magia. Me habéis decepcionado mucho. Esperaba grandes cosas de vosotros dos. Veo ahora que mis expectativas eran demasiado altas e infundadas».

—Hoy lo repetiréis, espero que controléis tanto la energía mágica que consumís en la defensa como vuestros problemas emocionales —dijo Laya casi como un insulto.

«Preparaos. Ha llegado el momento de comenzar el ejercicio. Controlad bien vuestras reservas de magia y mantened la calma en todo momento» envió Igam Igam-Zuri-Biol.

Nahia suspiró. Solo podían hacer lo que la maestra les había pedido y confiar en que Logan no se quedase sin energía y ella no sufriese un nuevo ataque.

Igam-Zuri-Biol echó a volar y Aroa y Eki la siguieron.

Nahia deseó que nada malo les sucediera ni a ella ni a Logan, aunque sabía que la maestra y su jinete no aflojarían, al contrario, serían más duras con ellos.

Unos días después seguían entrenando la defensa mágica. El entrenamiento de aquel día fue bastante bien. Desde luego mejor de lo que Nahia esperaba después de los últimos ejercicios, que no habían sido estelares precisamente. Aguantar contra semejantes rivales era mucho pedir y la maestra y su jinete se aseguraban de llevar a Nahia, Logan y sus señores dragones hasta el límite. Había habido días en que Nahia creía que lo habían incluso sobrepasado.

Igam-Zuri-Biol y Laya estuvieron atacándoles sin piedad aquella tarde, como hacían siempre, pero esta vez fue con ataques mentales. La protección mágica de Aroa y Eki aguantó bastante bien. No así la suya y la de Logan, que no soportaron todo lo que

ellos hubieran deseado. Una vez caídas sus defensas mágicas, Igam-Zuri-Biol y Laya atacaron sus mentes y los dejaron tan doloridos y aturdidos que no podían pensar ni actuar.

Pese al castigo y sufrimiento mental, Nahia estaba contenta porque no había sentido que sus vidas estuvieran en peligro como con los ataques elementales. Laya desde luego no podría matarlos con su mente. Igam-Zuri-Biol sí, eso casi seguro, pero no fue tan lejos como para ponerlos en riesgo.

Cuando el ejercicio finalizó bajaron a tierra. A Nahia le dolía horrores la cabeza e intentaba que se le pasara, pero no había forma. Logan se había quitado el yelmo y tenía el ceño fruncido. Se sacudía la cabeza, pero no parecía que le hiciera mucho bien.

«Debéis practicar más el aguante de las defensas mágicas. Es crítico» envió la maestra.

—Si vuestras defensas mágicas caen, el enemigo acabará con vosotros —dijo Laya.

«Entended que, si bien muchas criaturas voladoras no tienen magia, hay otras poderosas que sí, como los gryphos, a los que vais a enfrentaros en breve. Ellos tienen defensas mágicas innatas que os será muy difícil romper y sus ataques mágicos pueden afectaros, sobre todo a vosotros, jinetes».

Nahia miró a Logan de inmediato. Si los gryphos le atacaban y algo le sucedía… Él la miró a ella y en sus ojos pudo ver la misma preocupación y angustia que ella estaba experimentando.

«Una de las maniobras más usadas por los gryphos es atacar con magia a los jinetes. Una vez muerto el jinete, pueden atacar el punto débil del dragón, su forma favorita de embestir, pues es casi la única que tienen para matarnos. Esa y dejarnos ciegos con ataques a los ojos o arrancándolos de cuajo. Un dragón ciego no vive mucho, no fuimos creados con un gran sentido de la orientación».

—Por lo tanto, es imperativo que el jinete sepa defenderse de los ataques de los gryphos para poder proteger la espalda de su señor dragón —afirmó Laya con contundencia en la voz.

Nahia miró hacia su silla. Debajo de ella estaba el punto neurálgico del sistema nervioso de Eki, su punto más vulnerable y que ella debía proteger, pues los picos y garras de los gryphos

podían atravesar las escamas de los dragones. En Gryphoros se había dado cuenta de que eran dorados. No sabía cómo, pero estaba segura de que había una relación entre la magia dorada y las garras y picos dorados de los gryphos.

Suspiró. Ahora que había visto a los gryphos en acción de combate, con su extrema velocidad y sus acrobacias aéreas, entendía perfectamente el motivo por el cual los dragones habían puesto jinetes sobre sus espaldas. Era algo que le costaba entender. Los todopoderosos dragones, tan orgullosos, magnificentes y déspotas nunca permitirían a las razas esclavas montarlos, si no era por necesidad. Una necesidad crítica.

Los gryphos eran tan buenos en el aire y sus garras y picos tan letales, que los dragones debían protegerse la espalda o morir. En cierto modo le parecía una ironía del destino que aquellos seres tan crueles y engreídos que se creían los dueños del universo tuvieran que recurrir a ellos, a los esclavos, para poder sobrevivir contra los gryphos.

Resopló. Saber que los necesitaban y por ello los entrenaban la hizo sentirse mal. Lo último que quería era ayudar a los dragones y mucho menos protegerlos. Sin embargo, saber cuál era su punto débil le pareció una información extremadamente valiosa que debía salir de Jadrakos y ser conocida por todos. Tendría que buscar la forma de hacerlo. De inmediato pensó en Egil. Tenía que hacérselo llegar de forma que él pudiera propagarla por la red de informadores que había creado.

Capítulo 32

Nahia y Eki volaban surcando un cielo azul despejado con Aroa y Logan a su lado. Estaban entrenando sus defensas mágicas tal y como la maestra Igam-Zuri-Biol les había ordenado. Por una vez, Nahia estaba disfrutando de los ejercicios. Sintió que Logan la atacaba y de inmediato envió energía a su defensa de escamas para protegerse.

«¿Cómo vas de energía?» preguntó Eki a Nahia.

«Creo que bien. ¿Tú?».

Según lo preguntaba Aroa atacó a Eki con su aliento de tormenta. Eki reaccionó y viró para esquivarlo, pero Aroa dirigió bien su caudal y le alcanzó en un costado. Hizo otra esquiva y evitó que la dragona le volviera a alcanzar con su ataque elemental.

«Aroa ataca fuerte y mis defensas consumen mucha energía al defender, pero creo que voy bien».

«¿Tiene Aroa más energía que tú?» preguntó Nahia interesada mientras enviaba su aliento de fuego hacia Logan, al que alcanzó en la pierna y parte del costado.

Su defensa mágica destelló y Nahia supo que el ataque había sido bueno. Aroa ascendió con rapidez para evitar que siguieran atacándoles.

Eki no la persiguió. Se tomó un respiro para recuperar algo de energía.

«Esa es una buena pregunta, pero difícil de responder. Verás, no todos los dragones tenemos la misma energía, como no todos somos del mismo tamaño».

«¿Hay relación entre tamaño y poder? Lo digo porque Aroa es más grande que tú» esto era algo que Nahia siempre se había preguntado y teniendo la oportunidad de comparar, le pareció acertado hacerlo.

«Por lo general cuanto mayor es el dragón, también es mayor su poder mágico».

«Lo imaginaba».

«Pero no siempre es así».

«Ah, ¿no?».

«Hay excepciones».

«Oh, interesante».

«También sucede entre las otras razas» dijo Eki buscando con la mirada a Aroa previendo que iba a atacar de nuevo.

«Eso es todavía más interesante».

Aroa descendió sobre ellos realizando un picado para luego abrir las alas y planear a su lado de forma que ella y Logan pudieran atacar de costado. Esta vez cambiaron los tipos de ataque. Aroa utilizó ataques mentales sobre Eki y Logan su aliento elemental de tormenta sobre Nahia.

«Intensifican los ataques» advirtió Eki.

Nahia sintió el golpe del ataque de Logan. Su caudal de tormenta era potentísimo. Tuvo que enviar una buena cantidad de energía a reforzar su defensa mágica para no perderla. Por un momento imaginó que la alcanzaba el aliento elemental de Logan cargado con innumerables rayos y la potencia de una tormenta y sintió un escalofrío bajarle por la espalda. Dudaba mucho de que su armadura de jinete aguantara. Después de todo Logan era un Hijo de la Tormenta y todos esos relámpagos la dejarían frita, seguro. Resopló. Mejor no correr riesgos.

«¡Eki, evasión!».

Eki realizó una maniobra evasiva a una velocidad vertiginosa. Ya le salían casi sin pensar, las realizaba con gran habilidad y rapidez. Nahia pudo ver cómo el aliento elemental de Logan se perdía en los cielos. Eki descendió y puso distancia de por medio entre ellos y sus contrincantes.

Nahia quiso retomar la conversación y conocer un poco mejor a Eki.

«¿Eres una excepción?» preguntó y envió más energías a reforzar sus maltrechas defensas mágicas.

Logan había atacado con fuerza. No se andaba con miramientos, nunca lo había hecho. Siempre la había tratado como a un igual, como a un compañero, y eso Nahia lo apreciaba muchísimo. Si la hubiera tratado de forma especial por ser su chica ella se hubiera sentido muy enfadada. No quería eso para nada. Ella era fuerte, pese a todo, y él debía tratarla así.

«¿Lo eres tú?» respondió Eki.

Nahia no se lo había preguntado nunca. Que era diferente lo sabía, no solo porque era una Nacida de la Llama, sino por su condición. No conocía a nadie más que tuviera su problema.

«Yo soy diferente, eso seguro».

«Yo no creo que lo sea».

«¿Seguro?».

«Soy un dragón plateado, somos de los menos comunes, eso es verdad… Pero eso no me hace excepcional».

«Los dragones más comunes son los elementales, ¿verdad? Los rojos, blancos, azules y marrones».

«Así es, seguidos por los de luz: los negros y brillantes. Luego los hay de otros colores que no se dan tanto, aunque más que los plateados, los morados, verdes, amarillos, incluso naranjas…».

«¿Cuál es el tipo de dragón menos común de todos?».

«El dorado, sin duda, y el más poderoso. Ese sí es una excepción. Rara vez se da».

«¡Vaya! ¡Qué interesante! ¿Y por qué hay pocos dragones plateados?».

Eki voló más despacio, parecía meditar la respuesta.

«No se conoce el motivo exacto, pero se intuye que es por el tipo de magia. Verás, la magia elemental es la más común y por ello los dragones de colores elementales son mayoría».

«Entiendo. Y para ser dragón plateado, ¿tus padres también han de serlo?».

Eki no contestó por un momento y Nahia creyó que había ido demasiado lejos con las preguntas. Después de todo, Eki era su señor dragón y debía mantener ciertas distancias.

«Lo siento… no pretendía…» intentó disculparse Nahia.

«No hace falta que te disculpes, no me has ofendido. Es solo que rememoraba mi infancia por un momento. No fue muy alegre».

A Nahia le llegó un sentimiento fuerte a través del vínculo de tristeza, de pena profunda.

«Verás… Toda mi familia es rauda y desde mi infancia se me inculcó que yo también debía serlo. Al nacer con las características de un dragón raudo se espera que termines aquí, en Jadrakos, y con un jinete. No hacerlo se ve como un despilfarro pues pocos son los dragones que nacen raudos… Mi familia me inculcó y enseñó que debía seguir la tradición familiar. Pero he de confesar que volar muy rápido y luchar con un jinete a mis espaldas no era lo que yo deseaba. Desde pequeño yo he querido ser un erudito, dedicarme a mis estudios, a ganar conocimiento. Siempre me he visto estudiando, no luchando. Ya en mi infancia me di cuenta de que lo que yo deseaba no se cumpliría, como ha sido el caso, y por ello mi infancia fue bastante triste».

«Vaya. Lo lamento…».

«Tú has tenido peor infancia que yo, así que no lo sientas mucho. Nacer esclavo es una tragedia».

«Sí, eso no lo voy a discutir».

«Ninguno de mis padres ni abuelos son plateados. De hecho, en mi familia todos son elementales. Así que en ese sentido sí soy una excepción».

«¿Y deberías tener un antepasado plateado?».

«Sí, de lo contrario no podría ser plateado».

«¿No te habrán adoptado?».

«Los dragones no adoptan. Al contrario, expulsan de sus familias a los débiles y los que nacen con alguna tara».

«Oh, vaya, ¿y qué les sucede?» preguntó Nahia, que no podía creer que los dragones fueran tan despiadados.

Lo pensó mejor y cambió de opinión. Por supuesto que los dragones podían ser tan despiadados.

«La mayoría muere».

«Ese es un compartimiento despreciable. Siento decírtelo».

«Puedes decírmelo. Comparto ese sentimiento».

Esa respuesta sorprendió a Nahia.

«Oh. Como eres dragón...».

«Que sea dragón no quiere decir que esté de acuerdo con todo lo que los dragones hacen».

«Me alegra saber eso».

Esa forma de pensar de Eki a Nahia le dio esperanzas. Quizá podría alejarlo de la Senda de los Dragones y sus enseñanzas. Deseó que así fuera, aunque era algo muy difícil, ya que todos los dragones eran instruidos en la Senda desde que nacían.

«Puedes hablar con libertad conmigo. Prefiero que nuestra relación sea abierta y basada en el entendimiento y la confianza».

Esto dejó a Nahia muy sorprendida y al mismo tiempo muy agradecida.

«Me alegro de que pienses de esa forma, yo también prefiero que nuestra relación sea así».

«Vamos a luchar juntos contra enemigos poderosos. Cuanto más nos compenetremos, mejores posibilidades de sobrevivir».

«Sí, eso es cierto».

«Alguno de mis antepasados debió ser plateado y llevo su sangre. Esa es la explicación que me dieron mis padres».

«En los humanos algunas características saltan generaciones. Entiendo que debe ser similar en los dragones. ¿Cómo creciste? Quiero decir, ¿cómo crece un dragón? Se me hace difícil de imaginar».

«La vida de un dragón es muy diferente de la de un humano. Nosotros desde que salimos del huevo somos bastante capaces, a diferencia de otras criaturas. En mi caso crecí en un clan de dragones raudos. Nuestras madres nos enseñan a volar rápido y nuestros padres a luchar con fortaleza física. Y ambos a usar nuestra magia».

«Vaya, ¡qué interesante! Nosotros pasamos varios años indefensos y dependientes de nuestras madres».

«Por eso te decía que los dragones podemos arreglárnoslas desde muy temprana edad. Poco es lo que no podemos hacer. Somos más pequeños, pero nacemos muy desarrollados».

«Nosotros al estar desvalidos y tener enemigos, somos protegidos por nuestros padres».

«Nosotros no tenemos enemigos. Permanecemos con nuestras familias para aprender, hasta madurar, y luego buscamos nuestros destinos».

«¿Dónde buscáis esos destinos?».

«Lo habitual es en el clan. Servimos a un clan que sirve a un rey».

«¿Los raudos también?».

«Los raudos somos algo diferentes al resto de los dragones, pero sí, servimos a un clan».

«Yo solo tengo a mi abuela, de la que no se nada desde que vine a este mundo en las nubes. Espero que siga con vida, pero no lo sé… estaba enferma».

«Los dragones no cuidan de sus mayores y mucho menos si están enfermos. Los dejan morir pues su vida útil ya pasó. Son viejos y débiles, su destino es la muerte. Se les deja alcanzar ese final».

«De nuevo tengo que opinar que lo encuentro horrible, de seres desalmados. A los mayores hay que respetarlos y ayudarlos siempre».

«No es esa la costumbre entre los dragones. No es lo que marca la Senda. No se tiene piedad con los débiles, sean jóvenes o mayores».

«Terrible. Es cuánto puedo decir, lo siento».

«No lo sientas. Nuestras formas no son las más aceptadas entre otras razas y culturas».

«No son aceptables en ningún caso…».

«Quizá un día cambien... Mejoren...».

«No mejorará si siguen gobernando quienes quieren esas prácticas odiosas».

«Sí, pero ir contra los cinco reyes dragones, el orden establecido y la tradición es un suicidio. Nadie va en contra de la Senda de los Dragones. Ha sido así durante milenios».

«No digo que sea fácil, pero si no se intenta, nada cambiará nunca, irá a peor. Los cinco reyes dragones y la tradición se impondrán y serán cada vez más poderosos. Lo que significa que otras razas, las esclavas, sufrirán en Kraido. Y no solo eso, otras

razas, seres y criaturas en mundos lejanos donde los dragones luchan y conquistan también sufrirán».

Eki se quedó callado un largo momento. Nahia pensó que había ido demasiado lejos, que se había excedido. Podía tomárselo muy mal. Lo que ella había dicho se consideraba traición entre los dragones. Se mordió la lengua, pero era ya demasiado tarde. Eki conocía ahora cómo pensaba. Además, gracias al vínculo que los unía también sabía cuán profundo lo sentía.

«Debo recapacitar sobre lo que me has expresado. Yo me debo a los míos, a los dragones, a mi familia, mi clan, mi rey, su liderato y las tradiciones que nos sostienen como pueblo».

Nahia suspiró. Se había propasado. Debía reconducir la situación. Bajo ningún concepto deseaba que su relación con Eki se torciera y pasaran a estar enemistados. Sobre todo, porque ella podía pagar con su vida semejante situación.

«Perdona si mis palabras te han ofendido. No era mi intención. He expresado sentimientos y juicios que no me corresponden. Soy solo una simple jinete, una humana, una esclava. Siento haber abusado de la confianza y generosidad de mi señor dragón, que en todo momento ha sido no solo honorable sino muy comprensible conmigo».

«No me has ofendido, me has dado en qué pensar. Pero yo soy un dragón al igual que tú eres una humana y no podemos cambiar lo que somos».

«Gracias por tu comprensión, una vez más. Mi carácter, la llama que arde dentro de mí con fuerza, a veces me provoca hacer o decir cosas sin haberlas medido primero».

«Sí, tienes mucho espíritu, eso es bueno siempre y cuando lo controles, pues puede llevarte a situaciones de peligro. Mi consejo es que aprendas a controlar tu llama o un día puede consumirte».

«Lo intento… no es sencillo».

«El autocontrol nunca lo es. Es una materia que me gustaría estudiar. Yo tengo bastante, o eso creo».

«Lo tienes. Puedo apreciarlo en ti» envió Nahia dando gracias por haber podido arreglar la situación.

A través del vínculo no percibía que Eki estuviera enfadado o molesto con ella, sino más bien intrigado. Eso era bueno.

De pronto dos alientos elementales de tormenta les golpearon.

«¡Evasión!» pidió Nahia a Eki al sentir que su defensa mágica se dañaba.

«Al instante» envió él, que ya se dejaba caer en picado y en torbellino hacia el costado derecho.

Nahia sintió cómo volaban a velocidad vertiginosa de forma alocada pero controlada, con el viento dando en su visor y colándose hacia su rostro. Lágrimas aparecieron en sus ojos por efecto del aire. Volando así se sentía viva. Tenía ganas de gritar y reír de lo bien que se encontraba en aquel momento.

Pronto pasaría y el sentimiento de ser una esclava de los dragones volvería, pero en aquel instante, volando a gran velocidad y girando sobre sí misma a lomos de Eki, se sentía viva y feliz.

Capítulo 33

La sala era grande, decorada al estilo militar, con armas y escudos de diferentes tiempos y procedencias colgados de las paredes. Había un gran tapiz que mostraba las murallas de la ciudad y a sus defensores rechazando una horda invasora. El suelo era de mármol blanco y le daba cierta elegancia a la estancia.

Nilsa, Gerd y Lasgol aguardaban en medio de la sala custodiados por seis soldados de Orecor que vestían sus armaduras, lanza y escudo. Les habían arrebatado sus armas, que estaban ahora expuestas sobre una mesa frente a ellos.

De una estancia adyacente llegaron cinco hombres. Eran militares con armaduras de colores oro y plata y ropajes de muy buena calidad. Por su parecido entre ellos debían ser familia. El del centro, que parecía estar al mando, les dijo algo a los otros y luego a los soldados. De inmediato estos apuntaron con sus lanzas a los prisioneros. Aquello no iba nada bien.

El oficial que parecía estar al mando se acercó hasta las armas sobre la mesa y examinó las flechas elementales con mucho cuidado. Parecía muy interesado. Le hizo una seña a un hombre que no llevaba armadura y este se acercó. Vestía una túnica gris. Debía rondar los sesenta años, era delgado y estaba calvo. Cogió una flecha de fuego y la estudió.

—Cuidado… —advirtió Gerd.

Todos se volvieron hacia él.

—Te puede estallar en la mano y perderás varios dedos —advirtió Lasgol negando con la cabeza de forma ostensible para hacerse entender.

El militar en jefe les ladró algo con cara de muy pocos amigos, pero no le entendieron nada.

—No comprendemos… —dijo Nilsa señalando a su oído.

El oficial avanzó hasta ella y le tiró de la vestimenta mientras le gritaba algo de malas formas. Parecía querer una explicación de por qué vestían como arqueros de la ciudad.

—No somos espías —dijo Lasgol.

El militar se le encaró y, sacando una daga, se la puso al cuello mientras le amenazaba a gritos.

Una nueva persona entró en la sala. Llevaba una túnica verde y se acercó al militar que estaba al mando. Luego avanzó hasta los prisioneros.

Vieron cómo les decía algo y, por el color de la túnica, supieron que era un intérprete. Eso era buena señal. Sin embargo, no pudieron entenderle. El intérprete les dijo algo más, pero obtuvo el mismo resultado. Continuó diciéndoles cosas. Lasgol intuyó que les estaba hablando en diferentes lenguas para ver si le entendían.

—¿Norte?

Lasgol entendió aquello.

—Sí, somos del Norte. Norghanos.

El intérprete asintió y levantó la mano para que Lasgol no dijera nada más. Se volvió hacia el militar, que observaba con semblante de estar muy enfadado. Intercambiaron un par de frases y el intérprete se marchó.

Lasgol miró a sus compañeros. No sabía qué pasaba. Por un momento había parecido que se iban a entender, pero su oportunidad se acababa de esfumar.

Se produjo una tensa espera durante la que nadie se movió ni habló. La situación era complicada. Aquellos militares los miraban con ojos de odio. Era comprensible pues pensaban que eran espías. ¿Qué otra cosa iban a pensar?

Una vez se habían rendido a los soldados en el tejado del edifico al entrar la noche, los habían conducido a una sección de la ciudad que pertenecía a una de las familias nobles, aunque estaba muy castigada. Habían intentado hablar con el mago dorado durante el trayecto, pero no hablaba su idioma. Lo que sí le había parecido a Lasgol era que estaba agradecido. Les había hecho gestos en ese sentido, llevándose la mano al corazón. Sin embargo, una vez en la zona de la familia noble, varios oficiales se habían encargado de

ellos y no habían sido precisamente amistosos, a pesar de las explicaciones del mago.

—No espías —insistió Lasgol gesticulando.

Los militares ladraron cosas que no entendió y decidió que era mejor no insistir ante la tensión que reinaba en el ambiente.

—Les haré saber que decís que no sois espías… —explicó una voz.

Todos se volvieron hacia la entrada y vieron a un anciano de unos setenta años que vestía una túnica verde.

Lasgol sintió un gran alivio. Aquel intérprete hablaba norghano.

El oficial ladró unas frases. El anciano respondió algo, pero al oficial no pareció gustarle la respuesta porque continuó gritando.

—Mi señor quiere saber quiénes sois y de dónde procedéis —preguntó el intérprete.

—Somos norghanos —dijo Lasgol.

El intérprete suspiró.

—Se lo he dicho, he reconocido vuestra lengua, pero no os cree. Dice que sois espías de Kraido.

—Es comprensible que crea eso viéndonos vestidos así, pero somos Norghanos, del norte, del reino de las nieves —insistió Lasgol.

El intérprete tradujo las palabras. El oficial respondió.

—¿Norghanos? ¡Vais vestidos como mis arqueros, sois espías de Kraido! ¡Os colgaré a los tres por traición! —dijo el militar en jefe y el intérprete lo tradujo.

Lasgol respiró tranquilo. Aquella reacción era lógica, tendría que convencerle de lo contrario.

—Pídele que no manipulen las flechas o explotarán —advirtió Lasgol al intérprete viendo que el hombre de la túnica gris seguía examinándolas.

El intérprete así lo hizo y el hombre se apartó de las armas.

—Estáis en presencia del capitán general Sabis Gotirus, sus hermanos los generales Demisus y Noteasus, y los hijos del capitán general, Yerminus y Seletirus. Forman la familia regente de los Gotirus —presentó el intérprete señalando a cada miembro de la familia militar según los presentaba.

Nilsa, Gerd y Lasgol clavaron sus ojos en Sabis. Habían encontrado a quien tenía encarcelada a Ingrid. La forma no había sido la mejor, pero ya lo tenían. O para ser más exactos, Sabis los tenía a ellos.

Lasgol tosió para disimular al percatarse de que Sabis los miraba con detenimiento.

—¿No serás Celopus, por casualidad? —preguntó Nilsa al intérprete por lo bajo.

El anciano enarcó ambas cejas.

—Lo soy, ¿cómo conoces mi nombre?

—Por una amiga —dijo Gerd para que Nilsa no mencionara a Ingrid. Puede que aquellos nobles no hablaran norghano, pero conocerían el nombre de la Guardabosques de escucharlo.

Celopus asintió un par de veces.

—Entiendo.

Sabis ladró varias frases a Celopus, que realizó sendas inclinaciones en lo que parecía estar pidiendo perdón.

—El capitán general quiere que solo traduzca, nada de conversaciones privadas.

—Entendemos —aseguró Lasgol.

—Mi hermano, el general Demisus, quiere una explicación de por qué vestís ropajes de arqueros —exigió Sabis indicando con la mano a su hermano.

—Para poder entrar en la ciudad. Con ropajes norghanos no habríamos podido hacerlo —explicó Lasgol de forma racional y tranquila.

—¡Para espiarnos! —clamó Noteasus.

—No estamos aquí para espiar. No formamos parte del ejército de Kraido, sino del norghano —explicó Lasgol intentando sonar tan racional como le era posible.

—¿Quiere eso decir que habéis roto el cerco de la ciudad? —preguntó Yerminus, hijo mayor de Sabis.

—Lo hemos roto, sí —dijo Lasgol.

—¿Ambos cercos? ¿El de los soldados de Kraido y el nuestro? —preguntó Saletirus, el hijo menor.

—Los dos sí —dijo Lasgol.

—En ese caso sois espías muy buenos, pero os hemos capturado —dijo Sabis—. Como espías que sois, moriréis.

Sus dos hermanos aplaudieron la decisión. Estaban de acuerdo.

Lasgol vio que la situación se torcía mucho. Sabis y sus hermanos estaban convencidos de que eran espías y nada iba a cambiar su opinión. Tenía que jugársela o perderían la cabeza en breve.

—Hemos venido por una amiga —afirmó Lasgol.

Celopus lo miró con ojos de advertencia. Lasgol le dijo que sí con la mirada y el intérprete lo tradujo.

—¿Qué amiga es esa?

—Ingrid, norghana, como nosotros.

Sabis reconoció el nombre de inmediato y sus ojos centellearon.

—La Guardabosques Primera.

—Sí, ella.

—¡Eso no tiene sentido! —exclamó Demisus gesticulando.

—Nadie comete semejante locura —se unió Noteasus.

—Nosotros sí, no dejamos a los nuestros abandonados —dijo Lasgol con tranquilidad.

Yerminus y Seletirus miraron a sus tíos y luego a su padre. Por sus miradas parecían estar intrigados.

—Así que estáis aquí por ella, por Ingrid —dijo Sabis enarcando una ceja mientras parecía estudiar las implicaciones de aquello.

—Así es. Somos sus compañeros, la estamos buscando —dijo Lasgol.

Sabis sonrió con una sonrisa maliciosa y comenzó a caminar a su alrededor, estudiándolos de pies a cabeza. Los soldados no dejaban de apuntar con sus lanzas a los tres prisioneros y Sabis daba vueltas alrededor del grupo.

—Sois Guardabosques, entonces.

—Lo somos, los tres —Lasgol tomó la responsabilidad de ir respondiendo a las preguntas de Sabis.

—Así que tenéis especialidades, ¿verdad?

Lasgol se quedó un poco sorprendido.

—¿Se conocen aquí nuestras especialidades?

—No en el Este, pero nuestra familia las conoce —respondió Noteasus.

—Nos gusta conocer todo lo que es militar y relevante de cada reino. Los Guardabosques sois un grupo de élite de un reino rival y, por lo tanto, nos informamos de todo lo relacionado con vosotros —explicó Demisus.

—Oh…

—Poco hay de algún reino de Tremia de carácter militar que desconozcamos —dijo Sabis con una sonrisa torcida.

—Entiendo. Sí, somos Guardabosques Especialistas.

—¿Solo una? No sé por qué, pero me da que hay más en ti —Sabis se acercó hasta Lasgol y lo volvió a mirar de arriba abajo.

—Tengo cuatro —confesó.

Los miembros de la familia Gotirus exclamaron y se pusieron a hablar entre ellos con tono animado.

—Eso es todo un logro, pensaba que Ingrid era la única excepcional, veo que no es así.

—Ingrid es excepcional en muchos aspectos. ¿Se encuentra bien? —Lasgol aprovechó la oportunidad para preguntar.

—¿Qué te hace pensar que sé cómo se encuentra? —respondió Sabis con gesto torcido—. Como has podido comprobar tenemos preocupaciones mayores y más urgentes en las que centrar nuestra atención —señaló hacia el exterior desde una de las ventanas.

Lasgol calló un momento y pensó la respuesta. Sabis era astuto y parecía no querer darle información.

—Ella es excepcional, valiosa…

—Lo es, pero me traicionó —cortó Sabis y su rostro mostró furia —. ¿Sabes lo que hizo?

—No tengo… toda la información de lo que sucedió —dijo Lasgol —. Solo que el difunto rey Thoran os la entregó.

—Sí, lo hizo porque así se lo pedí yo. ¡Vuestra compañera me traicionó! —gritó lleno de rabia.

Lasgol guardó silencio.

—La traidora vino buscando la espada de Neils Usmentus, el Defensor —dijo Demisus.

—Un arma legendaria de uno de nuestros héroes, y fundador de esta gran ciudad —dijo Noteasus.

—Esa espada debía concederme una ventaja increíble en batalla por un supuesto poder que se le asumía. Con ella me iba a convertir en un héroe legendario de la ciudad. Por desgracia, no fue así. Es muy ligera y afilada, pero su poder no se manifiesta en mi mano, ni en la de nadie de mi familia. Mis magos tampoco pudieron hacer uso de ese poder.

—Es un arma decorativa —dijo Demisus con mala cara.

—Una espada de oro con propiedades mágicas que al final no sirven de nada —añadió Noteasus.

—Sin embargo, vuestra compañera descubrió cómo usar el poder del arma y no regresó para devolvérmela como habíamos acordado. ¿Cómo llamas tu a eso, Lasgol?

Lasgol tragó saliva.

—Ingrid no rompería su palabra si no hubiera una razón muy importante… vital…

—Entonces das por hecho que no cumplió con su palabra. Pensaba que lo negarías, que defenderías lo honorable que es tu amiga. Eso es cuanto menos sorprendente —Sabis enarcó una ceja.

—Saben que traicionó su promesa —afirmó Demisus.

—Entonces sabrán el motivo. ¿Por qué no regresó Ingrid con la espada y cumplió con la palabra que me dio?

—Por la amenaza de los dragones —respondió Lasgol.

Sabis sonrió de medio lado.

—Haces bien en no mentirme. No tengo tiempo ni paciencia para alguien que intenta engañarme.

—No miento —afirmó Lasgol muy serio.

—Y por eso no te corto el cuello —respondió Sabis, que desenvainó una elaborada espada y lo señaló con ella.

Celopus se temió lo peor y por un momento no tradujo.

—Agradezco que se respete mi vida, nuestras vidas… —Lasgol incluyó a sus compañeros.

Sabis observó a Lasgol un momento más con ojos entrecerrados donde brillaba la rabia. No tenía muy claro que no lo fuera a matar.

—Ingrid sigue con vida —dijo bajando la espada.

Lasgol resopló aliviado.

—Eso son muy buenas noticias para nosotros.

—No lo creas. Estoy seguro de que ella preferiría estar muerta —replicó con tono helado.

El resto de sus familiares rieron e hicieron comentarios que, aunque no pudieron entender, imaginaron no implicaban nada bueno.

—¿Podríamos verla? —se arriesgó a preguntar Lasgol.

Sabis volvió a andar alrededor del grupo, observándoles, como decidiendo qué hacer con sus vidas.

—Está en una celda de castigo —dijo Sabis señalando hacia el suelo—, a unos tres subniveles de donde estamos. Un lugar nada agradable…

—Queremos verla —pidió Nilsa sin poder contenerse.

—Lo que queráis es irrelevante. Solo lo que yo quiera y decida lo es. Soy el jefe de la familia Gotirus, de las familias regentes de Orecor y quien manda en la ciudad. El resto de las familias regentes han delegado en mí este honor.

—Dos de ellas han sido prácticamente aniquiladas por los dragones durante el asedio— añadió Demisus.

—Y las otras dos están muy mermadas, sus líderes han resultado heridos o enfermos por los ataques a la ciudad —dijo Noteasus.

—Sin embargo, nuestra familia aguanta. Eso se debe al fuerte liderazgo que ejercemos mis hermanos y yo y que un día ejercerán mis hijos —explicó Sabis y miró uno a uno a los miembros de su familia.

Lasgol suspiró, no parecía que Sabis fuese a dejarles ver a Ingrid.

—Solo deseamos ver a nuestra compañera —dijo con tono muy suave para no provocar la rabia del capitán general.

Una nueva sonrisa maliciosa apareció en el rostro de Sabis.

—Verla os lo concedo. Que viváis… no —sentenció.

Capítulo 34

Lasgol miró a Nilsa y Gerd.

Sabis los condenaba a morir. La situación se volvía crítica.

De pronto se abrió la puerta a sus espaldas y dos hombres entraron. Uno vestía una túnica azul marino con símbolos que se asemejaban a las olas del mar y el otro llevaba una dorada con un sol en el torso. Los reconocieron al momento, eran el mago de agua y el mago dorado que habían sobrevivido al último ataque de los dragones.

—Dameros, Aquasmares, por fin os dignáis a uniros a nosotros —reprochó Sabis y los miró con expresión de gran descontento.

—Mil disculpas, mi señor. Hemos tenido que recostarnos un momento de forma forzosa… —se disculpó Aquasmares realizando una reverencia. Su túnica azul estaba llena de suciedad y tenía manchas de sangre. No se había cambiado.

—Estamos extenuados tras la batalla —se disculpó el mago dorado, que también tenía la túnica muy deteriorada tras el combate. El color de su rostro tampoco era bueno.

Celopus iba traduciendo a Lasgol, Nilsa y Gerd todo lo que se decía.

—¿Habéis vuelto a excederos en el uso de la magia? —preguntó Demisus.

—Nos hemos visto obligados. Tres dragones es más de lo que podemos afrontar —se disculpó Dameros.

—Hemos perdido a Marcuas y Aquemor está herido —explicó Aquasmares.

—Son muy malas noticias. No podemos perder magos en el combate. Debéis tener más cuidado —dijo Sabis, no con pesar por la pérdida de vidas sino enfadado.

En ese momento Dameros se percató de la presencia de Lasgol y sus compañeros.

—Los dragones eran muy poderosos. Casi no lo contamos… De hecho, ellos nos han salvado —dijo y los señaló.

—¿Salvado? —preguntó Noteasus—. ¿Cómo os van a salvar si se han infiltrado como espías?

—Han combatido contra los dragones. Han conseguido herir de gravedad a dos de ellos. Sin su ayuda… estaríamos muertos… —explicó Dameros.

Sabis abrió mucho los ojos.

—No se nos ha informado de esto —reprochó señalándole con su espada.

—Lo siento, mi señor, no hemos podido… —Dameros bajó la mirada.

—Estábamos exhaustos… —se disculpó Aquasmares.

Todos los miembros de la familia Gotirus se pusieron a hablar los unos con los otros, gesticulando y dando voces fuertes. Celopus dejó de traducir al ver que discutían y que cada vez lo hacían de forma más acalorada.

Lasgol miró a Nilsa y Gerd. Los tres estaban tensos, pero alerta.

Sabis se impuso al resto y los hizo callar a gritos.

—¡Silencio! ¡Lleguemos al fondo de este asunto!

Los demás dejaron de dar voces y pareció que se iban calmando.

—Dameros, explica lo sucedido y en detalle. Queremos entenderlo bien —ordenó Sabis.

—Sí, mi señor —el mago dorado explicó lo que había pasado a Sabis y su familia. Cuando terminó los rostros de los militares eran de sorpresa mezclada con incredulidad.

—¿Cómo que han usado magia similar a la tuya al tirar contra el dragón? —preguntó Sabis y enarcó una ceja.

—Eso es lo que creo, mi señor.

—No puede ser, te habrás confundido con sus flechas explosivas —dijo Sabis señalando las flechas sobre la mesa.

—Son Guardabosques, tienen flechas especiales, eso lo sabemos —añadió Noteasus.

—Flechas y trampas que explotan con daños elementales, similares a los de la magia de los cuatro elementos —dijo Demisus.

Dameros asintió y buscó la forma de explicarlo sin causar la ira de los militares.

—Han utilizado sus flechas explosivas, sí, y de forma muy eficaz, atacando a los ojos y la boca de los dragones. Pero ha habido algo más. He visto destellos dorados, de magia similar a la mía —reiteró el mago.

—¿Aquasmares? ¿Qué has visto tú?

—Creo que Dameros tienen razón, mi señor. Además de las flechas elementales, a mí también me ha parecido ver destellos dorados…

Sabis miró a Lasgol y sus compañeros con la frente fruncida.

—Son Guardabosques, no magos. No puede ser.

—Y no hay nadie con tu tipo de magia en todo el Este —dijo Demisus.

—Ni en Norghana —dijo Noteasus.

—Tienen razón. Hemos buscado más como tú, Dameros, durante mucho tiempo, y no hemos encontrado a nadie. Solo en Rogdon hay rumores de que tienen a alguien parecido a ti —dijo Sabis.

Dameros asintió, pensativo.

—Soy una excepción, una rareza de la naturaleza, lo sé. Pero que no haya otros iguales a mí no quiere decir que no haya similares. Creo que nos encontramos ante ese caso con uno de ellos —afirmó y miró a Lasgol.

—¿Dices que uno de ellos tres es similar a ti? —quiso aclarar Sabis y frunció la frente.

—Eso creo porque sus flechas atravesaron las defensas de los dragones, como hacemos nosotros cuando creo la esfera dorada para nuestros soldados y arqueros.

—Si eso es así sería una gran ventaja contra los dragones —dijo Noteasus.

—Solo tu magia ha podido hasta ahora atravesar su defensa —dijo Demisus.

—Mi magia ayuda a nuestros soldados, pero, como bien sabéis, yo no dispongo de magia de ataque. Solo puedo crear la esencia

dorada como ayuda…

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Sabis algo confuso.

—Que la magia dorada que se usó contra los dragones era de ataque…

Sabis miró al grupo con ojos de cazador acechando a su presa.

—¿Es eso cierto? ¿Tenéis magia de ataque que afecta a los dragones?

—Es una gran anomalía —afirmó Demisus.

Lasgol intentaba decidir qué opción era la mejor en aquel momento, si decir la verdad o callarse. Lo que tenía claro era que Sabis los iba a matar, eso ya lo había decidido, podía verlo en sus ojos.

Si se callaban, si no colaboraban, estaba seguro de que cumpliría su decisión. No le pareció la opción más acertada. Si le ofrecía algo que le interesase mucho quizá podrían negociar una salida.

—Yo soy similar a él —dijo Lasgol señalando a Dameros.

—¿Tú? Tú no eres un mago —dijo Sabis.

Lasgol negó con la cabeza.

—No lo soy, no, pero tengo magia. Una que en parte es la que Dameros tiene. Por eso puedo afectar a los dragones.

—No te creo —dijo Demisus señalándolo agresivo con su dedo índice.

—Un norghano no puede tener magia dorada —recriminó Noteasus —. No se ha dado ningún caso, lo hemos investigado.

—Soy un Guardabosques con magia, no un mago. Es natural que no hayáis oído hablar de mí o de mi poder mágico. Mis habilidades son en su mayoría de Guardabosques y están relacionadas con la naturaleza.

—¿Has conseguido herir al dragón con tu magia? Dime la verdad. No tengo mucha paciencia y la guerra me la consume por momentos hasta dejarme seco y si eso ocurre puedo estallar y mataros a los tres aquí y ahora —preguntó Sabis mirándolo fijamente a los ojos.

Tenía la espada en la mano pegada a su muslo y apretaba la empuñadura con fuerza.

Lasgol no tuvo duda de que Sabis le cortaría el cuello de un tajo si no se andaba con sumo cuidado y respondía.

—Sí, he herido a algunos dragones y matado a otros con ayuda de mi magia.

Sabis echó la cabeza hacia atrás. Aquella respuesta no la esperaba.

—¡No puede ser! —gritó Noteasus.

—¡Miente, mátalo! —exclamó Demisus.

—No miente, le he visto herir de gravedad a dos dragones, mis señores —dijo Dameros con las manos en alto intentando que se calmaran y no mataran a Lasgol.

Sabis comenzó a dar vueltas alrededor de Lasgol y el grupo. Los soldados que seguían custodiándolos miraban de reojo a su líder. Se paró frente a él.

—Será mejor que no me mientas o haré que tú, tus dos amigos e Ingrid sufráis lo indecible.

Lasgol asintió despacio.

—No miento.

—¿Tienes magia dorada? —preguntó Sabis entrecerrando los ojos.

—En esencia, y explicado de una forma sencilla, mi magia proviene de dos de las magias bases: la dorada y la plateada. Eso es lo que dos magos norghanos llegaron a concluir cuando la estudiaron.

—Así que no tienes magia dorada pura, como Dameros.

—No, mi magia está mezclada y contiene ambas —dijo Lasgol.

—Pero sin duda tiene magia dorada y es la que ha utilizado para atacar a los dragones —dijo Dameros.

—Pero no es tan poderoso como tú —dijo Demisus.

—Eso no lo sabemos, que no tenga magia dorada pura como la mía no quiere decir que no sea poderoso. Nunca hemos encontrado a alguien como yo, pero quizá no sea necesario. Tal vez con tener suficiente ascendencia, aunque no sea pura, se suficiente para afectar a los dragones —especuló Dameros.

—No lo creo. Aquasmares tiene algo de magia dorada corriendo por sus venas y no es capaz. ¿No es así? —preguntó Noteasus.

—Así es, mi señor. Mi magia está compuesta de varias magias base, una de ellas la dorada, pero nunca he conseguido que mis

conjuros de ataque afecten a los dragones.

—Entonces el Guardabosques miente —Sabis levantó la espada hacia Lasgol.

—No miento. Hay algo más que yo tengo y utilizo contra los dragones y que Aquasmares no posee.

Sabis no bajó la espada.

—¿Qué es?

—Un arma dorada —afirmó Lasgol.

Aquello captó la atención de todos los militares presentes.

—¡Explícate! —demandó Sabis, enfadado.

—Tengo un arma imbuida de magia dorada construida para matar dragones. Uso su energía en conjunción con la mía.

Sabis y sus familiares se volvieron hacia las armas que les habían incautado. El capitán general vio el arco dorado y supo que era el arma. Lo cogió en sus manos.

—¿Qué arma es esta? No siento su magia.

—Es el arco de Aodh y solo aquellos con el don pueden sentir su magia —explicó Lasgol.

—No pesa nada, es como la Matadragones de… —Sabis no terminó la frase, sus ojos se abrieron como platos mientras miraba el arco—. La espada dorada, la Matadragones, es un arma como esta, puede en verdad matarlos —se dio cuenta.

—Así es. La espada es un arma dorada como el arco.

—Ahora lo entiendo. Por eso Ingrid no me la devolvió, descubrió que era un arma de poder verdadero, capaz de acabar con el mayor de nuestros enemigos, y se la quedó.

—Para defender Norghana —añadió Nilsa.

—¡Esa espada es mía! ¡Se la presté y no me la devolvió! ¡Me la robó! ¡Esa espada era para defender Orecor!

—Si puede matar dragones es de un valor incalculable —razonó Demisus.

—El arma de un líder, un héroe para su pueblo —afirmó Noteasus.

—Mi espada, con la que puedo derrotar a los dragones —dijo deseoso Sabis, más para sí mismo que para los demás.

—Para empuñar un arma dorada hay que tener magia dorada… —explicó Lasgol con tono suave.

—¿Quieres decir que no puedo usar mi espada? ¿Que no puedo tirar con este arco? —preguntó Sabis rabioso.

—Contra un dragón, no. Lo siento.

—¡Soy el capitán general de la familia regente, el héroe de Orecor, tengo que poder usarla! ¡Tengo que poder cortar el cuello a los dragones y colgarlos de lo que queda de mis murallas!

Se hizo el silencio ante los gritos de Sabis, que parecía estar fuera de sí por la frustración que sentía.

Lasgol supo que debían tener mucho cuidado. Aquel hombre no era un militar normal, ni un dirigente sabio. Era un hombre con sueños y aspiraciones irreales, y eso lo convertía en alguien muy peligroso, sobre todo dada la situación en la que se encontraba. Los dragones lo tenían arrinconado en una esquina sin escapatoria, con el tiempo corriendo en su contra, y Sabis era muy consciente. Solo un milagro lo salvaría a él y a su ciudad. Uno que Lasgol tuvo la sensación de que no se daría.

Capítulo 35

—Magos, probad el arco —dijo Demisus.

Sabis lo miró sin comprender el propósito.

—¿Qué pretendes probar, hermano?

—Quiero ver si lo que dice el norghano es cierto.

Sabis miró el arco en una de sus manos y la espada en la otra.

—Tienes razón. Comprobemos si dice la verdad.

—Mi señor, yo soy un mago, no sé utilizar armas… —se disculpó Dameros.

—Pues hoy aprenderás. Y tú también, Aquasmares.

—Como el capitán general desee…

Sabis envainó su espada y, sujetando el arco dorado, fue hasta una de las paredes. Descolgó un escudo grueso de metal que parecía pesado y lo puso sobre uno de los sillones. Fue a otra de las paredes y cogió el carcaj con flechas que había junto a un arco antiguo. Se colocó a diez pasos del escudo sobre el sillón, puso una flecha en la cuerda del arco dorado y se llevó la cuerda hasta la mejilla. Apuntó al centro del escudo y soltó. La flecha salió con la fuerza normal de un arco y golpeó el escudo saliendo rebotada.

—¡Maldita sea! —clamó Sabis al comprobar que la magia del arco no se activaba.

—Pasa lo mismo que con la Matadragones. No es más que un arma ceremonial —opinó Noteasus.

—¡Este no es mi destino! ¡Yo he nacido para llevar a Orecor a la gloria! —clamó Sabis fuera de sí por la enorme rabia que sentía.

Por un largo momento nadie dijo nada. Todos observaban a Sabis, que estaba furioso. Su frustración era tal que salía por todos los poros de su cuerpo. Se dirigió a Dameros.

—Quiero que lo atravieses con el arco dorado, como si fueran las escamas de un dragón. Ningún arco puede atravesar ese escudo.

—¿Podré? —Dameros miró a Lasgol con ojos llenos de duda.

—Si el norghano dice la verdad y el arma es especial y solo puede usarse por un mago con magia dorada, podrás —dijo Demisus.

—Podrás —aseguró Lasgol.

—Esto va a ponerse interesante —dijo el hijo mayor de Sabis, que se frotaba las manos.

Su hermano sonreía. Las situación les divertía.

—Necesitaré ayuda… —pidió Dameros a Lasgol.

Lasgol miro a Sabis pidiendo permiso.

—Adelante —ladró Sabis de malas formas.

Los soldados que rodeaban al grupo levantaron las lanzas y lo dejaron pasar. Fue hasta el mago y le explicó cómo usar el arma y también cómo enviar energía al arco antes de soltar la flecha para activar su poder. Dameros hizo tal y como Lasgol le indicó.

Cuando apuntó al escudo, Lasgol vio que no lo estaba haciendo bien y le ayudó a corregir la pose y la forma de apuntar para que tirase al centro.

—No muevas el arco, solo envíale tu energía y suelta la flecha muy suavemente.

—El arco no está lo suficientemente tensado, la flecha saldrá con poca fuerza —dijo Demisus.

—El arco usa su poder mágico como potencia de tiro, no es problema —aclaró Lasgol.

—Suelta, Dameros —dijo Sabis, que estaba ya impaciente.

El mago soltó la flecha con suavidad. Se produjo un resplandor dorado muy potente y esta salió contra el blanco con una potencia brutal. Atravesó el escudo y el sillón para seguir hasta clavarse profunda en la pared del fondo.

—¡Por toda la sangre derramada en las murallas de Orecor! ¡Eso ha sido increíble! —clamó Sabis, que miraba al escudo y luego a la flecha con ojos como platos.

—Impresionante —dijo Demisus.

—El norghano no mentía —dijo Noteasus.

Los dos hijos de Sabis aplaudieron entre exclamaciones que mostraban que estaban muy impresionados.

Sabis fue hasta el escudo y lo examinó. Luego el sillón.

—¡Los ha atravesado! ¡Dameros ha atravesado escudo, sillón y casi la pared de roca!

—Ese arco es un arma increíble —dijo Demisus.

—Pero solo en manos de un mago —especificó Noteasus.

—Aquasmares, prueba tú —ordenó Sabis muy emocionado.—. Veamos si tu magia vale para usar el arco.

—Sí, mi señor… —el mago de agua cogió el arco que le pasó Dameros.

Lasgol le dio las mismas explicaciones y le ayudó a apuntar al centro del escudo sobre el sillón.

—Envía energía al arco y suelta con mucha suavidad. No muevas los brazos para nada —dijo Lasgol.

EL mago hizo lo que le indicaba y soltó muy suavemente. Se produjo un destello dorado, la mitad de potente que el de Dameros. La flecha atravesó el escudo y el sillón, pero al llegar a la pared rebotó sin clavarse.

—¡Esto es inaudito! —Sabis no podía creer lo que acababa de presenciar.

—¡Aquasmares también puede usar el arma! —exclamó Noteasus.

Demisus negaba con la cabeza sin poder dar crédito.

—Ciertamente sorpresivo —expresó Aquasmares, que observaba el arco, perplejo.

—Parte de tu magia es de origen dorado —explicó Dameros—. No es tan pura como la mía, pero tienes parte. Por eso has podido usar el arco.

—Es realmente sorprendente, yo no puedo crear la sustancia dorada como tú…

—Cierto, creo que para eso hace falta tener magia dorada más pura, como la mía. Pero para usar el arma parece que no, con tener parte de ella es suficiente.

—¿Y para los que no tenemos magia? ¿Para mí y mi familia? —preguntó Sabis con tono de estar muy molesto y señalando a los suyos.

—Sin magia… el poder de esa arma no puede ser activado… lo lamento mucho, mi señor… —explicó Dameros.

—¡Maldición! ¿Es eso así, Guardabosques? —preguntó a Lasgol mientras cogía el arco de las manos del pasmado Aquasmares.

Lasgol recapacitó muy rápido si era conveniente explicar que había una forma de usarlo.

—Se requiere magia dorada, en mayor o menor medida —explicó sin entrar en más detalles.

—¿Ellos no pueden usar el arco? —preguntó Sabis señalando a Nilsa y Gerd.

Lasgol negó con la cabeza.

—No, solo yo puedo.

Sabis soltó una retahíla de improperios que Celopus no pudo traducir. No hubo necesidad, entendieron que estaba dando rienda suelta a su rabia.

—Aunque no podamos usarlo, sigue siendo un arma muy valiosa si puede matar a un dragón —dijo Demisus a Sabis.

—¡Lo sé! ¡Pero tenía que usarla yo! ¡Yo debo ser el salvador de la ciudad! ¡Por nuestra familia, por nuestro honor! ¡Yo debo ser el héroe de Orecor!

—Todavía puedes serlo —dijo Noteasus.

Sabis dejó de gesticular y miró a su hermano.

—Explícate.

—Puedes presentarte al pueblo como el descubridor del arma, el que la posee. Ahora está en tus manos, muéstrasela a todos. Luego que sean los magos los que la usen para matar a los dragones.

Sabis lo meditó un momento. Luego asintió.

—Tienes razón. Puedo ser el salvador de la ciudad, pues tengo la salvación en mi mano. ¡Con esta arma mataremos a los dragones! —exclamó levantando el arco dorado.

Toda la familia se unió en vítores de apoyo a Sabis.

Dameros y Aquasmares se miraban con ojos de gran preocupación. Lasgol identificó miedo en ellos, no se veían capaces de matar a un dragón con el arco.

—Al primero que me mate a un dragón lo bañaré en oro —dijo Sabis a los dos magos.

Dameros tragó saliva.

—Mi señor… nosotros no sabemos luchar con armas… no podemos usar ese arco contra un dragón…

—¡Tonterías! ¡Por supuesto que podéis!

—Somos magos, mi señor… nuestra arma es la magia. El arco… no sabemos tirar… —Aquasmares bajaba la cabeza mientras lo decía.

—¡Pues aprenderéis! ¡Aprenderéis todos!

—Llamaré al jefe de arqueros y se os dará instrucción marcial de tiro con arco ahora mismo —afirmó Demisus.

—¿Cuántos magos quedáis con vida? —preguntó Noteasus.

—Nosotros dos y Ocenses… pero está herido.—respondió Dameros alicaído.

—Se os enseñará a usar el arco y mataréis dragones con el arma —sentenció Sabis.

Los dos magos bajaron la cabeza. Era evidente que no querían hacerlo, pero también que sabían que no les quedaba más opción.

—Sí, mi señor —dijeron ambos acatando la orden.

—En cuanto a vosotros tres, iréis a hablar con vuestra compañera Ingrid —dijo Sabis.

Esto a Lasgol le pareció muy extraño. ¿Por qué les permitía ver a Ingrid si les había robado el arco dorado?

—Mátalos, ya no son útiles —dijo Demisus.

Sabis levantó la mano.

—Pueden serlo. Hablaréis con Ingrid y le diréis que o me entrega la Matadragones de Neils o vosotros tres moriréis.

—Excelente idea, esa espada nos vendría muy bien ahora que sabemos que los magos pueden usarla —dijo Noteasus.

—¿Cómo sabemos que no nos matarás después de conseguir la espada dorada? —preguntó Lasgol.

Sabis rio.

—Solo podéis esperar y ver. Lo que puedo aseguraros es que los tres moriréis al amanecer si Ingrid no colabora. No lo ha hecho hasta ahora, y la he amenazado de muerte. Parece ser que no le importa dar su vida por mantener el secreto, pero creo que cuando los que corran peligro seáis vosotros, cambiará de parecer. O eso espero por vuestro bien —Sabis sonrió con malicia—. Lo dejo en vuestras

manos, tenéis la noche de hoy para convencerla. Con el amanecer, si no conseguís la espada, os cortaré el cuello personalmente — sentenció y los señaló a los tres.

Lasgol no tuvo duda de que lo haría. Lo que no tenía nada claro era que fueran a sobrevivir, aunque consiguieran la espada.

Capítulo 36

Aquella noche en Jadrakos, la cena fue tranquila. Hasta Morgana estuvo menos tensa de lo que era habitual, algo que Nahia agradeció.

—Me voy a retirar a descansar, tengo un mal presentimiento —dijo la morena de ojos negros al resto de la escuadra.

—Bonita despedida —reprochó Faden con una sonrisa.

El Fatum era tan bello que cuando sonreía lo que hubiera dicho o hecho con anterioridad parecía desvanecerse de la mente de quien lo miraba.

—Mis presentimientos son por lo general poco halagüeños, pero por ser vosotros os los adelanto como cortesía —dijo a Faden.

Nahia vio que incluso Morgana se veía afectada por la belleza del Fatum porque, siendo ella, no le había respondido de forma agresiva.

—¿Puedes explicarnos algo más sobre ese presentimiento? Con eso poco podemos hacer —pidió Sarmas.

—Puedo decirte que es posible que no regreses con vida de la próxima misión —respondió Morgana.

Sarmas no tenía el mismo efecto en Morgana que Faden y lo estaba pagando.

—Eso es siempre posible. ¿Tienes algo más concreto? —el Escarlatum le mantuvo la mirada.

—He soñado que quedabas atrás…

—¿Lo dices en serio o te estás metiendo conmigo? —Sarmas se inclinó sobre la mesa mirando a Morgana.

—Ambas cosas —respondió la morena.

Él levantó los brazos al aire.

—Eres imposible, no me voy a creer tus presagios oscuros —dijo y se volvió a sentar.

—Como prefieras, pero yo ya te he avisado. A ti y a todos. Se acercan problemas serios —dijo y miró a Logan fijamente durante un momento.

—A él no lo mires ni de reojo, que no le va a pasar nada malo —advirtió Nahia enfadada.

—Eso no es lo que presiento…

—No me va a pasar nada y a vosotros tampoco —dijo Logan—. Mantengámonos unidos y todo irá bien.

—Eso es —asintió Sarmas y se unió al sentimiento de Logan.

Morgana se puso en pie y se marchó sin decir nada más.

—Es de lo más… —Nahia tuvo que morderse la lengua para no decir algo de lo que se iba a arrepentir.

—Debemos tomar sus palabras como un aviso —intercedió Tilsa con tono serio.

—No creerás en sus presagios… —le dijo Logan con tono de que no tenían crédito.

—Yo no creo en presagios, pero sí en estar preparados. Pronto nos enviarán a Gryphoros y no será una misión sencilla, sino todo lo contrario. Debemos tomar las palabras de Morgana como advertencia y estar unidos y muy alerta —se expresó con su habitual confianza y calma.

Logan asintió.

—Estaremos unidos y alerta —convino y miró a Nahia.

—Somos la mejor escuadra aérea y lo demostraremos —dijo Faden optimista, y sonrió.

—La mejor no lo sé, pero la más singular sin duda —comentó Samas más tranquilo.

—Cubrámonos todos las espaldas —pidió Nahia.

Todos asintieron.

Un rato más tarde se fueron a dormir. Nahia no podía quitarse de la cabeza las palabras de Morgana, en concreto las referentes a Logan.

A él no podía pasarle nada malo. Nunca.

Al amanecer, como no podía hacer nada sobre los malos augurios de Morgana, decidió encargarse de otro tema que le rondaba la cabeza desde hacía días. Era un tanto arriesgado, pero debía

jugársela, pronto partirían hacia el mundo de los gryphos y quería tener aquello resuelto, por lo que pudiera pasar.

—Escudero, necesito de ti —dijo a Lantreos, su servicial escudero, en cuanto apareció portando su lanza y escudo para la formación del día.

—Por supuesto, mi señora jinete.

Logan la miró y se puso delante de ella, dando la espalda al escudero.

—¿Estás segura de esto?

Nahia suspiró.

—Sí, lo he estado pensando. Debemos hacerlo.

—El riesgo es enorme…

—Si me condenan a muerte, sigue luchando.

—Nahia… no… si te pasa algo… yo…

Nahia miró a Logan a los ojos y le acarició la mejilla.

—Gracias, yo también te amo —dijo y lo besó.

Logan cerró los ojos y se rindió al beso.

—Ve, no debes saber de esto.

—Está bien… —Logan marchó y Scrudro corrió tras él con su lanza y escudo en las manos.

Nahia los vio marchar y, cuando ya estaban lo suficientemente lejos, se dirigió a Lantreos, que aguardaba con sus armas.

—Necesito enviar un mensaje importante.

—Será un honor encargarme de hacerlo.

—Es un mensaje privado...

El Tergnomus puso cara de no estar seguro.

—Todos los mensajes de mi señora jinete son privados.

—Lo sé, pero este debe ser privado y secreto.

El Tergnomus enarcó ambas cejas.

—Oh, un mensaje confidencial.

—Eso es. Nadie debe interceptarlo y debe llegar a su destinatario por canales no oficiales. ¿Entiendes lo que te pido? —Nahia le miró a los ojos.

—Entiendo. Un mensaje secreto por red clandestina.

—Eso es. ¿Puedes enviarlo?

—Puedo, mi señora.

—Si el mensaje es interceptado moriré. ¿Entiendes que me va la vida en esto?

—Lo entiendo. Mi señora no debe preocuparse, no perderá la vida, antes la perderá su fiel escudero. Protegeré el mensaje con mi vida.

Nahia hizo un gesto de que eso podía no ser suficiente.

—Que mueras no me salvará si obtienen el mensaje.

—Destruiré el mensaje si veo peligro.

—¿Cómo lo destruirás?

El Tergnomus hizo gesto de metérselo en la boca y tragarlo. Lo hizo con semblante tan serio que a Nahia no le quedó duda de que lo haría.

—De acuerdo —se decidió.

Tenía que confiar en que la red que había establecido Egil entre los Tergnomus y Exarbor era segura. Él se jugaba la vida enviando mensajes, así que debía serlo. Al menos todo lo segura que se podía esperar en aquellas condiciones.

Lantreos aguardó estoico.

—Está bien, toma —Nahia le dio un pequeño contenedor de madera, el mismo usado por Egil.

El escudero dejó el escudo de Nahia apoyado contra su pierna y cogió el contenedor.

—Gracias por confiar en mí. Es un gran honor. No fallaré a mi señora.

El Tergnomus inclinó la cabeza tres veces seguidas.

—Es para el prisionero.

—Yo me aseguraré de que llegue al prisionero.

Nahia tuvo una duda.

—¿Sabes quién es?

El Tergnomus negó con la cabeza.

—Yo solo conozco a mi contacto en Jadrakos.

—¿Entonces cómo te vas a asegurar de que el mensaje llega a su destino?

—Porque él solo conoce a su contacto, que conoce a su contacto, que conoce a su contacto. Uno de ellos sabrá quién es. Funciona así, es más seguro.

—Sí, pero la cadena se rompe si un eslabón falla.

—Entonces se busca un eslabón nuevo —dijo y miró al escudero de Logan.

—Oh, entiendo. Si algo te pasa a ti, lo reclutarán a él.

—Seguramente. Yo lo he identificado como posible sustituto.

—¿Y él no sabe nada de lo que haces ni de tu contacto aquí?

—No, él no sabe ni debe saber nada, ya que de momento está fuera de la red. Lo he identificado como posible sustituto, nada más.

Esto sorprendió mucho a Nahia. Era un sistema seguro e inteligente, obra de Egil fijo. Pero buscar un posible sustituto era un tanto macabro.

—Espero que nunca necesites de un sustituto.

—Mi señora me llena de honor al preocuparse por mí. Lo agradezco.

Volvió a realizar varias inclinaciones con la cabeza.

Nahia miró alrededor, pero solo estaban ella y Logan con sus escuderos. En cualquier caso, que los escuderos se inclinaran múltiples veces ante sus jinetes era de lo más normal allí.

—Ve y que el mensaje llegue al prisionero.

El escudero guardó el contenedor entre sus ropajes y partió con paso decidido.

Nahia lo miró alejarse y sintió una inquietud que le revolvió el estómago. La información era muy valiosa, merecía la pena arriesgar la vida. Debía conocerse que los dragones tenían una debilidad, que había una forma de incapacitarlos por completo. Solo de pensarlo supo que el riesgo no importaba. Todos debían saberlo y buscar formas de explotar esa debilidad, pues podría cambiar el rumbo de la lucha contra los dragones y conseguir la libertad para todos.

Capítulo 37

Nilsa, Lasgol y Gerd descendían por las escaleras hacia las celdas bajo el palacio de la familia Gotirus. Una docena de soldados armados con lanza y escudo los custodiaban mientras un oficial abría camino con una mano en su espada. Las antorchas iluminaban las paredes y el suelo de roca sólida. Llegaron al primer nivel subterráneo y tuvieron que bajar uno más. Dos soldados hacían guardia al pie de la escalera y otros dos en medio del largo pasillo.

Según lo recorrían vieron que un lado era pared de roca y el otro, celdas con barrotes de metal. Parecían jaulas donde encarcelar animales, solo que en su interior había personas.

Lasgol miraba de reojo según avanzaban. Vio Tauruk-Kapro y Drakónidos en las celdas. No le sorprendió, debían ser presos de guerra. Tenían mal aspecto, estaban desnutridos y les habían golpeado con saña. Llevaban tiempo sin comer. Pero al menos les daban de beber, ya que se mantenían con vida. Cuánto más aguantarían no lo sabía, pero no sería mucho por su aspecto. Que Sabis no les diera de comer no le sorprendió lo más mínimo. Era un militar y en la guerra los militares no tenían piedad con los enemigos. Y mucho menos en una ciudad sitiada donde el alimento escaseaba.

—Esos prisioneros tienen un aspecto terrible. Están en las últimas —susurró Nilsa.

—Sí, apenas se tienen en pie —dijo Gerd.

—Los van a matar de hambre —dedujo Nilsa.

—De momento viven, eso ya es mucho —apuntó Gerd con esperanza, aunque todos sabían que aquellos prisioneros no tenían apenas posibilidad alguna de sobrevivir.

Uno de los soldados le dio un empujón a Gerd con su escudo.

—Shhh… —comandó.

No necesitaban intérprete para entender aquella orden. Continuaron en silencio por el largo pasillo, observando las celdas que iban pasando.

Llegaron a una puerta de metal al final del corredor custodiada por dos soldados. Hubo un intercambio de palabras entre el oficial que los conducía y los soldados. Abrieron la puerta y entraron en otro largo corredor iluminado por antorchas. Los condujeron hasta la mitad, donde otros dos soldados hacían guardia de pie. El oficial se detuvo y habló con ellos.

Lasgol miró a la celda frente a los dos soldados. Estaba en penumbras, la luz de las antorchas solo llegaba hasta la parte de los barrotes. El interior no se apreciaba.

Los dos soldados de guardia fueron hasta ella y la abrieron. Lasgol miró a Nilsa y Gerd. Los iban a meter allí.

El oficial señaló la puerta abierta y les hizo gestos con su espada de que entraran. Aquello también lo entendieron a la primera.

Entraron y al fondo de la celda distinguieron una figura humana.

Lasgol no supo quién era.

—¡Ingrid! —exclamó Nilsa y corrió hacia ella.

—Ingrid… —Gerd se quedó con la boca abierta.

La Guardabosques estaba encadenada a la pared y tenía fuertes grilletes en tobillos y manos. Parecían creados para aprisionar semigigantes, se habían asegurado de que no pudiera escapar.

Ingrid los miró con ojos entrecerrados.

—Nilsa…

—¡Sí, soy yo, Nilsa! —dijo ella y le puso las manos en la cara sin poder evitar que las lágrimas le cayeran por las mejillas.

—No puedo creerlo… Nilsa —dijo Ingrid y los ojos azules de la rubia guerrera brillaron al reconocer a su amiga del alma—. ¿Eres de verdad tú?

—Sí, Ingrid. Soy yo —Nilsa lloraba y sonreía al mismo tiempo.

—Entonces te has recuperado… has sobrevivido. Te dejamos en el desierto con los Desher…

—Me curaron. Llevó tiempo, pero estoy perfectamente.

—Qué alegría, es una noticia increíble —el rostro grisáceo de Ingrid se iluminó y una sonrisa apareció en su boca.

—Somos nosotros. Mira, Gerd y Lasgol también están aquí —Nilsa los señaló con la mano. Ambos se habían quedado a un par de pasos de Ingrid.

—Ingrid, no sabes qué alegría me da verte de nuevo. El corazón casi me estalla cuando te he visto con vida —dijo Gerd con los ojos húmedos.

—Gerd… grandullón… Entraste en el portal…

—Sí, he estado una temporada con los dragones. Ha sido de lo más instructivo, pero me han conseguido rescatar. Es una larga historia, ya te la contaré —sonrió él.

—No puedo creer que estés aquí. Ven y dame un abrazo grandullón —Ingrid levantó sus manos encadenadas hacia Gerd.

—Te voy a dar un abrazo de oso —dijo él sonriendo de oreja a oreja.

—No esperaba menos —contestó ella sonriendo también.

Gerd la levantó del suelo del abrazo, como era su costumbre, e Ingrid rio. Fue una risa profunda, le salió del alma.

—No sabes la alegría que me dais. No he sonreído y mucho menos reído en años.

—Viendo este sitio no me extraña —Nilsa puso cara de asco.

—No está tan mal. Al final te acostumbras —dijo Ingrid encogiéndose de hombros.

—Eso de ahí es una rata enorme —Nilsa señaló a una esquina donde había un cuenco con agua y restos de comida de aspecto horrible en un plato de madera.

—Esa es Vilma. Somos amigas. Yo le doy comida y ella me hace compañía. También jugamos al pillapilla por la celda.

—¿Lo dices en serio? —Nilsa puso cara de horror.

—Muy en serio. No sabes el bien que me ha hecho. Aquí abajo muchos pierden la cabeza.

—Las ratas son animales muy inteligentes y supervivientes natos —dijo Gerd observando a la criatura.

—Lasgol, veo que estás mejor que la última vez que te vi… —dijo Ingrid.

—Yo… bueno, no lo recuerdo… En realidad, no te recuerdo… lo siento.

Ingrid frunció la frente.

—¿Cómo que no me recuerdas? Nos conocemos desde los quince años, desde el Campamento. Hemos pasado mil situaciones juntos, muchas de lo más inolvidables. ¿Cómo no vas a recordarme?

—Tiene problemas de memoria. El dragón inmortal le extirpó todo recuerdo de sus seres queridos —explicó Nilsa a Ingrid.

—¿No recuerdas nada? —preguntó Ingrid ahora con tono serio y de preocupación.

—Recuerdo cosas, pero no lo relacionado con todos vosotros, por desgracia.

—¿Entonces soy una extraña para ti?

Lasgol suspiró.

—Me temo que sí…

Ingrid lo miró con expresión de firmeza.

—No te preocupes. Para mí eres nuestro Lasgol y siempre lo serás. Cuenta con mi amistad, apoyo y liderazgo. Hazlo siempre, me recuerdes o no. Yo sí te recuerdo, te valoro mucho y te quiero —dijo Ingrid con tono de enorme fortaleza.

—Oh, vaya, gracias —Lasgol no supo qué decir y aceptó el cumplido.

—Ya te acostumbrarás a Ingrid, es de lo más directa —dijo Nilsa a Lasgol y le dio una palmada en el hombro.

—Y además es nuestra líder —aclaró Gerd.

—Entiendo…

—¿Sabéis… habéis descubierto algo del paradero… de Viggo? —preguntó Ingrid con angustia en la voz y se le hizo un nudo en la garganta que todos pudieron sentir.

—Tenemos muy buenas noticias para ti —dijo Nilsa sonriendo.

—¿De verdad? —los ojos de Ingrid se abrieron cuanto daban llenos de esperanza.

—Tu merluzo está vivito y coleando.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Lo habéis encontrado? ¿Vive?

—Es una larga historia, pero sí, lo hemos encontrado y está con nosotros.

—¡Lo sabía! ¡Sentía que estaba vivo! ¡No sé cómo, pero lo sentía! —Ingrid levantó las manos encadenadas hacia los cielos mientras de

sus ojos caían lágrimas de alegría.

—Sigue igual de dolor de tripas que siempre —dijo Gerd.

—¡Mi merluzo está vivo! —exclamó Ingrid sonriendo mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

—Está aquí, en Orecor. Consiguió escapar antes de que nos apresaran —explicó Nilsa.

—Se hizo de noche y se escabulló como el gato negro que es —dijo Gerd.

—Ese es mi asesino de corazones. Si escapó no andará muy lejos —Ingrid sonrió y se secó las lágrimas.

—Ha insistido lo indecible para que vengamos a salvarte —explicó Lasgol.

—Lo imagino. No se habrá callado.

—Ni debajo del agua —dijo Nilsa sonriendo.

—Hemos tardado mucho, lo lamento —se disculpó Gerd e hizo un gesto hacia Ingrid y su estado—. Yo he estado preso, como tú. Nilsa curándose en el desierto, Lasgol perdido, Camu hibernando y Viggo congelado vivo.

—¿Congelado vivo? —Ingrid abrió muchos los ojos.

—Mejor que te lo cuente él —dijo Nilsa.

Ingrid asintió.

—¿Camu, Ona, y Argi están bien? —preguntó Ingrid.

Lasgol asintió.

—Lo están. Esperan fuera de la ciudad escondidos, con Edwina.

—Oh, habéis traído a la sanadora. ¿Tan mal pensabais que estaría?

—La verdad es que sí. Ha pasado mucho tiempo… —reconoció Gerd.

—Y te tienen presa con grilletes y cadenas que pesan una barbaridad —dijo Nilsa.

Cogió parte de la larga cadena que llegaba hasta la pared y la sopesó en sus manos.

—¿Cómo te encuentras? Te veo muy gris —dijo Nilsa estudiándola de arriba a abajo. Le abrió los ojos para mirarle la pupila.

—Espera, vayamos hacia la luz y así me podréis ver mejor.

Ingrid tiró de la pesada cadena todo lo que daba. Le permitía llegar a un paso de los barrotes.

—No se fían, ¿eh? —dijo Gerd.

—No. Como gané el concurso de lucha de los Gotirus me han puesto medidas excepcionales. Se han asegurado de que no pueda escapar. Lo he intentado, por supuesto, múltiples veces, pero no he tenido suerte.

—Entiendo —asintió Gerd y miró a los guardias.

—Tendré mal color, pues apenas he visto la luz del día y estaré un poco desmejorada, pero esas cadenas me han sido de mucha ayuda.

—¿De ayuda? No entiendo, si te tienen amarrada como a un semigigante… —dijo Nilsa.

—Eso es cierto, pero al ser cadenas y grilletes pesados me han permitido hacer ejercicios de fuerza con ellos.

—Oh, ya entiendo… —Nilsa sopesaba la cadena en sus manos de nuevo.

Ingrid se puso a la luz de las antorchas y flexionó piernas y brazos.

—Tengo más músculo ahora que cuando me encarcelaron. De hecho, soy mucho más fuerte. Podría tumbar a Lasgol de un derechazo y levantar a Gerd sin esfuerzo.

—Eso es mucha fuerza —asintió Nilsa.

—No tenía nada que hacer aquí dentro, así que me he dedicado a fortalecer mi cuerpo. También he podido… —se calló un momento y miró a ver si los dos soldados de guardia estaban atentos—. Casi he conseguido arrancar la cadena de la sujeción en la pared. Todas las noches cuando los guardias de fuera duermen, apoyo los dos pies en la pared y me agarro con fuerza a la cadena, lo justo para mantener mi cuerpo paralelo al suelo, y tiro con todas mis fuerzas. No falta mucho para que ceda.

—Sí que estás fuerte… —dijo Gerd palpando sus bíceps y hombros.

—También he estado trabajando mi resistencia. La cadena es suficientemente larga para ir de una pared a la otra —señaló los muros a izquierda y derecha y detrás—. Cada día he hecho varios cientos de cruces.

—Ir y venir en las cuatro direcciones —razonó Lasgol.

—Eso es, a la carrera, como si me persiguiera un tigre y sin parar. Los guardias me toman por loca.

—Un poco de locos es… —dijo Gerd.

—Al contrario, así he mantenido la cordura. Ejercitando el cuerpo. Eso alimenta la mente.

—Eres increíble. Sabía que lograrías sobrevivir. Si alguien puede y tiene fuerza de voluntad para aguantar cualquier cosa, esa eres tú.

—Y Egil. ¿Cómo está él?

—Está vivo y preso en un lugar similar a este, pero en el mundo de los dragones —explicó Nilsa.

—Eso no suena bien.

—Ya te lo explicaremos todo. Egil vive y está tramando, como siempre —dijo Gerd.

—Si está tramando, entonces sobrevivirá. Su mente es prodigiosa, pero necesita alimento. Sus planes y tramas lo mantendrán cuerdo —opinó Ingrid.

—Sí, eso queremos pensar todos —Nilsa suspiró.

—Por mí no os preocupéis. Me encuentro fuerte de cuerpo y mente.

—Estás estupenda, pero tienes muy mal color, gris de la cabeza a los pies. Necesitas sol —dijo Nilsa—. Te convendría pasar una temporada con los Desher Tumaini.

—¿Tú y Aibi…n? —preguntó Ingrid enarcando una ceja.

—Estamos muy bien, mejor que nunca, y juntos, muy juntitos —sonrió Nilsa y se puso colorada.

—Me alegra oírlo, es un buen guerrero de los desiertos.

—Y es tan guapo… —Nilsa puso ojos de enamorada.

—Ya veo que las cosas van muy bien entre vosotros. ¿Qué tal tú y Astrid? —preguntó Ingrid a Lasgol.

Se hizo un silencio incómodo.

—No la hemos encontrado todavía… —explicó Gerd.

—¿No has ido a buscarla, Lasgol? —se extrañó Ingrid.

—Verás… los dragones… Norghana… los Guardabosques… No he podido.

—Por no hablar de que no la recuerda —añadió Nilsa.

Ingrid hizo un gesto de gran sorpresa.

—¿No recuerdas ni a Astrid? ¿La mujer que amas?

Lasgol se encogió de hombros.

—Intento recordarla, pero solo hay un gran vacío en mi mente.

—La morena se va a enfadar cuando sepa esto —afirmó Ingrid.

—¿Que no he ido a rescatarla? —preguntó Lasgol, que se sentía culpable no solo por no recordar sino por no hacer lo que se supone que debería haber hecho.

—No, eso lo entenderá. Primero es el deber hacia el reino y luego todo lo demás. Somos Guardabosques, lideramos con el ejemplo que damos. Si el reino está en peligro, lo defendemos. Los asuntos personales pasan a un segundo plano —afirmó Ingrid—. Lo que no le va a sentar nada bien es que no la recuerdes. Eso seguro.

—No es por mi voluntad… —Lasgol intentó disculparse.

—Lo entiendo. Ella también lo entenderá, pero se va a enfadar y de lo lindo. Astrid tiene su carácter…

—Sí, pero no podrá cobrar venganza.

—Cierto. Matamos al dragón inmortal. Egil le atravesó la cabeza con la lanza de Rogdon —dijo Ingrid asintiendo—. En cualquier caso, será muy interesante ver la reacción de Astrid cuando la encontremos. Porque la vamos a encontrar.

—Tú tan segura de nosotros como siempre —dijo Gerd sonriendo.

—¿Cómo no lo voy a estar si os tengo aquí conmigo? Ahora ya no podrán mantenerme aquí presa. Y en cuanto salgamos de aquí buscaremos a Astrid. Las Panteras de las Nieves no abandonan a los suyos.

—¡Así se habla! —dijo Nilsa muy contenta y le dio un abrazo—. No sabes cuánto te he echado de menos.

—Aunque Vilma es una amiga estupenda, no se puede comparar a mi Nilsa querida —dijo Ingrid señalando a la rata.

Nilsa rio.

—Menos mal que he salido vencedora de esta dura comparación.

—Menos mal —rio Gerd.

—No sabéis la alegría que siente mi corazón al veros de nuevo. Cuando Thoran me envió aquí presa por requerimiento de Sabis, justo después de lo sucedido con el dragón inmortal, lo que más me

inquietaba era saber que no podría ayudaros. Todo este tiempo me he sentido culpable y frustrada por estar aquí, cuando vosotros me necesitabais.

—Eso dice mucho de ti, Ingrid. Eres una gran mujer y una gran compañera —agradeció Gerd.

—Eres la mejor de todas —aseguró Nilsa—, pero ahora eso ya da igual. El pasado, pasado está. Debemos centrarnos en el presente y salir adelante.

—Estando juntos no tengo duda de que lo haremos. Nunca la he tendido. Las Panteras de las Nieves pueden con todo —afirmó Ingrid, convencida—. Por desgracia terminamos separados tras enfrentarnos al dragón inmortal, pero volveremos a ser quienes éramos. Ya se pueden preparar los dragones y quien se enfrente a nosotros. Nada nos detendrá, saldremos victoriosos, como siempre hemos hecho.

—Solo oírte hablar ya me llena el corazón de ímpetu. Acabaremos con los dragones y con todos los que se nos pongan por delante —afirmó Gerd.

—¡Secundo ese sentimiento! —exclamó Nilsa levantando el puño.

Lasgol miraba sin saber muy bien qué hacer. La confianza de Ingrid era impresionante. La verdad era que animaba el espíritu. Parecía que serían capaces de todo, pese a la terrible situación en la que estaban. Lasgol no podía dejar de pensar que estaban prisioneros en las mazmorras de una ciudad sitiada y que su líder les había dado un ultimátum para no matarlos, aunque él intuía que era falso y que los iba amatar de todas formas.

De pronto Ingrid se llevó el dedo índice a los labios.

—Viene alguien. Guardad silencio —susurró.

Capítulo 38

Se quedaron en silencio y oyeron en el corredor los pasos que Ingrid había identificado. Aguardaron para ver quién se aproximaba.

Dos figuras llegaron junto a los guardias. Lasgol los observó mientras dialogaban con ellos. Uno vestía una túnica verde y el otro una dorada.

—Son Celopus y Dameros —susurró Lasgol.

Ingrid abrió mucho los ojos.

Los dos visitantes se acercaron hasta las rejas, parecían tener el permiso de los guardias.

—¡Celopus! ¡Qué alegría verte! —exclamó Ingrid.

—La alegría es toda mía —sonrió el intérprete.

—Ha pasado tanto tiempo…

Celopus asintió.

—Pero aquí seguimos ambos —dijo el anciano.

—Tenías razón, no debí presentarme a la competición de los Gotirus. No me ha traído más que desgracias.

—Intenté avisarte. Los Gotirus… bueno, todas las familias del consejo regente son despiadadas. Solo buscan el poder militar y la gloria.

Ingrid asintió.

—Al menos conseguí la espada dorada, la Matadragones de Neils.

—Una victoria entonces, pese a las consecuencias —Celopus abrió los brazos.

—Sí, una victoria —asintió Ingrid.

—Cuando me enteré de que estabas aquí prisionera intenté verte, pero Sabis me lo prohibió. No se fía de mí porque te conozco y te ayudé a tu llegada a la ciudad. También porque no se fía ni de su familia.

—Muy típico de él. Me asignaron a otro intérprete en los interrogatorios… más bien en las torturas, no era muy bueno.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes, no iba a hablar, en cualquier caso. Me sobraba el intérprete.

Nilsa, Gerd y Lasgol se movieron inquietos. Lasgol sospechaba que algo así habría sucedido, pero oír a Ingrid confirmarlo le removió el estómago. Sabis y los suyos eran unos desalmados sin honor, merecían morir por aquello.

—Lo siento mucho —compadeció Nilsa.

—Lo lamento —dijo Gerd cabizbajo.

—No lo hagáis. Solo me ha hecho más fuerte y me ha ayudado a sobrevivir. Sabis pagará por lo que me hizo, eso es una promesa de Guardabosques de Norghana.

—Una que no se rompe y se cumple— asintió Lasgol, recordaba el dicho, aunque no sabía cómo.

Ingrid lo miró de reojo.

—Eso es —asintió.

—En cualquier caso, lo siento mucho, ese tipo de conductas son despreciables —se lamentó Celopus—. Por desgracia, están muy normalizadas aquí. Los militares no tienen piedad de los prisioneros, me temo.

Ingrid enarcó una ceja.

—¿Qué haces aquí, Celopus? Arriesgas la vida si Sabis no te quiere hablando conmigo.

Él suspiró.

—Sí, la arriesgo. Me lo ha pedido Dameros, somos amigos desde hace muchos años y no puedo negárselo —expresó Celopus y miró al mago dorado.

—En ese caso veamos qué tiene que decir. Será importante para que os arriesguéis así.

—Lo es para todos. Traduciré para Dameros.

—No tenemos mucho tiempo, así que seré directo —dijo Dameros.

Todos asintieron.

—Adelante —pidió Ingrid.

—Hasta ahora pensaba que era una anomalía, el único mago con magia dorada de todo Tremia. Hoy me habéis abierto los ojos a una nueva realidad —expresó emocionado.

—¿Cómo es eso? —Lasgol no entendía muy bien por qué Dameros estaba tan animado.

—Vuestro arco y la espada, si es que es como el arco —indicó el mago con la misma emoción.

—Lo es. La espada tiene magia dorada, como la tuya —dijo Nilsa.

—¡Eso es increíble!

A ellos no les parecía tan increíble pues lo sabían hacía tiempo.

—Hay armas doradas con magia capaz de matar dragones, si es a lo que te refieres —dijo Gerd.

—¡Eso es precisamente! ¿No lo entendéis?

Ingrid, Nilsa, Gerd y Lasgol se miraron sin comprender la excitación del mago.

—La verdad es que no —reconoció Lasgol.

Dameros levantó las manos a los cielos.

—Os lo explicaré. Toda mi vida he pensado que estaba maldito, que mi magia era inservible. Solo con la llegada de los dragones me di cuenta, y por accidente, de que mi magia podía hacer mella en esas monstruosas criaturas despiadadas. Por fin este mago inservible tenía un uso, un fin, podía aportar algo a Orecor. He sido siempre el hazmerreír de los magos, pues mi magia no sirve en realidad para nada.

—No creo que lo sigas siendo —dijo Lasgol.

—No, claro. En este momento soy el más valioso de todos porque mi magia afecta a los dragones y es la única capaz de hacerlo. La vida es muy extraña. Durante mucho tiempo me llenó de amargura y tristeza y ahora me llena de lucha y coraje.

—¿Entonces? —Nilsa fruncía la frente. No entendía.

—Que esas armas fueron creadas por gente con mi misma magia. Por lo tanto, deduzco que debo ser descendiente de aquellos que las crearon. Por fin puedo entender mi pasado, mi origen, y quizá me ayude a encontrar a más como yo, a otros que son como yo.

—Eso sería estupendo porque necesitamos de magos dorados para acabar con los dragones —dijo Gerd.

—Contadme, ¿qué sabéis de las armas doradas? ¿Quiénes las crearon? Tengo que saberlo.

Lasgol fue a contestar, pero Gerd le apretó el brazo.

Lasgol no dijo nada.

—Te lo diremos si tú también aceptas intercambiar información con nosotros —propuso Gerd.

Dameros lo meditó.

—Eso me ha sonado a réplica de Egil —susurró Nilsa a Ingrid.

—Lo mismo he pensado yo —murmuró de vuelta.

—Esos dos han pasado demasiado tiempo juntos —sonrió Nilsa.

—Uno todo mente y el otro todo cuerpo y corazón —replicó Ingrid.

—Parece que algo se le ha pegado a Gerd después de tanto estar con Egil —afirmó Nilsa tapándose la boca con disimulo.

El mago dorado asintió de pronto.

—De acuerdo, debemos ayudarnos. Pero esto debe quedar entre nosotros. Si alguien de la familia Gotirus lo descubre… bueno, yo sufriré mucho y vosotros moriréis.

—Tendremos cuidado —aseguró Gerd y miró a sus compañeros buscando confirmación sobre el trato.

Ingrid, Nilsa y Lasgol hicieron un gesto afirmativo.

—Los creadores de las armas doradas reinaron en Tremia hace más de tres mil años —dijo Gerd—. Se cree que eran una civilización muy poderosa por su magia y conocimientos.

—¿Sí? Nunca he oído nada referente a ellos. Aquí en Orecor, en el este, no hay constancia de ellos.

—Se les conoce como los Áureos, la civilización perdida —explicó Gerd.

Dameros negó con la cabeza.

—No he oído hablar de ellos.

—Pues debes saber que eran tan poderosos que acabaron con los dragones —explicó Nilsa.

—¿Lo hicieron? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Por lo que hemos descubierto hasta ahora, aunque no tenemos forma de probarlo y podemos estar equivocados, los Áureos acabaron con los dragones en Tremia hace más de cuatro mil años. Creemos que los expulsaron de este mundo —continuó Gerd.

—Y no han regresado hasta ahora, por lo que debían temerles —apuntó Nilsa.

—Esto es realmente importante. Esta información puede ser crucial para derrotar a los dragones. Si hay una raza que puede acabar con ellos y armas que fabricaron con ese fin, puede ser la clave para la victoria —Dameros se frotaba las manos, muy ilusionado.

—No digo que no, pero el problema es que los Áureos desaparecieron hace tres mil años. No se ha sabido de ellos desde entonces. Que nosotros sepamos, claro —explicó Nilsa.

—Eso son malas noticias. ¿Se sabe por qué desaparecieron?

—No, no sabemos que les pasó, solo que no se les ha vuelto a ver en Tremia —dijo Gerd.

—Pero tu magia, después de lo que hemos visto y sabemos, es la de los Áureos, al igual que la de las armas doradas, estamos convencidos —aclaró Nilsa.

—Sí, debe ser. Entonces soy un descendiente de los Áureos.

—Tú y muchos en Tremia como Lasgol, que puede usar el arco.

—Cierto, como Aquasmares —asintió Dameros.

—Lo que te hace especial, y es muy significativo, es que tu magia es pura o casi pura —explicó Gerd.

—Las demás están mezcladas y compuestas por diferentes magias base. En tu caso yo diría que tu magia es dorada casi completamente —dijo Nilsa.

—Sí porque no puedo hacer magia de ningún otro tipo… Y lo que puedo hacer con ella es muy poco…

—Eso queremos saber. ¿Qué puedes hacer? —preguntó Gerd.

—No mucho… puedo crear la energía dorada que nuestros soldados usan en sus armas para atravesar las escamas de los dragones…

—¿Algún ataque mágico? —preguntó Nilsa.

Dameros negó con la cabeza.

—He intentado emular los conjuros de los magos de agua, pero no consigo que se creen. Algo tan básico como lanzar un cono de hielo, no puedo hacerlo. No se forma, es como si mi magia no pudiera tomar una forma específica. De ahí que solo pueda crear bruma o neblina… energía.

—No es tan extraño —intervino Lasgol—. Quizá lo que tu magia te permite hacer es imbuir poder dorado. Eso en sí es muy poderoso. ¿Puedes imbuir de magia dorada una espada o un hacha?

Dameros asintió.

—Eso sí puedo hacerlo. No lo solemos hacer más que en el último momento porque las armas que imbuyo con magia dorada la van perdiendo rápidamente. Es como si la magia abandonara el arma, como si no pudiera adherirse a ella.

—Interesante —dijo Ingrid, que escuchaba con atención—. Todo esto es nuevo para mí, pero le veo muchas posibilidades. Me recuerda a Enduald, el mago de encantamientos norghano.

—Sí, a nosotros también —dijo Nilsa asintiendo.

—¿Has probado a crear y encapsular la magia dorada? —preguntó Lasgol entrecerrando los ojos.

—¿Para que los soldados puedan luego impregnar sus armas en ella? —preguntó Dameros.

—No, para hacerla estallar —dijo Lasgol.

Dameros echó la cabeza hacia atrás.

—¿Estallar? ¿Cómo? La energía dorada que emito es etérea…

—Por eso deberías encapsularla en un objeto que la contenga, por ejemplo, un orbe de vidrio. Si luego lo lanzas y explota al impacto tendríamos un arma potente contra los dragones —explicó Lasgol.

—Similar a nuestras flechas elementales cuando estallan al impactar —comentó Nilsa.

—Ummm… He intentado almacenar energía dorada en objetos como orbes de mago, pero no a lanzarlos y romperlos. En cualquier caso, no creo que estallen… — Dameros se quedó pensativo y se rascó la cabeza.

—Imaginemos que encontramos la forma de hacerlo estallar. Sería algo que podríamos lanzar a los dragones —elucubró Lasgol.

—Una explosión de energía dorada debería dañarles, sí…

—¿Y si creáramos flechas de magia dorada? —ofreció Nilsa como idea.

—Sí, a eso quería llegar —asintió Lasgol—. Si pudiéramos almacenar energía dorada en pequeños contenedores y crear flechas doradas, cualquier tirador podría hacer mucho daño a un dragón y no necesitaría de un arco dorado.

—El concepto es muy interesante. Nosotros solo imbuimos de magia dorada las puntas de las armas, pero hacer que estallen sería mucho más dañino, sin duda —reconoció Dameros.

—Los Guardabosques sabemos cómo crear flechas que explotan —dijo Ingrid.

—Y trampas —añadió Lasgol.

—Cierto, y trampas —asintió Gerd.

—Solo necesitamos de tu energía, Dameros —dijo Lasgol con optimismo.

—¿Qué pretendéis? Creo que sé lo que estáis pensando, pero no creo que sea viable.

—Deberías acompañarnos a Norghana, Dameros. Allí, usando tu poder, podríamos fabricar gran cantidad de flechas explosivas de magia dorada —propuso Lasgol.

—Aunque no lo creas, eres un arma de gran poder —dijo Gerd.

—En esencia —añadió Nilsa.

Dameros suspiró.

—Esto me temía. Yo no puedo abandonar Orecor.

—No le debes lealtad a Sabis y su familia. Ya has oído que van a enviarte a enfrentarte a los dragones con el arco dorado. Morirás si lo haces —afirmó Gerd.

—La perspectiva no es halagüeña… lo sé —se lamentó Dameros.

—Tú y los magos de agua moriréis si intentáis enfrentaros con el arco, no tenéis la pericia necesaria para hacer algo así —explicó Nilsa.

—¿Magos tirando con arco? Eso es una locura —opinó Ingrid.

—Lo sé… No lo es para los Gotirus…

—¿Entonces? —preguntó Lasgol.

—Esta es mi ciudad, mi gente. Yo nací aquí y he vivido en ella toda mi vida. No puedo abandonarles, todavía hay esperanza. Debemos seguir luchando.

Nilsa, Lasgol y Gerd intercambiaron una mirada.

—¿Y si te dijéramos que no hay esperanza para la ciudad? —dijo Lasgol.

—Hemos resistido hasta ahora. Seguiremos resistiendo.

—Me temo que no. El rey dragón negro va a enviar a todos sus dragones a acabar con la ciudad de una vez por todas —informó Lasgol.

Dameros abrió mucho lo ojos.

—Hay dos ciudades más que están atacando, y han hecho eso hasta ahora.

—Ha decidido hacerlo, precisamente, porque las cosas no le van bien. Arrasará lo que queda de ciudad —aseguró Lasgol con tono firme.

—¿Cómo sabéis esto?

—Tenemos amigos entre el ejército de Kraido —dijo Lasgol.

—¿Amigos entre los invasores? —el rostro del mago mostró sorpresa y antagonismo.

—Muchos de ellos están contra los dragones —explicó Nilsa—. Se está preparando una revuelta.

—¿Dices que el ejército de los dragones se sublevará contra sus señores? —Dameros no parecía convencido.

—Sí, pero no sucederá antes del fin de Orecor —aseguró Nilsa.

—¿Cuándo va a ser ese fin?

—En menos de tres días, lo más probable —explicó Lasgol.

Dameros se quedó callado.

—Lo siento mucho, Celopus —dijo Ingrid al viejo intérprete.

—Tenía que suceder, era cuestión de tiempo. No íbamos a poder aguantar eternamente contra los dragones y su ejército.

—Aun así, lo siento mucho. Sé que amas a esta ciudad y a los tuyos.

Celopus bajó la cabeza.

—Sí, amo Orecor y a sus ciudadanos. Hemos sido una ciudad-estado impresionante y una potencia militar durante muchísimo

tiempo. Terminar así no parece digno de la gloria que un día ostentó esta gran ciudad.

—Todavía podéis huir —ofreció Nilsa.

—¿Huir? Estamos sitiados —dijo Celopus.

—Podéis escapar por mar —indicó Gerd—. Los dragones no tienen barcos. Si huis antes de que lleguen, podréis poneros a salvo.

—Eso podría ser… pero Sabis y los Gotirus no lo permitirán nunca. Matarán a todo el que intente huir por desertor —explicó el intérprete.

—Eso sin duda —Dameros regresó de sus pensamientos—. Nos matará a todos si intentamos huir por mar.

—¿Si llegarais a York os acogerían en la isla? —preguntó Ingrid enarcando una ceja.

Celopus y Dameros se miraron y asintieron.

—Antes de la llegada de los dragones éramos rivales, ¡las dos ciudades-estado más importantes del este! La potencia militar y la potencia mercantil —explicó Celopus—. Pero con la invasión ambas ciudades tuvimos que aprender a colaborar. Ahora no somos rivales, nos ayudamos a subsistir. Yo creo que nos acogerían.

—Sí, si no es por otro motivo, para que luchemos en su ejército, que no es ni la mitad de bueno que el nuestro —razonó Dameros.

—En ese caso debéis abandonar la ciudad y navegar hasta York —dijo Ingrid con tono de ruego.

—Sabis y su familia no lo permitirán. Exigirán que luchemos hasta el último hombre o mujer que pueda empuñar un arma —explicó Dameros.

—En ese caso, tendremos que encargarnos de la familia Gotirus de una vez por todas —afirmó Ingrid con rabia en su tono—. Llevan tiempo pidiendo que se les juzgue y condene. Es momento de hacerlo.

—Tendrá que ser una condena a muerte o no será posible conseguir evacuar la ciudad —pidió Dameros.

—Oh, no te preocupes, mago dorado, será sin duda una condena a muerte —aseguró Ingrid y sacudió sus grilletes mientras sus ojos brillaban.

Capítulo 39

Lasgol observaba a los dos guardias al otro lado de las rejas de la celda. Estaban medio dormidos, aunque mantenían la guardia. Parecían gatos con los ojos cerrados pero las orejas tiesas escuchando a su alrededor.

Sentado a su lado, Gerd les observaba también. Habían debatido la opción de engañarles, pero necesitaban esperar a que fuera de madrugada. Celopus y Dameros se habían marchado un rato antes.

Le habían contado a Ingrid lo sucedido con Sabis y sus demandas. Ingrid no quería que sus amigos perdieran la vida y lo meditó.

—Se me ha ocurrido algo —susurró de pronto.

Nilsa, a su lado, se incorporó.

—¿Sobre los guardias? —preguntó en voz muy baja, casi inaudible.

Ingrid negó con la cabeza.

—Sobre Sabis. Puedo ofrecerle el resto de las armas doradas si os deja con vida. No podrá negarse cuando sepa que tengo escondidas la Doble muerte de Gim, el Rayo de Antior, el cuchillo de Sansen, la lanza dorada de Rogdon y el guantelete de Liriana, además del arco de Aodh y la Matadragones de Neils.

Gerd se rascó la barbilla.

—Con lo que desea la fama, y ahora que sabe que sus magos pueden usar esas armas, es posible que acceda.

—Yo no me fio. Nos traicionará —opinó Nilsa—. Es de esos.

—Eso por supuesto —asintió Ingrid—. Es solo para ganar tiempo.

—¿Qué conseguimos ganando tiempo? —preguntó Gerd.

—Que Sabis y los suyos mueran. Los dragones acabarán con ellos —dijo Ingrid.

—Sí, pero la ciudad morirá también —dijo Lasgol—. Son varios miles los que todavía sobreviven. No podemos permitirlo.

Ingrid resopló.

—Tienes razón. No queda tiempo para engañar a Sabis con las otras armas y salvar a los ciudadanos —levantó la mirada hacia los guardias—. Tendremos que encargarnos de esos dos por nuestra cuenta y escapar.

—Me parece bien —confirmó Lasgol.

Nilsa y Gerd asintieron.

—Nos ponemos a ello entonces —concluyó Ingrid.

Aguardaron hasta la madrugada y Lasgol se preparó para actuar.

En silencio, fue invocando su tabla precombate de habilidades. Los destellos verdes que le recorrieron el cuerpo uno tras otro indicaron que se estaban produciendo Reflejos Felinos, Agilidad Mejorada, Ojo de Halcón, Oído de Lechuza… No falló ninguno. Se alegró mucho. Últimamente solo fallaban algunas habilidades de tiro al intentar combinarlas con otras, lo cual le daba ánimos porque parecía que su magia iba mejorando con el paso del tiempo y que se estaba recuperando poco a poco. Deseaba volver a ser quien una vez había sido, pero sabía que eso no sucedería de inmediato.

A su lado, Gerd aguardaba atento con Nilsa e Ingrid. Tenían que salir de aquella celda y escapar, pero solo tenían una oportunidad, un intento de fuga, y debía salir bien. De lo contrario redoblarían la guardia, asegurarían la zona y Sabis los colgaría con la llegada del nuevo día. Lasgol miró a sus compañeros en medio de la penumbra. Estaban en el fondo de la celda, donde la luz de las antorchas del corredor no alcanzaba del todo. Podían ver a los dos guardias, pero estos a ellos no. Aunque tampoco miraban demasiado, confiaban en los sólidos barrotes de acero y la cerradura metálica de la puerta.

Lasgol comenzó a moverse muy despacio, como una pantera negra que acecha a su presa. Iba a cuatro patas y se puso contra la pared derecha de la celda. Se pegó a ella y se acercó a los barrotes hasta que casi le daba la luz de la antorcha. Los dos guardias estaban de pie, pero medio dormidos. Lasgol se concentró y su oído mejorado por la habilidad Oído de Lechuza captó un sonido al final del corredor. Estuvo tentado de acercarse a los barrotes y observar,

pero no quería llamar la atención de los guardias. Se contuvo y resopló a sus compañeros a modo de señal para indicarles que ya estaba en posición.

Ingrid se puso en pie y, levantando las cadenas, llegó a la máxima distancia que daban. Entró en la parte iluminada y se dejó caer de golpe. Las cadenas y grilletes sonaron fuerte al golpear el suelo y el estruendo metálico despertó a los guardias.

—¡Ayuda, por favor! ¡Algo le sucede! —pidió Nilsa y se echó de rodillas junto a Ingrid.

Los dos guardias miraron a Ingrid y Nilsa y luego se miraron entre ellos.

—¡Se muere, haced algo! —pidió Nilsa con urgencia en la voz y expresión de espanto. Sabía que no le entendían, pero sus gestos eran obvios.

Los soldados comentaron algo entre ellos y se acercaron a los barrotes con las lanzas por delante. No se fiaban, eran precavidos.

—¡Ayudadla por favor! —Nilsa seguía con su teatro mientras Ingrid, tumbada en el suelo, se hacia la muerta.

Uno de los guardias metió la lanza entre los barrotes y le puso la punta a Nilsa en el torso mientras le decía algo. Nilsa no lo entendió, pero imaginó que era que se estuviese quietecita. De rodillas y con la punta de la lanza dirigida a su cuello, levantó las manos indicando que no tenía intención de hacer nada.

El otro guardia pasó también la lanza entre los barrotes y con ella pinchó a Ingrid en un hombro. Esta aguantó el pinchazo y no se movió, ni dijo nada. Los dos guardias se miraron e intercambiaron unas palabras.

El que apuntaba con su lanza a Ingrid volvió a pincharle, esta vez en el costado. La Guardabosques apretó los dientes y aguantó sin decir nada y sin moverse lo más mínimo. Lasgol observaba con mucha atención. Los soldados no habían reparado en él, escondido como estaba contra las sombras de la pared.

Los guardias les gritaron algo, pero no entendían lo que decían. Se pusieron a hablar entre ellos, decidiendo qué hacer.

Era el momento.

Nilsa bajó las manos y agarró la lanza. Dio un fuerte tirón pasando la punta de esta por encima de su hombro derecho. Gerd, que estaba preparado detrás de ella, agarró la punta de la lanza y tiró con todas sus fuerzas. El guardia gritó e intentó tirar hacia atrás. La fuerza de Gerd era demasiado para él y se estampó contra los barrotes.

El otro guardia gritó y movió la lanza para clavársela a Gerd. Lasgol saltó con agilidad felina desde la penumbra y sujetó la lanza con fuerza. El guardia no pudo clavársela a Gerd.

Ingrid se puso de rodillas y tiró de la lanza hacia dentro haciendo que el guardia se diera contra los barrotes. Lasgol le sujetó la cabeza con las dos manos y la golpeó con fuerza contra los barrotes.

Nilsa se lanzó hacia el otro guardia, que aún se recuperaba del golpetazo, y lo agarró con las dos manos de la pechera. El guardia gritó algo e intentó desenvainar su daga, pero Gerd se adelantó y le soltó un tremendo puñetazo directo a la nariz. El guardia cayó de espaldas sin sentido con la nariz rota.

El otro intentó también sacar su daga, pues Ingrid le había arrebatado la lanza. Lasgol le golpeó la cabeza contra los barrotes dos veces más y cayó al suelo, inconsciente.

—¡Lo conseguimos! —se alegró Nilsa.

—Hemos hecho mucho ruido —se lamentó Lasgol, que temía que los hubieran oído.

—¡Registradles, rápido! ¡Buscad las llaves de la celda! —urgió Ingrid.

Nilsa y Lasgol registraron a los guardias.

—¡Aquí! —dijo Nilsa y sacó una llave muy pesada.

—Esa es la llave de mis grilletes —Ingrid levantó las manos hacia Nilsa.

—Te libero —dijo Nilsa.

Lasgol seguía registrando al otro guardia. Por fin dio con las llaves, pero no podía soltarlas. Tuvo que usar la daga del guardia para cortarlas de la sujeción al cinturón.

—Ya tengo las llaves —dijo a sus compañeros.

—Abre la puerta —pidió Gerd con urgencia.

Lasgol se puso a ello.

—Ya está.

—Yo también —dijo Ingrid libre de las cadenas—. Me he quitado un peso de encima que ni os imagináis. Me siento como si volara.

Abrieron la puerta para huir.

Ingrid fue a salir, pero se detuvo. Cuatro soldados apuntaban con sus lanzas hacia la puerta. Habían llegado corriendo del extremo izquierdo del corredor.

Les gritaron algo. Ingrid dudó si lanzarse al ataque o no. Las puntas de las cuatro lanzas amenazaban su torso. Miró a Lasgol a su derecha, que observó a los cuatro soldados. Era una mala situación. La puerta estaba abierta, pero solo Ingrid tenía salida. Los demás estaban detrás de los barrotes. Estaba seguro de que podrían con los cuatro, pero Ingrid resultaría herida, quizá de muerte. El riesgo era muy grande. Las lanzas tenían mucho alcance y no se podían esquivar con facilidad en lugares estrechos como corredores. Le indicó a Ingrid que no con la cabeza.

Ella suspiró. En sus ojos se veía que quería lanzarse sobre los soldados. Estaba tan cerca de la libertad… solo un par de pasos la separaban de ella.

Se retrasó un poco mientras los soldados gritaban y amenazaban con las lanzas. Iban en serio, los atravesarían a todos si intentaban algo. Que hubiera dos compañeros suyos en el suelo no ayudaba.

Ingrid levantó las manos para indicar que no iban a intentar nada. Aun así, los gritos y gestos amenazantes con las lanzas no cejaron. De pronto, uno de los soldados, el de más a la izquierda, se calló y se quedó quieto. Un momento después fue el de más a la derecha.

Ingrid, Nilsa, Lasgol y Gerd se retrasaron un paso en el interior de la celda con las manos en alto.

Los dos soldados de los extremos se desplomaron al suelo. Los dos del centro se dieron cuenta y miraron hacia sus compañeros caídos. Una sombra rauda llegó a la espalda del soldado a la izquierda y de un movimiento fulgurante le cortó el cuello. El otro intuyó algo y se volvió. Según terminó de girarse un cuchillo le entraba por encima de la nuez. Abrió los ojos desorbitados. El cuchillo salió de su cuello y comenzó a ahogarse. Cayó al suelo y

murió un momento más tarde. La sombra se dio la vuelta y miró a los cuatro en el interior de la celda.

—Menudo intento de fuga más lamentable. Pero no os preocupéis, ya estoy aquí. ¡Problema solucionado! —dijo Viggo con su habitual sarcasmo y sonrió de oreja a oreja.

—¡Viggo! ¡Estás vivo! —Ingrid no podía creer que estuviera delante de ella.

—Por supuesto que estoy vivo. ¡Ni un dragón inmortal puede matarme! —respondió abriendo los brazos y con tono de que aquello era algo obvio.

Ingrid se abalanzó sobre él y lo besó con tal fuerza y pasión que casi le hizo perder el equilibrio. Viggo se rehízo al instante y correspondió a su amada abrazándola con todo su ser. Por un momento se besaron y abrazaron con tal fervor que todo a su alrededor desapareció. Estaban solo ellos dos, llenos de amor y felicidad, en la gloría. Sus compañeros solo podían mirar con caras llenas de felicidad por el rencuentro de la pareja.

—Te busqué por todas partes, pero no pude encontrarte. Todos dijeron que habías muerto. Yo me negué a creerlo, sabía que no habías muerto —dijo Ingrid con la mano en el corazón.

—Y estabas en lo cierto. ¡Cómo iba a morir y dejarte aquí sola, mi preciosa guerrera indomable! De eso nada —sonrió Viggo y su característica mirada letal se volvió una de amor.

—Pues ya te ha costado venir a rescatarme —regañó Ingrid entrecerrando sus ojos azules.

—No pensaba que necesitaras que nadie te rescatara. Nunca lo has necesitado, siempre eres tú la que rescata y soluciona las cosas —afirmó él con picaresca.

—Pues mira, para una vez que necesito rescate…

—Perdóname, mi rubita belicosa. He tenido un pequeño contratiempo. Temas de congelación en un glaciar. Nada serio, pero me ha retrasado un poco. Ya te lo contaré todo —dijo Viggo. Sacudió brazos y piernas como si todavía los sintiera congelados.

—Siento interrumpir a los amantes perdidos, pero tenemos que salir de aquí —dijo Nilsa señalando a los muertos en el suelo.

—Sí, salgamos de aquí antes de que nos descubran —urgió Lasgol.

—¿Por dónde? —preguntó Gerd.

—Sigue el rastro de cadáveres —dijo Viggo sonriendo.

—¿A cuántos te has cargado? —preguntó Nilsa con cara de no poder creer que Viggo hubiera estado haciendo de las suyas.

—A los mínimos necesarios, como sé que os gusta, y para que no me deis la tabarra ahora.

—Vale. Si es así, no te diré nada.

—Es así.

—En marcha —dijo Ingrid—. Me muero de ganas de salir de este agujero de roca y barrotes. He pasado demasiado tiempo encerrada en esta prisión.

—No sabes cuánto lo lamento, mi rubita preciosa. Hubiera venido antes, insistí, pero estos tenían problemas que resolver —Viggo hizo un gesto con el dedo pulgar hacia el resto del grupo.

—Estoy segura de que, si tenían problemas, eran de importancia.

—Nada es más importante para mí que tú —dijo él con tono serio.

Ingrid le acarició la mejilla derecha.

—Lo sé. Siempre he sabido que vendrías a rescatarme si no lograba escapar. Y así ha sido. No podría estar más contenta.

—Solo siento haber tardado tanto…

—No te preocupes por eso. Estás aquí, como sabría que sería. No puedo ser más feliz —aseguró Ingrid y le dio otro beso.

Corrieron por el pasillo y no tardaron en encontrar rastros del trabajo de asesino de Viggo. En la primera puerta encontraron a dos guardias muertos y al final del siguiente corredor a otros dos. En las escaleras, dos más. En el piso superior otros dos. Antes de llegar a la calle, dos más.

—¿Tenías que matarlos a todos? —echó en cara Nilsa según salían fuera.

—¿Quieres vivir o colgar de una cuerda al amanecer? —preguntó Viggo con expresión de que no sabía de qué se quejaba.

—Quiero vivir, pero no quiero que tenga que morir media ciudad para ello.

—No es mi culpa que a los Gotirus les guste poner dos guardias cada cien pasos. Como comprenderás, no iba a dejar que se interpusieran entre mi amada y yo —miró a Ingrid y le lanzó un beso.

Nilsa puso los ojos en blanco.

—Has hecho lo que debías, no tengo críticas —dijo Ingrid con tono de apreciación.

—Por eso te amo, mi rubita belicosa —dijo Viggo con ojos llenos de felicidad.

Salieron del edifico y lo observaron. Era un edificio militar donde la familia Gotirus se reunía para sus asuntos militares. En el subsuelo estaban las prisiones. Las antorchas iluminaban todo el cuadrante de la familia. Cada cien pasos ardía una llama, lo cual no favorecía las incursiones o escapadas nocturnas. Muy probablemente por eso estaba toda la zona iluminada. Sabis y sus familiares no querían disgustos.

Avanzaron hacia el oeste con rapidez, agazapados. Si había antorchas, habría guardias. Más al sur discernieron un gran palacio con jardines, plazas y fuentes. Estaba muy castigado, como si un gigante lo hubiera golpeado con un enorme martillo, pero todavía aguantaba y mostraba parte de la gloria que una vez había ostentado. Lasgol imaginó que aquella era la residencia de la familia regente. A los flancos del gran palacio había otros dos más pequeños, también deteriorados por la guerra. Debían de ser la residencia de los familiares menos importantes.

Al este y oeste encontraron edificios militares, grandes barracones de roca donde sin duda residían los soldados de la familia. Decidieron apartarse rápidamente de esas zonas para evitar patrullas y guardias. El cuadrante de la familia era realmente grande, como una ciudad dentro de la propia gran urbe de Orecor.

Se estaban acercando hacia la salida de la zona cuando se encontraron con seis guardias de ronda. Aparecieron al doblar una esquina en una plaza despejada. No había donde esconderse y a la luz de las antorchas, los vieron.

—Problemas —avisó Gerd.

—Solo son seis —evaluó Viggo muy tranquilo.

—Hay que evitar que den la alarma —pidió Ingrid.

—Entonces tendremos que asaltarles antes de que reaccionen —razonó Lasgol.

El grupo vestía como soldados de Orecor, incluso Ingrid, aunque sus vestimentas estaban muy ajadas, por lo que la patrulla dudó un momento.

—¡Cargamos! —ordenó Ingrid señalando a los soldados, que miraban con expresión de no entender qué hacían ellos allí de noche.

Los cinco salieron a la carrera. Viggo se puso en cabeza en tres zancadas de lo increíblemente rápido que era. Lasgol lo siguió y se puso a la par gracias a las mejoras de sus habilidades. Viggo empuñaba sus dos cuchillos negros de Guardabosques Asesino y Lasgol, la daga que le había quitado al guardia. Los demás les siguieron de cerca con una daga que habían cogido de los soldados muertos. Podrían haber cogido sus lanzas y escudos, pero eran armas que los Guardabosques no dominaban.

Los soldados se detuvieron al ver que el grupo se les venía encima, se cubrieron con sus escudos y levantaron las lanzas en posición defensiva.

Lasgol llegó hasta ellos y, al ver que estaban en posición defensiva, aprovechó la inercia de la carrera y se lanzó al suelo con los pies por delante. Avanzó por el suelo y pasó por debajo de lanza y escudo de uno de los soldados del centro hasta golpearle en los tobillos con sus pies. Al soldado se le fueron las piernas hacia atrás y cayó hacia delante mientras Lasgol pasaba por debajo. Sabiendo que no podía perder un instante, se giró con la rapidez y agilidad de un guepardo y saltó sobre la espalda del soldado con un brinco propio de Ona. Con el mango de la daga le golpeó dos veces con fuerza en la nuca dejándolo inconsciente.

Viggo optó por una estrategia similar pero más acrobática. Llegó hasta el soldado junto al que había derribado Lasgol y dio un salto tremendo con los pies por delante. Este se cubrió tras el escudo e intentó clavarle la lanza. Los pies de Viggo le alcanzaron en la frente. El casco del soldado salió por los aires y éste se fue de espaldas. Viggo cayó detrás del soldado y rodó la caída. Se giró en redondo y

vio que su enemigo comenzaba a incorporarse. Antes de que lo lograra, lo agarró por el pelo y le golpeó la cabeza contra el suelo aprovechando el peso de todo su cuerpo. El soldado no se levantó.

Ingrid llegó hasta los soldados y vio el hueco en la formación que habían creado Lasgol y Viggo. En lugar de ir directa contra uno de ellos fue al hueco. El soldado la vio y tuvo que girar para hacerle frente. Ingrid se detuvo y lo invitó con gestos a atacar. El soldado así lo hizo con su lanza, pero Ingrid la desvió con su daga.

Por el rabillo del ojo vio que llegaba Nilsa, que se encontró al soldado de costado. Fue directa contra él y le soltó un fuerte golpe en la sien con su daga. Este quedó aturdido. Intentó volverse para defenderse de Nilsa, pero Ingrid se adelantó y le cogió con fuerza la lanza. Tiró de ella y el soldado se desequilibró. Nilsa lo dejó fuera de combate de otro fuerte golpe a la sien.

El soldado a la espalda de Ingrid fue a golpearla en la cabeza con la culata de la lanza. Nilsa se percató y le hizo una señal con la mirada a Ingrid. La antigua Guardabosques Primera se agachó y el golpe del soldado solo removió el aire. Ingrid se giró agachada y lo barrió de una patada baja a los tobillos. El soldado cayó de lado. Ingrid le hizo un gesto a Nilsa para que lo rematara. La pelirroja se lanzó sobre él y lo dejó fuera de combate. Llevaban mucho tiempo separadas, pero habían luchado juntas tantas veces que aquello era para ellas como montar a caballo.

Gerd se enfrentó al soldado más a la derecha, que llegaba el último a la refriega. No era tan rápido ni ágil como sus compañeros y tenía secuelas, pero era grande y fuerte y eso fue lo que utilizó contra su enemigo. Esquivó la lanza que intentó clavarle en el estómago y consiguió acercarse para agarrar la parte superior del escudo. Tiró con fuerza hacia sí y el soldado se desequilibró por el extraño ataque. Tiró de su escudo para evitar perderlo. Gerd sonrió, no quería arrancárselo, era una treta. Cargó con su hombro contra el escudo con toda la fuerza de su cuerpo y el soldado salió despedido hacia atrás. Gerd corrió hacia él y embistió de nuevo con más fuerza e inercia. El soldado salió de espaldas y cayó al suelo. Gerd llegó hasta él y le soltó una fuerte patada en la cara dejándolo sin sentido.

El último soldado amenazaba con su lanza a Lasgol. Vio que solo quedaba él en pie y su rostro delató que iba a gritar. No tupo tiempo. Viggo llegó a su espalda, le tapó la boca con la mano y le puso su cuchillo en el cuello. El soldado se supo perdido. Bajó el escudo y la lanza.

Viggo fue a cortarle el cuello.

—No lo mates —dijo Ingrid.

Viggo suspiró. Golpeó al soldado en la nuca con su empuñadura y lo dejó sin sentido.

Lasgol miró alrededor. Todo parecía tranquilo y en silencio. No se había dado la alarma.

—Salgamos de aquí —dijo Ingrid y todos echaron a correr.

Capítulo 40

Llegaron a la carrera a la plaza con las grandes estatuas de los guerreros líderes del pasado de Orecor y vieron a un centenar de personas aguardando.

—Mejor escurrirnos por un callejón —propuso Viggo y arrugó la frente.

—No, tranquilo. Son amigos —explicó Ingrid.

—¿Amigos? ¿Desde cuándo tenemos amigos en esta ciudad? ¡Y tantos! —Viggo puso cara de no poder creerlo.

—Unos se dedican a desaparecer y matar gente y otros a buscar alianzas —replicó Nilsa con un gesto pícaro.

—Son los magos y sus leales, se han unido a nosotros —aclaró Lasgol—. Les convencimos mientras estábamos prisioneros.

—Desde luego, no os puedo dejar solos ni un día.

—Al que no se le puede dejar solo ni un momento es a ti, que vas derramando sangre por todos lados —regañó Nilsa.

—Para ayudar a mis queridos amigos —replicó él y puso cara de que se lo debían.

—Ya… ya… —Nilsa tuvo que dejarlo.

—Vayamos a hablar con ellos —dijo Ingrid.

Corrieron a encontrarse con Celopus, Dameros y Aquasmares. Lasgol se sorprendió de que hubieran podido reunir a un centenar de seguidores en tan poco tiempo.

—Como podéis ver, hemos conseguido escapar —dijo Ingrid.

—Cosa que me alegra el corazón —sonrió con cariño Celopus.

—Como dijisteis que haríais. Sois verdaderamente sorprendentes, nadie escapa de la prisión de los Gotirus —dijo Dameros y Celopus tradujo.

—Siempre hay una primera vez, y más si estoy yo de por medio —afirmó Viggo.

Los dos magos y el intérprete asintieron.

—¿Les habéis explicado lo que sucede? —preguntó Ingrid e hizo un gesto con la cabeza al grupo tras los magos y el intérprete.

—Les hemos explicado lo que nos habéis transmitido, sí. Saben que tienen los días contados —dijo Celopus.

—Hemos informado a este grupo de confianza para que al amanecer corran la voz entre todos —dijo Dameros.

—Un rumor así, el del fin de la ciudad, volará por las calles. Sin duda llegará a todos —aseguró Aquasmares.

—También a los Gotirus, me temo —dijo Dameros y bajó la mirada.

—Aparte de los Gotirus, las otras cuatro familias regentes, ¿cómo crees que reaccionarán? —preguntó Ingrid.

—Las otras familias han ido perdiendo poder según el asedio ha ido alargándose —explicó Celopus.

—Tres de ellas han perdido a sus líderes en la guerra. La cuarta… su líder es demasiado mayor y su hijo no tiene deseos de liderar —dijo Aquasmares.

—Los Gotirus tomaron el poder hace tiempo y regentan la ciudad en solitario —añadió Dameros—. Son la ley marcial que impera y en cuanto sepan de nuestro plan de huida vendrán a aplastarnos.

Ingrid asintió.

—Sí, Sabis no va a soltar el poder ni a permitir que se haga nada que no haya ordenado él.

—Por desgracia os conducirá a todos a la muerte —añadió Nilsa.

—Él y su familia —corroboró Gerd.

—Si conseguimos que no descubran lo que tramamos tendremos una posibilidad —afirmó Aquasmares intentando ser optimista.

—¿Cuánto tiempo necesitáis para preparar los barcos de huida? —preguntó Ingrid.

—Los barcos están escondidos de los dragones en varios lugares de la costa. Hay que ir hasta allí y traerlos. No menos de tres días —dijo Aquasmares.

—Muy justo… —respondió Nilsa—. El ataque será esos días.

—Tendremos que apresurarnos entonces —dijo Dameros.

—Que salgan ya. Id a buscar esos barcos y traedlos, es lo más importante —urgió Ingrid.

—Así lo haremos —aseguró Aquasmares.

—¿Habrá suficientes para evacuar a toda la ciudad? —preguntó Lasgol.

Dameros negó con la cabeza.

—No quedan suficientes barcos de Orecor, pero con los que tiene la isla de York podríamos escapar todos.

—Esa debe ser entonces vuestra segunda prioridad. Debéis llegar a York y conseguir la ayuda de la ciudad y esos barcos.

—Iré yo, allí me conocen. He pasado tiempo en la ciudad trabajando como intérprete y tengo amistades —se presentó voluntario Celopus.

—De acuerdo. Ten mucho cuidado —pidió Ingrid.

—Lo tendré. Necesitamos esos barcos y la ayuda de York o no sobreviviremos.

—Creo que nos ayudarán —razonó Dameros—. Les llevamos soldados y magos que necesitan. Nos abrirán las puertas. Además, nosotros hemos sido durante centurias sus grandes rivales. Estarán encantados de vernos derrotados mendigando su ayuda de rodillas. Eso les llenará de orgullo y placer.

—Más vale seguir adelante de rodillas y vivo que muerto por el orgullo. Puedes volver a levantarte y seguir luchando —dijo Gerd.

—Muy cierto. Bajaremos la cabeza y aceptaremos la ayuda de nuestros rivales —convino Dameros.

—Antiguos rivales. Ahora solo hay un enemigo y son los dragones —corrigió Nilsa.

—En verdad que sois un grupo excepcional. No solo sois luchadores increíbles, sino que vuestras mentes y principios son admirables —reconoció Dameros.

—Lo son —asintió Celopus, también de acuerdo.

—Vuestra ayuda es impagable —dijo Aquasmares.

—No hay nada que agradecer ni pagar. Poneos a salvo, vivid y seguid luchando —dijo Ingrid.

—Así lo haremos —aseguró Dameros.

—En cuanto a Sabis y su familia… Veremos qué podemos hacer para que no intervengan y tengáis vía libre —dijo Viggo.

Los dos magos se miraron y pusieron caras graves.

—Eso va a ser muy complicado —dijo Dameros.

—Id, preparadlo todo para la huida. El tiempo apremia —insistió Ingrid.

Celopus avanzó hasta Ingrid y le dio un abrazo.

—Cuídate mucho, Guardabosques norghana.

—Tú también, intérprete de Orecor.

Dameros se volvió hacia ellos.

—Antes de partir, necesitareis armas. ¿Cuáles queréis?

—Arco —dijeron todos al unísono.

Dameros asintió. Un momento después les traían arcos y aljabas para los cinco. El grupo se puso las aljabas a la espalda y empuñaron los arcos.

Los magos y Celopus repartieron órdenes entre los suyos. Un momento después se dispersaban en diferentes direcciones despareciendo entre calles y edificios.

—Yo me encargo de los Gotirus, dejádmelos —dijo Viggo muy serio.

—No, es demasiado arriesgado —dijo Ingrid.

—Sabes tan bien como yo que no me voy a ir de esta ciudad sin saludar a Sabis. Él es el culpable de que hayas pasado tanto tiempo en prisión y esta es su última noche con vida. Sus hermanos… se los regalo a estos pobres infelices para que puedan escapar.

—Es demasiado peligroso, te lo digo de verdad. Gotirus es una víbora —Ingrid tenía miedo por Viggo, sus ojos así lo mostraban.

—Tres nobles de la ciudad con sus guardias personales y sin poder planificarlo es demasiado incluso para ti —advirtió Gerd a Viggo.

—Bah, tonterías, no hay nada demasiado difícil para mí en este tipo de asuntos.

—Te ayudaremos —se ofreció Gerd.

—Sí, iremos contigo —se unió Nilsa.

—Ya, el gigante de la cadera de hierro y la patosa más grande de Tremia juntos. ¡Justo lo que necesito como ayuda en una misión de

sigilo y asesinato!

—Pues iré yo. Soy yo la que tiene que encargarse de ese ser despreciable y sacarle el corazón putrefacto que tiene —dijo Ingrid.

—¿Cuándo fue la última vez que empuñaste un arco? —preguntó Viggo.

—Hace… mucho…

—No estás en condiciones físicas ni mentales para algo así. Además, este tipo de misión no es tu fuerte. Tú no sirves para el sigilo y el asesinato nocturno, lo tuyo es tirar puertas abajo y atacar de cara al enemigo. No, iré solo.

—Solo no vas —Ingrid lo agarró del brazo.

—Yo iré con él —dijo Lasgol.

—¿Tú, rarito? —Viggo inclinó la cabeza.

—No hay mejor tirador que yo gracias a mis habilidades mágicas, y puedo ser casi tan ágil y sigiloso como tú gracias a ellas.

—Sí… eso no te lo puedo negar —tuvo que ceder Viggo.

—Y necesito recuperar mi arco dorado —dijo Lasgol con convicción.

—El rarito y yo nos encargaremos de recuperar el arco y de que los Gotirus no impidan a estas buenas personas abandonar la ciudad.

Ingrid suspiró.

—Está bien. Pero daos prisa, hay que lograrlo antes del amanecer.

—Pan comido —sonrió Viggo.

—Saldremos siguiendo la misma ruta que hicimos para entrar. Os esperaremos junto a la muralla —dijo Gerd.

—De acuerdo —asintió Lasgol.

Ingrid puso las manos sobre las mejillas de Viggo.

—Ten mucho cuidado y no hagas de las tuyas. Necesito que estemos juntos, y más ahora que nos hemos vuelto a encontrar después de todo este tiempo.

—No te preocupes, mi Guardabosques Primera. No te fallaré.

Ingrid miró a Lasgol.

—Que no haga ninguna locura.

—Yo me encargo —dijo Lasgol asintiendo.

No recordaba haber vivido ninguna situación anterior como aquella, pero de alguna forma sabía que era una que ya conocía. Él y Viggo en medio de algún peligro y teniendo cuidado de que no hiciera una de sus locuras. Sí, ya había estado en una situación parecida, aunque no lo recordara.

—Id, ¡suerte! —se despidió Ingrid.

Nilsa y Gerd les hicieron un gesto con la mano.

Un instante después, Lasgol y Viggo se dirigían al palacio de los Gotirus.

Capítulo 41

Lasgol y Viggo entraron en el cuadrante de la familia Gotirus como dos ágiles panteras negras que se fundían con la opacidad de la noche reinante. Viggo iba en cabeza y buscaba sombras y penumbras en las que ocultarse a cada paso que daba. A Lasgol le seguía sorprendiendo la enorme habilidad de su compañero para casi desaparecer por completo en cada pequeña oscuridad que encontraba. Y no solo eso, las encontraba todas, porque no avanzaba si no era por una. Así, y teniendo en cuenta que lo hacía en completo sigilo, era casi indetectable.

Lasgol había invocado de nuevo toda la tabla precombate de habilidades. Sabía que las necesitaría todas aquella noche. En la mano derecha llevaba un arco de Orecor. Eran inferiores a los excelentes arcos de los Guardabosques norghanos, pero era un arco, y con eso a un Guardabosques le valía y le sobraba. De nuevo se sorprendió de sentir que sabía aquello, aunque no recordaba cuándo lo había aprendido o quién se lo había enseñado. Probablemente sería alguien que significaba algo para él y por eso no lo recordaba. La aljaba que llevaban contenía flechas tradicionales usadas en la mayoría de los ejércitos. Por fortuna, no iban a enfrentarse con ningún dragón, así que no necesitarían de sus flechas elementales.

Viggo se detuvo y se quedó pegado a la pared de una casa. Un instante después no se le veía. Lasgol lo imitó e intentó que la penumbra lo cubriera. Una patrulla de ronda apareció cruzando la plaza con una fuente partida en dos que tenían delante. Aguardaron sin moverse ni hacer ningún ruido. La patrulla pasó sin detectarlos.

Continuaron hacia el palacio, ocultándose en cualquier oscuridad que encontraran. Las antorchas resultaban un escollo importante. A los Gotirus les gustaba tener su perímetro iluminado.

Distinguieron a varios grupos de soldados de guardia alrededor del palacio. Lasgol se acercó a Viggo, que había avanzado hasta una pared derruida y observaba la situación, oculto.

—Hay muchos guardias y demasiada luz —susurró Lasgol.

—Eso es cierto —reconoció Viggo en un murmullo.

—No creo que podamos escurrirnos sin que nos vean.

Viggo miró a Lasgol y sonrió.

—¿Sabes quién es extremadamente bueno en colarse en fortalezas vigiladas?

—¿Tú? —Lasgol intuyó que Viggo iba a alardear de sus habilidades de asesino.

—También, pero hay alguien mejor que yo. ¿No lo recuerdas?

Lasgol se encogió de hombros.

—Debería conocer la respuesta, ¿verdad?

—Yo diría que sí. Es tu amada, Astrid.

—Oh… entiendo.

—Ella es increíble para este tipo de misiones. Es la mejor espía que puedas encontrar. Yo soy mejor matando que ella, que quede claro. Una cosa que Astrid me enseñó es que, para entrar en un lugar con guardias en el perímetro, nunca se usan las puertas ni las ventanas que, como puedes apreciar, están vigiladas —Viggo las señaló y en efecto había vigías en todas ellas, tanto en el bajo como en la primera y segunda planta del palacio.

—¿Entonces cómo entramos?

—Por el tejado, por supuesto —sonrió Viggo y sin explicar más se puso en movimiento.

Con mucha cautela, rodeó el palacio a una distancia prudencial hasta llegar a la parte posterior. Encontraron unos escombros de lo que debieron ser caballerizas en su día. Estaban a doscientos pasos de la fachada posterior este. Corrieron agazapados hasta allí y se escondieron.

—Veo dos guardias en la esquina. ¿Tú qué ves? Usa tu visión especial.

Lasgol observó con cuidado usando su habilidad Ojo de Halcón.

—Hay uno más justo en la esquina.

—No lo veo.

—Yo veo el talón de su bota.

Viggo entrecerró los ojos.

—No lo veo, pero si tú dices que está ahí, seguro que está.

—¿Cuál es el plan?

—Yo me cargo a esos dos de la esquina y tú al del talón. No pueden dar la alarma o se nos acabó la fiesta.

—Entendido.

Viggo se puso el arco a la espalda y sacó sus dos cuchillos.

—No tires hasta que tengas blanco de muerte. Herido dará la alarma.

—De acuerdo —Lasgol asintió y preparó el arco.

No quería matar a aquel guardia, pero Viggo tenía razón. No había otra alternativa. La vida de miles de personas de Orecor estaba en juego.

Viggo fue acercándose en zigzag, de sombra a penumbra y de penumbra a sombra hasta estar a dos pasos de los dos vigías que charlaban. Lo hizo con tal sigilo que no descubrieron su presencia. Se arrastró hacia ellos por el suelo como una víbora negra.

Lasgol levantó el arco, apuntó al talón y se preparó para invocar Tiro Certero.

Uno de los vigías rio y el otro le dio una palmada en el hombro también riendo. En ese momento Viggo se puso en pie y con una velocidad vertiginosa atacó. El primero no lo vio llegar. El brazo de Viggo hizo un rapidísimo movimiento ascendente y circular. El cuello del vigía se abrió y comenzó a brotar sangre. El otro vigía abrió mucho los ojos.

Viggo hizo otro movimiento similar, ahora con el brazo izquierdo, y el cuello del segundo vigía se abrió como el de su compañero. Los dos cayeron al suelo muertos sin poder gritar para dar la alarma.

El ruido de los cuerpos al caer provocó que el tercer vigía saliera de la esquina. Debía estar atento pues apenas hicieron ruido. Lasgol ya no solo veía el talón, sino el cuerpo entero. Usó Tiro Certero y la flecha se le clavó en el corazón. El vigía dio un paso hacia delante, trastabilló y cayó muerto.

Viggo le hizo un gesto a Lasgol para que se acercara. Este corrió hasta su compañero, que comenzó a subir por la esquina del

edificio. Lasgol se puso el arco a la espalda y lo siguió. Viggo escalaba la pared de la parte posterior del palacio con una agilidad y facilidad portentosas. Lasgol tenía más dificultades, pero se las arreglaba. La esquina era irregular y permitía colocar manos y pies, pero debían tener mucho cuidado. Llegaron a un zona que estaba dañada. Faltaba un trozo de pared a una altura y otro algo más arriba. Viggo extremó el cuidado, aunque una roca se desprendió al poner su pie en ella y estuvo a punto de caer. Se sujetó con las manos. Quedó colgando un momento, luego encontró dónde colocar de nuevo los pies.

A Lasgol la subida le pareció muy difícil y peligrosa. Se dio cuenta de que, así como escalar montañas se le daba muy bien, aquello no era su fuerte. Continuaron subiendo con mucho cuidado. Pasaron otra zona donde la pared estaba muy castigada y había riesgo de derrumbamiento. Viggo la sorteó desplazándose hacia la derecha un par de pasos para subir por allí y luego regresar a la esquina por donde era más fácil. Lasgol estuvo a punto de irse abajo en aquel movimiento. Con mucho esfuerzo y tensión, consiguió no caer y pudo seguir a Viggo.

Por fin alcanzaron el tejado del palacio, que estaba completamente agujerado con grandes perforaciones y zonas medio destruidas. El área era enorme y parecía que los dragones se habían ensañado con ella. Algunos de los agujeros eran tan profundos que bajaban varias plantas. Uno parecía llegar hasta el suelo en el interior del edificio.

—¿Y ahora? —susurró Lasgol a Viggo.

—Los Gotirus estarán en la primera planta. Hay que bajar hasta allí.

—¿Cómo sabes que estarán allí? —Lasgol no lo tenía tan claro.

—Mira este tejado y los dos pisos inmediatamente inferiores —Viggo señaló a través de uno de los grandes agujeros—. ¿Tú dormirías ahí o algo más abajo?

Lasgol hizo un gesto de que lo entendía.

—Más abajo, sin duda.

Viggo sonrió.

—Además, a los nobles, aunque sean militares, no les gusta subir escaleras. Estarán en el primer nivel. Es donde hemos visto guardias en ventanas y balcones.

—Cierto.

—Vamos, sigilo total —exigió Viggo, que se descolgó por uno de los agujeros en el techo.

Lasgol lo siguió.

Descender hasta el primer piso por las zonas dañadas resultó ser una buena estrategia. No había guardias allí, probablemente por miedo a derrumbes. Viggo y Lasgol se descolgaron un nivel y aguardaron agazapados. Nada, ni una presencia ni un sonido, nadie en los alrededores. Se descolgaron hasta el siguiente piso por otro agujero con el mismo resultado. Continuaron descendiendo con más cuidado hasta llegar al primer piso.

Una vez tocaron suelo se agazaparon y sacaron sus armas. Delante de ellos había un corredor iluminado, pero no había guardias. Debían estar más adelante. Lo siguieron y Viggo sacó la cabeza muy rápido por la esquina.

—Dos guardias junto a las ventanas. Uno más delante de una puerta doble al final del corredor. Ahí dentro hay premio —sonrió con malicia.

—¿Uno de los Gotirus?

—Mira que eres rarito… Pues claro que uno de los Gotirus, ¿qué otra cosa va a ser premio en esta situación? —Viggo hizo un gesto de que no podía creerlo.

—Entiendo —Lasgol no le veía el humor a la situación, pero Viggo parecía que sí.

No le sorprendió, comenzaba a entender a su compañero y quizá a recordarlo de una forma inconsciente. Esperaba que fuera lo segundo. Respiró profundamente.

Era momento de pasar a la acción y sería peligroso.

Capítulo 42

Lasgol echó un rápido vistazo al largo pasillo. Contó dos guardias en el centro y dos más delante de la puerta doble. Sin duda era una de las habitaciones de algún miembro de la familia Gotirus, pues había cuatro puertas de una hoja que debían ser habitaciones y no estaban vigiladas. Los nobles solían tenían habitaciones muy grandes con puertas dobles. Se sorprendió de saber aquello. Su mente le proporcionaba información valiosa de vez en cuando, sin que él pudiera demandarlo.

Viggo le tocó en el hombro. Estaban los dos agazapados y preparados para actuar, ahora debían sincronizar el cómo y evitar a toda costa que se diera la alarma o estarían perdidos. En aquel enorme palacio debía de haber más de un centenar de guardias en la planta inferior. Viggo le hizo señas con las manos indicando el plan de ataque. El problema era que los dos guardias del fondo estaban posicionados mirando hacia ellos y en cuanto salieran al pasillo los verían. Los otros dos estaban contra la pared a mitad de pasillo y quedarían de costado a ellos cuando salieran al descubierto.

Lasgol pensó en la forma de eliminar a los cuatro antes de que dieran la alarma y no lo veía claro. Si tuvieran flechas con Sueño de Verano la cosa sería mucho más sencilla. Un par de tiros acertados y, al romperse, la flecha desprendería la sustancia somnífera y dejaría a los guardias fuera de combate. Funcionaba muy bien contra humanos. Por desgracia no iba bien con dragones, o al menos en la concentración usada para dejar a humanos fuera de combate.

Además, como las flechas que llevaban eran para usar contra dragones, no tenían de Sueño de Verano, ni pociones que lanzar a mano. Cuando terminaran aquella misión, sería buena idea llevar unas cuantas flechas de ese tipo y no solo elementales para usarlas

contra humanos y las otras razas de Kraido. Lasgol no sabía si tendrían el mismo efecto en esas razas, pero imaginaba que sería similar, ya que no eran tan diferentes de los humanos.

Viggo insistía con señas en que hiciera lo que él indicaba, cosa habitual en él, pues el asesino tenía plena confianza en sus habilidades. Sus planes, sin embargo, a Lasgol le parecían demasiado arriesgados. Por desgracia no se le ocurrió nada mejor, así que tuvo que ceder y decir que sí. Viggo contó hasta tres con los dedos y salió como un rayo al pasillo corriendo pegado a la pared con total sigilo.

Los dos guardias de mitad del pasillo miraban al frente mientras Viggo se les acercaba como una exhalación por el costado. De los dos soldados uno no podía verlo, ya que le tapaba la visión el otro, al que Viggo se dirigía con los cuchillos en las manos. Sin embargo, los dos que estaban en frente custodiando la puerta doble sí podían ver a Viggo corriendo pegado a la pared en su dirección.

Lasgol calculó que ya lo habrían detectado. Salió de la esquina y apuntó. En efecto uno de los dos guardias del fondo del pasillo entrecerraba los ojos y estaba a punto de decir algo. Lasgol invocó tiro certero y, al notar el destello verde, soltó. La flecha voló rauda pasando frente a los dos guardias del medio, que notaron algo y miraron hacia los del fondo siguiendo la trayectoria de la flecha. Esta entró por la boca del soldado y se la clavó en la garganta. No pudo articular lo que iba a decir y murió entre gorgojos.

El guardia más cercano a Viggo giró la cabeza y lo vio. Comenzó a volverse para encararlo, pero ya era tarde. Viggo saltó sobre él y lo derribó.

Lasgol volvió a invocar Tiro Certero y tiro tan rápido como pudo contra el otro soldado al fondo, que también abría la boca para dar la alarma. La flecha lo alcanzó en medio de la garganta y solo se escuchó una voz ahogada.

Viggo le cortó el pescuezo al soldado que había derribado y esprintó hacia el otro. A este sí le dio tiempo a volverse y encaró a Viggo con escudo y lanza. El asesino echó la mano atrás según corría hacia el guardia, que amagó gritar algo.

Lasgol apuntó a la cabeza del soldado.

Viggo soltó un latigazo con su brazo derecho y un instante después el guardia recibió el cuchillo de lanzar en el ojo. El soldado se derrumbó y la flecha que Lasgol había tirado le pasó por encima y se dirigió a la puerta doble, que se abrió. Noteasus apareció con su espada en la mano. La flecha de Lasgol se le clavó en medio del torso. No llevaba armadura, iba con la túnica de dormir. Con ojos desorbitados miró la flecha clavada en su pecho y balbuceó algo.

Viggo le hizo un gesto a Lasgol indicando que estaba impresionado por el tiro. Lasgol sabía que había sido suerte, no pericia. Puso otra flecha en la cuerda del arco, ya que el general se mantenía de pie.

Viggo corrió hacia Noteasus. Lasgol podía matarlo antes de que Viggo llegase, pero prefirió dejarle el honor. Sabía que le proporcionaría una satisfacción que él no sentía. Viggo llegó hasta el general que aún respiraba y se apoyaba contra el marco de la puerta con una mano en su espada y la otra en la flecha clavada en su torso.

—Mi nombre es Viggo. Soy el mejor asesino de Tremia. Tú has causado sufrimiento a mi amada y por ello vas a morir.

El general no entendió las palabras, pero sí el propósito. Viggo le asestó tres cuchilladas rápidas y fuertes en el corazón.

Lasgol aguardó para ver si alguien más aparecía alertado por el ruido del enfrentamiento. No vino nadie, por lo que se tranquilizó. Bajó el arco y fue hasta Viggo, que observaba a Noteasus tendido en el suelo sobre un charco de su propia sangre.

—Uno menos —murmuró a Lasgol.

—Sigamos, hemos de dar con Sabis. Este es su hermano, Noteasus.

Viggo asintió.

—Es noche de venganza.

Registraron la habitación del general con rapidez y encontraron dos aljabas con sus flechas elementales. Se las colgaron a la espalda.

—Si este tiene parte de nuestras pertenencias, entonces sus dos hermanos tendrán el resto —dedujo Lasgol.

—Vayamos a recuperarlas. De paso les arrancaré el corazón a los ladrones.

Lasgol observó el pasillo que seguía a la izquierda de la habitación.

—Un nuevo corredor.

—¿Vamos por ahí? —preguntó Viggo.

—Esta debe ser una de las esquinas del primer piso —susurró Lasgol a Viggo—. Imagino que en cada una habrá una enorme habitación como esta.

—Con un Gotirus que matar —afirmó Viggo.

—Eso creo.

—Entonces ejecutamos el mismo plan que aquí en cada esquina.

—Es un tanto arriesgado —Lasgol no estaba convencido. Habían tenido suerte.

—Lo sé, por eso me encanta —dijo Viggo con una sonrisa y echó a correr.

Lasgol suspiró. Tenía la certeza de que los iban a descubrir con aquella estrategia.

En la siguiente esquina del primer piso del palacio se encontraron con la misma situación y la consiguieron solventar de la misma manera. Fueron incluso más rápidos que la primera vez, por lo que el riesgo disminuyó. Lasgol tiró repetidamente apoyando y cubriendo a Viggo, que corría como un guepardo por los pasillos. Dieron muerte a todos los guardias antes de que pudieran dar la alarma. Entraron en la habitación y en ella se encontraron a Demisus. Tenía la espada en la mano y un escudo tras el que se protegía.

—Este es Demisus, también hermano de Sabis. Quiso ejecutarnos —dijo Lasgol a Viggo mientras apuntaba al general con su arco.

—No es que necesitara motivación extra, pero me agrada que me la des.

El general fue a gritar y Lasgol soltó. La flecha fue directa a su boca. Demisus levantó el escudo para protegerse, lo que evitó que gritara.

Viggo se adelantó señalándolo con sus dos cuchillos.

—Mi nombre es Viggo. Soy el mejor asesino de Tremia. Tú has causado sufrimiento a mi amada y por ello vas a morir.

El general fue a dar la alarma, pero Viggo se le echó encima con un potente salto y tuvo que defenderse. No lo hizo nada mal para un militar de su rango y edad, pero no era rival para Viggo que, tras desarmarlo, le clavó el cuchillo en el corazón tres veces.

—Dos hermanos muertos. Nos acercamos.

—Quedan dos esquinas —recordó Lasgol, que recogió el resto de sus pertenencias de la habitación. Lo que no estaba allí era el arco dorado.

—Sigamos y acabemos con esto —afirmó Viggo, que ya corría.

Ambos llegaron a la tercera esquina de la planta primera del palacio. Viggo echó un vistazo desde la esquina sin dejarse ver.

—Malas noticias… —susurró a Lasgol y le hizo un gesto con la cabeza para que él también echara una ojeada.

Lasgol así lo hizo y miró con gran rapidez para volver a ocultarse. Había dos soldados más de guardia. Estaban situados frente a los dos del medio del pasillo. No había posibilidad de sorprenderles como habían hecho hasta ese momento.

—Mas guardias significa regalo importante —aseguró Viggo con un murmullo y una sonrisa ácida.

—Sí, ahí debe estar Sabis y con suerte el arco de Aodh.

—Tengo muchas ganas de conocer al tal Sabis —dijo Viggo con tono helado.

Lasgol miró a su compañero y luego recapacitó sobre la situación.

—Hay que pensar un nuevo plan de ataque —susurró a Viggo.

—A malas, nos los cargamos y aunque den la alarma, ya habremos terminado.

—Puede que nos dé tiempo a matarlos, pero no a escapar.

Viggo hizo un gesto de duda.

A Lasgol aquel riesgo no le gustaba. Prefería que el peligro de una situación estuviera siempre muy medido y minimizarlo en lo posible. Lo pensó un momento y las imágenes de los cuatro soldados apostados a los lados en medio del largo pasillo le vinieron a la cabeza.

—Date prisa en pensar lo que sea que estés pensando, que estamos a punto de conseguir el premio y se nos acaba el tiempo.

Lasgol vio una de las altas ventanas y discernió que el amanecer no tardaría en llegar. En ese momento habría cambio de guardia y descubrirían lo sucedido. Viggo tenía razón, estaban muy cerca de lograr el éxito, pero se quedaban sin tiempo. Tendrían que arriesgar, más de lo que a Lasgol le gustaba. No había otra opción, dadas las circunstancias.

Una idea terminó de formarse en su mente.

—Usaremos el arco esta vez.

Viggo frunció la frente.

—Yo prefiero los cuchillos, y más en estas situaciones.

—Hazme caso, es la mejor opción.

—Cuéntame qué has ideado.

Lasgol le explicó el plan. Viggo asintió y sacó el arco que llevaba a la espalda. Se prepararon para actuar. Esta vez fue Lasgol el que contó hasta tres y salieron como un rayo al pasillo.

Viggo se desplazó como un bailarín hasta la mitad de este. Lasgol se quedó en el lado izquierdo sin desplazarse más de lo necesario para poder tirar. Invocó Tiro Poderoso y Tiro Preciso. Se produjeron dos destellos verdes y la flecha salió hacia la cabeza del primero de los dos guardias situados en medio del pasillo, en el lado izquierdo.

Viggo no perdió un momento y soltó contra uno de los otros dos que estaban a la izquierda de la doble puerta al fondo del pasillo.

La flecha de Lasgol alcanzó la sien del soldado, que miraba al frente y ni se enteró. Por efecto del Tiro Poderoso, la flecha atravesó su cabeza y continuó hasta traspasar la del soldado apostado junto a él.

La flecha de Viggo voló rauda y alcanzó al guardia al final del pasillo, el que protegía la puerta doble. Le dio en el pómulo derecho y se clavó profunda. El guardia se fue al suelo.

Lasgol se desplazó con tremenda agilidad y reflejos hacia la derecha y Viggo hacia la izquierda, y volvieron a repetir los tiros, solo que ahora los tres guardias que quedaban de pie estaban alertados del ataque.

—¡Asesinos! —gritó el guardia que quedaba frente a la puerta avisando a su señor tras ella.

La flecha de Viggo le alcanzó en la nariz e hizo que se doblara de dolor. Antes de que le alcanzara, Viggo ya esprintaba pasillo abajo.

Gracias a la habilidad Tiro Certero, la de Lasgol alcanzó al primero de los dos guardias en la cabeza. Pero al atravesarla, no alcanzó al segundo, sino que le pasó rozando una oreja.

—¡Alarma! —gritó.

Lasgol puso otra flecha en la cuerda de su arco con un movimiento de su brazo tan rápido y entrenado que un suspiro después ya apuntaba. Soltó. El guardia vio la flecha y se cubrió la cabeza con el escudo. Lasgol ya lo esperaba y aprovechó que se cubría para volver a tirar con una rapidez tremenda.

El guardia bajó el escudo tras bloquear la primera flecha para mirar qué hacía Lasgol. No fue lo suficientemente rápido. El desconcierto producido por el ataque le hizo vacilar y la segunda flecha le alcanzó en la garganta. El siguiente grito de alarma no se produjo. El soldado soltó el escudo y la lanza y se agarró la garganta.

Viggo pasó a su lado a gran velocidad y le dedicó una mínima mirada sin dejar de correr. Llegó a los dos guardias que había abatido frente a la puerta y, con la rapidez y eficiencia de un consumado asesino, los remató. Miró a Lasgol, que corría hacia él.

—Espera —dijo Lasgol.

Viggo miró la puerta y negó con la cabeza.

—Te espero dentro.

Abrió la puerta agazapado y entró en el habitación.

Lasgol masculló una maldición. Esperarlo era la decisión correcta, la menos arriesgada.

Según llegaba a la habitación pudo escuchar el sonido del metal contra el metal. ¡Viggo luchaba contra alguien! Lasgol llegó y entró con el arco alzado. Sabis, vistiendo una túnica y armado con espada y escudo, se defendía de los fulgurantes ataques de Viggo. El aviso del guardia de la puerta había dado a Sabis el tiempo suficiente para armarse, aunque no para vestir su armadura.

—Es mío, Lasgol —dijo Viggo.

De alguna forma sabía que estaba en la puerta con el arco alzado.

Sabis gritó algo en su idioma, pero no pudieron entenderlo.

Lasgol vio el arco dorado colgado de la pared de la elegante estancia a su derecha. Dudó entre ir a cogerlo o acabar con Sabis. Si usaba Tiro Certero lo mataría, ya que Sabis estaba demasiado ocupado defendiéndose de Viggo como para poder evitarlo con su escudo. Dudó un instante. Algo en su interior le decía que la opción correcta era acabar con Sabis, coger el arco dorado y salir de allí. Pero decidió darle a Viggo un momento. Es lo que el asesino quería. Nunca le perdonaría el haberle robado la muerte de Sabis, aunque fuera lo correcto en aquella situación.

Sabis luchaba bien, era bueno con la espada y el escudo, claramente ágil y experimentado. Pero Viggo era demasiado bueno.

Consiguió cortarle en el muslo derecho. Sabis gruñó y contratacó con fuerza. Viggo le cortó en el brazo derecho. El capitán general de Orecor dio un paso atrás y gritó lo que sin duda eran improperios a Viggo, que no se inmutó. Su mirada estaba fija en Sabis y brillaba con odio. Lanzó otro ataque combinado rapidísimo y le clavó a Sabis el cuchillo en el muslo izquierdo.

El militar se retrasó con expresión de dolor en la cara.

—Me gustaría explicarte que he envenenado los cuchillos antes de entrar. Es una pena que no podamos entendernos, pero da igual, en un momento lo descubrirás.

Sabis respondió con gritos de rabia hacia Viggo.

Lasgol seguía apuntando mientras observaba el combate.

Sabis bloqueó con su escudo varios ataques de Viggo e intentó alcanzarle con la espada. Viggo la desvió con un cuchillo y con el otro le cortó en el antebrazo derecho. Sabis se enrabietó y atacó como un poseso lleno de furia soltando tajos con su espada. Lasgol sabía que era un gran error que Viggo le haría pagar.

Así fue. Le atinó en la frente y la mejilla derecha, con cortes profundos y dolorosos.

Sabis se apartó de Viggo gruñendo de rabia y dolor. De pronto la pierna derecha le falló y clavó la rodilla.

—Ya empieza a hacer efecto el veneno. Es uno de mis favoritos, no mata, ¡incapacita! —dijo Viggo mirándole fijamente.

Sabis intentó ponerse en pie, pero cuando lo logró le fallaron ambas piernas, que tenía heridas. Se quedó de rodillas.

—Así me gusta, que vayas cogiendo la pose adecuada.

Viggo tenía aquello más que controlado. Fue hasta la pared y cogió el arco dorado. Sobre una silla vio su aljaba y la cogió también.

Sabis gritaba a Viggo con la cara roja de rabia y sangre. Levantó la espada y el brazo que la empuñaba perdió toda su fuerza y se le cayó al costado. Intentó levantarlo, pero no pudo. El brazo no le funcionaba.

Viggo avanzó hacia Sabis y éste se cubrió con el escudo. El asesino le soltó una patada fuerte al canto del escudo y salió despedido. El veneno se iba expandiendo por el cuerpo de Sabis y pronto quedaría completamente incapacitado.

Viggo se puso frente a él y lo señaló con sus cuchillos mientras le dirigía una mirada letal.

—Mi nombre es Viggo. Soy el mejor asesino de Tremia. Tú has causado sufrimiento a mi amada y por ello vas a morir.

Sabis lo miró con ojos de furia y le ladró algo.

—Esto es por Ingrid —dijo Viggo.

Sabis reconoció el nombre y abrió mucho los ojos.

Viggo le clavó el cuchillo en el estómago.

—Esto también es por Ingrid.

Sabis abrió los ojos de forma desorbitada.

Viggo le clavó el cuchillo en mitad del torso.

Sabis gritó horrorizado.

—Y esto también es por Ingrid.

Viggo le clavó el cuchillo en el corazón.

Sabis supo que le había matado y ahogó un grito lleno de impotencia.

—Y esto es por mí —Viggo le retorció la daga en el corazón.

Capítulo 43

El temido día llegó antes de lo que Nahia y Logan se imaginaban. Estaban entrenando con Igam-Zuri-Biol y Laya cuando en la lejanía se escucharon rugidos claramente de alarma.

«Debemos regresar. Llaman a reunión a todos los dragones raudos» informó la maestra.

Nahia no sabía cómo había deducido aquello de los rugidos que se escuchaban, así que le preguntó a Eki.

«¿Sabes qué sucede?».

«Solo que nos llaman a reunión. Es urgente».

«Eso no suena bien».

«Me temo que no».

Igam-Zuri-Biol puso rumbo hacia el castillo y Aroa y Eki la siguieron al momento algo retrasados, flanqueándola, formando una punta de flecha, que era como volaban cuando escoltaban.

Al llegar a Jadrakos vieron que la plaza estaba a rebosar de dragones raudos con sus jinetes. Nahia no había visto nunca a tantos juntos y se quedó boquiabierta.

«Qué cantidad de dragones y jinetes…».

«Creo que han llamado a todos los disponibles» respondió Eki, que también estaba sorprendido.

«Ya habían llegado muchos, pero esto es más de lo que imaginaba».

«Eso quiere decir que partiremos pronto» dedujo Eki.

«¿Cómo de pronto?».

«Yo diría que ya mismo, viendo a todos en la plaza».

«Vaya… Calculo que son unas cincuenta escuadras».

Nahia las contó deprisa.

«Treinta y cinco de dragones raudos y quince de dragones no raudos» concretó Eki, que también las contaba.

«Es mucho».

«Sí, muchos…».

«Ya veremos cuántos volvemos…» envió Nahia con pesimismo.

«Esperemos que la mayoría».

«¿Contra los gryphos? Lo dudo».

«Formad con vuestras escuadras» llegó el mensaje de Igam-Zuri-Biol.

Siguiendo la orden tomaron tierra junto a la escuadra Meteorito. Nahia miró a Logan, que le devolvió una mirada que ella conocía bien: la de que se acercaban problemas. Sus compañeros de escuadra, montados a espaldas de sus dragones, saludaron con la cabeza, pero nadie dijo nada.

Zaldi-Beltz-Lehen, comandante y líder de los jinetes de Jadrakos, y su jinete Droken, capitán de jinetes, hicieron su aparición saliendo del castillo. Todos se volvieron hacia ellos.

«Ha llegado el momento que hemos estado esperando. La fuerza de invasión ya está completa. Todas las escuadras que participarán en el ataque a Gryphoros están ya aquí. Es momento de atacar a los gryphos y mostrarles una vez más, como hemos hecho cientos de veces antes, quiénes son los dueños de los cielos. Que sepan que los dragones somos los señores de todos los firmamentos, sea el mundo que sea. Esta fuerza de invasión tiene como misión invadir el mundo de los gryphos y castigarlos. Deben conocer su lugar, entender que nosotros somos criaturas superiores y ellos están bajo nuestras garras».

A Nahia el discurso no le estaba gustando lo más mínimo. ¿Por qué invadían Gryphoros? ¿Para qué? ¿Acaso podrían conquistarlo sin un ejército de apoyo? Lo dudaba mucho. No le veía sentido. Era ir a la guerra, a matar porque sí, para satisfacer las ansias de poder y conquista de los dragones.

«Para liderar esta invasión se ha llamado al general Gorri-Zaldi-Txar, cuya fama le precede y que todos conocéis» envió el líder de Jadrakos y un enorme dragón raudo con un jinete a su espalda apareció saliendo del castillo.

Los dragones presentes rugieron tres veces como enviando salvas de saludo al recién llegado. Era un dragón rojo con vetas blancas y

era enorme.

«¿Sabes quién es?» preguntó Nahia a Eki.

«Solo por su fama. Es el general de dragones raudos más condecorado. Ha vencido en multitud de contiendas. Una leyenda viva. Es muy respetado».

«Oh, será bueno entonces».

«Muy bueno. Tiene la confianza unívoca de los cinco reyes dragones, algo muy difícil de conseguir».

«Imagino…».

«General, las tropas son suyas» cedió el mando Zaldi-Beltz-Lehen.

«Dragones y jinetes, hoy es un día histórico y será glorioso. Invadiremos Gryphoros y daremos a esos engendros su merecido. Solo puede haber una especie superior, y esa es la de los dragones. Así lo marca nuestra Senda y así se lo vamos a enseñar a los gryphos. Los dragones invaden, conquistan y matan, pues esa es su senda, su destino. Los dragones reinaremos sobre todos los mundos, sobre todas las criaturas. Así está escrito en la Senda y así será. No solo vamos a derrotar a este enemigo, vamos a hacerle sufrir. Los gryphos caerán ante nuestro poder, como lo hacen todos nuestros enemigos y cualquiera que se interponga en nuestro camino. Los castigaremos hasta que no puedan volar más. Acabaremos con ellos. ¡La victoria será nuestra!».

Los dragones rugieron con todo su ser celebrando el discurso y la victoria que estaban seguros de conseguir. Los rugidos se alzaban a los cielos con un sonido tremebundo. Nahia quiso taparse los oídos, pero supo que no era buena idea. Aguantó el estruendo hasta que, tras un momento, los dragones dejaron de celebrar las palabras del general.

«No perderemos ni un respiro más. Los cinco reyes nos han encomendado esta misión y la lograremos. ¡Por los cinco reyes! ¡Por la senda!».

Todos los dragones comenzaron a rugir de nuevo y Nahia pensó que le estallaban los oídos. Lo peor de todo no era el tremendo alboroto, sino lo que anunciaba: muerte y sufrimiento innecesario y

terrible. Jinetes morirían, ella y Logan podrían morir, ¿por qué? ¿Para qué?

«¡Que se abra el portal!» anunció Zaldi-Beltz-Lehen.

De inmediato el suelo comenzó a temblar. Nahia sentía los temblores incluso estando a la espalda de Eki. Ya sabía lo que iba a pasar y miró hacia la cúpula multicolor. Había comenzado a elevarse y levitaba sobre el suelo, que seguía moviéndose bajo ella. Al salir al exterior la cúpula se tornó en una gran esfera.

La esfera multicolor, idéntica en su lado inferior que en el superior, dejó de ascender y se mantuvo suspendida en el aire. Comenzó a girar sobre sí misma en mitad del aire, suspendida, librando el suelo por muy poco. Nahia no pudo sino admirar aquella magia que, aunque ya había presenciado con anterioridad, la tenía cautivada.

De pronto, el objeto se puso a emitir destellos plateados que parecían ser pulsos a intervalos constantes y sobre la esfera comenzó a formarse un enorme portal. El proceso llevó un largo rato. Finalmente, cuando el portal terminó de surgir sobre la singular perla multicolor, quedó establecido y brillando.

«El portal está abierto» anunció Zaldi-Beltz-Lehen.

«Comenzamos la invasión. Escuadrones de dragones no raudos primero» ordenó Gorri-Zaldi-Txar.

Las cincuenta escuadras aéreas se prepararon para cruzar.

«Aseguraréis la salida en la perla en Gryphoros para que el resto no se encuentren con una desagradable sorpresa al cruzar. Regresad a informad cuando sea seguro ir» ordenó el general.

Las primeras escuadras entraron en el portal y desparecieron. El resto fue entrando tras ellas hasta que las quince hubieron cruzado. Cuando terminaron de entrar todos aguardaron por un largo momento.

Nahia esperaba que regresaran diciendo que les esperaba una emboscada y que suspendieran la invasión, era la única esperanza que le quedaba para que aquella guerra no se produjera.

Aguardaron. La tensión era casi palpable.

Un dragón rojo regresó tras un rato.

«Portal y zona asegurada en destino» envió.

Nahia se lamentó entre dientes.

El general dio la orden de continuar y les llegó el turno a las escuadras raudas.

«Dragones raudos, adelante, cruzad» ordenó Gorri-Zaldi-Txar.

Uno por uno fue llamando a cada escuadrón para que cruzara el portal. Cuando le tocó a Nahia y su escuadra todos se miraron de reojo y asintieron. Sabían a dónde se dirigían y el peligro que iban a afrontar.

Salieron al otro lado del portal y Nahia vio que solo había dragones apostados en todas las direcciones. Aquella era una perla diferente a la de la última vez. No estaban sobre un bosque sino en el interior de un enorme cañón. Tenía una profundidad de más de quinientos pasos y otros tantos de ancho. La perla y el portal abierto quedaban dentro del cañón rocoso.

«Seguidme a los cielos» ordenó el general, que fue el último en cruzar.

Las escuadras lo siguieron en formación de vuelo en forma de punta de pica. La Escuadra Meteorito iba en mitad de la formación, por lo que Nahia iba tranquila. Estaba rodeada del resto de escuadras, lo que le daba cierta seguridad en territorio enemigo.

Que no fuera de noche le pareció una falta de preparación. En la oscuridad había menos posibilidades de que los descubrieran. Había oído que a los gryphos no les gustaba demasiado volar de noche, preferían hacerlo de día. Casi todos. Los búhos-oso eran la excepción, pues solían patrullar de noche. Que los dragones invadieran a plena luz del día demostraba lo ególatras que eran. Creían que nada podía detenerles, pero un día descubrirían a las malas que se equivocaban. Ese día Nahia lideraría la carga y les demostraría su craso error.

«Volamos hacia el campamento de invasión» anunció el general.

Por un largo rato volaron hacia el sur. Los cielos estaban despejados y el clima era bueno. Nahia miraba en todas las direcciones temerosa de que aparecieran los gryphos. Si les atacaban tendrían que venir a cientos porque el ejército de invasión contaba con trescientos dragones, demasiados para un enfrentamiento directo.

Continuaron volando hacia el sur hasta que entre las nubes apareció una de las ciudades de los cielos de los gryphos, por llamarlas de alguna forma. Nahia ya había visto una, pero no podía concebir que aquella montaña se mantuviera suspendida en el aire como si nada, rodeada de nubes.

«Es increíble» envió a Eki.

«Lo es. Una montaña suspendida en el aire».

«Magia de los gryphos, ¿verdad?».

«Sí, similar a la nuestra, la que hace levitar a nuestros reinos. Solo que ellos usan montañas como ciudades».

«Me parece de lo más curioso».

«Son parte ave, les gustan las cimas rocosas» envió Eki.

Cuanto más se acercaban más impresionante le pareció. Volaron hacia ella y Nahia se dio cuenta de que había dragones volando alrededor.

«¿Ese es el campamento de invasión?» se sorprendió Nahia.

«Creo que sí. El suelo no es seguro, somos más poderosos en el aire».

Nahia no dijo nada, pero le pareció extraño usar una montaña enemiga como base.

«El campamento de invasión. Cada escuadra que coja una cueva, hay cientos y son enormes. Luego estableceré los turnos de guardia» envió el general.

La escuadra Meteorito ocupó una cueva alta en la cara norte. Nahia desmontó junto a sus compañeros y miraron alrededor. Allí habían vivido gryphos, pues había plumas, restos de comida y agua. No hacía mucho de aquello y Nahia se sintió mal. Estaban ocupando una ciudad cuyos habitantes habían matado los dragones.

No solo eso, iban a matar a muchos más.

Logan se acercó hasta ella.

—Lograremos salir de esta —dijo con seguridad.

—Eso espero… —respondió ella, pero vio que Morgana los miraba y un escalofrío le bajó por la espalda.

Capítulo 44

A la mañana siguiente ya volaban en una misión de protección escoltando a dos escuadras de dragones sin jinete. Nahia y Eki iban en la cola del grupo arropados por la Escuadra Meteorito. Aroa y Logan volaban junto a ellos. Debían guardar la retaguardia.

El escuadrón de escolta volaba alrededor de los dragones elementales, formando un anillo de protección. Era una formación difícil de ejecutar y mantener constante, por lo que Aroa y Eki iban atentos a los otros dragones raudos para no descolgarse.

Nahia entendía el motivo de que tuvieran que escoltar a dragones sin jinete, ya que los gryphos atacaban su punto débil en la espalda. Lo que no entendía era por qué estaban allí. Eran dragones rojos, azules, marrones y blancos, mucho más grandes que los raudos, y por lo tanto más poderosos. También mucho más lentos. Que fueran más poderosos estaba bien, pero ¿más lentos y con el punto débil desprotegido? No entendía para qué los necesitaban allí.

«¿Por qué hay dragones que no son raudos aquí? Pensaba que solo los que eran raudos entraban en el mundo de los gryphos».

«No tengo la respuesta exacta, pero por lo que sé a veces se usan dragones poderosos contra ellos. Estos dragones que escoltamos son fuertes y se encargarán de atacar posiciones o grupos de gryphos fuertes».

«Pero son muy lentos y al no tener jinete corren el riesgo de que les ataquen la espalda».

«Por ello los escoltamos. Por desgracia los dragones raudos no somos tan poderosos y en ocasiones necesitamos del apoyo de otros».

«Entiendo, son refuerzos para ataques de potencia».

«Sí, algo así».

«Y debemos protegerlos porque los gryphos intentarán acabar con ellos».

«Así, es. Los gryphos los identificarán como una gran amenaza y más fácil de asaltar, e intentarán acabar con ellos primero».

«Cosa que nosotros debemos impedir».

«Exacto, eso es lo que debemos conseguir».

«La verdad es que comparados contigo, vuelan despacio».

«Sus ataques son diez veces más destructivos que los míos».

«Prefiero tu velocidad a su potencia destructiva».

«Se agradece, pero depende de la misión, quizá lo que se requiere es potencia de ataque y no rapidez».

Nahia se quedó pensativa. Eki tenía razón, pero ella prefería la rapidez de su dragón plateado.

Continuaron volando por un largo rato, pero no vieron grupos de gryphos en los alrededores. Nahia y su escuadra habían estado en tareas de vigilancia durante semanas y esta era la primera misión que les encomendaban que no era de reconocimiento y supervisión. Esto la preocupaba porque intuía que habría combate y, si era así, habría muertos.

Suspiró deseando que no fuera nadie de su escuadra. Miró a Tilsa, Morgana, Faden y Sarmas montados sobre sus dragones raudos. Eran veteranos y sabrían comportarse. Luego miró a Logan y por último a sí misma. Ellos dos iban a tener más problemas.

De pronto, un banco de nubes apareció en la distancia y el escuadrón se puso en marcha. Nahia pensó que de haber enemigos en la zona estarían allí, escondidos entre las nubes. Comenzó a ponerse nerviosa.

Se acercaron y fue cuando Nahia descubrió que había algo más que enemigos entre las nubes. Se dirigían a una montaña. El montículo suspendido entre ellas era enorme y flotaba como si no pesara nada, como si estuviera hueco y lleno de aire.

Iban directos a él y cuanto más se acercaban, mayor y más impresionante le parecía que era, como solía ocurrirle. Se dio cuenta de que por la velocidad que llevaban y la dirección, esta no era una misión de reconocimiento.

«¿Vamos a atacar esa montaña?».

«Esa sensación tengo. Es enorme, no parece un simple puesto avanzado».

«Debe ser una ciudad de gryphos».

«Podría serlo».

«No veo a ningún grypho».

Los guerreros viven en cuevas en las partes altas de la montaña y las familias con jóvenes en cuevas en las zonas inferiores. Eso es lo que he leído en los tomos que hay sobre estas criaturas, sobre nuestros odiados enemigos.

Nahia pensó que sus odiados enemigos no invadían su mundo para atacarles, pero prefirió no decir nada. La última conversación con Eki sobre los dragones y sus viles actitudes no había ido del todo bien, así que mejor no forzar el asunto.

«Preparaos para atacar. Esta es la ciudad de Grymers. Debemos atravesarla. Esperad fuerte resistencia enemiga» les llegó el mensaje del dragón Taka-Gorri-Kap, que montaba el capitán Akat y que estaba al mando del escuadrón.

«Parece que estábamos en lo cierto» envió Nahia a Eki y no pudo evitar un sentimiento de intranquilidad.

«Mantengamos la calma y confiemos en el entrenamiento recibido. Saldremos de esta situación con vida».

«Buena suerte y tened mucho cuidado» llegó el mensaje de Aroa.

Nahia inspiró. No tenía buenas sensaciones sobre aquello. No solo porque sabía que lo que estaban haciendo estaba mal, sino porque esperaba que los gryphos ofreciesen una fuerte resistencia.

De pronto se oyó un chillido agudo que le puso a Nahia la carne de gallina. Era un chillido claramente de ave.

Los gryphos los habían visto. Al primer chillido le siguió otro y otro. Todos agudos y estremecedores.

«Prepárate, comienzan las hostilidades» envío Eki.

Nahia agarró lanza y escudo con fuerza.

«Estoy preparada».

De la parte superior de la montaña apareció un grupo de gryphos. Eran búhos-oso. Sus poderosos cuerpos peludos eran inconfundibles y las cabeza de búho con grandes ojos y las alas amplias también eran fáciles de discernir.

«Atención, formación enemiga al noroeste. Escuadras, mantened la formación de escuadrón. No dejéis desprotegidos a los dragones sin jinete de ataque pesado en el interior» ordenó Taka-Gorri-Kap.

El grupo de criaturas lo formaban una decena de gryphos de tamaño considerable que, en cuanto se acercaron, se hizo evidente que eran mayores en tamaño que los dragones raudos. No volaban muy rápido, pero se veían poderosos. Atacaron el flanco izquierdo mientras el escuadrón volaba directo hacia la montaña, que cada vez parecía hacerse más grande. Daba la impresión de que quería rechazar el ataque con su magnificente presencia rocosa.

Nahia desvió la mirada de la montaña, suspendida en medio de las nubes, para fijarse en el grupo atacante.

«No quiero ser pesimista, pero cuento doce gryphos enormes. En el flanco izquierdo está la Escuadra Luna y son solo seis, y sus dragones raudos son más pequeños».

«Es una escuadra experimentada. Si no rompemos la formación aguantarán» respondió Eki, pero por el vínculo Nahia sintió que no lo decía del todo convencido.

«Espero que aguanten por el bien de todos…» Nahia no lo veía nada claro.

Las criaturas emitieron lo que parecía una mezcla entre un rugido de oso y el ulular de un búho furioso y atacaron a la Escuadra Luna. Nahia observaba el combate con un nudo en el estómago. La vez anterior que se habían enfrentado a gryphos había sido una escaramuza. Debían atacar y salir de allí sin enzarzarse en combate intenso. Esta vez era lo contrario, se trataba de combate de verdad, donde habría bajas en ambos lados.

La Escuadra Luna maniobró con rapidez para hacer frente al ataque de los búhos-oso, que se lanzaron con ímpetu sobre ellos. Los seis dragones raudos de la escuadra y sus jinetes utilizaron sus alientos elementales para rechazar el ataque. Nahia distinguió alientos de fuego, agua, tierra y viento que golpearon a los gryphos según atacaban con sus zarpas y picos dorados.

Se produjeron destellos de los cuerpos de los gryphos y sus defensas mágicas se activaron. Siguieron volando directos contra la escuadra, ninguno cambió de rumbo pese a encontrarse con los

alientos elementales. Los búhos-oso soltaron zarpazos y picotazos contra las cabezas de los dragones para evitar que siguieran usando sus alientos elementales. Nahia vio que varios de ellos tuvieron que desviar sus alientos o dejar de enviarlos bajo el feroz ataque de los gryphos, que soltaban tremendos zarpazos contra la cabeza y cuello de los dragones mientras rugían y ululaban.

«Esas zarpas de oso tienen muy mala pinta» envió Nahia a Eki.

«Sí, pueden atravesar nuestras escamas y como el cuerpo de oso del grypho es tan fuerte, sus ataques físicos son demoledores».

«Lo estoy viendo. La escuadra debería usar su rapidez y esquivarlos. Son dragones raudos, los búhos-oso no van a poder seguirles, son mucho más lentos».

«No pueden hacer eso y nosotros tampoco. Debemos mantener la posición. Si se mueven del flanco o abren un paso, irán a por los dragones sin jinete, y es precisamente a quienes tenemos que defender, pues son los más vulnerables contra los gryphos».

«Pues esto se va a poner de lo más peliagudo».

«Por desgracia tengo el mismo presentimiento» envió Eki.

Nahia captó que el dragón plateado estaba preocupado.

Los componentes de la Escuadra Luna se defendieron, pero sin romper la formación, lo que comenzó a producir serias dificultades. Varios dragones recibieron heridas en morro y cuello y uno de los jinetes casi pierde la cabeza de un terrible zarpazo. Milagrosamente, solo el yelmo se vio afectado, aunque sangraba de la cabeza. Gracias a que dos de los dragones y sus jinetes mantuvieron sus alientos elementales constantes, cuatro gryphos cayeron heridos o muertos. Sus defensas mágicas aguantaban, pero si se mantenía el ataque mágico de forma continuada, conseguirían penetrarlas.

«Caen los primeros gryphos» envió Nahia a Eki.

«Me temo que caerán muchos más».

«Es una desgracia» envió Nahia sin poder reprimirse. Su llama había despertado al verlos caer como grandes criaturas aladas que encontraban una muerte que no se merecían. La llama en su estómago comenzaba a arder.

Eki no respondió al comentario de Nahia, pero ella captó por el vínculo que le había molestado. Lo que no sabía era si le había

molestado ella por ir contra los dragones o la verdad de lo que había dicho.

Se escucharon nuevos chillidos agudos de ave y de un lado de la parte alta de la montaña surgió otro grupo de gryphos. Estos eran grandes, no solo de cuerpo sino en cuanto a la envergadura de alas. A Nahia le costó un momento identificar qué tipo de gryphos eran. La parte de ave y el pico largo y curvo al final…

«¿Eso es un buitre?».

«Creo que sí. Buitre-jaguar, diría yo… pero no estoy seguro».

Nahia entrecerró los ojos e intentó verlos mejor. Consiguió apreciarlos según se acercaban, más rápido que los búhos-oso.

«Sí, su cuerpo es de jaguar. Tienen un aspecto de lo más funesto».

«Una combinación con posibilidad de volar mucho. No serán fáciles de abatir» intuyó Eki.

Los gryphos se dirigieron a atacar el flanco derecho. Eran otra docena. Sin perder un instante se lanzaron sobre los dragones raudos.

Eki intuyó bien. Volaban bien y rápido. La envergadura de las alas era tremenda y los gruñidos agudos que soltaban sonaban a amenaza. Las garras de jaguar tenían muy mal aspecto y su enorme pico de buitre aún más. Atacaron con ambas cosas.

«No atacan con magia» comentó Nahia a Eki.

«Saben que nuestras defensas mágicas son demasiado fuertes. Intentarán vencernos con sus garras y picos dorados».

«Son listos. Saben que pueden dañaros así».

«No te confíes, pueden atacarte a ti con magia».

«Tranquilo, lo tengo presente» envió Nahia y levantó sus dos defensas: la física y la mágica. No tenía ningún grypho cerca, pero era mejor prevenir. Confiarse ante un enemigo era algo que solo un necio haría y los necios no vivían mucho.

Los buitre-jaguar atacaron el lado derecho, que defendía la Escuadra Volcán. El nombre les iba bien, ya que cinco de los seis componentes eran dragones raudos rojos de fuego. Nahia ya se había dado cuenta de que los dragones más habituales eran los elementales, algo que Eki le había explicado, y que entre ellos los

rojos eran los mayores en número y agresividad. Quizá lo uno iba de la mano de lo otro. Como eran muchos, y competían entre ellos, se volvían más agresivos.

Nahia pensó en su antiguo líder de escuadrón. ¿Qué estaría haciendo ahora? No le había quedado muy claro su lealtad hacia Zilar y los suyos, pero era verdad que tampoco la había entregado a ella y sus compañeros para que fueran ejecutados por traición. Fuera como fuese, esperaba que el gran dragón rojo se uniera a la causa y no siguiera del lado de los dragones. Solo de pensarlo le pareció muy raro e improbable. Suspiró. Solo el tiempo lo diría.

Los dragones rojos usaron sus alientos de fuego sobre los gryphos, cuyas defensas mágicas se activaron. Intentaron eludir los alientos y los ataques elementales de los jinetes maniobrando con rapidez. En lugar de ir directos hacia ellos, como habían hecho los búho-oso, los buitre-jaguar se elevaron con rapidez usando la envergadura de sus grandes alas para situarse sobre los dragones y sus jinetes.

Nahia se dio cuenta de lo que iban a hacer.

«Oh, no…».

Los buitre-jaguar se situaron sobre los dragones, que seguían enviando sus ataques elementales ahora hacia arriba, intentando traspasar sus defensas y que ardieran. Por un instante, pareció que lo conseguían. Los gryphos cerraron las alas y se desplomaron con enorme presteza.

Fue como si los hubieran abatido a todos de golpe en un momento. Sin embargo, no era lo que parecía, sino una táctica de ataque. Los doce gryphos cayeron sobre los seis componentes de la Escuadra Volcán. Garras y picos buscaron acabar con jinetees y dragones por igual.

Al chocar los buitres-jaguar contra los dragones, los jinetes se quedaron atrapados en medio. Los gryphos golpearon con fuerza y habilidad, mientras los dragones intentaban maniobrar para salvar la vida de sus jinetes y la suya.

«Esa maniobra de ataque es demoledora» envió Eki y Nahia sintió que quería ir a ayudar.

«No puedes romper la formación. Estamos casi en la montaña» envió Nahia.

Eki miró al frente y luego al combate en ambos flancos.

«Tienes razón, debemos mantener la posición. La Escuadra Volcán va a tener bajas…».

Nahia observó el combate y vio que dos dragones de la escuadra se precipitaban al vacío dando vueltas mientras sus jinetes gritaban. En el aire, dos dragones rojos acababan con cuatro de los buitres-jaguar, pero volaban con sus jinetes muertos, destrozados por las garras y los picos.

«Qué horror…» Nahia notaba la llama crecer en su interior.

Aquellos jinetes morirían en vano por la vanidad y egoísta codicia de los despreciables dragones.

El combate en ambos flancos se intensificó. Todos luchaban por sus vidas, dragones, jinetes y gryphos. Estos últimos también lo hacían por defender su hogar, lo que les hacía batallar con todavía mayor fiereza, y pocas eran comparables a la de un grypho.

Mientras la batalla continuaba, el escuadrón llegaba hasta la majestuosa montaña de pico blanco.

«Escuadra Luna y Escuadra Volcán, aguantad los flancos. Dragones sin jinete, atacad la montaña. Retaguardia, protegedlos. Volamos en espiral descendente de ataque» envió Taka-Gorri-Kap.

Nahia no tenía muy claro qué significaba aquella maniobra, pero sabía que tenía que ir en la retaguardia.

Los dragones sin jinete comenzaron a enviar sus alientos elementales contra las cavernas de la parte superior de la montaña, bajo el pico helado. Fuego, tierra y tormenta las asolaron. Los dragones fueron arrasando todas las cuevas mientras volaban alrededor de la montaña. Una vez completaron el círculo, comenzaron a descender mientras seguían enviando sus alientos elementales contra todas las cuevas que iban encontrando. Dieron otra vuelta completa a la montaña y volvieron a bajar para seguir atacando.

Ahora Nahia ya entendía el movimiento de ataque en espiral descendente. Iban a arrasar toda la montaña dándole vueltas de pico a base entre las nubes. Le pareció horripilante porque de varias

cuevas salieron gryphos jóvenes en llamas o muertos por las tormentas y lapidaciones. La muerte de los dragones había llegado a aquella montaña y nada los salvaría.

Mientras el combate en los dos flancos seguía, los dragones pesados castigaban la montaña. Cada vuelta les costaba más tiempo, pues la superficie a recorrer era mayor, pero cueva que descubrían, cueva que arrasaban y, una vez lo hacían, continuaban a la siguiente. Los chillidos de agonía de los que morían en el interior resonaban en ellas y salían hacia el exterior con amplificada potencia. Nahia tenía ganas de vomitar y Eki lo notó.

«Aguanta. Cumplimos órdenes» envió con la intención de calmarla.

«Esto es inhumano y lo sabes tan bien como yo» respondió Nahia intentando controlar su llama interna, que le abrasaba el estómago.

«Lo reconozco, lo es. Pero debemos seguir las órdenes del capitán o moriremos ambos» dijo Eki con heladora convicción. Sabía tan bien como Nahia que cualquier intento de ir en contra de las órdenes de los dragones acabaría con ellos muertos.

Los chillidos provocaron que los gryphos que estaban luchando en los flancos intensificaran sus ataques. Ahora parecían poseídos por la rabia y el furor. Las escuadras Luna y Volcán estaban en dificultades. Nahia se dijo que se lo merecían, pero luego pensó en los jinetes de aquellos dragones raudos. No todos eran fieles seguidores de los dragones, algunos estaban comenzando a ver la luz, a acercarse a la causa. Deseó que no murieran allí, sino que tuvieran tiempo de recibir el mensaje y unirse para acabar con acciones como la que estaban llevando a cabo.

Nuevos chillidos agudos llegaron y de la parte inferior de la montaña apareció otro grupo de gryphos.

«¡Atención, un grupo de halcones-guepardo! ¡Extremad precauciones!» llegó el aviso del capitán Taka-Gorri-Kap.

Capítulo 45

«Problemas» advirtió Eki.

«Esos son muy peligrosos y son más de una docena» respondió Nahia.

«Escuadrón Meteorito, aseguraos de que no atacan por la espalda, es donde la formación es más vulnerable» envió Taka-Gorri-Kap.

A Nahia le llegó el aviso y supo que sería eso precisamente lo que sucedería. Los gryphos sabrían de esa debilidad de la formación e intentarían explotarla.

Antes de que pudieran reaccionar, el nuevo grupo de gryphos realizó una maniobra inesperada y se lanzó sobre los dragones sin jinete atacando desde abajo a una velocidad vertiginosa. No lo esperaban, no era algo que solieran hacer, ya que los dragones podían defenderse con facilidad con aliento y garras y, sobre todo, porque su parte más vulnerable, la parte superior de su espalda, quedaba fuera de peligro.

Sin embargo, como no esperaban semejante ataque, pillaron por sorpresa al escuadrón de dragones.

«¡Vienen por debajo! ¡Maniobra defensiva!» ordenó Taka-Gorri-Kap.

Los dragones pesados dejaron de atacar la montaña y dirigieron sus poderosos alientos elementales contra el grupo de criaturas mitad halcón y mitad guepardo, que ascendía a una velocidad impresionante. Los caudales de fuego, rocas y rayos de los alientos se dirigían hacia abajo cuando los gryphos se abrieron y rotaron sobre sí mismos para esquivarlos mientras continuaban ascendiendo como si se dirigieran al sol. Varios fueron alcanzados y murieron o se desviaron heridos hacia la montaña. Sin embargo, la mayoría libró los alientos y llegó hasta los dragones sin jinete.

Nahia pensó que atacarían sus estómagos con sus fuertes picos. Si conseguían abrírselos, los dragones perderían sus entrañas, caerían al vacío y morirían. A Nahia le pareció un castigo digno por lo que estaban haciendo. Solo había un inconveniente, que los dragones podían defender esa zona con sus cuatro poderosas garras, que colgaban hacia abajo.

Una nueva acción inesperada tuvo lugar. Los velocísimos halcón-guepardo no atacaron la parte inferior de los dragones, sino que pasaron de largo y ascendieron.

«¿Qué hacen? ¿Por qué no atacan?».

Nahia estaba pasmada. Sus expectativas de contemplar cómo abrían en canal a los dragones morían con aquella acción.

«No sé qué táctica de ataque están usando, creo que es algo nuevo» envió Eki, que estaba tan sorprendido como ella.

Los halcón-guepardo ascendieron un momento más mientras los alientos de los dragones intentaban darles alcance. De pronto chillaron todos a una y, maniobrando a gran velocidad, realizaron un picado.

Bajaron como centellas y atacaron las espaldas de los dragones sin jinete. Nahia lo entendió entonces. No tenían ninguna intención de atacar la parte inferior de los dragones, era solo una treta para burlar el anillo defensivo. Habían atacado por debajo, ascendido y caído sobre su objetivo: el punto neurálgico del sistema nervioso del dragón en la parte alta de sus espaldas, que estaba desprotegida.

«¡Escuadrón Meteorito, defended a los dragones no raudos!» ordenó Taka-Gorri-Kap.

«¡Allá vamos!» envió Eki a Nahia y ganó velocidad.

Tenían a los dragones sin jinete delante y a los gryphos sobre ellos.

Nahia miró a su derecha y vio a Aroa y Logan.

Saludó con la lanza y Logan la saludó de vuelta.

«Tened mucho cuidado. No arriesguéis, son demasiado peligrosos» envió Aroa a Nahia y Eki.

«Lo tendremos. Tenedlo vosotros dos también» envió Eki a Aroa y Logan.

Taka-Gorri-Kap y su jinete, Akat, aparecieron frente a ellos.

«¡Seguidme, Escuadra Meteorito! ¡Hay que proteger a los dragones sin jinete!» ordenó.

De inmediato la Escuadra Meteorito formó en cuña de ataque, como siempre hacían. En cabeza se situó Tilsa sobre su dragón rojo Azkar-Gorri-Bat. La seguía Morgana sobre su dragón blanco, Zuri-Azkar-Bi. Tras ella fueron Faden y Sarmas sobre Marroi-Hiru-Azkar y Lau-Azkar-Urdin. Detrás de ellos iban Logan y Aroa junto a Nahia y Eki. Nada más situarse en aquella formación, junto a sus compañeros de escuadra, Nahia se sintió más tranquila. Todos eran buenos luchadores y tenían experiencia. Los únicos que estaban muy verdes todavía eran ellos.

Dejaron que sus compañeros abrieran camino manteniendo la formación y siguiendo el modo de ataque que habían ensayado hasta la extenuación. Haber practicado tanto le dio a Nahia la confianza que necesitaba. Sí, se iban a enfrentar a enemigos velocísimos y muy peligrosos, pero estaban entrenados y preparados para ello.

Frente a ellos, tres halcón-guepardo habían conseguido clavar sus garras sobre las espaldas de los dragones no raudos y con sus picos intentaban desgarrar y llegar al punto central de su sistema nervioso para inutilizarlos. Los dragones atacados rugían e intentaban deshacerse de los gryphos. Tal y como ya sabían los dragones, poco podían hacer si se situaban sobre sus espaldas casi a la base del cuello. Sus garras no alcanzaban, sus colas tampoco y, por mucho que giraran cuello y cabeza, no podían hacerlo lo suficiente para alcanzar al grypho, que estaba atento a los alientos elementales y ataques mentales.

Uno de los dragones rojos consiguió quitarse de encima al halcón-guepardo que le arrancaba la carne a tiras de la espalda mediante ataques mentales. Los primeros los había aguantado gracias a las defensas innatas del grypho, que al igual que las de los dragones habían actuado, evitando que penetraran. Finalmente, habían cedido ante los poderosos ataques y el grypho había tenido que volar a la montaña a refugiarse.

Otro de los dragones rojos no tuvo tan buena fortuna y el halcón-guepardo que tenía a la espalda e intentaba quitarse de encima

sacudiéndoselo de forma brusca y errática, consiguió llegar al punto central. Con su pico de oro lo destrozó, sacando carne y nervio por igual. El dragón quedó completamente paralizado al instante, sin poder mover un solo músculo del cuerpo. Se desplomó al vacío como si una descomunal roca de la montaña se precipitara al suelo.

«¡Atacad! ¡Ahora!» envió Taka-Gorri-Kap al ver que perdían dragones, y se dirigió a ayudar al dragón más cercano, al que le acaban de arrancar un ojo de cuajo entre rugidos y chillidos de grypho.

La Escuadra Meteorito llegó a la refriega. De forma instintiva atacaron primero el centro del grueso de las fuerzas de los gryphos. Estaban sobre los dragones buscando la ocasión para acabar con ellos. Tres descendieron a por los dragones, mientras media docena les hacían frente. El choque era inevitable y sería brutal.

Tilsa y Azkar-Gorri-Bat lanzaron sus alientos elementales de luz y fuego contra una de las criaturas, que maniobró con una velocidad asombrosa para esquivarlos y se lanzó a atacar por el costado con sus garras por delante.

Morgana y Zuri-Azkar-Bi se abrieron a la derecha y arremetieron contra otro halcón-guepardo también con ataques elementales. Sin embargo, el grypho ya lo esperaba y, realizando un vuelo velocísimo en onda, esquivó los ataques casi por completo para acercarse hasta la cabeza de Zuri-Azkar-Bi e intentar arrancarle los ojos con las garras. Morgana defendió a su señor dragón con su ataque elemental de oscuridad y con su lanza. El grypho chilló de frustración al no poder ver. La lanza lo alcanzó y lo hirió. Dejó de atacar los ojos del dragón y saltó a por Morgana, que se defendió de sus garras con su escudo. Por suerte consiguió volver a acertarle con su aliento de oscuridad y el grypho tuvo que huir.

Faden y Marroi-Hiru-Azkar no tuvieron oportunidad de atacar, pues uno de los gryphos se les vino encima como un rayo y chocó contra ellos. Del impacto Faden estuvo a punto de salir despedido de la silla, pero por fortuna su atadura aguantó.

Sarmas y Lau-Azkar-Urdin tuvieron mejor fortuna y al atacar con sus alientos combinados consiguieron hacer retroceder a una de las criaturas. Parecía que se iba a retirar, pero no, volvió a la carga y

Sarmas y Lau-Azkar-Urdin volvieron a alcanzarle con sus alientos elementales de tierra y agua. El grypho siguió hacia ellos, pero no llegó. Se desplomó y cayó hacia tierra girando de forma descontrolada. Sus defensas mágicas no habían aguantado.

Nahia y Eki se enfrentaron a otro, que los sorprendió lanzando un rayo elemental de fuego hacia Nahia. Eki lo vio e intentó inclinarse con rapidez. El rayo golpeó el hombro de Nahia. La defensa mágica que tenía levantada evitó males mayores, pero se debilitó. Reaccionó enviando más energía a reforzar su campo de energía de escamas.

Eki giró velozmente e intentó alcanzar al halcón-guepardo con su aliento elemental. De hacerlo no lo mataría, pero podía ralentizarlo, lo que sería una gran ventaja. Por desgracia, el grypho era tan rápido como Eki y esquivaba su aliento volando alrededor a una distancia prudencial y buscando el momento de volver a atacar.

«Nos da vueltas» envió Nahia a Eki.

«Cuidado con tu espalda» avisó Eki.

Justo en ese momento el halcón-guepardo atacó la espalda de Nahia. Eki intentó virar tan rápido como pudo. Nahia se volvió en la silla todo lo que su cintura daba y entre el giro de Eki y el suyo pudo bloquear parte del ataque. Recibió un golpe con una garra en la espalda y con el pico en el hombro. La defensa física quedó destruida al momento de la potencia del ataque y la armadura tuvo que soportar el resto del impacto. Se resquebrajó algo, pero no se rompió. Nahia le soltó al grypho un golpe con el revés del escudo que le alcanzó en el pico. No le gustó nada, chilló y se retiró.

Eki consiguió virar hacia el halcón-guepardo agitando las alas con fuerza y atacó con su aliento elemental. El caudal de energía plateada chocó con el ala derecha y las defensas mágicas de la criatura destellaron, impidiendo que le afectara.

«Sigue dándole. Sus defensas no aguantarán demasiado» envió Nahia a Eki.

«Las tuyas tampoco» envió él con preocupación.

«Por eso tenemos que acabar con él antes».

Eki volvió a lanzar su aliento de dragón, pero el halcón-guepardo ya lo había previsto y se movió con tremenda rapidez volando en diagonal para luego realizar un quiebro brusco en el aire y atacar el

costado de Nahia. Esta vez lo hizo por el lado de la lanza y Nahia actuó por puro instinto dirigiéndola al torso del grypho. De súbito, se desvió y en lugar de seguir y atacar con garras y pico, se elevó y embistió con otro rayo de fuego hacia Nahia. La alcanzó de pleno en el yelmo.

«¡Ouch!».

«¿Estás bien?».

Nahia sintió el efecto del rayo. Su defensa mágica quedó casi destruida y envió más energía a reforzarla rápidamente con el susto en el cuerpo.

«La defensa ha aguantado, pero por los pelos».

«Hay que atacar sus alas para que no vuele tan rápido».

«De acuerdo, buena estrategia».

Los dos enviaron sus alientos elementales contra el halcón-guepardo, que los esquivó volando a su alrededor a gran rapidez. No rehuía el combate, sino que evadía los ataques haciendo círculos rapidísimos alrededor de ellos. Nahia comprendió al ver aquello que los alientos elementales no eran la mejor opción contra la velocidad de vuelo del grypho. El caudal elemental era como un chorro que nunca llegaba a impactar contra él, pues iba siempre por delante y no había forma de recortar la distancia.

«Tenemos que cambiar a ataques mentales, así no le vamos a dar nunca» envió Nahia a Eki.

«Me parece bien, intentémoslo».

Nahia vio que el grypho venía por el costado del escudo a una velocidad enorme para evitar la lanza. Eran listos y hábiles. Se concentró en intentar atacar la mente de la criatura.

Detectarla no era un problema, lo había hecho en el primer ataque que les había lanzado. El aura mental de un grypho era potente, similar a la de un dragón. Lo que resultaba difícil era vencer las defensas mágicas. Lo intentó. Envió un ataque que chocó con su defensa y no consiguió penetrarla. No tuvo opción de lanzar un segundo, las garras del halcón-guepardo golpearon escudo y yelmo con tremenda fuerza. Nahia aguantó como pudo el embate.

Eki atacó la mente del grypho con varios ataques consecutivos, uno antes de llegar hasta ellos, otro al embestir y un tercero tras la

embestida. Consiguió penetrar en la mente del grypho y atacar. No sabía qué tipo de efecto tendría su ataque en un halcón-guepardo, pero se iban a enterar en un instante. La criatura chilló de dolor, lo que les indicó que había llegado a su mente. Un momento después comenzó a volar con movimientos aletargados, como si le costara mover las alas. Empezó a caer, moviéndolas y manteniéndose en el aire, pero haciéndolo tan despacio que iba perdiendo altura. De alguna forma, Eki había ralentizado al halcón-guepardo. Su mente debía estar yendo mucho más despacio y su cuerpo en consecuencia también. Fue cayendo según perdía altura, volando, pero demasiado lento para poder mantenerse en el aire.

«¡Lo has derribado!» envió Nahia a Eki mientras se aseguraba de que no tenía el brazo partido. Le dolía horrores. No veía sangre, eso era buena señal.

«Mi ataque mental ha tenido un efecto curioso… creo que le he ralentizado la mente… de alguna manera…».

«Muy interesante… ¡ouch!».

«¿Estás herida?» se preocupó Eki.

«No lo sé, el brazo me duele horrores».

«Intentaré repeler los ataques para que no lleguen hasta ti».

Nahia agradeció que Eki quisiera protegerla, pero en medio del caos en el que rugidos y chillidos surgían por doquier y criaturas pasaban en todas las direcciones atacando y defendiéndose, dudaba de que lo consiguiera.

Logan y Aroa atacaban a otro halcón-guepardo que iba como una flecha hacia ellos. Consiguieron darle con sus alientos de tormenta, pero no lograron derribarlo. El grypho atacó con sus garras a Logan, que se defendió con escudo y lanza. Aroa trataba de ayudar a Logan intentando alcanzar al grypho con su aliento, pero no lo conseguía. El halcón-guepardo volaba muy rápido y sus quiebros eran muy bruscos, provocando que tuvieran que enviar los alientos elementales en diferentes direcciones.

«¿Ataques físicos?» preguntó Logan a Aroa.

«Sí, veamos cuán fuerte es su piel».

Aguardaron a que el grypho atacara de nuevo a gran velocidad, pero esta vez estaban a la espera. Se situaron frente al halcón-

guepardo en su trayectoria de ataque. Él levantó sus garras para atacar la cabeza de Aroa y la dragona blanca levantó las suyas para defenderse. Se produjo un choque en el último momento y las garras de dragón y grypho buscaron dañar a su enemigo. Logan preparó un golpe certero y aguardó. Le clavó la lanza profunda al halcón-guepardo en la parte izquierda del torso. El grypho chilló de dolor y dejó de luchar con Aroa para escapar. Estaba malherido.

«Buena punzada» congratuló Aroa a Logan.

«Es difícil acertar. Se mueven y luchan como fieras».

«Lo son, y se juegan la vida» envió Aroa y Logan captó cierto sentimiento de pena por aquellas criaturas.

«Ahí viene otro» avisó Logan a Aroa y se dispusieron a repeler el ataque.

A su alrededor el combate se volvía feroz. Dragones raudos y jinetes luchaban contra los gryphos en descarnadas batallas aéreas de uno a uno. Las alas se movían a gran velocidad en unos y otros, buscando proyectar los cuerpos en ángulos de ataque que les dieran ventaja. Se escuchaban rugidos graves y chillidos agudos por igual y la sangre de dragones, jinetes y gryphos salpicaba los cielos azules y las nubes blancas entre las que peleaban. Era un espectáculo tan trepidante como trágico.

La Escuadra Meteorito luchaba con todo. Tilsa y Azkar-Gorri-Bat seguían consiguiendo buenos resultados usando sus alientos elementales de luz y fuego contra las criaturas. Tilsa los cegaba y su dragona los abrasaba una vez las defensas mágicas cedían.

Morgana y Zuri-Azkar-Bi utilizaban un enfoque parecido. Morgana creaba oscuridad alrededor del grypho mientras Zuri-Azkar-Bi descargaba potentes tormentas de rayos y vientos. No estaban teniendo suerte con los ataques de tormenta, pero los de Morgana molestaban muchísimo a los gryphos impidiéndoles ver. Nada peor que estar rodeado de oscuridad en medio del aire y con enemigos intentando traspasar las barreras mágicas defensivas.

Faden y Marroi-Hiru-Azkar consiguieron acabar con el grypho que los atacaba, pero el Fatum resultó herido en la cabeza. Le habían partido el yelmo y casi la propia cabeza, sangraba mucho. Su expresión era de estar mareado.

Sarmas y Lau-Azkar-Urdin tuvieron serias dificultades contra otro de los gryphos. Consiguieron acabar con él, pero el Escarlatum resultó herido en el brazo de la lanza. El grypho consiguió traspasar su defensa física y luego romper parte de la armadura con sus garras. No perdió el brazo por muy poco.

Aroa y Logan habían rechazado a otro halcón-guepardo, pero no tuvieron tiempo ni de tomar aliento cuando otro se les vino encima con la rapidez del rayo. Aroa comenzaba a sentir el cansancio de la batalla y siendo más lenta que aquellos gryphos, empezaba a tener problemas serios. La dragona consiguió esquivar el ataque, pero la garra izquierda del halcón-guepardo le hizo una herida en el ala, lo que venía a ratificar que se movía demasiado lento.

Logan captó el cansancio y la preocupación de Aroa por su vínculo.

«Ya casi tenemos la victoria en la mano» envió para animarla.

«Esperemos…».

Aroa decidió pasar a ataques mentales con los que le sería más fácil alcanzar al grypho. Los elementales y físicos no estaban yendo bien. El grypho atacó y se abalanzó sobre Logan, en lugar de sobre Aroa. La criatura chillaba y golpeaba a Logan con garras y pico de forma alocada. Este estaba teniendo muchísimas dificultades para defenderse y no podía quitársela de encima. Sus defensas físicas y mágicas aguantaban, pero no así su escudo, que estaba a punto de ser destrozado. Consiguió clavarle la lanza al grypho en el torso.

La criatura soltó un chillido muy agudo. Aroa por fin consiguió vencer su resistencia mágica y con un ataque mental la dejó aturdida y dolorida. El halcón-guepardo emitió un chillido grave y se retiró hacia la montaña volando de forma errática.

Nahia apretaba los dientes. Había dejado el escudo en su sujeción. No podía llevarlo, pues tenía el brazo y el hombro derecho inservibles. Por desgracia, dos halcón-guepardo atacaron con una rapidez tremenda desde dos direcciones contrapuestas. Eki lo vio y realizó una maniobra evasiva en picado volando como una flecha en línea recta hacia el suelo. Por desgracia, los dos halcón-guepardo fueron tras ellos. No los iban a dejar escapar.

«Van a por ti» avisó Eki a Nahia mientras bajaban a una velocidad tremebunda.

«Huelen sangre…».

«Muerto el jinete, el dragón es presa más fácil» recitó Eki de las enseñanzas recibidas.

Bajaban tan rápido que a Nahia le costaba respirar. Presentía que los dos gryphos les seguían a muy corta distancia.

No se equivocaba.

«Voy a ascender de golpe» avisó Eki a Nahia para que se sujetara. El cambio sería muy brusco y el cuerpo de Nahia lo sentiría.

Así fue. Eki se puso paralelo al suelo y luego volvió a subir como una exhalación. Los dos gryphos aún bajaban y fueron a cruzarse.

Nahia veía cómo los dos enemigos se les venían encima bajando a una velocidad espeluznante. De chocar nadie sobreviviría.

«Eki…».

De pronto se produjo un destello plateado y Eki y Nahia desparecieron para aparecer junto a su escuadra aérea en medio del combate, mucho más arriba. Los dos gryphos perseguidores quedaron en la lejanía, muy abajo.

«Vaya, esa habilidad tuya es espectacular» envió Nahia.

«Sí, creo que es excelente, pero no la controlo todavía».

«Tendremos que trabajar en ello, porque es impresionante».

Eki no dijo nada. Observaba el combate, los pocos gryphos que quedaban se retiraban a la montaña.

«¡Victoria! ¡La misión es un éxito!» llegó la exclamación de Taka-Gorri-Kap.

Nahia buscó a Logan con la mirada y lo encontró acercándose a ellos sobre Aroa. Parecían estar bien, aunque Aroa tenía heridas y expresión de cansancio. Luego buscó al resto de la escuadra. Algunos estaban heridos, pero no había muerto ninguno. Nahia resopló con fuerza.

«¡Volvemos a la base! ¡En formación de anillo!».

Obedecieron al capitán y pusieron rumbo a la base de operaciones. La misión habría sido un éxito militar, pero habían

tenido bastantes bajas. Las escuadras raudas habían perdido efectivos y la mitad de los dragones sin jinete no regresaban.

Capítulo 46

Camu, Ona y Argi estaban encantados de estar con Ingrid de nuevo y ella más todavía de verlos a todos bien y en libertad. Los acarició durante un largo rato mientras el resto del grupo descansaba de la misión de incursión y rescate.

—Estás enorme, Camu. No puedo creer lo que has crecido en dos hibernaciones.

«Yo mucho fuerte ahora. Más fuerte después tercera hibernación».

—¿Lo sabes o lo intuyes? —preguntó Viggo. Afilaba sus cuchillos sentado sobre las raíces de un árbol, pero no perdía detalle de lo que sucedía, como era costumbre en él.

«Yo saber», Camu irguió la cabeza.

—Pues no hibernes ahora, que tenemos que volver.

«Yo no hibernar cuando yo querer. Cuerpo pedir. Yo decirte».

—Ya, solo estoy asegurándome.

—Ona, estás preciosa. Vaya pelaje más bonito que tienes —dijo Ingrid agachándose y acariciándole la cabeza y las orejas.

Ona himpló agradecida.

—¿Ya te acuerdas de mí, Argi? La última vez que te vi eras un cachorro y ahora eres tremendo.

El lobo gigante la husmeó un momento y luego le lamió la cara.

—Se acuerda —dijo Gerd—. Tiene una memoria e instinto espectaculares.

—Me alegro de que te acuerdes de mí —Ingrid le dio palmadas en los lomos y Argi lo agradeció con un aullido.

«Todos mucho contentos de verte, Ingrid» envió Camu y movió su larga cola de un lado a otro muy contento.

—Yo más de veros a vosotros —Ingrid sonrió y su pálido aspecto mejoró por un breve momento.

Edwina se dio cuenta.

—Deja que te examine. No me gusta nada ese color que traes —dijo la sanadora.

«Mucho fuerte, malo color», fue el diagnóstico de Camu.

Ingrid asintió y sonrió.

—Será un placer que me cures, Edwina, pero déjame darte un abrazo primero.

—Por supuesto —sonrió la sanadora.

Descansaron mientras Edwina reparaba la salud de Ingrid hasta donde le era posible. Ya les había advertido que no podría sanarla del todo. Su cuerpo había sufrido mucho y requeriría de tiempo para volver a estar completamente sano.

«¿Misión problemas?», quiso saber Camu. Miró a Gerd y Nilsa, que descansaban tumbados en el suelo.

—La entrada nos llevó un poco de tiempo y fue arriesgada, incluso con la ayuda de nuestros amigos Tauruk-Kapro —contó Gerd.

—Encontrar a Ingrid resultó muy complicado —añadió Nilsa—. ¡Pero lo logramos! —sonrió.

—Se te olvida contar que maté a tres dragones —Viggo mostró sus marcas en el cinturón a Camu.

«¿Vosotros luchar y matar tres dragones en ciudad sitiada?», Camu abrió mucho los ojos.

—Ya está Viggo con sus exageraciones. Ayudamos a los soldados y magos de la ciudad a deshacerse de tres dragones, que no es lo mismo —especificó Nilsa y le lanzó una mirada a Viggo.

El asesino no se inmutó y siguió afilando sus armas.

—Y después de tener una charla amigable con los Gotirus, rescatamos a Ingrid —continuó explicando Gerd.

—Yo rescaté a Ingrid y de paso a vosotros, que os dejasteis capturar —Viggo soltó el comentario con tono de reproche.

—La rescatamos entre todos —corrigió Nilsa.

—Y conseguimos nuevos aliados. Unos magos de la ciudad, uno de ellos de magia dorada —explicó Gerd a Camu.

«¿Magia dorada de verdad?» Camu abrió todavía más sus ojos.

—Sí, de la de verdad. Puede dañar a los dragones, aunque no de forma directa —explicó Lasgol.

«Eso ser mucho bueno».

—Sí, eso creemos todos —dijo Nilsa.

—Luego ayudamos a nuestros nuevos aliados con un problemilla jerárquico —comentó Gerd. Se puso las manos detrás de la cabeza y se estiró.

—El rarito y yo nos encargamos de los líderes de la ciudad —intervino Viggo—. Yo en concreto les atravesé el corazón a los tres.

—Por lo cual te estaré siempre agradecida, mi asesino de corazones —dijo Ingrid. Edwina seguía trabajando en ella.

—Fue un placer. Me hubiera extendido más en el castigo, cosa que se merecían, pero el rarito tenía prisa y objeciones con torturar a los vencidos.

—No está bien… —comenzó a decir Lasgol, pero Viggo levantó la mano.

—Diferencia de opiniones.

—Sí, contigo es algo habitual —dijo Nilsa.

—Por último, la salida nos resultó bastante más sencilla gracias a que los Tauruk-Kapro aguardaban nuestro regreso —explicó Gerd.

«Parece que yo perderme mucha acción y emoción» se lamentó Camu.

—No podíamos llevarte, bicho, eres más grande que un elefante —dijo Viggo.

«Yo no ser más grande que un elefante» replicó él enfadado.

—¿Has visto alguna vez un elefante? —preguntó Viggo enarcando una ceja.

«No… pero tú tampoco ver ninguno».

—Pero yo sé cómo son.

«Yo saber también y no llamarme bicho».

Viggo le hizo un gesto con la mano de que dejaba la discusión.

Descansaron un rato mientras Edwina sanaba a Ingrid y el grupo recuperaba fuerzas. Lasgol sintió algo extraño al ver a Ingrid, Nilsa, Gerd, Viggo, Camu, Ona y Argi con él. Sintió una especie de *déjà vu* muy fuerte, como si aquella escena ya la hubiera vivido no una, sino cientos de veces. Supo que así era, aunque no podía recordarlo. No le importó demasiado. Se contentó con vivir aquel nuevo momento de camaradería con sus compañeros.

Edwina finalizó la sanación y quedó tan agotada que se echó a dormir debajo de un roble.

—Me ha dejado como nueva —dijo Ingrid y sacudió pies y brazos.

—Toma, para que practiques un poco, te sentará bien —dijo Nilsa y le dio un arco y una aljaba.

—Gracias. No sabes cuánto he echado de menos tirar —suspiró Ingrid.

—Lo imagino.

—Ingrid… —comenzó a decir Lasgol.

—Sí, dime —la rubia tiradora se volvió hacia él.

—Me preguntaba… ¿Tienes las armas doradas guardadas? Eso creemos, pero quiero asegurarme.

La Guardabosques asintió.

—Las tengo a buen recaudo. Escondidas, donde nadie las encontrará.

Lasgol resopló.

—Eso me tranquiliza. Nada peor que perderlas justo ahora que es cuando más las necesitamos.

Ingrid le puso la mano en el hombro.

—Tranquilo, tenemos las armas doradas y con ellas lucharemos contra los dragones y les venceremos —Ingrid lo dijo llena de confianza y sus ojos brillaron.

Lasgol observó el arco dorado en su mano. Necesitaban todas y cada una de las armas doradas y eso solo para poder enfrentarse a dos o tres dragones como mucho. No veía cómo iban a poder derrotar a todos, pero al menos les daba una oportunidad.

—Hay una cosa que no entiendo… —comenzó a decir Nilsa y miró a Ingrid con ojos entrecerrados.

—¿Qué no te encaja?

—¿Por qué te llevaste las armas doradas? —Nilsa inclinó la cabeza y continuó mirando a su amiga a los ojos.

Ingrid suspiró.

—Sigrid me lo pidió. Solo quedaba yo para custodiarlas y corrían peligro. Es algo que luego se demostró con Sabis exigiendo que le devolviera la Matadragones de Neils. La líder de los Guardabosques

lo previó. No quería tenerlas ella y verse obligada a entregarlas a petición del rey. Es muy inteligente.

—Sí, eso lo entiendo, tiene toda la lógica y más con los odiosos Thoran y su hermano Orten en el poder en Norghana —Nilsa asintió —. ¿Pero por qué no entregar las armas a Enduald para que las custodiara junto a sus guantes? Es el hermano de la líder y conocedor de las armas.

—¿O por qué no las llevaste al Campamento y que las custodiara Dolbarar? —dijo Gerd—. Yo también me lo he preguntado todo este tiempo. ¿Por qué te las llevaste y las escondiste?

—Es lo primero que pensé. Esas eran mis dos opciones y estuve a punto de seguirlas, pero cambié de opinión.

—¿Por qué razón? —preguntaron Nilsa y Gerd casi al unísono.

—Porque confiar en otros es de bobalicones —intervino Viggo.

—No son cualquiera, son nuestros líderes, los líderes de los Guardabosques —rebatió Nilsa.

—Otros es otros —Viggo gesticuló señalando hacia el exterior.

—Algo de razón no le falta a mi merlucito. No es que no me fiara de Enduald o de Dolbarar, es solo que con Thoran en el trono podrían exigir a nuestros líderes que entregaran las armas doradas, lo mismo que temía Sigrid. Servimos a la corona.

—Enduald sería más hábil, no las entregaría —opinó Nilsa.

—Dolbarar quizá sí… —comentó Gerd—. Una orden real es inapelable.

—No quise correr el riesgo y tampoco poner en un aprieto a ninguno de nuestros líderes. Si no sabían dónde estaban, no podrían entregárselas a Thoran.

—Lo veo inteligente —asintió Lasgol—. Esconderlas les exime de responsabilidad ante el rey.

—Y los generales, que son quienes gobiernan ahora en Norghana —añadió Viggo.

—Esto refuerza mi confianza en Sigrid. Pensó y actuó bien. Es una gran líder —afirmó Nilsa.

—La mía también, pese a todo —dijo Gerd que se miró el cuerpo. Le quedaban secuelas precisamente por lo que Sigrid había intentado en el Refugio con ellos.

—Os he dicho mil veces que sois unos confiados bonachones. Me ponéis enfermo, os lo digo de verdad —protestó Viggo.

—Ya, es mucho mejor no fiarte ni de tu propia sombra —replicó Nilsa.

Viggo levantó las manos a los cielos.

—¡Por supuesto que es mejor! ¡Así se llega a vivir mucho más tiempo!

—Pero no una vida muy plena ni agradable si no te fías de nadie en este mundo —rebatió Gerd.

—Ya iré a contarte mis aventuras a la tumba por haberte fiado de quien no debías. Te recordaré esta conversación. Lo primero que haré será poner unas flores. Lo segundo decir: ¡Ya te lo dije!

—Muy agradable la visión —Gerd le hizo una mueca de disgusto.

Viggo abrió las manos.

—Así es el mundo. No me culpes a mí, yo solo os abro los ojos. ¡Ilusos, más que ilusos!

Por un momento todos guardaron silencio. Sabían que Viggo tenía bastante razón, aunque su forma de expresarlo no fuera la más correcta o amigable.

Capítulo 47

—Lo importante es que las armas están a salvo e Ingrid se ha encargado de ello. Gracias —felicitó Lasgol al de un momento.

—No hay por qué darlas. Era mi deber.

—¿Las tienes todas? —preguntó Gerd.

—Todas menos el guantelete de Liriana Luna, lo tiene Astrid. O lo tenía cuando despareció.

—Cierto —asintió Gerd.

—También tengo algunos guantes de Enduald para usarlos. Me faltan los de Astrid, mi merluzo, Egil y Gerd, ya que desaparecisteis con ellos puestos —explicó Ingrid.

—Yo tengo mi guante. Me descongelé con él puesto —dijo Viggo.

—Yo también el mío —afirmó Gerd—. No me lo quitaron en Kraido, no lo vieron peligroso.

—Entonces faltan el de Egil y el de Astrid.

—Egil está preso, así que se lo habrán quitado. Y Astrid… no sabemos nada de ella… —razonó Gerd.

—Enduald puede fabricar más guantes, ese no es un problema —afirmó Ingrid.

—Cierto —asintió Nilsa.

—Si está de humor, que nunca está —comentó Viggo.

—Para esto lo estará —aseguró Ingrid—. Además, deberíamos hablar con nuestra líder y ver qué opina —sugirió.

—Sí, debemos informar a Sigrid —confirmó Nilsa—. Se alegrará mucho de recuperar a su Guardabosques Primera —sonrió.

—Yo creo que se alegrará más de vernos a todos juntos —opinó Gerd.

Todos asintieron.

—Creo que ahora debemos ir a recuperar las armas doradas —opinó Nilsa.

—En eso estoy de acuerdo —se unió Gerd.

—Todos estamos de acuerdo —añadió Viggo—. Necesito mi cuchillo de Sansen para destripar lagartijos voladores.

Lasgol dudó un momento. Su pensamiento pareció perderse en el firmamento.

—Lasgol, ¿estás de acuerdo? —preguntó Ingrid al darse cuenta.

—Perdonad, he tenido… como una sensación… Una figura borrosa ha aparecido en mi mente. Una chica morena… He percibido un destello verde, quizá sus ojos. Me ha transmitido fiereza, un sentimiento letal…

—Esa es Astrid. Comienzas a recordarla —aclaró Gerd.

—Sin duda es Astrid. La morena de ojos verdes es letal, nunca entendí qué vio en ti, rarito —dijo Viggo con una sonrisa ácida.

Ingrid le dio con el codo en el estómago.

—No digas tonterías, hacen una pareja magnífica.

—¿El rarito con la letal asesina, espía y francotiradora? —Viggo negó con la cabeza y se apartó para que Ingrid no le atizara otra vez.

—¿No deberíamos ir primero a rescatar a Astrid? —preguntó Lasgol.

Nilsa suspiró.

—Todos nos sentimos así, pero pensemos bien en ello. Si nos encontramos con dragones, y es casi seguro que lo haremos, es mejor que tengamos las armas doradas en nuestras manos.

—Cierto. Alguien podría morir —indicó Gerd.

—No vamos a perder demasiado tiempo —dijo Ingrid—. Y nos vendrán bien para despejar las perlas que vamos a tener que usar.

—Eso también. Con las armas doradas podremos usar portales con menos riesgo que hasta ahora.

—Eso es. Lagartijo que veamos en una perla, le sacamos el corazón putrefacto y despejamos el viaje —opinó Viggo.

Lasgol lo pensó. Sentía que debía apresurarse a rescatar a Astrid, como si su vida corriera más peligro ahora que antes. No sabía por qué, pero así era. Esto le inquietaba y tenía un mal presentimiento, pero sus compañeros tenían razón. Con las armas doradas tenían más opciones.

Camu, que había estado callado escuchando, intervino.

«Olvidar que sin objeto de poder no poder usar armas».

—En eso tienes razón —cedió Gerd.

—Sí, necesitamos objetos de poder con magia dorada para poder usarlos en los guantes que nos hizo Endualdo —dijo Nilsa.

—Pues buscarlos nos llevó una eternidad la última vez —se quejó Viggo.

—Esta vez creo que tenemos una posible solución mucho más rápida… —comentó Ingrid.

—¿Qué tramas? —preguntó Nilsa.

Lasgol lo dedujo.

—El mago dorado, podemos usar su energía.

Ingrid asintió.

—Eso estaba pensando.

Lasgol, Ingrid, Gerd, Nilsa, Camu, Ona y Argi observaban el mar desde el acantilado. Se encontraban al sur de Orecor, muy cerca de la ciudad, en un alto acantilado sobre el mar. Observaban cómo la ciudad era evacuada. Varios centenares de embarcaciones con velamen de Orecor partían desde los muelles en dirección a la ciudad-estado de York, la isla que se distinguía en la distancia frente a la costa este.

—¡Ahí van! ¡Lo han conseguido! —Nilsa no podía contener su entusiasmo y aplaudió.

—Espero que Celopus, Dameros y Aquasmares estén en esas embarcaciones —dijo Ingrid con esperanza.

—Seguro que lo están —afirmó Lasgol con optimismo.

—Es impresionante que hayan conseguido movilizar y convencer a la gente. Mira cómo bajan a cientos desde la muralla este hacia los muelles por las escaleras talladas en el acantilado —expresó Gerd con tono de orgullo.

—Si le cortas la cabeza a la serpiente, la cola no da miedo —dijo Viggo, observando con los brazos cruzados.

—Sin los Gotirus al mando nuestros amigos han conseguido movilizar a la gente —dijo Ingrid.

—Tendríamos que haber matado a los hijos… —refunfuñó Viggo.

—Ya te dije que no sería necesario —dijo Lasgol.

—Era una esquina más. La podíamos haber hecho sin problema y no quedaría ningún Gotirus en la ciudad.

—Matar a los hijos era innecesario —rebatió Lasgol—, aunque estuvieran a mano.

—Ya, eso dices ahora que ves que no han podido parar la huida de la gente. Pero te aseguro que lo han intentado.

—Y como ves, no lo han conseguido, por lo que no había por qué hacerlo —subrayó Lasgol.

—Ya, cuéntamelo cuando un día vengan a matarnos por habernos cargado a su padre y sus tíos. Y lo harán con razón. Muerto el perro, muerta la rabia.

—Ya… ya conozco el refrán…

—Viggo, déjalo estar. Los dos tenéis razón —medió Ingrid—. Lo hecho, hecho está y con ello viviremos. Las consecuencias, ya las sufriremos.

Viggo no dijo nada más, pero su rostro mostró que no estaba nada contento con que Lasgol no le hubiera dejado matar a los hijos de Sabis.

—Desde esta distancia parecen una colonia de hormigas que se trasladan de hormiguero —sonrió Nilsa.

«Bajar sin parar. Ser muchos. Barcos no tantos» se dio cuenta Camu.

—Esos son los barcos que Orecor ha conseguido salvar y esconder de los dragones —explicó Lasgol.

«Necesitar más».

—Los necesitan sí, y rápido. Los dragones atacarán la ciudad en breve y la arrasarán —dijo Gerd.

—Sí, más vale que se den prisa en evacuarla —comentó Nilsa con tono de preocupación.

Observaron por un rato cómo los ciudadanos de Orecor montaban en los barcos y partían hacia York. Cuando estos se perdieron en la distancia quedaron los muelles abarrotados de gente.

Sin más barcos no podían huir y los dragones estaban a punto de llegar. Todos allí lo sentían.

—Vamos… vamos… —Nilsa no se podía estar quieta de los nervios y daba brincos a derecha e izquierda.

—Estate quieta, que me vas a pisar —regañó Viggo.

Ingrid se acercó al asesino y le dio un beso en la mejilla.

—Se salvarán, tranquilo.

—No estoy preocupado por ellos, lo que les pase me da igual.

—Calla, merlucito, que sé perfectamente que no es así. Te haces el duro, pero tu corazoncito se preocupa por esas gentes.

—No tengo ningún corazoncito y no me preocupan lo más mínimo —afirmó Viggo poniendo morros.

Ingrid puso los ojos en blanco y sonrió.

—Eres incorregible. No sabes lo mucho que te he echado de menos.

Viggo se relajó un poco al oír aquello.

—Yo también te he echado mucho de menos. Ha sido una tortura tener que liderar a estos —dijo señalando con el pulgar a sus compañeros—. Menos mal que ya estás aquí y ahora tú das las órdenes. Menudo peso me quito de encima…

Ingrid sonrió.

—En el fondo eres parecido a Gerd, por mucho que quieras disimularlo. Todo corazón.

—Ya, sí, y las vacas vuelan en Rogdon.

Ingrid soltó una carcajada y se sintió tan bien y llena de vida que apenas podía creer su buena suerte.

Pasó otro rato y no vieron que más barcos acudieran al rescate. Comenzaron a ponerse nerviosos. Había un par de millares de personas en los muelles y todavía más en la muralla este esperando para bajar.

—¿Y si York los traiciona? Las dos ciudades han sido rivales durante siglos… —se lamentó Nilsa, que volvía a balancearse de un lado a otro sin poder contener los nervios.

—Esperemos que hagan lo correcto en este momento crítico de la historia del este —deseó Ingrid.

—Dejar morir a miles de personas, por rivales que fueran, es desalmado —opinó Lasgol.

«Mucho malo» se unió Camu.

—Ya, como que todos son unos buenazos como voso… —comenzó a decir Viggo, pero Ingrid le tapó la boca con la mano.

Gerd suspiraba tan profundamente intentando calmar sus temores por aquellas buenas gentes que intentaban salvar la vida que soltaba un vendaval al espirar.

Pasó otro rato largo y todos se temieron lo peor. Los barcos no llegaban y los dragones lo harían pronto.

—¡Ahí está la flota de York! —Lasgol señaló la bahía que daba a los muelles de Orecor.

Todos miraron al horizonte y vislumbraron a cientos de barcos que se acercaban hacia Orecor.

—¡Ya vienen! —exclamó Nilsa muy animada.

—Se van a salvar —resopló Gerd muy aliviado.

Durante horas vieron cómo los barcos se llenaban de ciudadanos de Orecor y partían. Iban cargados hasta las puntas de los mástiles. Cómo navegaban con semejante carga era una incógnita. Por fortuna el mar estaba en calma y poco a poco los barcos desaparecieron en la distancia.

—¿Ves como no siempre todo lo que sucede es malo? —dijo Ingrid a Viggo.

—Que ocurra algo así una de cada mil veces no lo convierte en algo posible, sino imposible con una excepción.

—Calla y bésame, que eres el más merluzo de todos los mares.

Viggo cambió su semblante cínico por uno dulce al mirar a Ingrid y la besó con todo su ser.

El resto del grupo sonrió. Por una vez las cosas salían bien. Lasgol volvió a ver a la morena de ojos verdes en su mente de forma muy difusa, apenas discernible. Le dio la impresión de que lo estaba llamando. Sintió que estaba en problemas, graves.

Capítulo 48

En el campamento de invasión de los dragones en Gryphoros, Nahia se acercó a ver cómo estaban sus compañeros de escuadra después de la última misión. Saludó con la mano y se acercó a ellos en la cueva donde descansaban al calor de una hoguera.

—¿Cómo estamos hoy? —preguntó sonriendo.

—Mejor. Mi brazo herido mejora —dijo Sarmas y se lo miró con expresión de estar aliviado.

—¿Seguro que vas a poder volar?

—Sí, tranquila, he tenido heridas peores. Esto no es más que un rasguño.

—¿Qué tal tú, Faden? —preguntó Logan con expresión de estar preocupado.

—Todavía me duele la cabeza, pero no hay mucho que se pueda hacer. Ya pasará, necesita tiempo o eso espero.

—Te dio fuerte, ¿eh? —Logan enarcó una ceja.

—Con el pico en medio de la cabeza. Traspasó mi defensa física y partió el yelmo en dos. Los picos de los gryphos son demoledores.

—Bueno, no te quejes tanto. Al menos no te partió la cabeza, aunque ahora que lo pienso… tampoco es que haya mucho ahí dentro —dijo Morgana.

—¡Qué bueno! ¡Tampoco es que haya mucho ahí dentro! —repitió Sarmas riendo.

En mitad de la carcajada le dio un pinchazo de dolor en el brazo y gruñó.

—Me han dado veinte puntos de sutura, yo no me río —Faden señaló la herida en su cabeza con el dedo índice.

Logan hizo un gesto de contrariedad.

—Vaya brecha…

—Sí, casi no lo cuento…

—Tú también resultaste herida, ¿no? —preguntó Tilsa a Nahia.

—Me sacaron el hombro del sitio y casi me partieron el brazo, nada grave —explicó Nahia. Estiró hombro y brazo para asegurarse de que estaban en su sitio y bien.

—Eso duele, lo sé por experiencia —dijo Morgana.

Nahia se encogió de hombros y resopló.

—Supongo que es lo que nos toca por ser jinetes. Al menos, nosotros regresamos.

—Supones bien —sonrió Sarmas— Y sí, es una fortuna que regresáramos todos.

—No vas a poder sujetar bien el escudo y un golpe fuerte te va a dejar el brazo inservible —advirtió Tilsa.

—Quizá no deberías combatir hoy —recomendó Logan a Nahia con tono de preocupación.

—No creo que los capitanes me permitan saltarme la misión solo por tener el hombro y el brazo magullados.

—No te dejarán saltártela, no —negó con la cabeza Faden—. A mí me van a hacer volar.

—Somos jinetes y a menos que te arranquen el brazo de cuajo, lucharás al día siguiente —afirmó Tilsa.

—Ni menciones eso, que me dan escalofríos —Nahia se sacudió uno de encima.

—Tranquila, ten un poco más de cuidado y, si te atacan por el lado del escudo, intenta esquivar el golpe en lugar de bloquearlo —aconsejó Sarmas.

Logan asintió.

—Lánzate a los lados de la silla —aconsejó.

Nahia asintió y luego se dirigió al grupo.

—Cambiando de tema, ¿qué misión creéis que tendremos hoy?

—Ya han partido varias escuadras a formar y atacar dos de las montañas de los gryphos. Imagino que nos tocará misión de reconocimiento o vigilancia —razonó Tilsa.

—O castigo —indicó Morgana.

—Sí, también puede ser misión de castigo —convino Tilsa asintiendo.

—¿Que es una misión de castigo? —Nahia no conocía el concepto exacto, aunque sonaba muy mal. Miró a Logan, que torció el gesto. Definitivamente era algo malo.

—Las misiones de castigo son aquellas en las que se identifica un objetivo y se destruye —explicó Tilsa.

—Bueno, es una misión normal —opinó Nahia.

—No exactamente. En las de castigo el objetivo suele ser algo que duele en especial al enemigo: una posición estratégica, un líder, un grupo concreto de enemigos, etc. —continuó explicando la Felidae.

—Oh, ya veo. Algo que el enemigo siente perder.

—En especial —añadió Faden.

—Bueno, esperemos que sea solo misión de reconocimiento.

—Sí, seguro que será eso —expresó Morgana con tono y cara de que no lo sería.

Charlaron un rato de temas triviales, como lo malas que estaban las raciones de guerra y lo poco que se podía dormir en el campamento con los chillidos constantes de los gryphos en la distancia. Un poco de conversación y algunas bromas mejoraban el ánimo de todos.

Estaban riendo cuando llegó el capitán Mirk, un Drakónido fornido y veterano. Nahia ya se había fijado en que la mayoría de los oficiales entre los jinetes eran Drakónidos. Eso no era bueno para sus planes, no podía contar con ellos y si se enteraban por su posición, estaría en graves problemas.

—Atención, jinetes. Tenéis misión asignada. Esta será una misión diferente.

Nahia tuvo un muy mal presentimiento y miró a Logan. El moreno estaba más serio de lo normal.

—Han identificado un grupo de gryphos volando cerca de la montaña llamada Groglish. Debemos interceptarlos y acabar con ellos antes de que escapen.

—Si nos llevan tanta ventaja es probable que ya estén fuera de nuestro alcance —opinó Tilsa.

—Por lo que sabemos vuelan lento, deberíais poder alcanzarlos. Partiréis ahora mismo. Se os unirán la Escuadra Celeste y la

Diamante para esa misión y yo iré en cabeza. No quiero que se escapen.

A Nahia no le extrañó que un capitán se uniera a tres escuadras. Solían hacerlo si la misión no era de reconocimiento o vigilancia.

Siguiendo las indicaciones del capitán la escuadra corrió al área de los dragones. Al llegar encontraron a sus señores preparados para la misión. Ya habían sido informados.

«Nos toca misión de castigo» envió Nahia a Eki.

«Nos lo han comunicado hace un momento».

«No tengo una buena sensación sobre esto» envió ella preocupada mientras montaba levitando por el costado de Eki.

«¿Sobre lo que la misión representa o sobre el resultado?».

«Creo que sobre ambas cosas».

«Lo capto por el vínculo y me estás inquietando también a mí».

«Lo siento, no es mi intención… es como me siento».

«Estamos vinculados, lo que tú sientas, lo siento yo y viceversa, sobre todo si es algo fuerte».

Nahia montó en la silla y se ató las sujeciones. Luego se aseguró de tener la lanza y el escudo en los costados bien asegurados.

«Yo no siempre capto tus sentimientos…».

«Eso es porque soy un tanto reservado».

«¿Los escondes de mí?».

Eki movió la cabeza de un lado a otro.

«No diría tanto».

«¿Entonces?».

«Es solo que… soy reservado… Me gusta mi intimidad y me avergüenza que otros conozcan mis sentimientos».

«Yo no soy otros, soy Nahia, tu jinete, y estamos vinculados».

«Lo eres. Y estoy muy contento de que lo seas. No me entiendas mal, que guarde mis sentimientos no tiene nada que ver contigo sino conmigo».

«Oh, vale».

«Espero que lo entiendas».

«Por supuesto. Mi señor dragón no me debe ninguna explicación» envió Nahia algo molesta.

«No te lo tomes así, te aseguro que es por mi forma de ser, no por ti».

Los dragones de la Escuadra Meteorito comenzaron a marchar y tuvieron que partir. Nahia miró a Logan sobre Aroa y se preguntó si la dragona confiaba en él o también se reservaba sus sentimientos para que no los recibiera.

Por un momento no hubo más comunicación y se elevaron a los cielos a ritmo fuerte en dirección oeste. Encabezando el escuadrón iba el capitán Mirk y, como había indicado, las escuadras Celeste y Diamante se unieron en las alturas.

«Misión de castigo, no me gusta» llegó el mensaje mental de Aroa. Nahia pensó por un instante que le había leído el pensamiento.

«A mí tampoco, el propio concepto ya es algo que no me termina de convencer» opinó Eki.

«El combate y la lucha deberían ser honorables. Nada de tomar ventajas y mucho menos atacar a enemigos en desventaja» envió Aroa.

«Deberíamos luchar con honor y no cometer actos que nos condenen y vayan contra él» llegó un mensaje cuya procedencia Nahia reconoció al instante, pero no podía ser, pues era Logan.

«¿Logan? ¿Me ha llegado tu mensaje mental? ¿Qué está ocurriendo?» preguntó Eki tan sorprendido como Nahia.

«Ahora os explico» envió Aroa.

Cruzaban el cielo volando a velocidad rauda pero no excesivamente rápida. No se veían enemigos. Aroa aprovechó y les dio la explicación de lo que estaba sucediendo.

«He encontrado la forma de enviar los mensajes mentales de Logan a través del vínculo que compartimos».

«¿De forma directa? ¿Sin tener que enviarlos tú de nuevo?» se sorprendió Eki y su sorpresa se unió a la de Nahia.

«Así es. Hasta ahora cuando Logan quería comunicarse con vosotros me lo enviaba a mí y yo lo volvía a enviar. He descubierto la forma de que su mensaje atraviese el vínculo y salga de mí como si fuera él, con su propia voz mental».

«Eso es de lo más impresionante, tendrás que enseñarme cómo hacerlo» envió Eki muy gratamente sorprendido.

«Sí, por favor, yo también quiero poder comunicarme con Logan y Aroa de forma directa».

«No es muy difícil. Creo que es una de las cosas que el vínculo nos permite hacer».

«Estoy seguro de que hay muchas más que todavía no conocemos. Me interesa mucho descubrirlas todas. Es un tema de lo más intrigante» razonó Eki.

«Lo es» reconoció Aroa.

«Practiquemos hasta llegar a la misión» pidió Nahia a Eki.

«De acuerdo. Esperemos que no haya algún contratiempo o nos pillará en lo que no deberíamos estar».

Eki se refería a un ataque de los gryphos. Tenía toda la razón, debían andarse con cuidado.

«Mantendré los ojos bien abiertos» envió ella, pero por el vínculo percibió que a Eki no le parecía suficientemente tranquilizador.

Volaron rápido, pero con cautela. Por fortuna no se toparon con ninguna patrulla de gryphos. Nahia y Eki estuvieron practicando, siguiendo las indicaciones que Aroa iba dando. Lo intentaron durante un buen rato, pero no tuvieron éxito.

Finalmente, decidieron dejarlo para más adelante y buscar un entorno tranquilo para entrenar. Allí, volando de camino a un enfrentamiento y en cielo enemigo no era el mejor lugar para desarrollar nuevas habilidades.

Nahia pensó que si Aroa había logrado aquella habilidad debía ser porque era una dragona con magia poderosa. Por lo que ella sabía ningún otro dragón raudo tenía tal habilidad o sus compañeros de la Escuadra Meteorito ya lo hubieran mencionado. Habían pasado tiempo en Jadrakos con ellos y hablado de mil temas, aquel no había surgido nunca y era una habilidad que todos los jinetes querrían poder usar.

Según se acercaban al lugar de la misión, Nahia concluyó que quizá lo que sucedía era que los otros dragones no querían dar voz a sus jinetes y por eso no les hablaban de ello. Le pareció demasiado retorcido incluso para los dragones. Si nadie sabía de aquello era porque nadie lo había desarrollado hasta ahora, lo que convertía a Aroa en especial.

Contempló a la dragona y a Logan volar a su derecha durante un rato y se sintió más tranquila por él sabiendo que se llevaba tan bien con su señora y que esta incluso le daba voz propia.

Continuaron volando raudo y tras un rato, en la distancia, aparecieron unos pequeños puntos oscuros en medio de un cielo azul despejado. Poco a poco, según se fueron acercando a ellos, fueron creciendo en tamaño y sus formas se fueron definiendo.

Eran más de cuarenta gryphos, sin duda el grupo que les habían ordenado cazar y eliminar.

Capítulo 49

«Grupo enemigo avistado. Formación de vuelo compacta. Volamos raudos y en sigilo» envió Urd-Kas-Tig, el señor dragón del capitán Mirk.

Volaron hacia los gryphos, que tenían encima un banco de nubes de bastante grosor.

«Debemos llegar antes de que se pierdan entre las nubes. ¡Velocidad rauda máxima!».

Nahia esperaba que llegaran tarde y no les dieran alcance. No podía hacer nada para ralentizar a las escuadras sin que resultara sospechoso, pero deseaba de verdad que ocurriese algo y los gryphos huyeran hacia las nubes. Se fijó en que la Escuadra Centella era rapidísima. No así la Escuadra Diamante, que se quedaba algo rezagada y debido a ello tenían que moderar la velocidad para que no se descolgara. Le pareció curioso que incluso entre los dragones raudos, que eran todos mucho más rápidos y maniobrables que los comunes, también los hubiera más rápidos o más lentos.

«Con sigilo, les damos caza y luego les damos muerte antes de que puedan reaccionar» ordenó Urd-Kas-Tig.

Aquella orden a Nahia le pareció aciaga. Era terrible que fueran a hacer aquello. Suspiró y Eki se dio cuenta.

«Tranquila… nos acercamos al peligro» envió el dragón plateado.

«No deberíamos hacer esto. Dime que me comprendes».

Eki guardó silencio por un momento. Estaba debatiendo entre lo que se suponía que debía sentir por ser dragón, y seguir la Senda de los Dragones, y lo que realmente sentía en aquel momento. Lo que Nahia, de alguna forma, le obligaba a sentir.

«Te comprendo…».

«Gracias».

Nahia no siguió presionando a Eki. Aquello era una nueva pequeña victoria. Quizá así, poco a poco, conseguiría que Eki viera la realidad y se abriera a ir contra la Senda. De momento era solo una esperanza, pero iba a seguir trabajando en ella.

Según estaban acercándose al grupo de gryphos Nahia pudo verlos mejor. Eran criaturas mitad águila y mitad tigre. Eso la preocupó. Serían luchadores poderosos y fieros.

«Ahí están» dijo Eki.

«Vuelan despacio» se extrañó Nahia.

«Quizá sea porque todavía no nos han avistado».

«Formación de ataque» ordenó Urd-Kas-Tig.

Nahia volvió la cabeza hacia Logan.

«Tened cuidado y suerte» llegó el mensaje de Aroa.

«Estaremos a vuestro lado» envió Logan a través de Aroa.

Esto tranquilizó a Nahia, aunque sabía que en la vorágine y el caos de la batalla cualquier cosa podía pasar.

«Velocidad rauda al máximo, atacamos por la retaguardia» envió Urd-Kas-Tig.

«Allá vamos, cuidado que son águilas-tigre y serán peligrosas» avisó Eki.

Nahia tragó saliva. Sabía que lo serían.

Según se acercaban en silencio y a gran velocidad, Nahia se percató de que no eran tan grandes como esperaba. Había visto en las mazmorras a uno y era enorme. En cualquier caso, rogaba para que los vieran llegar y se escondieran en las nubes. Pensó en gritar o hacer algún tipo de ruido para llamar su atención, pero de hacerlo Urd-Kas-Tig y el capitán Mirk se darían cuenta y la matarían. Meditó si valía la pena. Quizá sí, pero no quería morir sin estar más cerca de conseguir la libertad para todos los suyos. Ese era su objetivo principal.

El grupo de gryphos estaba bajo las nubes. Solo necesitaban ascender un poco. Sí, seguro que se escondían en ellas y no podían alcanzarlos. Nahia tenía todavía esperanzas de evitar el combate.

«Formación de ataque abierta» ordenó Urd-Kas-Tig.

Los dos escuadrones se abrieron formando una larga línea con separación de un ala entre cada dragón.

De pronto se escucharon chillidos y gruñidos de alarma. Los gryphos los habían descubierto. Por desgracia para ellos, era demasiado tarde, ya los tenían. Aun así, Nahia esperaba que huyeran hacia las nubes sobre sus cabezas.

«Atacad con alientos elementales todos a una. ¡Ahora!» ordenó Urd-Kas-Tig.

Los alientos elementales de los dragones y los de sus jinetes surgieron a la vez alcanzando a los gryphos, que maniobraban en el aire para hacer frente a los atacantes. Los alientos alcanzaron a una docena. Algunos intentaron movimientos evasivos mientras otros encaraban a los asaltantes y se lanzaban sobre ellos con potentes rugidos.

No fue sorpresa para ninguno que aquellos gryphos fueran ágiles y poderosos, y tampoco que atacaran con garras y picos como grandes depredadores. Lo que sí les sorprendió fue que algunos respondieron con sus propios ataques elementales en forma de rayos de tormenta. Las descargas alcanzaron a varios dragones, pero sus defensas aguantaron. Los gryphos se defendieron como felinos acorralados, soltando grandes zarpazos y picotazos llenos de furia y fuerza con tremenda rapidez. Los dragones resultaban heridos por los desgarros.

A diferencia de los halcones-guepardo, que atacaban a los jinetes, estos gryphos iban a por la cabeza y cuello de los dragones.

Los alientos elementales consiguieron derribar a varias criaturas que no lograron sobreponerse al impacto directo sostenido de los caudales elementales. Algunos dragones comenzaron a resultar heridos con laceraciones y punzadas tremendas.

Los gryphos peleaban con todo su ser. Habían sido sorprendidos y las primeras bajas fueron suyas, pero se revolvieron con fiereza. Iban a presentar batalla, una feroz y muy dura. Nahia se dio cuenta nada más producirse el choque de que los dragones se las iban a ver y desear contra aquellos enemigos. Lo que no entendía era por qué les hacían frente en lugar de huir hacia las nubes. ¿Era porque los gryphos no huían de los dragones? ¿Una cuestión de honor? ¿Un desafío para ver quién era más arrojado? Fuera como fuese, no lo entendía. Miró hacia las nubes sobre los gryphos y le pareció

distinguir unas sombras que se alejaban entre ellas. Probablemente era solo un efecto óptico extraño.

Nahia y Eki combatían contra una de las águilas-tigre y, a su lado, Logan y Aroa contra otra. Nahia observó que el grypho parecía ser una hembra. No sabía por qué tenía esa sensación, quizá por el tamaño, que para ser adulta era más pequeño que un gran tigre, o tal vez por la forma en la que chillaba.

La criatura soltó varios zarpazos a Eki, cuyo aliento elemental no estaba consiguiendo dañarla.

«¡Cuidado, Eki!» advirtió Nahia al ver que las garras lo alcanzaban.

«Me ha herido en el cuello».

«¿Es grave?».

«No creo, pero duele. Me ha hecho temer por mi vida…».

«No dejes que se acerque tanto. Físicamente son más poderosos que los halcones-guepardo».

Nahia envió su caudal de llamas contra el costado del grypho. Intentaba quemarlo y que se tuviera que retirar, pero el grypho ignoró a Nahia por un rato pese a que mantenía el caudal de llamas, y atacó a Eki, que se vio obligado a realizar algunos quiebros para no ser alcanzado por sus garras y pico.

Nahia continuó enviando su aliento de fuego. Cuando Eki esquivaba dejaba de acertar por el brusco cambio de vuelo. Así y todo, estaba consiguiendo mantener el ataque bastante bien. Toda la formación recibida en Jadrakos le estaba sirviendo ahora, en el momento de la verdad.

El cuerpo del grypho destellaba al contacto de las llamas, lo que significaba que sus defensas estaban actuando. Nahia sabía que tarde o temprano el grypho se quedaría sin energía interna para mantenerlas, lo que le preocupaba era que podía aguantar mucho tiempo, quizá demasiado. Eso no le venía nada bien a Eki, que estaba en problemas. Tenía que hacer algo, aquellos tigres eran muy fuertes y el aliento elemental no estaba consiguiendo atravesar las defensas.

El águila-tigre luchaba con gran fuerza y determinación, soltando zarpazos tremendos y muy rápidos. Eki dio un giro sobre sí mismo a

gran velocidad para evitar ser alcanzado. El giro desconcertó a Nahia, que perdió el aliento elemental. Se rehízo tras un momento y buscó a su oponente. Se concentró y dirigió de nuevo su aliento al costado de la criatura. Esta la miró y, abriendo el pico, le dirigió un rayo de tormenta. El rayo fue directo a la cabeza de Nahia, que intentó cubrirse con el escudo, pero la lesión que había sufrido hizo que lo levantara demasiado tarde. El rayo la alcanzó de lleno.

La defensa mágica aguantó, pero quedó casi destruida. La potencia del ataque mágico de aquellos gryphos era enorme.

Eki atacó con sus garras para distraer a la bestia y que Nahia tuviera tiempo de recomponerse. El ataque fue efectivo. Nahia aprovechó la oportunidad para enviar energía a reforzar su defensa mágica.

Una segunda águila-tigre se unió al envite. La cosa se ponía muy seria. Nahia miró de reojo y vio que Aroa y Logan tenían el mismo problema: luchaban contra dos gryphos y lo estaban pasando mal.

Eki giró para encarar a ambos enemigos, que iban a por su cabeza con las garras por delante. Abrió la boca y les envió su aliento plateado con toda la intensidad mágica que pudo. Los dos gryphos destellaron, sus defensas estaban actuando.

«Cuando te avise, agáchate» envió a Nahia.

«De acuerdo».

Nahia no sabía qué pretendía Eki, pero tenía claro que debía seguir luchando, así que envió su aliento de llamas sobre uno de los dos gryphos.

Eki mantuvo el aliento en cono para alcanzar a ambos hasta el último instante. En ese momento, cuando las garras de las criaturas ya estaban a punto de alcanzar su boca y ojos, avisó a Nahia.

«¡Ahora!» envió y se dejó caer a peso.

Nahia se tiró sobre el cuello de Eki, agachándose cuanto pudo.

Los dos gryphos pasaron por encima, rozando a Nahia, pero sin alcanzarla.

Eki maniobró rapidísimo y giró en redondo. Los dos gryphos también viraron al darse cuenta de la treta, pero eran más lentos que Eki, que ya les enviaba el cono de su aliento de plata.

«¿Crees que podremos con sus defensas mágicas?» preguntó Nahia, que también enviaba sus llamas sobre los gryphos.

«Tienen que quedarse sin energía tarde o temprano».

Las dos águilas-tigre intentaron alcanzar a Eki con sus picos y garras, pero el dragón plateado los esquivó con rapidez y habilidad para volver a atacar mientras maniobraban en el aire. Nahia ayudaba a Eki enviando sus llamas al grypho que tuviera más cerca.

De pronto, los dos gryphos dejaron de destellar.

¡Sus defensas ya no funcionaban! ¡Se habían quedado sin energía!

«Es nuestra ocasión» envió Eki.

Atacó con su aliento a uno de los dos gryphos alcanzándole por completo y algo muy extraño sucedió. El grypho despareció y apareció a gran distancia, a más de dos mil pasos, detrás de todo el combate.

«¡Vaya! ¡Bien hecho!» Nahia estaba impresionada.

«No sé ni cómo lo hago… Es mi magia…. De alguna forma…».

«Tu magia es asombrosa, Eki».

«Eso es…».

«Lo has enviado a dos mil pasos. Esa magia espacial tuya es estupenda. Puedes reducir el espacio entre puntos, como cuando parece que recorres una gran distancia a gran velocidad, o agrandarlo, como ahora. ¡Impresionante!».

«Sí… algo así debe ser, pero no puedo explicar cómo…».

Nahia captó que Eki estaba tan sorprendido como emocionado con su magia. Las posibilidades de aquello eran muchas. Ella ya había deducido que Eki recorría distancias en el aire en un abrir y cerrar de ojos gracias a una habilidad de su magia espacial, pero que pudiera proyectar a otras criaturas de manera similar era extraordinario.

El combate era cada vez más caótico. Las águilas-tigre luchaban con una fiereza tremenda que obligaba a los dragones a emplear todo su poderío y experiencia. El menor error de cualquiera de los contrincantes terminaba en una herida o la muerte.

Eki se defendía ahora con sus propias garras.

Nahia tuvo una idea. En Jadrakos les habían enseñado a luchar sobre un dragón usando aliento elemental y ataques mentales porque eran los más propicios para aquel tipo de combate. Pero ella tenía otros ataques mágicos que podía utilizar, uno en concreto muy poderoso.

Detuvo su aliento de fuego y se concentró en conjurar su rayo de fuego. Era un conjuro difícil, y más en medio del aire girando de manera brusca de continuo, pero si conseguía hacerlo estaba convencida de que afectaría al grypho. Lo intentó, pero justo en ese momento Eki se giró de lado para esquivar una embestida y Nahia perdió la concentración por la fuerza del movimiento.

Consiguió rehacerse y se concentró. Antes de que Eki volviera a hacer nada brusco, cogió mucha energía de su dragón interior y conjuró sobre el águila-tigre. El conjuro creó un rayo de fuego que cayó sobre la criatura. Se produjo una llamarada que envolvió al grypho y la bestia chilló de dolor. Volvió su cabeza hacia Nahia y la miró con sus ojos de águila. Dejó de atacar a Eki y se alejó volando, malherida.

«Parce que mi magia sí les afecta después de todo».

«Muy bien hecho. ¿Qué ha sido eso?».

«Uno de mis conjuros de hechicera».

«No es recomendable usarlos en combate aéreo, pero me alegro de que lo hayas hecho. Esa tigresa me estaba machacando».

«¿Tigresa?».

«Sí, era una hembra».

«Eso me había parecido a mí también».

Eki miró alrededor volando en un gran círculo rodeando a los combatientes que luchaban a muerte en el aire. Iba a tremenda velocidad para evitar ser asaltado.

«¿Qué haces?».

«Quiero comprobar una cosa».

«Mejor no, que esto es muy arriesgado».

Eki voló a una velocidad rapidísima alrededor del combate.

«Quería ver si la mayoría de gryphos del grupo eran hembras».

«¿Lo son?».

«Sí, lo son» afirmó Eki.

Dio otra pasada a gran velocidad esquivando a un par de ellas, que intentaron interceptarlo. Por fortuna Eki era rapidísimo y consiguió esquivarlas con cambios de dirección tremendos.

Logan descargaba su aliento de tormenta contra la cabeza del águila-tigre que intentaba sacarle los ojos a Aroa. La dragona se defendió con sus garras obligando al grypho a retrasarse. Era el tercero con el que se enfrentaban y el combate comenzaba a hacer mella en ellos.

«Mucho cuidado de que no te alcance en los ojos» advirtió Logan a Aroa.

«O el cuello, esas garras doradas son temibles».

Aroa y Logan lograron herir al grypho, que tuvo que retirarse y descendió hacia los bosques en tierra. De inmediato se encontraron con otro que atacaba y tuvieron que defenderse.

El combate entre las águilas-tigre y los dragones y sus jinetes se volvió de furia desesperada. Los dragones eran fuertes y poderosos, pero descubrieron que aquellos gryphos eran rabia pura y luchaban con desesperación. Su agresividad era tremenda.

Así y todo, las tres escuadras consiguieron poco a poco ir eliminando a casi todos los gryphos que, en lugar de huir hacia las nubes y escapar, luchaban hasta el final.

El combate continuó un rato más, aunque ya estaba ganado. La Escuadra Meteorito había salido victoriosa sin bajas, aunque con algún herido tanto en dragón como en jinete. La Escuadra Diamante había perdido a dos dragones y sus jinetes y la Escuadra Centella a un dragón y dos jinetes. Los gryphos habían perdido a casi todos sus componentes, la mayoría muertos y algunos heridos.

Nahia pensó que aquello era terrible. Luchar y morir en medio de los cielos en lugar de volar libres y tranquilos por ellos disfrutando de paz y armonía era una insensatez. La locura del ansia de poder insaciable de aquellos monstruos que eran los dragones.

De súbito, una nube oscura pareció formarse sobre los combatientes. Los pocos gryphos que aun luchaban se retiraron como si la temieran. Nahia y Eki levantaron la mirada hacia la nube que les tapaba el sol.

No era una nube y tampoco se habían retirado los gryphos por temerla. Nahia abrió mucho los ojos y el corazón comenzó a latirle muy rápido. Lo que les venía encima era un nuevo grupo de gryphos que descendía desde las alturas.

«¡Atención, escuadras! ¡El enemigo desciende sobre nosotros!» aviso Urd-Kas-Tig, que acababa de verlo también.

Nahia observó al grupo que se acercaba como si se estuvieran dejando caer a plomo. Era numeroso, cerca de medio centenar. Lo componían diferentes clases de gryphos. Pudo discernir los poderosos búhos-oso, los letales buitres-panteras, los velocísimos halcón-guepardo y un grupo más que dejó a Nahia muy preocupada: eran águilas-león y, por su enorme tamaño, eran machos.

«Ese grupo me da muy malas sensaciones» envió a Eki.

«Es un grupo muy numeroso y tienen un poco de todo. Me temo que serán formidables».

Nahia miraba hacia arriba según los gryphos descendían hacia ellos.

«Tienes razón. No podremos vencerles».

«No deberíamos intentarlo» dijo Eki y Nahia captó la preocupación del dragón.

Nahia miró a Logan, que también observaba la nube negra que tapaba el sol y bajaba hacia ellos como si de una premonición de muerte se tratara.

Urd-Kas-Tig pareció dudar si enfrentarse al nuevo grupo o marchar de allí. Por un momento observó cómo los enemigos se acercaban.

Nahia no podía creer que estuviera valorando la opción de enfrentarse a semejante grupo.

Pareció que por fin al dragón le entró la cordura y se dirigió a las escuadras.

«Retirada, regresamos al campamento. Vuelo raudo de escape».

Al momento las tres escuadras se situaron en formación de vuelo cerrado y se prepararon para salir de allí a toda velocidad.

Por desgracia, la vacilación de Urd-Kas-Tig permitió al grupo enemigo acercarse demasiado.

Capítulo 50

Nahia contempló con estupor cómo descendían sobre ellos en formación de caza a gran velocidad. Antes de que pudieran reaccionar ya los tenían encima.

«¡Maniobra evasiva!» ordenó Urd-Kas-Tig.

Las tres escuadras se vieron obligadas a perder altura, ya que el ataque venía desde arriba y era la única forma de poner distancia con el enemigo de forma rápida. Si avanzaban paralelos al suelo los cazarían atacando en descenso diagonal y caerían sobre los jinetes, sería el final para muchos de ellos y para sus dragones.

«¡Descenso en picado! ¡Velocidad máxima!» ordenó Urd-Kas-Tig al ver que ya los tenían encima.

Descendieron a velocidad rauda escapando de la muerte.

Nahia tragó saliva. Ya conocía aquella maniobra y no era la que mejor se le daba a Eki, más aún cuando estaban siendo perseguidos por el enemigo.

Todos los dragones iban en picado en dirección a los bosques en tierra a una velocidad tremebunda. Según descendían perseguidos por los gryphos, Nahia se echó hacia adelante cuanto pudo para ayudar a Eki y se dobló hasta tocar con su cabeza la parte posterior del cuello del dragón plateado.

«No uses tu habilidad para recortar distancias que nos estrellaremos» envió a Eki a modo de advertencia.

«Sí, tranquila, no voy a hacerlo. Es demasiado peligroso a esta velocidad».

Nahia miró a su derecha y vio a Logan y Aroa algo más retrasados. Aroa no volaba tan rápido como Eki, lo cual en aquella situación no era nada bueno. El enemigo se acercaba y alcanzaría a los que fueran rezagados.

Los halcón-guepardo eran los más rápidos. El resto no eran tan veloces, pero eran demasiados, lo que suponía un peligro insalvable. Debían salir de allí antes.

«Salimos de picado a mil pasos de altura» ordenó Urd-Kas-Tig.

«Calcula bien la distancia» envió Nahia a Eki.

«Lo intentaré».

Nahia no se quedó muy tranquila. Por alguna razón, quizá por tener magia espacial, a Eki el cálculo de distancias no se le daba del todo bien. Tal vez a los que tenían su tipo de magia les costaba todo lo relacionado con las distancias. Fuera como fuese, confiaba en que no fallara en el cálculo de los mil pasos.

Un centenar de perseguidores bajaban tras ellos como una sombra buscando engullirlos.

Urd-Kas-Tig llegó a la distancia deseada e indicó la maniobra.

«Tras la salida del picado, vuelo rasante dirección sur. Máxima velocidad rauda».

Las tres escuadras realizaron la maniobra. Todos eran veteranos a excepción de Nahia, Logan y sus dragones, que eran novatos hasta pasar aquella campaña. Pero para eso debían sobrevivirla.

Los primeros dragones salieron de la maniobra rozando la copa de los árboles de la tremenda velocidad que llevaban y la dificultad que suponía pasar de un vuelo en picado tan largo a otro en rasante.

La curva que debían realizar era tremenda y debía tomarse mucho antes de los mil pasos, que era la altura de raseo. Nahia sintió que Eki comenzaba la curva a una altura adecuada. Ella calculaba a ojo, pero viendo lo que habían hecho los demás dragones antes que ellos, le pareció correcto.

Los halcón-guepardo alcanzaron la retaguardia del grupo en el momento en que entraban en la curva. La Escuadra Diamante cerraba el grupo al ser la más lenta. Nahia ya se había fijado en ello al comenzar la persecución. Su nombre era indicativo de lo duros que eran, pero en aquella ocasión iban a tener serios problemas. Era el peor momento y en el que más indefenso iba el jinete.

Nahia miró hacia atrás y vio que los jinetes realizaban una maniobra para proteger su espalda y la del dragón que montaban.

Los halcón-guepardo atacaron con garras y pico y los jinetes se defendieron con lanza y escudo, pues a aquella velocidad vertiginosa intentar ataques mágicos no era una opción muy viable. El jinete tendría serios problemas para concentrarse y usar su magia. Aun así, dos de los componentes de la Escuadra Diamante consiguieron utilizar sus alientos elementales para defenderse.

Eki ya casi estaba saliendo de la curva, ¡los gryphos no lo iban a alcanzar! Nahia miró atrás para ver cómo iban Logan y Aroa, eran los últimos de la Escuadra Meteorito junto a Faden y su dragón, pero no estaban siendo atacados, ya que iban algo por delante de la Escuadra Diamante, que era la que estaba sufriendo el ataque en la retaguardia. Nahia resopló aliviada al ver que no corrían peligro inmediato, aunque sí muy próximo. Una vez salieran de la curva podrían huir raseando. Por delante iba la Escuadra Centella, que ya escapaba siguiendo al capitán Mirk sobre Urd-Kas-Tig, que también volaban rapidísimo.

Los jinetes de la Escuadra Diamante se defendían con todo de los ataques de los halcón-guepardo, mientras sus dragones intentaban dejar atrás a los gryphos. Aquellas criaturas atacaban con una furia desmedida. Ya en otros combates habían visto lo feroces que eran, pero esta vez parecían estar locos de rabia con ataques que no solo eran continuos, sino furibundos.

«No sé qué hemos hecho, pero me parece que algo malo de verdad» envió Nahia a Eki.

«¿Lo dices por el ataque?» envió el dragón plateado, que ya controlaba el vuelo raso.

«Por cómo nos están persiguiendo y atacando ahora. Están como locos de rabia».

Eki no dijo nada, pero por el vínculo Nahia sintió que el dragón plateado tenía serias dudas.

Cuatro halcón-guepardo resultaron heridos de gravedad por la defensa de los jinetes y su propia furia sin control y cayeron hacia los bosques, que parecían no tener final.

Por desgracia, un momento más tarde dos de los jinetes de la Escuadra Diamante morían. A uno le rompieron el yelmo y luego la cabeza a picotazos y al otro le consiguieron llegar hasta el cuello con

las garras. Murió en un momento. Ambos quedaron colgando de sus dragones, a los que ahora otros cuatro gryphos atacaban. Les arrancaron las sillas de cuajo, que cayeron junto con los jinetes al vacío. Luego fueron a por el punto vulnerable del sistema nervioso en la espalda alta de cada uno.

Los dragones raudos intentaron defenderse, pero contra halcón-guepardo poco podían hacer, pues eran más rápidos y hábiles que ellos. No tardaron en clavarles las garras en la espalda. Luego comenzaron a arrancarles parte de la espalda a picotazos para llegar hasta el punto vulnerable mientras los dragones rugían de dolor y rabia. A la velocidad a la que iban no podían defenderse ni realizar movimientos bruscos o evasivos. Comenzaron a perder velocidad en un intento de quitarse a aquellas fieras de encima, pero se quedaron descolgados. Poco después los dos dragones cayeron lisiados al bosque, incapaces de mover ni un solo músculo de sus enormes y poderosos cuerpos.

Las tres escuadras volaban ahora raseando, pero los halcón-guepardo estaban diezmando la retaguardia. La Escuadra Diamante estaba sufriendo bajas y heridos incapaces de volar lo suficientemente rápido para dejar atrás a los gryphos, más rápidos que ellos.

La situación se agravó cuando varios halcón-guepardo sobrepasaron a la Escuadra Diamante y alcanzaron a la Escuadra Meteorito. Los gryphos volaban con ansia asesina a una velocidad impensable.

El jinete que iba detrás de Logan fue atacado por dos halcón-guepardo y se defendió con todo. Llegó un tercer grypho y su defensa se desmoronó. Sarmas, de su escuadra, resultó herido y se quedó inconsciente sobre la silla con parte del yelmo roto por los constantes ataques.

«Sarmas está fuera de combate. Necesita ayuda o lo matarán» envió Logan.

«Y a su dragón después» añadió Aroa.

«Vamos a ayudarle. Somos los más cercanos» envió Logan.

«De acuerdo. No podemos permitir que mueran» dijo Aroa.

«Mucho cuidado» pidió Eki.

Nahia quiso decirles que no lo hicieran, que era demasiado peligroso, pero era Sarmas, un compañero de escuadra y necesitaba ayuda. No socorrerlo era de cobardes, y si algo definía a Logan, era su integridad hasta la médula.

Aroa y Logan se retrasaron hasta ponerse junto a Sarmas y Lau-Azkar-Urdin, y de inmediato dos halcón-guepardo les atacaron. Logan se defendió con su aliento de tormenta y Aroa se unió a él con el suyo. Al haberse retrasado, los atacantes quedaron a su derecha y algo por encima. Desde aquella posición eran blanco fácil para sus alientos.

«Marchad. Cumplid la orden del capitán» envió Lau-Azkar-Urdin a Aroa y Logan mientras intentaba defender su espalda.

«No voy a abandonaros a vuestra suerte» respondió Aroa mientras seguía atacando con su aliento a los dos gryphos.

«Te honra tu intento, pero os estáis retrasando y os darán alcance el resto de gryphos. Salid de aquí, ¡ahora!».

«No sin vosotros. Yo protejo a los míos» envió Aroa.

Logan enviaba su aliento y miró de reojo hacia arriba. Lau-Azkar-Urdin tenía razón, los primeros del gran grupo de gryphos ya llegaban hasta ellos que, debido al combate, no volaban a la velocidad de sus compañeros.

Nahia echó la mirada atrás y vio que Logan, Aroa y los demás de la retaguardia se quedaban descolgados mientras la nube negra de gryphos se les acercaba peligrosamente.

«¡Les van a alcanzar!» envió a Eki muy angustiada.

«Ten confianza, saldrán de ahí».

Nahia quería creer aquello, pero no lo veía claro, la situación se estaba volviendo demasiado peligrosa para Logan, Aroa y la retaguardia. Los gryphos chillaban. Venían a acabar con ellos.

Aroa y Logan luchaban contra dos halcón-guepardo, cuyos cuerpos brillaban al ser alcanzados por alientos de tormenta cargados de rayos y fuertes vientos. Sus defensas aguantaban y ahora atacaban con garras y picos a ambos.

«Concentremos nuestros ataques en un grypho. Así sus defensas sufrirán más» envió Logan a Aroa.

«Buena idea. Atacaremos al de la izquierda».

Aroa y Logan enviaron sus alientos elementales contra él. Al impactar ambos sobre su torso, la criatura brilló mucho. Sus defensas estaban gastando mucha energía para defenderse de los dos ataques. El otro grypho atacó a Logan, que se defendió con el escudo mientras seguía enviando su aliento.

Una garra golpeó el yelmo de Logan y su aliento salió desviado. Otra le atacó el torso, pero la desvió con el escudo y la garra golpeó la silla. De pronto una garra se posó sobre la silla. Tenía al halcón-guepardo encima. Tuvo claro lo que la criatura iba a hacer a continuación.

No se equivocó.

Se protegió la cabeza con el escudo y el grypho golpeó con su pico repetidamente, intentando abrir el yelmo. Como no lo consiguió con una de las garras intentó arrancarle el vientre. Por fortuna la armadura aguantó, aunque la garra destrozó parte de la silla.

«¡Giro brusco a la derecha!» pidió a Aroa.

La dragona blanca giró de inmediato de forma tan brusca como pudo. Fue suficiente para desequilibrar al grypho, que tuvo que salir hacia un lado.

«Ataquemos al otro» envió ahora Logan, mientras comprobaba que media silla estaba rota, incluidas sus ataduras.

Los dos caudales de tormenta fueron contra el torso del otro halcón-guepardo, solo que esta vez, antes de alcanzar el torso, se encontraron y se fusionaron en uno. Al hacerlo algo impresionante sucedió: los dos caudales entraron en resonancia y su poder se multiplicó de forma exponencial. El grypho recibió un ataque aumentado que atravesó su defensa y descargó toda su fuerza sobre la criatura. Murió entre rayos y relámpagos que le destrozaron cuerpo y mente.

«¡Los caudales han entrado en resonancia!» envió Logan a Aroa.

«Nuestro poder es ahora terrorífico».

«Acabemos con el otro antes de que me desmonte».

Los dos giraron sus cabezas en dirección a la criatura, que volaba directa hacia Logan con las garras por delante dispuesto a acabar con él o tirarlo de la silla. El caudal de tormenta le alcanzó en la cabeza un momento antes de que fuera a impactar contra Logan. El

poder del ataque fue tal que no solo lo mató al instante, sino que salió despedido por el aire dando vueltas sobre sí mismo.

Nahia, que miraba hacia atrás, vio lo poderoso del ataque combinado y cómo habían acabado con los dos gryphos. Resopló aliviada. Aprovechando el potente caudal atacaron al tercero, que intentaba acabar con Lau-Azkar-Urdin, y lo mataron casi al instante.

«El ataque combinado de Aroa y Logan es poderosísimo» envió Nahia a Eki.

El dragón plateado miró hacia atrás y vio cómo acababan con un cuarto grypho que estaba sobre uno de los miembros de la Escuadra Diamante.

«Sí que lo es. Parece que Aroa y Logan forman un equipo poderoso».

Nahia se quedó algo sorprendida de que Eki considerara a Aroa y Logan un equipo. Después de todo, Aroa era la señora dragona de Logan y un equipo denotaba igualdad. Quizá la visión de las cosas de Eki iba cambiando. Esperaba que así fuera.

Gracias al potentísimo ataque de Aroa y Logan, Sarmas y Lau-Azkar-Urdin consiguieron huir de los gryphos y ayudar a escapar a los dos últimos supervivientes del Escuadrón Diamante. Aroa y Logan se quedaron algo rezagados protegiendo la huida derribando a los gryphos que llegaban con su ataque combinado.

Nahia miró hacia delante y vio que el resto del grupo les sacaba ya una buena ventaja. Debía apresurarse para llegar hasta el capitán y la cabeza del grupo y poder salir de allí con vida. Quizá lo consiguieran después de todo, aunque había estado muy cerca de ser un auténtico desastre. Echó la mirada atrás para asegurarse de que todos escapaban. Vio a los rezagados consiguiendo huir. Solo quedaban Aroa y Logan.

«Diles que salgan de ahí ahora mismo. Ya han hecho más que suficiente» envió Nahia a Eki al ver que el grupo principal de gryphos estaban ya demasiado cerca de ellos.

«Se lo digo» Eki envió el mensaje.

Aroa y Logan dejaron de cubrir la retaguardia y se apresuraron a seguir al resto de los rezagados.

Nahia resopló aliviada.

De pronto un halcón-guepardo se adelantó al grupo de gryphos y fue directo hacia la espalda de Logan. Nahia, que miraba hacia atrás, lo vio.

«¡Logan!» exclamó alarmada.

Logan no lo vio llegar por la tremenda velocidad que llevaba. La criatura le golpeó en la espalda con sus garras y salió despedido de la silla. Sus ataduras habían cedido.

«¡Noooooooooo!» exclamó Nahia desesperada.

Logan comenzó a caer hacia los árboles. Aroa se percató y se lanzó tras él en un picado raudo con toda la velocidad que pudo. Varios gryphos, entre ellos águilas-leones, los siguieron.

«¡Tenemos que ayudarles!».

Eki no lo dudó un instante y giró en redondo en el aire.

Logan caía a gran velocidad. Iba a estrellarse contra los árboles y el suelo bajo ellos. Aroa descendía con toda la rapidez que le era posible. Solo pensaba en salvar a Logan, no en su propia seguridad. A la velocidad a la que descendía en picado era imposible que pudiera salvar el choque con el suelo. No podría hacer una curva y no estrellarse. Logan caía boca abajo.

De pronto entró entre las ramas de los altos y frondosos árboles de cabeza.

Aroa llegó hasta Logan y con su boca consiguió aferrar su bota derecha. En un movimiento que sabía que era desesperado intentó remontar el vuelo. A aquella velocidad y distancia del suelo era imposible, pero lo intentó de todas formas. Consiguió inclinarse un poco y planear, frenando al máximo extendiendo sus alas. Por desgracia, como ya esperaba, no fue suficiente. Se llevó varios árboles por delante, pero soltó a Logan justo antes de estrellarse por completo.

Logan cayó desde unas pocas varas de altura, aunque a gran velocidad. Las ramas de los árboles lo frenaron. Dio incontables vueltas sobre sí mismo en la tierra húmeda de la inercia que llevaba hasta chocar contra un tronco caído que lo detuvo.

Quedó tendido. No había movimiento.

La dragona blanca se estrelló algo más adelante. Dejó un surco de árboles tumbados y tierra levantada en la trayectoria hasta

detenerse. El impacto fue tan fuerte que hizo un canal en el suelo con su cuerpo. La dragona se hizo múltiples heridas por el fuertísimo golpe. Perdió el sentido y quedó tendida en el suelo.

Eki y Nahia se dirigieron al punto de impacto. Nahia no podía ni pensar, sentía una angustia tal que la desbordaba. No podía perder a Logan.

Por el impacto que habían presenciado Logan estaría herido o muerto y Aroa también.

«¡Dime que no han muerto!» pidió a Eki.

«Creo que Aroa ha conseguido parar la caída de Logan en el último momento. Hay esperanza».

«Gracias. ¿Y ella?».

«Su impacto ha sido más fuerte. Estará herida, puede que grave. Podría morir».

«Oh no…».

Se acercaron hasta el lugar del impacto.

De súbito una decena de gryphos descendieron a su encuentro y chillaron amenazantes. No iban a dejarlos pasar, no podrían llegar hasta Aroa y Logan. Y lo que era peor, otro grupo descendió sobre ellos en tierra. Nahia sentía un angustia que apenas la dejaba respirar. Podía ver a Logan y Aroa entre los árboles en el suelo, pero sabía que no iban a dejarles llegar hasta ellos. Miró atrás para ver si tenían ayuda y vio que su escuadrón desaparecía en la distancia perseguido por la mayoría de los gryphos.

Estaban solos y la situación era una pesadilla.

Capítulo 51

«¡Tenemos que salir de aquí o moriremos!» envió Eki a Nahia, que retrocedió virando en redondo para no chocar con los gryphos que habían salido a su encuentro.

«¡No puedo dejar a Logan ahí así!».

«Está vivo. La armadura lo protegió, estoy seguro» Eki intentó tranquilizarla.

Nahia quería creer a Eki, pero la angustia de lo que veía se lo impedía. Logan yacía en el suelo, inmóvil. Por el vínculo que les unía, Nahia sintió que Eki lo decía más como un deseo que como una certeza.

«¿De verdad lo crees? Me llega por nuestro vínculo que no estás seguro».

«Puede que no esté seguro, pero lo creo, del mismo modo que creo que Aroa está herida, pero no muerta. Pero si no nos marchamos ahora mismo, nosotros dos sí moriremos. De eso estoy seguro» envió.

Dos águilas-león enviaron poderosos rayos de fuego desde sus picos. Un momento después recibían otros cuatro impactos de rayos elementales de tierra y aire.

Los ataques sacudieron a Nahia, que vio cómo su defensa mágica se debilitaba muchísimo. El último la alcanzó y la destruyó.

Sintió que parte del ataque no se bloqueaba del todo. Por suerte su armadura aguantó al ser un ataque de viento, pero casi salió despedida de la silla.

Eki destellaba en plateado. Sus defensas mágicas actuaban.

«Me estoy quedando sin energía. Los gryphos pasarán al ataque físico. Vamos a morir si no escapamos» insistió con un sentimiento de gran urgencia.

Nahia miró una última vez a Logan en el suelo. Tenía a dos gryphos al lado que lo observaban. No se movía. En medio de la angustia que sentía se dio cuenta de que no podría ayudar a Logan si moría.

«¡Escapa! ¡Debemos vivir!» envió a Eki.

Al momento Eki realizó una maniobra evasiva. Tal y como había predicho, los gryphos se lanzaron sobre ellos a descuartizarlos con sus garras y picos dorados.

«¡Usa tu habilidad!» urgió Nahia.

Eki destelló en plateado y desapareció justo cuando lo iban a alcanzar los gryphos para aparecer doscientos pasos más adelante.

«¡Vuelve a hacerlo!».

Eki lo repitió tres veces más y en un abrir y cerrar de ojos les sacaba ochocientos pasos, que incrementó a mil con su velocidad de dragón raudo. Los gryphos abandonaron la persecución un poco más tarde al ver que les era imposible seguirle el ritmo.

«Ya no me quedaba energía. Menos mal que ha sido suficiente».

«Tu habilidad es impresionante» felicitó Nahia.

Ambos miraron hacia atrás y observaron cómo los gryphos que les perseguían descendían hacia el lugar donde Logan y Aroa habían caído. Luego miraron al frente y vieron a su escuadrón perderse en la distancia perseguido por un grupo considerable de gryphos.

Eki redujo la velocidad, inseguro de si seguir avanzado o detenerse.

«No podemos regresar. Tenemos que quedarnos» envió Nahia a Eki.

«Lo comparto, no podemos abandonarlos. Lo mejor que podemos hacer ahora es pensar. Vamos a ocultarnos» envió a Nahia.

Un momento después descendía hacia los bosques. Planeó sobre los árboles hasta encontrar un río y tomó tierra a su vera.

«No los matarán, ¿verdad?» preguntó Nahia a Eki casi rogando que le dijera que no.

«No puedo saberlo… espero que no…».

«Los dragones los matarían si fuera el caso contrario» expresó Nahia.

Eki asintió con expresión apesadumbrada.

«Sí, es lo más probable. Así lo marca la Senda, no hay piedad con el enemigo caído».

«¿No hay piedad para Aroa y Logan? ¿No ves cómo la Senda de los Dragones es completamente despreciable y nadie debería seguirla?» dijo Nahia llena de rabia y casi le salió espuma por la boca. Su rabia por la mentalidad de los dragones se veía afectada por la terrible frustración y angustia que sentía.

Eki bajó la cabeza y su mirada se apagó.

«Veo y me doy cuenta de que la Senda de los Dragones no es el camino. Tienes razón, pero debes entender que ha sido el camino de los míos durante milenios. Es difícil ir en contra de la tradición».

«Cuanto antes vayáis en contra tú y todos los dragones jóvenes, antes terminaremos con estas matanzas sin sentido alguno».

Eki asintió, pero no dijo nada.

Nahia se sentía tan dolida y angustiada que estuvo a punto de decir cosas de las que se habría arrepentido más tarde. Por fortuna consiguió contenerse y no crear una situación irreversible con Eki.

«Tenemos que acercarnos y ver qué sucede con Logan y Aroa».

«Por aire no va a poder ser. Si me ven vendrán a por nosotros y con este cielo despejado es imposible».

«Entonces iré yo por tierra entre los árboles. Me ocultarán».

«Si te descubren te despedazarán… y no creo que llegue a tiempo de rescatarte».

Nahia asintió.

«Lo imagino… Esperemos que no lo hagan…».

Sin aguardar más, Nahia se dirigió hacia el lugar donde Logan y Aroa habían caído. Eki intentó seguirla, pero el bosque era demasiado espeso para que un dragón pudiera atravesarlo. Las grandes criaturas aladas eran los reyes de los cielos, pero allí abajo, en tierra, no se arreglaban nada bien. Aun así, intentó avanzar siguiendo el río, que era la única zona despejada por la que podía pasar.

Nahia avanzaba tan rápido como podía guiada por los latidos de su corazón, que parecía una manada de caballos desbocados. Se temía lo peor y, aunque no quería pensarlo, le estaba costando horrores no hacerlo. Haber visto cómo Logan caía seguido de Aroa la

había traumatizado. Lo tenía grabado en la mente. Ambos impactos habían sido estremecedores. Poder sobrevivir a semejante accidente le parecía muy poco probable. Sacudió la cabeza y siguió avanzando, no podía dejarse llevar por el temor y los malos augurios. Seguro que habían sobrevivido. Solo tenía que pensar en eso.

Avanzaba pisando fuerte y atravesando el boscaje como un ser de roca. Su armadura la protegía de la maleza, ramas, espinas y todo lo que se le pusiera por delante. Llevaba su espada y daga a la cintura, pero había dejado el escudo y la lanza con Eki. Eran demasiado pesados y solo la retrasarían. Bastante le costaba ya avanzar con el peso de la armadura.

Levantó la cabeza para asegurarse de que no había gryphos merodeando en las alturas que pudieran descubrirla. Parecía que de momento no, pero esperaba que aparecieran según se aproximara a su objetivo. No estaba demasiado lejos, pero el bosque era muy denso y su armadura pesada. Ambas cosas provocaban que fuera más despacio de lo que su corazón deseaba. No se desesperó y siguió avanzando, un pie tras otro. Logan la necesitaba y ella acudiría en su ayuda. Él haría lo mismo por ella.

Continuó cruzando el bosque cuando un par de sombras pasaron sobre su cabeza. Miró hacia los cielos entre las ramas de los árboles y distinguió a un par de gryphos que pasaban en dirección a Logan y Aroa. Esto la puso nerviosa. Tenía que llegar a ellos cuanto antes, debía rescatarlos. No sabía cómo, pero debía hacerlo. Se dio cuenta de que aquello en realidad era más que un rescate, tenía que salvarles la vida y evitar que los mataran. Si no los rescataba estarían muertos y, lo que era peor, no podría culpar a los gryphos, no después de ver lo que los dragones les hacían. Era una revancha, sangre por sangre.

Con pensamientos muy negativos, Nahia llegó hasta el claro donde varios gryphos rodeaban a Logan. Sin salir del cobijo que le proporcionaban los árboles, observó lo que sucedía con una angustia terrible que le oprimía el pecho y no le dejaba respirar. Había tres águilas-tigre y dos halcón-guepardo junto a Logan, que no se movía y estaba tendido boca abajo. No podía estar muerto, Logan tenía que vivir. Sin él, ella no tenía futuro. Desechó la idea de su mente.

Estaba vivo. ¿Si no por qué razón lo vigilaban? Los gryphos no estarían allí si estuviera muerto. Este pensamiento le dio fuerzas.

Algo más adelante podía distinguir el cuerpo de Aroa. La dragona blanca tampoco se movía. A ella la rodeaban cinco águilas-león, tres hembras y dos machos. Todos parecían expectantes. Estaban posados en el suelo y no miraban a Logan y Aroa, era como si los ignoraran. A Nahia le pareció una forma muy extraña de comportarse. Pensó que debía conocer mejor la manera en la que los gryphos actuaban, su cultura y tradiciones. Solo así podrían ser aliados contra los dragones. Incluso en aquella situación tan crítica, Nahia sentía que el camino hacia la libertad pasaba por los gryphos. No sabía por qué lo sentía así, pero se le pasó por la cabeza.

Nahia inspiró con fuerza para intentar calmarse. Cuanto más miraba a Logan y Aroa tendidos en el suelo, más se preocupaba. Se consoló pensando en que los gryphos no les habían atacado para rematarlos en el suelo, al menos de momento. Quizá quisieran interrogarles para sacarles información sobre el campamento de invasión de los dragones y sus fuerzas. Deseó que fuera algo así y no una de las mil posibilidades de horror que se imaginaba.

Por un largo rato no sucedió nada. Nahia observaba sin entender lo que los gryphos pretendían o a qué esperaban. Deseó que se marcharan y dejaran a Logan y Aroa en paz. Se daba cuenta de que eso sería demasiado bueno para ser verdad.

Sin nada que hacer y muy inquieta y angustiada, aguardó.

Pasó otro largo rato y los gryphos siguieron sin hacer nada. Era de lo más extraño. Nahia quería salir de su escondite entre la maleza y rescatar a Logan, sacarlo de allí a rastras. Pero era consciente de que eso era un suicidio.

«Nahia, no intervengas. Que no te descubran» llegó el mensaje mental de Eki y casi le dio un ataque al corazón de lo tensa que estaba.

Instintivamente echó la cabeza atrás para ver si el dragón plateado estaba detrás, pero solo vio bosque y maleza. El río estaba algo más al norte. Eki debía estar avanzando por él y acercándose a ella poco a poco. Si el mensaje mental le llegaba debía estar a menos de doscientos pasos. Esto la tranquilizó mucho. Miró hacia el

río, que no podía ver entre la espesura, y utilizó su habilidad para descubrir auras mentales. La de Eki apareció brillante, plateada. Ahora podrían comunicarse.

«Están tendidos en el suelo. Rodeados».

«Vivos entonces» envió Eki con esperanza.

«No lo sé, quiero pensar que sí».

«No puedo acercarme más. El río sigue hacia el norte».

«No te preocupes, ya estás lo suficiente cerca».

Un grupo de gryphos apareció en el cielo y descendió con rapidez. En el centro, escoltado por varios águilas-león, iba uno de un tamaño enorme. Nahia de inmediato supo que aquel era un rey, no tuvo la más mínima duda.

El tremendo ejemplar tomó tierra. Era una criatura realmente majestuosa, tan grande como un dragón milenario. La cabeza de águila real blanca y el pico dorado le daban un aspecto letal. Las enormes alas a los costados del cuerpo de león mostraban lo enorme y poderoso que era. Emanaba fuerza y potencia. Nahia supo que aquel rey grypho sería capaz de acabar con un dragón milenario.

«Ese es un grypho máximo, es un rey entre los gryphos» informó a Eki.

«¿Cómo lo sabes? ¿Por su enorme tamaño?».

«Ya he visto uno antes como él, en las mazmorras de Drakoros».

«Cierto, recuerdo que me lo contaste. Me parece extraño que un rey grypho se interese por un dragón caído y su jinete».

«A mí también. No creo que sea bueno» Nahia se sentía cada vez más intranquila.

«No pierdas la calma. Todavía hay esperanza».

Nahia quería creer a Eki, pero le resultaba muy difícil y más ahora que un grypho rey estaba allí interesándose por Aroa y Logan. Dedujo que los otros gryphos habían estado esperando a su señor. Ahora el gran águila-león tomaría algún tipo de decisión.

Esto preocupó mucho a Nahia. Solo podían ser malas noticias.

Capítulo 52

El gran águila-león rey observó por un largo momento a Aroa y luego se acercó a Logan. Parecía muy interesado, demasiado para que fuera bueno. Intercambió miradas con varios halcón-guepardo y Nahia intuyó que estarían dialogando. Tras un momento el rey grypho emitió una mezcla entre el chillido agudo de ave y rugido de un poderoso león y a Nahia se le erizó el cabello. Puso su pata frontal derecha sobre el cuerpo de Logan y pareció casi sepultarlo.

Nahia no podía soportar la tensión. No sabía qué iba a hacer aquel grypho, pero tenía muy mala sensación. Iba a matar a Logan y luego a Aroa. Una nefasta premonición la asaltó. Al saber que el hombre que amaba iba a morir frente a ella, su llama interior se encendió como nunca lo había hecho. Siempre se había prendido y había ido aumentando su potencia progresivamente con el paso de los momentos o la situación, pero no aquella vez. Pasó de estar apagada a arder con una potencia descomunal en un instante.

Respiró intentando calmarse. No sabía qué le sucedía. Pensó que su condición estaba actuando de nuevo. Su cuerpo ardía, no solo en su interior sino toda su piel. Si comenzaban las palpitaciones y dificultad para respirar, seguirían las convulsiones descontroladas y los calambres. Se llevó la mano al cuello donde colgaba el contenedor con el preparado. De darle un ataque estaría perdida, y Logan moriría. No podría ayudarle, ni ayudarse a sí misma. Iba a quedar en el suelo inservible mientras el hombre que amaba moría.

—¡No! —masculló entre dientes, negándose a que aquello sucediera.

No podía terminar así, no iba a permitir que su condición condenara a Logan. No le importaba si ella moría o si la descubrían allí tirada convulsionando, pero no podía dejar que mataran a Logan,

eso no. La rabia encendió todavía más la llama que ardía en su interior, como si todo el bosque que la rodeaba se hubiera incendiado. Cuanto más pensaba en Logan más fuerte ardía su llama interior.

«¡Cuidado, tu poder emana de ti como un volcán!» advirtió Eki.

La advertencia le llegó, pero Nahia no sabía qué hacer y no iba a huir abandonando a Logan a una muerte segura. El rey grypho pareció captar el poder que Nahia emanaba. Miró hacia donde ella se escondía y emitió otro de sus chillidos. De inmediato los águila-león rodearon a su rey y se pusieron tensos, preparados para atacar. El resto de los gryphos presentes miraron hacia Nahia desafiantes.

«¡Te han descubierto! ¡Corre! ¡Huye!» envió Eki.

Nahia estuvo a punto de seguir las indicaciones de Eki. Su sentido común le decía que debía correr con todas sus fuerzas, pero su cuerpo no se movió. Su corazón no podía abandonar a Logan a una muerte innegable. Si tenía que morir que así fuera, pero no iba a dejarlo. Lo amaba demasiado para siquiera considerarlo. Lo observó tendido en el suelo con la zarpa del rey encima y sintió una angustia tal que pensó que una mano invisible le oprimía el corazón y la garganta a la vez.

Inspiró y sufrió un dolor punzante. Se vio enfrentándose a todos aquellos gryphos y supo que si lo hacía iba a morir. No podría vencerlos, era un suicidio. Pero de no hacerlo no había esperanza. No solo para Logan, tampoco para Aroa. La llama en su interior ardió todavía con más fuerza.

Sentía su cuerpo arder y apenas podía respirar. Sudaba a chorros.

—Ahora no… por favor… ahora no… —rogó entre dientes mientras sentía que la temperatura de su cuerpo se disparaba.

Miró una vez más a Logan rodeado de gryphos y la llama se intensificó de tal manera que salió hacia el exterior de su cuerpo. Era como si un enorme fogonazo la rodeara y consumiera todo el aire a su alrededor. Aquello no era su condición, o al menos no como le solía afectar siempre, era algo nuevo que nunca le había sucedido. Con ojos desorbitados comprobó que su cuerpo formaba una gran llama viva de enorme intensidad. El extraño fenómeno la dejó completamente pasmada, parecía un ser elemental de fuego.

«¡Sal de ahí, huye!» imploró Eki.

Nahia pensó que no podría huir, que aquella nueva manifestación de su condición la dejaría incapacitada en el suelo en breve en medio de tremendos dolores y con dificultades para respirar. Pensó que la mataría de una vez por todas.

Vio sus manos rodeadas de fuego. Sentía muchísimo calor, como cuando sufría uno de sus ataques, pero algo era diferente. Su pulso no se había acelerado como le solía pasar y su corazón no latía desbocado, además, no sentía que se ahogaba, podía respirar con normalidad y no había convulsiones ni calambres dolorosos. Esto era nuevo. Era como si el ataque, que siempre iba hacia el interior de su cuerpo y la dejaba medio muerta en el suelo, hubiera ido hacia fuera. No sentía nada malo, más que un calor intenso.

—Esto… es muy extraño… —balbuceó.

«¡Sal de donde te escondes! ¡Te percibo! ¡Déjate ver!» llegó un mensaje mental y supo por lo poderoso y profundo que era que procedía del rey grypho.

Nahia inspiró y expiró varias veces para intentar tranquilizarse mientras comprobaba que la llama que la envolvía por completo de pies a cabeza no la estaba consumiendo viva.

No sentía que le produjera malestar de ningún tipo, ni físico ni mental. Se dio cuenta además de que el fuego era de índole mágico, cosa que ya intuía porque estaba consumiendo su energía interna. Todo aquello era increíble y de lo más inadecuado, aquel no era precisamente el mejor momento para descubrir habilidades.

—Salgo —dijo Nahia y avanzó entre los árboles.

Se dio cuenta de que según andaba todo a su alrededor se prendía fuego, matorrales, zarzales, árboles bajos… Salió al claro y avanzó despacio hacia los gryphos, que la miraban torciendo sus cabezas de lado a lado para observarla con sus ojos de ave, tan sorprendidos que ni reaccionaban.

De pronto uno de los halcón-guepardo la atacó. Dio un fuerte impulso y, moviendo las alas, cayó sobre ella con las garras dirigidas a su cabeza. Y algo muy extraño sucedió. Nahia levantó los brazos para protegerse del ataque y, al hacerlo, la llama que la envolvía se extendió hacia el grypho que la atacaba. En un instante lo cubrió en

una bola de fuego. El grypho chilló de dolor y escapó volando con medio cuerpo en llamas.

Un segundo grypho, esta vez un águila-león, saltó también hacia ella soltando tremendos zarpazos mientras chillaba. Al llegar junto a Nahia la llama se propagó al grypho rodeándolo por completo. Un zarpazo alcanzó a Nahia en el brazo, pero la armadura aguantó. Sin embargo, el grypho, envuelto en llamas intensísimas, no pudo soportarlas. Sus defensas mágicas se consumieron en un instante y su cuerpo comenzó a arder. Salió volando y se precipitó al río cercano.

Varios más atacaron a Nahia con rayos de tierra y de tormenta. Ella supo que la iban a matar. Levantó su campo de escamas de energía para protegerse, pero no hizo falta, pues los ataques mágicos no traspasaron el fuego. No podía creerlo. Por si acaso levantó también sus escamas elementales y recubrió su armadura con ellas. Sus dos protecciones estaban activas, pero la que era realmente increíble era la llama que la rodeaba y que partía de su interior.

—No quiero luchar —dijo Nahia a los gryphos y levantó las manos mientras avanzaba despacio hacia ellos.

«Quieta, humana, no te acerques más» envió el rey.

Nahia obedeció y se detuvo. Un par de gryphos fueron a atacarla, pero el rey los detuvo.

«Eres una Jinete de Dragón».

—Lo soy. ¿Habla el rey grypho mi lengua?

«Hablo tu lengua, humana, la lengua de mis enemigos, la lengua de Kraido».

—Yo no soy la enemiga de ningún grypho.

«Eres una Jinete de Dragón como lo es este que está bajo mi palma».

El rey grypho miró con sus ojos de gran águila el cuerpo de Logan.

«Sois nuestros enemigos».

—Los dragones nos obligan a luchar, no es lo que deseamos las razas esclavas de Kraido.

«¿Ah, no? ¿Qué es lo que desean las razas esclavas de Kraido?».

—Queremos la libertad. Dejar de ser esclavos de los dragones y dejar de morir a su antojo.

El rey grypho inclinó la cabeza y miró a Nahia. Parecía tener curiosidad.

«Eres la esclava más singular que he visto nunca. No solo ardes como una gran llama viva, sino que hablas de libertad, de no servir a tus señores dragones».

—Soy diferente. Soy una Nacida de la Llama. Tengo más poder que un jinete.

«Eso ya lo veo. Capto que tienes más poder que un grypho. Puede que hasta más que un dragón. Eso te hace muy singular e interesante».

—No tenemos por qué ser enemigos. Podemos ser aliados.

El rey grypho echó su cabeza de águila hacia atrás.

«Que no haya enviado a mi guardia a que te mate no quiere decir que no lo vaya a hacer. No creas que puedes dirigirte a mí como a un igual».

Nahia se dio cuenta de que su llama, por poderosa que fuera, no la protegería contra una docena de esas criaturas si atacaban todos a la vez. Los zarpazos y picotazos se colarían, como acababa de pasar, y terminarían por destrozar su armadura y luego a ella. Seguro que morían muchos gryphos en el intento, pero ella también. Tenía que convencer a aquel grypho de que hablaba en serio.

—Muestro mis respetos al gran rey grypho —dijo Nahia y se arrodilló.

«Eso me gusta más, humana. Muestra respeto y sé humilde. ¿Cómo sabes que soy un rey grypho?».

—Porque he conocido a otro antes.

«¿Osas mentirme? ¿Quieres morir?».

—No miento, mi señor. He conocido a otro gran rey grypho.

Él volvió a mirarla ladeando la cabeza, como si estuviera muy interesado.

«Explícate. Y hazlo bien porque tu vida y la de este jinete bajo mi pata dependen de ello».

—Por favor, no lo mates, os lo suplico —imploró Nahia.

«Interesante… Así que este jinete te importa. Por eso estás aquí, lo quieres rescatar».

—Sí, he venido a rescatarlo. Es muy importante para mí. Por favor, no le haga daño, se lo suplico, mi señor.

«Así me gusta, que no mientas y te muestres humilde. Ahora explícate sobre lo que me has dicho».

—En Kraido conocía a un rey grypho. Su nombre es Arran-Lehoizuri.

El rey grypho clavó sus ojos de águila en ella y un brillo intenso surgió de ellos.

«Me mientes. Arran-Lehoizuri está muerto».

—No, mi señor, está vivo. Es prisionero de los dragones. Conversamos y me explicó algunas cosas. Con él hay un grupo de gryphos. Como ellos y ellos —Nahia señaló a los halcón-guepardo y los águila-león—. También hay búhos-oso. Lo sé porque les llevaba comida.

El rey grypho no dijo nada durante un momento. Luego pareció comunicarse mentalmente con los otros gryphos, pues estos comenzaron a chillar y a agitar la cabeza y las alas. Algo pasaba.

—Por favor, no lo mates, os lo suplico —Nahia imploró mirando a Logan tendido en el suelo bajo la poderosa pata del gran grypho.

«Si no quieres que lo mate ahora mismo dime dónde está prisionero Arran-Lehoizuri».

Nahia pensó en decírselo, pero si lo hacía se quedaría sin nada con lo que negociar. Parecía que Arran-Lehoizuri significaba algo para aquel grypho. Tenía que jugar bien su baza o no saldrían vivos de allí, ni ella ni Logan.

—Está prisionero en Drakoros, en la academia, en las mazmorras.

«Sabemos de ese lugar. Donde los dragones entrenan a sus Brujos de Dragón para que luchen por ellos».

—Sí, así es.

«Si está prisionero allí, poco se puede hacer por liberarlo. De nada me sirves tú, ni él».

El rey grypho bajó la cabeza hacia Logan.

—¡Espera, sí que podemos ser útiles!

«¿Sí? Te escucho».

—Podemos ayudar a liberarlo, si eso es lo que desea.

«Sí, es lo que deseo. ¿Podéis? Lo dudo…».

—Podemos ayudar, de verdad. Lo prometo. Por mi honor.

«¿Tú, una simple jinete? Ser poderosa no te ayudará en este caso».

—No soy solo una jinete, soy una de las líderes de la rebelión que se está formando en Kraido, la rebelión de las razas esclavas contra los dragones.

El rey grypho volvió a mirarla con mucha intensidad.

«Así que eres una líder de una posible rebelión en Kraido… Interesante, si fuera cierto, que dudo que lo sea».

—Y él lo es también —Nahia señaló a Logan.

«Dos jinetes que lideran una rebelión de las razas esclavas de Kraido es algo muy poco creíble. Mentirme es lo mismo que matarlo».

—No, por favor, digo la verdad —Nahia levantó la mano ardiente.

«Yo soy Arran-Bigarlehoi y Arran-Lehoizuri es mi hermano mayor. Como comprenderás, lo que me cuentas me interesa, pero no toleraré una mentira cuando la vida de mi hermano está en juego».

De pronto la escama en la nuca de Nahia comenzó a ponerse muy caliente. No entendía cómo podía distinguir que era la escama y no el fuego que ardía a su alrededor, pero era capaz diferenciarlos. No le prestó más atención, estaba en una situación muy crítica y tenía que solventarla o Logan y Aroa morirían.

—Entonces debemos aliarnos. Juntos podremos derrotar a los dragones. Si los gryphos y las razas esclavas de Kraido se unen tendremos una oportunidad de vencer —intentó Nahia.

El rey grypho debió decirles algo al resto porque volvieron los chillidos y la agitación.

Una visión comenzó a aparecer en la mente de Nahia. Primero era brumosa y no podía apreciar lo que sucedía, luego se fue aclarando. Se vio volando no a lomos de Eki, sino de un grypho, del propio Arran-Bigarlehoi, del rey grypho que tenía delante. No había duda, sus destinos estaban entrelazados y debían colaborar. La visión fue perdiendo fuerza hasta fundirse en la bruma de la que había surgido. Un momento después desapareció.

«Cualquier oportunidad de derrotar a nuestros enemigos más odiados es una que tengo la obligación de considerar».

—Podemos ayudarnos mutuamente, debemos colaborar. Solo así podremos derrotar a los dragones. Ofrezco una alianza a los gryphos. Las razas esclavas de Kraido y los gryphos unidos luchando contra los dragones. Es como debe ser.

Arran-Bigarlehoi miró a Nahia y se quedó pensativo un largo momento.

«Este es el trato que te propongo. Consigue liberar a mi hermano de las mazmorras en las que está prisionero y este jinete y su dragona vivirán».

—No sé si podré liberarlo sola. Lo necesito a él conmigo…

«¿No has dicho que eres una líder de la revolución de los esclavos de Kraido? Tendrás quien pueda ayudarte además de este jinete».

—Tengo… pero necesitaré tiempo y preparación… con él habrá más posibilidades de lograrlo —Nahia señaló a Logan.

Estaba intentando salvarlo como fuera.

Arran-Bigarlehoi negó con la cabeza.

«No sé si lo que me has dicho es cierto o tienes una mente muy hábil y creativa. Como no puedo saberlo, no puedo fiarme. Por lo tanto, ellos se quedan conmigo como motivación para que cumplas lo que te pido. Mi hermano por sus vidas. Si dices la verdad, puede que lo logres. Si me has mentido, ellos mueren. ¿Aceptas el trato?».

—¿Y si lo intento y fracaso?

«Ellos mueren. Ahora ya sé que mi hermano vive y dónde lo tienen prisionero. Buscaré otra forma de liberarlo».

Nahia no quería aceptarlo, pero no tenía opción. Si aceptaba al menos ganaría tiempo. Si se enfrentaba a ellos no iban a vivir. Podía sentir que su llama consumía su energía y era finita, al final perdería.

—Está bien. Acepto el trato.

«Eres una joven inteligente. ¿Cuál es tu nombre?».

—Nahia.

«Muy bien, Nahia. Regresa con los tuyos. Cuando acabe la campaña y regreses a Kraido libera a mi hermano. Si lo cumples,

ellos vivirán. Tienes mi palabra de rey».

—Lo haré. Un día, seremos aliados y lucharemos juntos contra los dragones —prometió Nahia.

«Me caes bien, Nahia, Nacida de la Llama. Tienes coraje. Ve y libera a mi hermano».

Capítulo 53

Nahia miró una última vez a Logan en el suelo y se dio la vuelta en dirección al bosque. Su cuerpo todavía estaba envuelto en la gran llama y notaba cómo su energía interna se consumía. No podía quitarse a Logan de la cabeza. Sentía como si lo traicionara dejándolo allí con los gryphos.

Llegó al bosque y se giró. Las dudas la atormentaban. Miró hacia el grupo de gryphos y vio que otra docena bajaban. Varios búhos-oso descendieron hasta donde Aroa yacía y varios de ellos la agarraron de diferentes puntos de la espalda. Un momento después se la llevaron volando. Aroa, inconsciente, colgaba como un enorme reptil alado derrotado que los gryphos portaban a alguno de sus hogares.

Nahia dio un paso hacia ellos cuando vio que Arran-Bigarlehoi se elevaba llevándose a Logan colgado de sus patas posteriores. Su guardia personal se le unió y luego el resto de gryphos. Todos volaron hacia el norte.

Nahia se sintió impotente, desconsolada, y cayó al suelo de rodillas. Un momento después la llama que la envolvía se apagó y volvió a ser ella. Su piel estaba caliente, pero no ardía. Su llama interior se había apagado también. Esperó a ver si sufría convulsiones y calambres, pero no sucedió nada. El episodio había pasado.

—Lo siento… —dijo mirando a Logan y Aroa, que desaparecían en la distancia.

«Has hecho bien al no enfrentarte a ellos. Te habrían matado» llegó el mensaje de Eki.

Lo sintió muy cerca.

«Tenía que haberlos salvado… de alguna manera…».

«Lo has hecho muy bien, has conseguido tiempo» Eki apareció volando desde el río y tomó tierra a su izquierda.

«Si hubiéramos luchado los dos juntos…».

«Hubiéramos muerto ambos, y luego Logan y Aroa. Eso lo sé. No somos tan poderosos como para vencer a un grupo tan numeroso y fuerte de gryphos».

«Pero mi llama es poderosa, igual…».

«Te habrían destrozado con sus garras y picos. De eso no te salva ese poder tuyo».

«En el fondo sé que tienes razón, pero me siento rota…».

«Yo también me siento así. Quería intervenir, pero nos hubieran matado de hacerlo. La presencia de un dragón no hubiera ayudado en esa situación» envió Eki y Nahia supo por el vínculo que compartían que sentía una gran desazón.

Nahia se puso en pie. Su mundo se derrumbaba, pero tenía que mantenerse fuerte. Salvaría a Logan. Le parecía un imposible en aquel momento, pero no podía venirse abajo. Debía rescatarlo y lo haría.

«¿Qué posibilidades hay de ayudarles con las otras escuadras?» preguntó Nahia.

«Se lo comunicaremos al general Gorri-Zaldi-Txar en el campamento de guerra, pero me temo que no se hacen misiones de rescate…» envió Eki con un sentimiento de que no esperaba gran cosa.

«Sí, solo de castigo…».

«Así, es, por desgracia».

Nahia percibía que el desasosiego de Eki iba en aumento. Sin embargo, lo sentía como si fuera diferente al de pérdida por Aroa y Logan, había algo más. Le costó un momento darse cuenta de lo que sucedía, era por ella.

«¿Lo has escuchado todo?» preguntó mirándolo a los ojos.

«Sí, todo. Estaba cerca, por si necesitabas huir».

«Entonces sabes lo que está sucediendo…».

«¿Te refieres a la rebelión de las razas esclavas contra los dragones?».

«Sí, a eso me refiero».

«Ahora lo sé. Hasta ahora no lo sabía».

«También sabes entonces que soy una de las líderes».

«Tú y Logan, sí».

Nahia suspiró.

«Esperaba que esta conversación no se diera, pero sabía que tarde o temprano lo descubrirías. Ha sido más temprano de lo que esperaba. ¿Vas a entregarme?» preguntó Nahia.

Sintió miedo por la posible respuesta. Recibió del dragón plateado un sentimiento de gran malestar.

«Los secretos, los graves, sobre todo, son difíciles de mantener. Debería entregarte pues buscas matarnos».

«No busco mataros, busco liberar a los pueblos esclavos, que es muy distinto».

«Para lo cual os alzaréis en armas y buscaréis matarnos. La prueba es que acabas de intentar forjar una alianza con nuestros enemigos mortales para ir en nuestra contra».

«Siempre podéis liberar a todas las razas esclavas de Kraido y los pueblos conquistados en otros mundos. Así no habría alzamientos, guerras, ni muertes. Sería lo más sencillo. Lo mejor. ¿Lo haréis?».

Eki miró al cielo y luego a tierra.

«Entiendo lo que me dices, Nahia, pero tienes que entender que soy un dragón».

«Lo entiendo, Eki. Pero no todos los dragones están de acuerdo con la Senda. Los hay que buscan otras formas de vivir, sin conquistar y derramar sangre. Sin buscar la vanagloria de la guerra y la destrucción».

«Puede que sea así, pero lo desconozco. A mí me educaron en la Senda de los Dragones, como a todos, y es la que seguimos».

«Tú eres un dragón bueno e inteligente. No me digas que estás de acuerdo con lo que hacemos aquí, con lo que los dragones hacen en otros mundos. Que te criaran en la Senda no quiere decir que tengas que seguirla».

«Cambiar no es sencillo».

«¿Te parece justo que Logan muera en este que no es su mundo, en una guerra que no es la suya, obligado a luchar por ser un

esclavo, cuando él nunca quiso ser un soldado ni matar a ningún ser? ¿Te parece justo que yo muera por querer ser libre?».

Eki se quedó pensativo.

«Meditaré sobre lo que me has dicho, pues razón hay en lo que dices y yo me guío por mi mente y no por mis prejuicios».

«¿Entonces? ¿Me vas a entregar?».

«No de momento. Si te entrego te matarán al instante. Yo mismo debería matarte al instante por traición».

«¿Y cómo vamos a seguir nosotros dos ahora?».

«Seguiremos juntos porque nos une un mismo propósito: a ti rescatar a Logan y a mí a Aroa. Nuestros caminos trascurren paralelos hacia un mismo destino y los recorreremos juntos, pues así tenemos más posibilidades de lograrlo. Yo quiero mucho a Aroa, no voy a dejar que muera».

«Entendido. Liberaremos a Aroa y Logan. Ese es nuestro propósito».

«Cuando estén libres, hablaremos del resto».

«De acuerdo».

«Ahora regresemos al campamento de guerra y veamos si el general nos ayuda con el rescate o, como me temo, los deja a su suerte».

Nahia asintió y sin decir más subió a la silla. Un momento más tarde cruzaban los cielos. Sintió que algo había cambiado entre ellos. El vínculo seguía ahí, pero era como si se hubiera vuelto muy fino, como si estuviera cerca de romperse. Podía captar con claridad que Eki se sentía traicionado, engañado, y aunque ella quería decirle que no era así, que no había tenido otra opción que ocultárselo, sabía que no valdría de nada. Eki no la perdonaría, de la misma forma que ella tampoco le perdonaría si la situación fuera al revés.

Al regresar al campamento de guerra comprobaron lo que ya suponían. El general Gorri-Zaldi-Txar los recibió, pero no fue nada comprensivo.

«No voy a arriesgar ningún escuadrón en una misión de rescate. Si los han capturado, los interrogarán para sacarles información y los matarán una vez obtengan lo que quieran».

—Los gryphos son sanguinarios, no hacen prisioneros —añadió el jinete Drakónido Drantik.

«Estaban con vida, señor, dragón y jinete. Todavía hay tiempo de rescatarlos si nos apresuramos» insistió Eki.

«¿Rescatarlos? ¿De qué hogar?».

—Hay más de un centenar. No sabéis a cuál los han llevado, si es que lo han hecho —dijo Drantik.

—El rey grypho se llama Arran-Bigarlehoi —informó Nahia.

«Tendrá su propio hogar. Es un rey» añadió Eki.

—Podemos enviar patrullas a vigilar las ciudades y buscarlos —sugirió Nahia.

«¿Por un dragón? Perderíamos diez solo por acercarnos a sus montañas. Las cosas no van bien, no voy a arriesgar más dragones» sentenció el general.

—Ellos han luchado con honor. Merecen ser rescatados —insistió Nahia.

—Quien cae, cae. Así es, y más en el mundo de los gryphos.

«Deniego la petición de rescate. Retiraos y descansad» ordenó el general.

Nahia no se movió por un momento. La rabia y la frustración la devoraban por dentro.

Eki tampoco se movía. Miraba al general y en sus ojos no había respeto, sino rabia.

—El general os ha dado una orden. Cumplidla. ¡Ahora! —dijo Drantik con tono amenazante.

Eki se dio la vuelta y se retiró.

«Vamos, Nahia. Si morimos por enfrentarnos a él no conseguiremos salvarlos».

Nahia tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no dejar que su llama interior se descontrolara. Eki tenía razón, los haría matar.

Capítulo 54

Los días pasaron lentos en el campamento de invasión de los dragones en Gryphoros. El ánimo de la fuerza de invasión fue decayendo. Las escuadras continuaban siendo enviadas en misiones de castigo. El problema era que cada vez que salían, no todos regresaban. Las bajas de jinetes y dragones comenzaban a ser cuantiosas. Los gryphos estaban cada vez mejor organizados y eran capaces de causar más daños.

Nahia estaba sentada con Faden y Sarmas junto a un fuego de campaña en una de las grandes cuevas del lado este de la montaña. Comían de las raciones de guerra, que eran de lo más insípidas, pero al menos tenían qué comer. Los dragones podían comer a otras criaturas o a los propios gryphos que mataban. Algunos lo hacían para demostrar lo poderosos y temibles que eran. A Nahia le parecía una barbarie, una más de la larga lista que los dragones continuaban extendiendo. Si alguien le preguntara qué criatura se comía a sus enemigos, los dragones serían su primera respuesta, y eso antes de saber que lo hacían. Eran las criaturas más despreciables que uno pudiera imaginar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Faden con tono amable.

Nahia suspiró.

—He estado mejor…

—Siento tanto lo que le ha sucedido a Logan… —dijo Sarmas y se llevó la mano a la cabeza, donde todavía tenía un bulto que no terminaba de bajarse por los golpes recibidos en el combate.

El sentimiento de culpabilidad hizo que no pudiera seguir.

—Lo sé. No es culpa tuya, ya lo hemos hablado —dijo Nahia, que no lo culpaba en lo más mínimo.

—Lo sé… pero fui yo a quien ayudó, me siento fatal…

—También me ayudó a mí —dijo Kiara, de la Escuadra Diamante, que se acercaba con Madden de la Escuadra Centella al fuego—. Yo me siento tan mal como tú.

—No lo hagáis, la culpa no es vuestra. La culpa es de los dragones y su codicia sin fin —afirmó Nahia muy enfadada y rabiosa.

Se hizo un silencio muy tenso. Todos miraron alrededor para ver quién escuchaba. En aquella cueva solo había jinetes divididos en tres grupos, descansando. Los dragones estaban en cuevas más grandes en la cara norte de la enorme montaña.

—Cuidado con lo que dices, rubita ardiente, te puede costar la vida —avisó Morgana, que volvía con dos raciones en la mano y la había oído.

—¿Vas a delatarme? —Nahia la miró retándola.

Morgana se sentó frente a ella al otro lado del fuego.

—No, me gusta la gente con espíritu luchador. Ya se encargará algún otro de hacerlo y de que los dragones te arranquen la cabeza.

—Vaya, ya me siento mejor.

—Deberías. Ya te avisé en su día de que algo malo iba a ocurrir…

—Tú eres un ave de mal agüero —le echó en cara Nahia.

—Yo solo os avisé. Parece ser que tenía razón.

—¡No tienes corazón! —Nahia fue a saltarle encima, pero Faden se interpuso y la detuvo.

—No la culpes a ella de lo que hicieron los gryphos —dijo Faden.

—No es culpa de los gryphos, es culpa de los dragones —insistió.

Faden suspiró, pero no dijo nada.

Siguieron comiendo. Nadie habló por un largo rato.

Tilsa llegó con su ración y se sentó con ellos.

—¿No hay humor para cháchara? —preguntó la Felidae al ver que todos callaban.

—Nuestra compañera estaba opinando sobre nuestros señores —comentó Morgana e hizo un gesto hacia Nahia.

—Solo digo lo que pienso y hay muchos que piensan como yo —respondió Nahia.

—¿Ah, sí? ¿Qué piensan? —la provocó Morgana y la miró como retándola a que lo dijera.

Nahia no se iba a achicar.

—Piensan que los dragones solo nos conducen a la muerte. Piensan que ser esclavos solo nos trae dolor, sufrimiento y muerte.

—Cuidado, Nahia… —advirtió Tilsa y miró alrededor.

La advertencia no fue suficiente para acallar lo que Nahia sentía.

—Ha llegado el momento de liberarnos, de dejar de servir a los dragones, de buscar nuestro propio destino.

—Esas palabras son traición —dijo Tilsa.

—¿Vais a entregarme? ¿Vosotros que sois mi escuadra? ¿O vosotras dos que ya sabéis lo que pienso?

—Nosotras no te vamos a entregar —dijo Kiara y miró a Madden.

—Nosotras pensamos como tú —se unió Madden.

—Vaya, esto se pone interesante, ¡más que se unen a la causa! —Morgana las miró inclinando la cabeza, sonriendo.

—Todos sabéis que servir a los dragones es sufrir y morir —Nahia miraba ahora a Faden y Sarmas.

—Es lo que nos toca. Somos esclavos entrenados para luchar por ellos —dijo Faden.

—No tenemos elección —dijo Sarmas.

—Sí que la tenéis. Podéis uniros a mí, a la causa, y luchar por conseguir la libertad. ¡Es eso o morir esclavos!

—Estás hablando muy alto, baja la voz —volvió a avisar Tilsa con recelo.

Media docena de jinetes que estaban en las otras hogueras se habían levantado y se acercaban.

—Lo que hacen los dragones está mal. Invadir mundos y atacar a sus gentes está mal. Matar y conquistar está mal. Tener esclavos está mal. Todos lo sabéis, no hace falta que yo os lo diga —Nahia no podía callarse.

Los que se habían levantado llegaron hasta ellos.

—Tienes toda la razón. Todos los sabemos y algunos compartimos tus deseos. Cuenta con nosotros tres —dijo Guins.

Nahia se sorprendió un poco al ver que Guins se unía, pensaba que no había conseguido llegar hasta él.

—Gracias, Guins, todos sois bienvenidos a la causa.

—Cuenta con nosotros también —dijo Jake y señaló a los que le acompañaban.

—Gracias. ¿Y ese cambio de parecer? —preguntó Nahia algo sorprendida.

—No ha sido un cambio de parecer, sino razonarlo y darme cuenta de que es lo que debemos hacer. Todo esto está mal —expresó indicando hacia la cueva y el exterior—. Y también que nosotros seamos parte de ello.

—Hay algo que hemos descubierto y que creo que todos deberíais saber. Algunos quizá ya lo sepáis —adelantó Jake.

—¡Cuéntanos! Esto está cada vez más interesante. Quiero saberlo todo antes de que los dragones os maten a todos por traidores —pidió Morgana con tono sarcástico.

—En las nubes, cuando atacaron a las águilas-tigre volaban a cubierto sus crías. Por eso lucharon y no huyeron, para que pudieran salvarse las crías.

—Las misiones de castigo que estamos realizando tienen un propósito que no nos han contado —comenzó a explicar Jake.

—Son para reducir el número de gryphos hábiles para la lucha —dijo Faden.

—Sí, esa parte es correcta, pero hay una parte más, y es oscura… —informó Jake.

—Cuéntanoslo, quiero saberlo —dijo Sarmas.

—La mayoría de los ataques son contra grupos de gryphos hembra. Se las ataca a ellas y no a los machos.

—¿Es eso así? —Kiara enarcó una ceja.

—¿Por qué a las hembras? —Tilsa arrugaba la nariz.

Madden, que ya lo había adivinado, asintió.

—Quieren controlar sus números, la forma más eficiente es matando a las hembras —afirmó.

Guins asintió.

—Eso es. Los gryphos se reproducen más que los dragones y matan a cuantas hembras pueden cada vez que invaden para controlarlos.

—¡Eso es horrible! Pensaba que íbamos a intentar conquistarlos, pero eso es asesinato selectivo —Nahia gesticuló con fuerza.

—Pues si esto no te gusta, te va a gustar menos lo siguiente que te vamos a contar —dijo Jake.

Nahia frunció la frente.

—¿Qué es?

—La misión en la que desapareció Logan era una de esas.

—¡Lo que hacen es una barbaridad! ¡No podemos ser parte de esto! —Nahia estaba fuera de sí.

—Tranquila… —Tilsa le puso la mano en el hombro intentando calmarla.

Nahia miró alrededor y vio que varios jinetes más de las otras hogueras la miraban. Intentó serenarse. Le costó un largo momento.

—Ahora entiendo por qué atacaron de forma tan implacable. Estaban defendiendo a sus crías. Me pareció ver algo… que guardaban algo entre las nubes…

—Suelen llevar a sus crías a lugares más seguros —explicó Guins —. Si viste algo, sería eso.

—¿Me estás diciendo que atacamos a un grupo de hembras que protegían a sus crías? —dijo Nahia negando con la cabeza, pues ya sabía la respuesta.

—Es lo más probable, sí —confirmó Jake.

—¿Qué más necesitáis para ver que no podemos seguir sirviendo a los dragones? ¡Tenemos que liberarnos! ¡No podéis seguir siendo su mano ejecutora! ¡Sabéis lo que hacen, lo que vais a tener que hacer por ellos! ¡Tenemos que unirnos y luchar contra ellos! ¡Detener su barbarie!

—Parece que tienes mucho carácter, Nacida de la Llama. Eso es bueno —Guins asintió satisfecho.

—También es muy malo —advirtió Jake—. Tus gritos los han oído todos.

—Sí. Ya lo veo… —dijo al darse cuenta de que los que no se habían acercado la miraban y estaban de pie.

—Estemos todos con la causa o no, lo que no se puede negar es que esto es absolutamente detestable —opinó Kiara.

—Es básicamente una campaña de control de población, aunque los dragones la disfrazan de invasión y conquista —dijo Madden.

—Eso parece, y si lo hacen aquí lo harán en otros mundos también —añadió Morgana—. ¿Y qué vais a hacer al respecto? Los

dragones no lo van a dejar de hacer porque se lo pidáis —expresó con acidez.

Nahia se puso en pie y habló alto para que todos en la cueva la escucharan bien.

—Nos uniremos a la causa de la libertad. Nos levantaremos contra los dragones. Lucharemos contra ellos y los derrotaremos. Lograremos la libertad y que paren todas estas atrocidades.

Por un momento todos se quedaron en silencio asimilando las palabras de Nahia y observando las reacciones de los otros grupos.

—Me parece un plan ambicioso y con muy pocas posibilidades de éxito, pero me gusta. Cuenta conmigo —dijo Morgana.

Nahia se quedó pasmada. Si alguien esperaba que no se uniera a la causa era Morgana.

—Cuenta conmigo también —se unió Kiara.

—Y conmigo —dijo Madden.

A estos le siguieron Guins, Jake, Faden y Sarmas. El resto de los que estaban en la cueva fueron añadiendo su nombre a la causa uno por uno. Nahia no podía creer lo que estaba sucediendo.

La última en unirse fue Tilsa.

—¡Por la libertad! —gritó.

—¡Por la libertad! —exclamaron todos.

Capítulo 55

La operación de invasión terminó tres semanas después. Los dragones comenzaron a tener demasiadas bajas y el general Gorri-Zaldi-Txar tuvo que dar por concluida la campaña. Una cosa era tener dragones y jinetes heridos e incluso perder jinetes, y otra muy distinta perder dragones, que era algo que ningún general iba a aceptar. Los gryphos se habían reorganizado bien alrededor de cinco montañas próximas al campamento de invasión de los dragones y no permitían más operaciones de castigo, pues las interceptaban evitando que los dragones entraran en su territorio profundo. Sus montañas importantes estaban bien lejos y a salvo.

Los gryphos captaban a cualquier escuadrón enemigo que veían y atacaban a muerte. Los dragones se encontraban sin la baza de la sorpresa inicial y con cada vez menos fuerzas capaces de luchar. Habían tenido que cambiar de estrategia varias veces, hasta que ya nada funcionaba sin un elevado coste de vidas que no podían aceptar. A Nahia le parecía curioso que los dragones aceptasen matar a miles de criaturas sin el más mínimo miramiento, pero cuando eran sus propias vidas las que se perdían, no lo toleraban.

Se había estado hablando de que llegarían refuerzos para continuar, pero Nahia sabía que no sería así. Tenía esa certeza porque sabía que aquello no era una campaña de invasión, sino una de castigo, de control de números de los gryphos. No estaban allí para invadir aquel mundo, sino para matar a sus habitantes, a poder ser hembras, para que no procrearan. Terrible y cierto.

Gorri-Zaldi-Txar dio por fin la orden de regresar a Jadrakos usando la misma perla del cañón por la que habían entrado. Nahia tenía miedo de que estuviera controlada por los gryphos y no pudieran salir. Sin embargo, no fue así, estaba sin vigilancia

enemiga. Eso, o lo hacían desde lejos y los dejaban marchar. Probablemente era eso.

Regresaron a Jadrakos y Nahia no estaba segura de cómo serían recibidos. No le había parecido que hubieran hecho una gran campaña, ya que las pérdidas de vidas habían sido muchas. Varias escuadras habían perdido miembros: la Luna, la Volcán, la Diamante, la Fugaz… La Meteorito era de las mejores paradas ya que solo había perdido un componente: a Logan y Aroa. Solo de pensar en ellos a Nahia los ojos se le humedecieron. No estaban muertos, y había una forma de rescatarlos. Ella y Eki conseguirían que regresaran por muy difícil que fuera.

Según salieron del portal formaron frente al castillo. En cabeza lideraba las fuerzas de invasión que regresaban el general Gorri-Zaldi-Txar.

Zaldi-Beltz-Lehen, comandante y líder de los Jinetes de Dragón de Jadrakos, y su jinete Droken, capitán de jinetes, hicieron su aparición saliendo del castillo. Todos se volvieron hacia ellos y ocurrió algo que a Nahia sorprendió sobremanera.

El comandante felicitó al general por una exitosa campaña y le transmitió la felicitación de los cinco reyes dragones. Nahia se dio cuenta de que todo había sido una gran artimaña para ir al mundo de los gryphos y matarlos por la simple vanidad de los reyes dragones, que querían demostrarles que eran superiores.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que su llama no ardiera más allá de lo que podía controlar. Hasta Eki se sentía asqueado. Podía sentirlo a través del vínculo que les unía. Que estaba furioso y decepcionado lo notaba con claridad, y solo podía ser por una cosa, aquello que estaban presenciando. Por fortuna el recibimiento y los discursos gloriosos fueron cortos. Había muchos jinetes y dragones heridos que requerían atención y todos estaban cansados después del combate en la campaña.

La semana siguiente fue de recuperación y despedidas. Los que habían participado en la campaña y no estaban heridos con necesidad de tratamiento de sanación fueron abandonando Jadrakos tal y como habían llegado. La escuadra meteorito había sufrido heridas, tanto los jinetes como los dragones, aunque por fortuna no

habían sido graves. Tampoco las de Eki, que había aguantado en silencio como un valiente. Para el final de la semana, Jadrakos se había quedado casi desierta. Antes de que todas las escuadras partieran, Nahia se encargó de hablar una última vez con sus aliados en ellas solo para recordarles que la causa los necesitaba allí donde fueran destinados a continuación y para que siguieran reclutando valientes que se unieran a ellos.

Nahia había finalizado el entrenamiento avanzado y aprovechaba para seguir moviendo los hilos de la lucha por la libertad. Aquella mañana estaba hablando con Guins y Jake, que partirían en breve, cuando el comandante Zaldi-Beltz-Lehen la hizo llamar.

—Nahia, Nacida de la Llama, nuestro líder te requiere —dijo Arbocux, el Exarbor maese de jinetes acercándose hasta ellos.

Guins y Jake se despidieron con un saludo con la cabeza y Nahia siguió a Arbocux al castillo. Andaba tan lento que después de los velocísimos vuelos con Eki aquello le pareció una pequeña tortura. Al menos no había que matar a ninguna criatura, lo cual era un cambio en la rutina que Nahia agradeció en el alma.

Vio al gran dragón negro salir del castillo a recibirle y se puso nerviosa. ¿Qué querría? ¿La habrían delatado? ¿La llamaba para acusarla de traición y ejecutarla allí mismo? Cada paso que daba hacia el dragón le parecía ahora demasiado rápido.

«Tranquila, también me han llamado a mí» envió Eki, que apareció saliendo del castillo.

«Parece que nuestro vínculo se refuerza si puedes sentir mis nervios desde el castillo» le envió Nahia sorprendida.

Quizá Eki no estuviera tan enfadado como en Gryphoros.

«Eso parece, sí».

Eki llegó hasta ella y los dos encararon a Zaldi-Beltz-Lehen y Droken.

«Dragón raudo Eki, jinete Nahia. Habéis conseguido superar el entrenamiento avanzado y habéis participado en la campaña de invasión con honores. Por lo tanto, os graduáis de la academia aérea de Jadrakos como señor dragón y jinete experto. Servid a los cinco reyes dragones con lealtad y valentía. El futuro es vuestro. La gloria de la victoria os aguarda en los cielos».

«Gracias, señor. Es todo un honor» respondió Eki inclinando la cabeza.

—Como jinete experto sirve bien a tu señor dragón hasta la muerte —dijo Droken a Nahia.

—Así lo haré, señor —respondió Nahia, que bajó la mirada al suelo para que no viera el odio brillar en sus ojos.

«Me hubiera gustado que hoy se graduaran con vosotros Aroa y su jinete Logan. Es una pérdida que me apena. Tenían un futuro brillante, eran muy buenos. Una vez más se demuestra lo peligrosos que son los gryphos, nuestros peores enemigos» envió el gran dragón negro.

Nahia notó que la llama se prendía en su interior y tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para que no ardiera con fuerza.

«En cuanto a vuestro siguiente destino, se os requiere en Drameia. Os presentaréis allí ante el general Iama-Area-Urdin de los ejércitos de Osc-Belz-Hil, rey dragón negro. Preparaos para disfrutar de los interminables desiertos».

«¿Desiertos?» preguntó Eki intrigado.

Si Eki estaba intrigado, Nahia mucho más.

«Parece ser que hay problemas y graves. Dragones muertos y revueltas».

Esto era miel en los labios para Nahia.

«Parece serio, pero… ¿por qué nosotros? Un dragón raudo con jinete, quiero decir, señor».

«Porque están matando dragones. Cuando se matan dragones se envía a un dragón raudo con jinete. Es mucho más complicado acabar con ellos».

«Entiendo, señor. No fallaremos».

«Estoy seguro de que así será».

Nahia no dijo nada y bajó la cabeza. Si estaban matando dragones y se hablaba de revuelta, seguro que sus compañeros de la Escuadra Ígnea y sus aliados norghanos estaban de por medio. No tenía la más mínima duda al respecto. Esto la animó tanto que estuvo a punto de gritar de alegría.

«Partiréis al amanecer. Preparaos».

«A la orden, señor» envió Eki.

Nahia saludó inclinando la cabeza.

Los dos se retiraron.

«Nos vemos aquí al amanecer» envió Eki a Nahia.

«De acuerdo. Voy por mi equipo».

Se separaron y Nahia se dirigió al barracón. Cuando estaba llegando apareció Lantreos a la carrera.

—Mi señora, jinete experta —el Tergnomus hizo varias reverencias.

—Vaya, ha llegado antes la noticia que yo.

—Estas cosas se saben, mi señora. Hay que retocar la armadura para mostrar el rango —susurró como si fuera un secreto.

—Ah, ya entiendo cómo lo has sabido.

—En intendencia se saben muchas cosas.

—No lo dudo. Quería hablar contigo.

—Sí, mi señora.

—El mensaje confidencial que envié cuando llegamos de Gryphoros… ¿Te acuerdas?

—Sí, mi señora. Un mensaje secreto. Por red clandestina.

—Sí, ese. ¿Hay respuesta?

—Tengo que ir a preguntar a mi contacto. Mejor de noche, hay menos riesgo.

—De acuerdo. Pásate por mi habitación cuando tengas la respuesta. Parto mañana a Drameia y necesitaré el equipamiento preparado.

—Por supuesto, señora.

—Ve, nos vemos luego.

El Tergnomus salió corriendo con sus extraños andares y Nahia se dirigió al barracón.

Se tumbó a descansar e intentar calmar su dolorido corazón, cosa que no lograba. Después de un largo rato de no poder parar de pensar en Logan y con un nudo en la garganta se dirigió al comedor. Sus compañeros estarían allí para la cena y quería despedirse.

Entró y allí estaban en su mesa de siempre.

—¡Felicidades a la nueva jinete experta! —Faden levantó su copa para brindar por ella con una gran sonrisa en la boca.

—¡Por Nahia, jinete excepcional! —se unió Sarmas levantando la suya.

—Todo un logro, novata —dijo Tilsa asintiendo con una sonrisa en su rostro de leona.

—He de decir que no pensé que lo fueras a lograr —confesó Morgana con su habitual tono díscolo.

—Qué raro viniendo de ti… —respondió Nahia con un gesto de que no le extrañaba lo más mínimo y se sentó a la mesa.

—No le hagas caso a la morena, ya sabes cómo es —dijo Faden.

—Nunca lo hago.

—No me has dejado terminar la frase. Lo que iba a decir a continuación era que me alegro de que lo hayas conseguido —afirmó Morgana.

Todos la miraron con expresiones de sorpresa.

—¿Lo dices de verdad? —Nahia la miró enarcando una ceja.

—Por supuesto. Ahora contigo hay mucha más emoción por aquí, y la que vas a preparar con tu revolución va a ser muy, pero que muy interesante —dijo Morgana bajando la voz.

—Ya lo creo que va a ser sonado —afirmó Nahia.

—Estamos contigo —aseguró Sarmas.

—Me alegro porque me envían a Drameia. Parto al amanecer.

—Vaya, qué rápido… —se lamentó Faden.

—¿Os han dado destino ya? —preguntó Nahia.

—No, todavía no —Tilsa negó con la cabeza.

—Bueno, cuando os lo den, juntos o separados, ya sabéis lo que debéis hacer —dijo Nahia mirándoles uno por uno.

—Descuida, lo sabemos —aseguró Tilsa.

Nahia disfrutó de aquella última cena con sus compañeros de la Escuadra Meteorito. Charlaron de temas intranscendentes y consiguió que su corazón se calmara un poco. La verdad era que eran una escuadra muy buena. Se despidió dando abrazos a todos, Morgana incluida, que le dedicó tres maldiciones por haberla abrazado.

A medianoche llamaron a la puerta de su habitación. Nahia se levantó de la cama y la abrió.

—Mi señora —Lantreos hizo una reverencia pronunciada.

—Pasa —dijo Nahia y cerró la puerta.

—Esto es para mi señora jinete —le dio un recipiente—. Llegó ayer, es del prisionero.

Nahia lo abrió y leyó el mensaje doblado que contenía.

Entendida la situación.

Elaborando plan de rescate.

Presenta una dificultad extrema, pero hay una posibilidad.

Necesitaré algo de tiempo para diseñar y prepararlo todo.

Se requerirá mucha precisión y colaboración.

Está ya en mi mente y manos.

Te informaré del progreso.

Firmado: el Prisionero

Nahia resopló aliviada tan fuerte que asustó a Lantreos.

—¿Todo bien, mi señora?

—Todo más que bien, Lantreos. Gracias, puedes retirarte.

—¿Mi señora necesita que viaje con ella?

—No, Lantreos. Quédate aquí, donde yo voy no es lugar para escuderos.

—Como mi señora desee —Lantreos realizó varias reverencias y marchó.

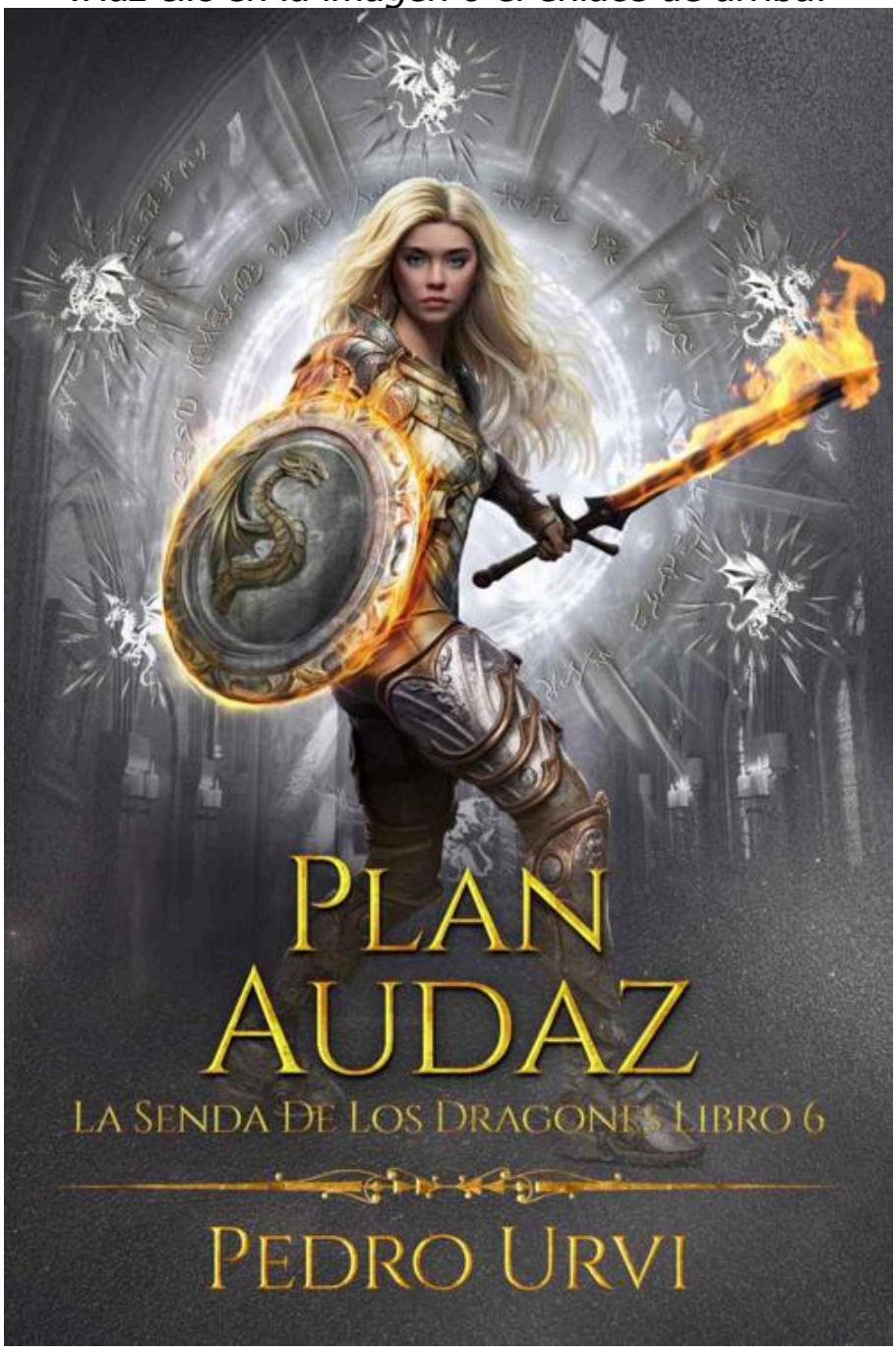
Nahia quemó el mensaje con la llama de una vela en su mesilla.

—Aguanta, Logan, mi amor, el rescate se está gestando.

La aventura continua en el siguiente libro de la saga:

Plan Audaz (La senda de los dragones, Libro 6)

¡Haz clic en la imagen o el enlace de arriba!



Opinión:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,
Pedro.

Mientras esperas a la siguiente entrega te recomiendo otras tres series mías con las que está relacionada:

Serie Los Dioses Áureos:

Esta serie ocurre tres mil años antes y está relacionada con todas las series.

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El Sendero del Guardabosques:

Esta serie es la más conocida y sus protagonistas aparecen en la saga de la Senda de los Dragones

(Haz clic en la imagen o título)



Serie El enigma de los Ilenios

Esta serie ocurre poco después de la serie de El Sendero del Guardabosques. Lasgol aparece en el segundo libro y es un personaje secundario, pero importante.

(Haz clic en la imagen o título)



Orden de las series

De arriba abajo por cronología de la historia



Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

A Oihana, mi musa, por toda la inspiración y mucho más.

A mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí ha estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y "plot twister" excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo listo para que los "deadlines" se cumplan. ¡Un millón de gracias!

A Luis R. por las incontables horas que me ha aguantado, por sus ideas, consejos, paciencia, y sobre todo apoyo. ¡Eres un fenómeno, muchas gracias!

A Kenneth por esta siempre listo a echar una mano y por apoyarme desde el principio.

A Fran por toda la ayuda, muy buenas idea, y apoyo.

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martínez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles.

A Tanya, por su Ojo de Halcón, y por lo que me ha ayudado con sus comentarios e ideas.

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: Mis libros en Amazon

Web: https://pedrourvi.com/

Twitter: https://twitter.com/PedroUrvi

Facebook Autor: https://www.facebook.com/pedro.urvi.9

Facebook Página: https://www.facebook.com/pedrourviautor/

Instagram https://www.instagram.com/pedrourvi/

Mail: pedrourvi@hotmail.com

[Plan Audaz (La senda de los dragones, Libro 6)]

¡Haz clic en la imagen o el enlace de arriba!

